Los Tigres de Mompracem

Emilio Salgari

1

Sandokán y Yáñez

La noche del 20 de diciembre de 1849, un violentísimo huracán se desataba sobre Mompracem, isla salvaje de siniestra fama, refugio de terribles piratas, situada en el mar de Malasia, a pocos centenares de millas de las costas occidentales de Borneo.

Impulsados por un viento irresistible y entremezclándose confusamente, negros nubarrones corrían por el cielo como caballos desbocados, y de cuando en cuando dejaban caer sobre la impenetrable selva de la isla

furiosos aguaceros; en el mar, levantadas también por el viento, olas enormes chocaban desordenadamente y se estrellaban con furia, confundiendo sus rugidos con las explosiones breves y secas unas veces, interminables otras, de los rayos.

Ni en las cabañas alineadas al fondo de la bahía de la isla, ni en las fortificaciones que la defendían, ni en los numerosos barcos anclados al amparo de los arrecifes, ni bajo los bosques, ni en la alborotada superficie del mar se divisaba luz alguna; sin embargo, si alguien que viniera de oriente hubiera mirado hacia arriba, habría podido ver brillar en la cima de un altísimo acantilado cortado a pico sobre el mar dos puntos luminosos: dos ventanas vivamente iluminadas.

Pero ¿quién podía velar, en aquella hora y con semejante tempestad, en la isla de los sanguinarios piratas?

En medio de un laberinto de trincheras destrozadas, de terraplenes caídos, de empa-

lizadas arrancadas, de gaviones[1] rotos, al lado de los cuales podían divisarse todavía armas inutilizables y huesos humanos, se levantaba una amplia y sólida cabaña adornada en su cúspide con una gran bandera roja, que ostentaba en el centro la cabeza de un tigre.

Una de las habitaciones de la vivienda está[2] iluminada; las paredes están cubiertas de pesados tejidos rojos y de terciopelos y brocados de gran calidad, pero ya manoseados, rotos y sucios; y el suelo queda oculto bajo una gruesa capa de alfombras persas, relucientes de oro, pero también rotas y manchadas.

---

[1] Cestones de mimbre llenos de tierra, que sirven para defender de los tiros del enemigo a los que abren la trinchera

[2] Nótese el brusco cambio de tiempo. Con ello el autor pretende introducir al lector en el corazón mismo de la escena, que describe aquí con una minuciosidad casi azoriniana

En el centro hay una mesa de ébano, con incrustaciones de madreperla y adornada con flecos de plata, repleta de botellas y vasos del más puro cristal; en los ángulos se alzan grandes anaqueles, en parte caídos, llenos de jarrones rebosantes de brazaletes de oro, pendientes, anillos, medallones, preciosos ornamentos sagrados, retorcidos o aplastados, perlas procedentes sin duda de las famosas pesquerías de Ceilán,[3] esmeraldas, rubíes y diamantes, que centellean como otros tantos soles bajo los reflejos de una lámpara dorada suspendida del techo.

En un rincón hay un diván turco con los flecos arrancados en varios lugares; en otro,

---

[3] Isla del océano índico, frente a la India, que constituye la actual república de Sri Lanka. Situada en el ecuador, y bajo la influencia del mar, tiene clima tropical.

un armónium[4] de ébano con las teclas destrozadas y, espaciados alrededor, en una confusión indescriptible, hay alfombras enrolladas, espléndidos vestidos, cuadros quizá debidos a célebres pinceles, lámparas derribadas, botellas de pie o volcadas, vasos enteros o rotos, y además carabinas indias con arabescos, trabucos españoles, sables, cimitarras, hachetas, puñales y pistolas.

En esa habitación tan extrañamente decorada, un hombre está sentado en un butacón cojo: es alto, esbelto, de fuerte musculatura, con rasgos enérgicos varoniles, fieros, y de una extraña belleza.

Largos cabellos le caen hasta los hombros: una barba negrísima le enmarca un rostro ligeramente bronceado.

Tiene la frente amplia, sombreada por dos espesas cejas de arcos atrevidos; una boca

---

[4] Armonio: órgano pequeño parecido al piano, al cual se da aire por medio de un fuelle que se mueve con los pies. Salgari utiliza siempre el cultismo armónium.

pequeña que muestra unos dientes afilados como los de las fieras y relucientes como perlas; dos ojos negrísimos, que despiden un fulgor que fascina, que abrasa, que hace bajar la vista a cualquiera.

Llevaba sentado unos cuantos minutos, con los ojos fijos en la lámpara y las manos cerradas nerviosamente alrededor de la preciosa cimitarra que le colgaba de una larga faja de seda roja, sujeta alrededor de una casaca de terciopelo azul con flecos de oro.

Un estruendo formidable, que sacudió la gran cabaña hasta sus cimientos, lo arrancó bruscamente de aquella inmovilidad. Se echó hacia atrás los largos y ensortijados cabellos, se aseguró en la cabeza el turbante adornado con un espléndido diamante, grueso como una nuez, y se levantó de repente, echando a su alrededor una mirada en la que se podía leer un no sé qué de tétrico y amenazador.

-Es medianoche -murmuró-. ¡Medianoche, y todavía no ha vuelto!

Vació lentamente un vaso lleno de un líquido color ámbar, después abrió la puerta, se adentró con paso firme entre las trincheras que defendían la cabaña, y se paró al borde del gran acantilado, a cuyos pies rugía furiosamente el mar.

Se detuvo allí unos minutos con los brazos cruzados, inmóvil como la roca que lo sostenía, aspirando por encima del mar revuelto; luego se retiró lentamente, volvió a entrar en la cabaña y se paró delante del armónium.

-¡Qué contraste! -exclamó-. ¡Fuera el huracán y yo aquí! ¿Quién es más terrible de los dos?

Deslizó los dedos sobre las teclas, obteniendo algunos sonidos muy rápidos, que tenían algo de extraño y salvaje; luego fueron disminuyendo, hasta que se perdieron entre el estruendo de los truenos y los silbidos del viento.

De pronto, volvió con vivacidad la cabeza hacia la puerta que había dejado entreabierta. Se quedó unos momentos escuchando,

inclinado hacia adelante, con los oídos atentos; luego salió rápidamente, llegando hasta el borde del acantilado.

Al rápido resplandor de un relámpago divisó un pequeño barco, con las velas casi arriadas, que entraba en la bahía, confundiéndose en medio de los otros barcos anclados.

Nuestro hombre acercó a sus labios un silbato de oro y emitió tres notas estridentes; un silbido agudo contestó unos momentos después.

-¡Es él! -murmuró con viva emoción-. ¡Ya era hora!

Cinco minutos después, un ser humano, envuelto en una amplia capa chorreando agua, se presentaba delante de la cabaña.

-¡Yáñez! -exclamó el hombre del turbante, echándole los brazos al cuello.

-¡Sandokán! -respondió el recién llegado, con un acento extranjero muy marcado-.

¡Brrr! ¡Qué noche de infierno, hermanito[5] mío!

-¡Ven!

Atravesaron rápidamente las trincheras y entraron en la habitación iluminada, cerrando la puerta.

Sandokán llenó dos vasos y, ofreciendo uno al extranjero, que se había desembarazado de la capa y de la carabina que llevaba en bandolera, le dijo con un acento casi afectuoso:

-Bebe, mi buen Yáñez.

-A tu salud, Sandokán.

-A la tuya.

Vaciaron los vasos y se sentaron delante de la mesita.

El recién llegado era un hombre de unos treinta y tres o treinta y cuatro años, un poco mayor que su compañero. De mediana esta-

---

[5] Al dirigirse a Sandokán, Yáñez emplea fratellino o fratello según los casos. Lo mismo Sandokán al dirigirse a Yáñez. He respetado el diminutivo siempre que aparece.

tura, de constitución muy fuerte, tenía la piel blanquísima, las facciones regulares, los ojos grises, astutos, los labios finos y burlones, indicio de una voluntad de hierro. Se veía a primera vista que era europeo y que debía de pertenecer a alguna raza meridional.

-Bueno, Yáñez -preguntó Sandokán con cierta emoción-: ¿has visto a la joven de los cabellos de oro?

-No, pero sé cuanto querías saber.

-¿No has ido a Labuán?[6]

-Sí, pero comprenderás que en aquellas costas, vigiladas por los cruceros ingleses, no nos resultará fácil desembarcar a gente como nosotros.

-Háblame de esa joven. ¿Quién es?

---

[6] Isla de Malasia, cerca de la costa noroeste de Borneo. En 1846 el sultán de Borneo cedió la isla al Reino Unido. Así pues, cuando empieza la acción de Los tigres... los ingleses llevaban ya tres años en Labuán.

-Puedo decirte que es una criatura maravillosamente hermosa, tan hermosa que es capaz de embrujar al más formidable pirata.

-¡Ah! -exclamó Sandokán.

-Me han dicho que tiene los cabellos rubios como el oro, los ojos más azules que el mar, la piel blanca como el alabastro. Sé que Alambra, uno de nuestros más feroces piratas, la vio una tarde pasearse por los bosques de la isla, y quedó tan impresionado por aquella belleza, que detuvo su nave para contemplarla mejor, con peligro de haber sido destrozado por los cruceros ingleses.

-Pero ¿a quién pertenece?

-Algunos dicen que es hija de un colono; otros, que lo es de un lord, y otros, en fin, que es nada menos que pariente del gobernador de Labuán.

-Extraña criatura -murmuró Sandokán oprimiéndose la frente con las manos.

-¿Entonces...? -preguntó Yáñez.

El pirata no respondió. Se levantó bruscamente, presa de una viva emoción, y, llegán-

dose hasta el armónium, dejó que sus dedos se deslizaran por las teclas.

Yáñez se limitó a sonreír y, descolgando de un clavo un viejo laúd, se puso a puntear sus cuerdas, diciendo:

-¡Está bien! Vamos a tocar un poco.

Pero apenas había comenzado a tocar un aire portugués, cuando vio a Sandokán acercarse bruscamente a la mesa, apoyando las manos en ella con tal violencia, que hizo que se doblara.

Ya no era el mismo hombre de antes: su frente estaba borrascosamente fruncida, sus ojos despedían sombríos destellos, sus labios, separados, mostraban los dientes convulsamente apretados, y sus miembros se estremecían. En aquel momento era el formidable jefe de los feroces piratas de Mompracem, el hombre que desde hacía diez años ensangrentaba las costas de Malasia, el hombre que en todas partes había sostenido terribles batallas, el hombre a quien su extraordinaria

audacia e indomable coraje le habían valido el apodo de Tigre de Malasia.

-¡Yáñez! -exclamó con un tono de voz que ya no tenía nada de humano-. ¿Qué hacen los ingleses en Labuán?

-Están fortificándose -contestó tranquilamente el europeo.

-¿Quizá están tramando algo contra mí?

-Eso creo.

-¡Ah! ¿Lo crees? ¡Que se atrevan a levantar un dedo contra mi Mompracem! ¡Diles que intenten desafiar a los piratas en su escondrijo! El Tigre los destruirá hasta el último y se beberá toda su sangre. Dime, ¿qué dicen de mí?

-Que ya es hora de que se acabe con un pirata tan audaz.

-¿Me odian mucho?

-Tanto, que consentirían perder todos sus barcos con tal de ahorcarte.

-¡Ah!

-¿Lo dudas? Hermanito mío, llevas ya muchos años haciendo una mala y otra peor. En

todas las costas hay huellas de tus correrías; todos los pueblos y todas las ciudades han sido atacados y saqueados; todos los fuertes holandeses, españoles e ingleses han recibido tus balas, y el fondo del mar está erizado de naves que tú has echado a pique.

-Es verdad, pero ¿quién tiene la culpa? ¿Acaso los hombres de raza blanca no han sido inexorables conmigo? ¿Acaso no me destronaron con el pretexto de que me hacía demasiado poderoso? ¿Acaso no asesinaron a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas, para destruir mi estirpe? ¿Qué mal les había hecho yo a ellos? ¡La raza blanca no había tenido nunca nada contra mí y a pesar de ello quisieron aplastarme! Ahora los odio, sean españoles, holandeses, ingleses o tus compatriotas portugueses; los maldigo y mi venganza será terrible: ¡lo juré sobre los cadáveres de mi familia y mantendré mi juramento! Si he sido despiadado con mis enemigos, espero que alguna voz se levantará para decir que a veces también he sido generoso.

-No una, sino cientos, miles de voces pueden decir que con los débiles has sido hasta demasiado generoso -dijo Yáñez-. Pueden decirlo todas las mujeres que han caído en tu poder y que has llevado a los puertos de los hombres blancos, con peligro de que los cruceros te echaran a pique; pueden decirlo las débiles tribus que has defendido de los saqueos de los poderosos, los pobres marinos privados de sus barcos en la tempestad y que tú has salvado de las olas y cubierto de regalos, y otros cientos y miles que siempre recordarán tu benevolencia, Sandokán. Pero dime, hermanito mío, ¿dónde quieres ir a parar?

El Tigre de Malasia no contestó. Se puso a pasear por la habitación con los brazos cruzados y con la cabeza inclinada sobre el pecho. ¿En qué pensaba aquel hombre formidable? El portugués Yáñez, aunque hacía mucho tiempo que lo conocía, no podía adivinarlo.

-Sandokán -dijo al cabo de algunos minutos-, ¿en qué piensas?

El Tigre se detuvo mirándolo fijamente, pero no respondió.

-¿Te atormenta algún pensamiento? -prosiguió Yáñez-. ¡Bah! Diríase que te afliges porque te odian tanto los ingleses.

Pero también entonces permaneció el pirata silencioso.

El portugués se levantó, encendió un cigarrillo y se acercó a una puerta oculta por el cortinaje, diciendo: -Buenas noches, hermanito mío.

Sandokán, al oír aquellas palabras, se sobresaltó y, deteniendo a su amigo con un ademán, dijo: -Una palabra, Yáñez.

-Habla, entonces.

-¿Sabes que quiero ir a Labuán?

-¡Tú...! ¡A Labuán!

-¿Por qué tanta sorpresa?

-Porque eres demasiado audaz y cometerás alguna locura en el escondrijo de tus más encarnizados enemigos.

Sandokán lo miró con dos ojos que despedían llamas y emitió una especie de sordo rugido.

-Hermano mío -prosiguió el portugués-, no tientes demasiado a la suerte. ¡Estáte en guardia! La hambrienta Inglaterra ha puesto sus ojos sobre nuestra Mompracem y quizá no espere tu muerte para lanzarse sobre tus cachorros y destruirlos. Estáte en guardia, porque he visto un crucero erizado de cañones y repleto de armas rondando por nuestras aguas, y ése es un león que sólo está esperando su presa.

-¡Pero encontrará al Tigre! -exclamó Sandokán apretando los puños y temblando de pies a cabeza.

-Sí, lo encontrará y quizá sucumba en la batalla, pero su grito de muerte llegará hasta las costas de Labuán y otros se moverán contra ti. Morirán muchos leones, puesto que tú eres fuerte y terrible, ¡pero morirá también el Tigre!

-Yo...

Sandokán había dado un salto hacia adelante con los _brazos contraídos por el furor, los ojos centelleantes y las manos apretadas como si empuñaran las armas. Pero fue un relámpago: se sentó a la mesa, apuró de un solo trago una copa que había quedado llena y dijo con voz perfectamente tranquila:

-Tienes razón, Yáñez; a pesar de todo, mañana iré a Labuán. Una fuerza irresistible me empuja hacia esas playas, y una voz me susurra que debo ver a la joven de los cabellos de oro, que debo...

-¡Sandokán...!

-Silencio, hermanito mío, vámonos a dormir.

2

Fiereza y generosidad

Al día siguiente, unas horas después de aparecer el sol, salía Sandokán de la cabaña, dispuesto a emprender la arriesgada empresa.

Iba vestido de guerra: se había puesto largas botas de piel roja, su color preferido, y una espléndida casaca de terciopelo también roja, adornada con bordados y flecos, y largos pantalones de seda azul. Llevaba en bandolera una preciosa carabina india con arabescos y de largo alcance; a la cintura, una pesada cimitarra con la empuñadura de oro macizo y un kriss, ese puñal de hoja ondulada y envenenada tan apreciado en aquellas poblaciones de Malasia.

Se detuvo un momento a la orilla del gran acantilado, recorriendo con su mirada de águila la superficie del mar, que se había quedado lisa y tersa como un espejo, y miró a oriente.

-Es allá -murmuró, después de algunos instantes de contemplación-. Extraño destino que me empujas allí, ¡dime si me serás fatal!

¡Dime si esa mujer de los ojos azules y de los cabellos de oro, que cada noche turba mis sueños, será mi perdición!...

Movió la cabeza como queriendo ahuyentar un mal pensamiento; luego bajó con paso lento una estrecha escalera abierta en la roca y que conducía a la playa.

Un hombre lo estaba esperando abajo: era Yáñez.

-Todo está dispuesto -dijo-. He mandado preparar las dos mejores embarcaciones de nuestra flota, reforzándolas con dos gruesas espingardas.[7]

-¿Y los hombres?

-Todas las bandas están formadas en la playa, con sus respectivos capitanes. No tendrás más que escoger a las mejores.

-Gracias, Yáñez.

---

[7] Cañón de artillería algo mayor que el falconete y menor que la pieza de batir.

-No me des las gracias, Sandokán: quizá haya preparado tu ruina.

-No temas, hermano mío; las balas tienen miedo de mí.

-Sé prudente, muy prudente.

-Lo seré y te prometo que en cuanto haya visto a esa joven volveré aquí.

-¡Condenada mujer! Estrangularía al pirata que la vio por primera vez y te habló de ella.

-Vamos, Yáñez.

Atravesaron una explanada defendida por grandes baluartes, terraplenes y fosos profundos, y armada de gruesas piezas de artillería, y llegaron a la orilla de la bahía, en medio de la cual flotaban doce o quince veleros, de los llamados praos.[8]

Delante de una larga hilera de cabañas y de sólidos edificios, que parecían almacenes,

---

[8] Voz malaya que en su origen designaba una embarcación de poco calado, muy larga y estrecha.

trescientos hombres estaban perfectamente alineados, en espera de una orden cualquiera para arrojarse a los barcos, como una legión de demonios, y llevar el terror a todos los mares de Malasia. ¡Qué hombres y qué tipos!

Había malayos, de estatura más bien baja, vigorosos y ágiles como monos, cara cuadrada y huesuda, color oscuro, hombres famosos por su audacia y ferocidad. Los había de Batjan,[9] de color aún más oscuro, conocidos por su afición a la carne humana, aunque dotados de una civilización relativamente avanzada; de Dayako, isla próxima a Borneo, de alta estatura, bellos rasgos, célebres por sus estragos, que les valieron el título de «cortadores de cabezas»; de Siam, con su rostro

---

[9] Isla de Indonesia en el archipiélago de las Molucas. Como se ve, la procedencia del ejército de Sandokán está localizada íntegramente en el conjunto de las islas de Indonesia, incluyendo Filipinas, Tailandia (la antigua Siam) y la zona sur de Camboya (Cochinchina).

romboidal y ojos con reflejos amarillentos; de Cochinchina, de color amarillo y con la cabeza adornada por una cola desmesurada; había también indios, buquineses, javaneses, tagalos de Filipinas y, en fin, negritos' con sus enormes cabezas y rasgos repelentes.

Al aparecer el Tigre de Malasia, un bramido recorrió la larga fila de piratas; todos los ojos parecieron incendiarse y todas las manos empuñaron las armas.

Sandokán echó una mirada complacida a sus cachorros, como le gustaba llamarlos, y dijo:

-Patán, acércate.

Un malayo de alta estatura, poderosos miembros y color aceitunado, vestido con una simple falda roja adornada de plumas, avanzó con ese balanceo típico de los hombres de mar.

-¿Con cuántos hombres cuenta tu banda? -le preguntó.

-Cincuenta, Tigre de Malasia.

-¿Todos buenos?

-Todos sedientos de sangre.

-Embárcalos en aquellos dos praos y deja la mitad al javanés Giro-Batol.

-¿Y adónde vamos?

Sandokán le lanzó una mirada que lo hizo estremecerse por su imprudencia, aunque era uno de esos hombres que se ríen de la metralla.

-Obedece sin rechistar, si quieres seguir viviendo -le dijo Sandokán.

El malayo se alejó rápidamente, llevándose tras él su banda, compuesta de hombres valerosos hasta la locura, y que a una señal de Sandokán no habrían dudado en saquear el mismísimo sepulcro de Mahoma, aunque eran todos mahometanos.

-Vamos, Yáñez -dijo Sandokán, cuando vio que todos estaban embarcados.

Estaban a punto de llegar a la playa, cuando fueron alcanzados por un feo negro de enorme cabeza, con manos y pies de una grandeza desproporcionada, un verdadero campeón de aquellos horribles negritos que

podían encontrarse en el interior de casi todas las islas de Malasia.

-¿Qué quieres y de dónde vienes, Kili-Dalú? -le preguntó Yáñez.

-Vengo de la costa meridional -contestó el negrito, respirando afanosamente.

-¿Y qué nos traes?

-Una buena nueva, jefe blanco; he visto un gran junco[10] que navegaba hacia las islas Romades.

-¿Iba cargado?

-Sí, Tigre.

-Está bien; dentro de tres horas caerá en mi poder.

-¿Y después irás a Labuán?

-Directamente, Yáñez.

Se detuvieron ante una soberbia ballenera, montada por cuatro malayos.

---

[10] Voz malaya, tal vez de ascendencia china, que designa a una pequeña embarcación de las Indias orientales.

-Adiós, hermano -dijo Sandokán, abrazando a Yáñez.

-Adiós, Sandokán. Cuidado con hacer locuras. -No temas, seré prudente.

-Adiós, y que tu buena estrella te proteja.

Sandokán saltó a la ballenera, y en pocas paladas se acercó a los praos, que estaban desplegando sus inmensas velas.

Desde la playa se alzó un inmenso grito: -¡Viva el Tigre de Malasia!

-Vámonos -ordenó el pirata dirigiéndose a las dos tripulaciones.

Levaron anclas las dos escuadras de demonios, color verde aceituna o amarillo sucio, y las dos embarcaciones, dando dos bordadas, se lanzaron a alta mar, resoplando sobre las azules olas del mar malayo.

-¿Ruta? -preguntó Patán a Sandokán, que se había puesto al mando del barco mayor.

-¡Directos a las islas Romades! -contestó el jefe.

_Después, dirigiéndose a las tripulaciones, gritó:

-¡Cachorros, abrid bien los ojos; tenemos que saquear un junco!

El viento, que soplaba del sudoeste, era bueno, y el mar, ligeramente picado, no oponía resistencia al curso de los dos barcos, que en poco tiempo alcanzaron una velocidad superior a los doce nudos, velocidad realmente poco común en los barcos de vela, pero no extraordinaria para los barcos malayos, que llevan velas inmensas y son de casco estrechísimo y ligero.

Los dos barcos con los que el tigre iba a empezar la audaz empresa no eran dos verdaderos praos, los cuales ordinariamente son pequeños y sin puente.

Sandokán y Yáñez, que en lo tocante a cosas del mar no tenían rival en toda Malasia, habían modificado todos sus veleros para atacar con ventaja a las naves que perseguían.

Habían conservado las inmensas velas, cuya longitud alcanzaba los cuarenta metros, e igualmente los mástiles, gruesos pero dota-

dos de cierta flexibilidad, y los cabos de fibra de gamut y de rotang,[11] más resistentes que las maromas y más fáciles de encontrar. En cambio, habían dado a los cascos mayores dimensiones, una forma más esbelta a la quilla, y a la proa una solidez a toda prueba.

Además, en todos los barcos habían construido un puente y abierto agujeros en los costados para los remos; habían eliminado uno de los dos timones que llevaban los praos y suprimido los balancines para que no pudieran dificultar los abordajes.

A pesar de que los dos praos se encontraban aún a una gran distancia de las islas Ro-

---

[11] El gamut, o gamuto, es un filamento que se extrae de la base de las hojas de las palmas y se usa para trenzar cuerdas y otros objetos en las islas Molucas y en Filipinas. La rotang, o rota, es una planta con cuyo tallo, delgado, sarmentoso, fuerte y que puede alcanzar hasta 80 m de alto, se pueden hacer bastones flexibles, respaldos de rejilla, etc., y por supuesto, cabos de embarcación.

mades, hacia las cuales se suponía que se dirigía el junco descubierto por Kili-Dalú, apenas se corrió la noticia de la presencia de aquel barco, los piratas pusieron enseguida manos a la obra, para poder estar prestos para el combate..

Los dos cañones y las dos gruesas espingardas fueron cargados con el máximo cuidado; dispusieron en el puente una gran cantidad de balas y granadas para lanzarlas a mano, y luego fusiles, hachas, sables de abordaje, y colocaron en la borda los garfios de abordaje para lanzarlos sobre las jarcias del buque enemigo. Hecho esto, aquellos demonios, cuyas miradas ya se encendían de ardiente deseo, se pusieron en observación, unos sobre las batayolas, otros sobre los flechaste y otros a horcajadas sobre las vergas[12] todos ansiosos de descubrir el junco,

---

[12] . Batayola: Cajón donde se guardan de día los coyes o catres de la tripulación. Flechaste: Cada uno de los cordeles horizontales que, ligados a los obenques (véase la

que prometía un rico saqueo, pues tales naves procedían ordinariamente de los puertos de China.

También Sandokán parecía participar de la ansiedad y excitación de sus hombres. Caminaba de proa a popa con paso nervioso, escudriñando la inmensa extensión de agua y apretando con una especie de rabia la empuñadura de oro de su espléndida cimitarra.

A las diez de la mañana Mompracem desaparecía en el horizonte, pero el mar seguía desierto.

Ni un escollo a la vista, ni una columna de humo que indicase la presencia de un piróscafo, [13]ni un punto blanco que señalase la proximidad de algún velero.

---

página 151, nota 1) a lo largo de las jarcias, sirven de escalones a la marinería para subir a ejecutar las maniobras en lo alto de los palos. Verga: Cada una de las perchas donde se aseguran las extremidades u orillas de las velas

[13] . Buque de vapor.

Una viva impaciencia empezaba a adueñarse de la tripulación de los dos barcos: los hombres subían y bajaban de los aparejos maldiciendo, artillaban las baterías con fusiles y hacían destellar las relucientes hojas de sus kriss envenenados y de las cimitarras.

De pronto, poco después del mediodía, desde lo alto del palo mayor se oyó una voz:

-¡Eh! ¡Alerta a sotavento!

Sandokán interrumpió su paseo. Lanzó una rápida mirada sobre el puente de su propio barco, otra sobre el mandado por Giro-Batol; y luego ordenó:

-¡Cachorros! ¡A vuestros puestos de combate!

En menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, los piratas que habían subido a los palos bajaron a cubierta, ocupando sus puestos asignados.

-Araña de Mar-dijo Sandokán, volviéndose hacia el hombre que había quedado de vigía en el mástil-. ¿Qué ves?

-Una vela, Tigre.

-¿Es un junco?

-Es la vela de un junco, sin lugar a dudas. -Hubiera preferido un barco europeo –murmuró Sandokán, frunciendo el ceño-. Ningún odio me empuja contra los hombres del Celeste Imperio. Pero quién sabe...

Reemprendió el paseo y no volvió a hablar.

Pasó una media hora, durante la cual los dos praos ganaron cinco nudos. Luego, volvió a oírse la voz de Araña de Mar.

-¡Capitán, es un junco! -gritó-. Tened cuidado, porque nos ha divisado y está cambiando de rumbo.

-¡.Ah! -exclamó Sandokán-. ¡Eh, Giro-Batol! Maniobra de forma que le impidas la huida.

Los dos barcos se separaron y, describiendo un amplio semicírculo, se dirigieron con todas las velas desplegadas al encuentro del barco mercante.

Era ésta una de esas pesadas embarcaciones llamadas juncos, de forma burda y de

dudosa solidez, utilizadas en los mares de China.

En cuanto se percató de la maniobra de los dos barcos sospechosos, contra los cuales no podía competir en velocidad, el junco se paró enarbolando un gran estandarte.

Al ver el estandarte, Sandokán dio un salto hacia adelante.

-La bandera del rajá Brooke, el exterminador de los piratas -gritó, con un indescriptible acento de odio-. ¡Cachorros! ¡Al abordaje! ¡Al abordaje!...

Un alarido salvaje, feroz, estalló en las dos tripulaciones, las cuales no ignoraban la fama del inglés James Brooke,[14] que se había convertido en rajá de Sarawak, y era enemigo

---

[14] James Brooke (1803-1868) fue, efectivamente, un navegante y aventurero inglés que sometió al dominio inglés territorios pertenecientes al sultán de Borneo.

despiadado de los piratas: un gran número de ellos había caído bajo sus golpes.

Patán, de un salto, alcanzó el cañón mientras los demás apuntaban la espingarda y armaban las carabinas.

-¿Empiezo?

-Sí, pero no desperdicies la bala. -¡Está bien!

De pronto, una detonación retumbó a bordo del junco y una bala de pequeño calibre pasó con un agudo silbido a través de las velas.

Patán se agachó sobre su cañón e hizo fuego; el efecto fue inmediato: el palo mayor del junco, roto por la base, osciló violentamente hacia adelante y hacia atrás y cayó sobre cubierta, con las velas y todos los cordajes. A bordo del desafortunado junco se vio a algunos hombres correr al costado del barco y después desaparecer.

-¡Mira, Patán! -gritó Araña de Mar.

Un pequeño bote, montado por seis hombres, se alejaba del junco y huía hacia las Romades.

-¡Ah! -exclamó Sandokán con ira-. ¡Hay hombres que huyen en lugar de luchar! ¡Patán, haz fuego sobre esos cobardes!

El malayo disparó a flor de agua una carga de metralla que destrozó el bote, fulminando a todos los que iban en él.

-¡Bravo, Patán! -gritó Sandokán-. Y ahora, déjame ese barco raso como una barcaza, pues veo aún sobre él una numerosa tripulación. ¡Después lo enviaremos a reparar a los arsenales del rajá, si los tiene!

Los dos barcos corsarios reemprendieron la infernal música, lanzando balas, granadas y ráfagas de metralla hacia el pobre barco, destrozando el palo del trinquete y desfondando las amuras y los costados, reduciendo su maniobrabilidad y matando a sus marineros, que se defendían desesperadamente a tiros de fusil.

-¡Bravos! -exclamó Sandokán, que admiraba el valor de los pocos hombres que habían quedado en el junco-. ¡Tirad, tirad aún contra nosotros! ¡Sois dignos de combatir contra el Tigre de Malasia!

Los dos barcos corsarios, envueltos en una nube de los siete u ocho hombres que aún sobrevivían, viendo a los otros piratas invadir la cubierta, tiraron las armas. -¿Quién es el capitán? -preguntó Sandokán. -Yo -contestó un chino, y se adelantó temblando. -Eres un valiente y tus hombres son dignos de ti

-dijo Sandokán-. ¿Adónde vais?

-A Sarawak.

Una profunda arruga se dibujó en la amplia frente del pirata.

-¡Ah! -exclamó con voz ronca-. Vas a Sarawak. ¿Y qué hace el rajá Brooke, el exterminador de los piratas?

-No lo sé, porque falto de Sarawak desde hace varios meses.

-No importa, pero le dirás que un día iré a echar el ancla a su bahía y que allí esperaré

sus barcos. ¡Y veremos si el exterminador de los piratas será capaz de vencer a los míos!

Después se arrancó del cuello una hilera de diamantes de trescientas o cuatrocientas mil liras de valor y, ofreciéndosela al capitán del junco, dijo:

-Tómalos, valiente. Siento haberte destrozado el junco, pero con estos diamantes podrás comprarte otros diez.

-Pero ¿quién sois vos? -preguntó el capitán, estupefacto.

Sandokán se le acercó y, poniéndole las manos en los hombros, le dijo:

-Mírame bien: yo soy el Tigre de Malasia.

Y luego, antes de que el capitán y sus marineros pudieran reponerse de su asombro y terror, Sandokán y sus piratas ya habían vuelto a sus barcos.

-¿Ruta? -preguntó Patán.

El Tigre levantó el brazo indicando hacia el este; luego, con voz metálica, en la que se notaba una gran vibración, gritó:

-¡Cachorros, a Labuán! ¡A Labuán!

3

El crucero

Después de haber abandonado el desarbolado y hendido junco, que sin embargo no corría peligro de irse a pique, al menos por el momento, los dos barcos de presa reemprendieron el curso hacia Labuán, la isla habitada por aquella joven de los cabellos de oro, a la que Sandokán quería ver a toda costa.

El viento se mantenía al noroeste y era bastante fresco; el mar seguía tranquilo, favoreciendo el curso de los dos praos, que corrían a diez u once nudos por hora.

Sandokán, después de haber mandado limpiar el puente, arreglar las jarcias cortadas por las balas enemigas, arrojar al mar el ca-

dáver de Araña y de otro pirata muerto de un balazo, y cargar los fusiles y las espingardas, encendió un espléndido narguile[15], procedente sin duda de algún bazar indio o persa, y llamó a Patán.

El malayo se apresuró a obedecer.

-Dime, malayo -dijo el Tigre, clavándole en el rostro dos ojos que infundían pavor-. ¿Sabes cómo ha muerto Araña de Mar?

-Sí -respondió Patán, estremeciéndose al ver al pirata tan ceñudo.

-Cuando yo voy al abordaje, ¿sabes cuál es tu sitio? -Detrás de vos.

-Y tú no estabas allí, y Araña ha muerto en tu lugar.

-Es verdad, capitán.

---

15 Pipa para fumar, muy usada por los orientales, compuesta de un largo tubo flexible, del recipiente en que se quema el tabaco y de un vaso lleno de agua perfumada, a través de la cual se aspira el humo.

-Debería fusilarte por esta falta, pero tú eres un valiente y no me gusta sacrificar inútilmente a los valientes. Pero, en el primer abordaje, te dejarás matar a la cabeza de mis hombres.

-Gracias, Tigre.

-Sabau -exclamó después Sandokán.

Otro malayo, cuyo rostro estaba cruzado por una profunda herida, se acercó.

-¿Has sido tú el primero en saltar al junco detrás de mí? -le preguntó Sandokán.

-Sí, Tigre.

-Está bien. Cuando muera Patán, tú le sucederás en el mando.

Dicho esto, atravesó a pasos lentos el puente y bajó a su camarote, situado a popa.

Durante el día, los dos praos continuaron navegando por aquel trecho de mar comprendido entre Mompracem y las Romades al oeste, la costa de Borneo al este y al noroeste, y Labuán y las Tres Islas al norte, sin encontrar ningún barco mercante.

La siniestra fama de que gozaba el Tigre se había esparcido por aquellos mares, y muy pocos barcos se atrevían a aventurarse por aquellos lugares. La mayor parte huían de aquellos parajes, continuamente transitados por los barcos corsarios, y se mantenían al socaire de la costa, dispuestos, al primer peligro, a lanzarse a tierra, al menos para poder salvar la vida.

Apenas cayó la noche, los dos barcos amainaron las grandes velas para protegerse contra inesperadas ráfagas de viento, y se acercaron el uno al otro para no perderse de vista y estar preparados para ayudarse mutuamente.

Hacia la medianoche, en el momento mismo en que pasaban por delante de las Tres Islas, que son los centinelas avanzados de Labuán, Sandokán se presentó en el puente.

Seguía presa de una gran agitación. Se puso a pasear de proa a popa, con los brazos cruzados, encerrado en un feroz silencio. Pero, de cuando en cuando, se paraba para es-

cudriñar la negra superficie del mar, subía a las amuradas para abarcar mejor el horizonte y después se agazapaba y se ponía a la escucha. ¿Qué esperaba oír? ¿Quizá el gruñido de alguna máquina que le indicase la presencia de un crucero, o acaso el ruido de las olas que se iban rompiendo sobre las costas de Labuán?

A las tres de la mañana, cuando las estrellas empezaban a palidecer, Sandokán gritó:

¡Labuán!

En efecto, hacia el este, allí donde el mar se confundía con el horizonte, se podía divisar confusamente una estrecha línea oscura.

-¡Labuán! -repitió el pirata, respirando como si se hubiera quitado de encima un gran peso que le oprimía el corazón.

-¿Tenemos que seguir adelante? -le preguntó Patán.

-Sí -respondió el Tigre-. Entraremos en el río que ya conoces.

La orden fue transmitida a Giro-Batol, y los dos barcos se dirigieron en silencio hacia la suspirada isla.

Labuán, cuya superficie no rebasa los 116 kilómetros cuadrados, no era en aquellos tiempos el importante puerto que es hoy.

Ocupada en 1847 por sir Rodney Mandy, comandante del Iris, por orden del gobierno inglés', que intentaba aniquilar la piratería, sólo contaba entonces con un millar de habitantes, casi todos de raza malaya, y unos doscientos blancos.

Por entonces habían fundado apenas una ciudadela, a la que habían dado el nombre de Victoria, fortificándola con algunos baluartes, para impedir que fuera destruida por los piratas de Mompracem, que ya varias veces habían saqueado sus costas. El resto de la isla estaba cubierto por espesos bosques, todavía poblados de tigres, y sólo algunas factorías se habían construido en sus alturas o en sus praderas.

Los dos praos, después de haber costeado durante algunas millas la isla, entraron silenciosamente en un pequeño río, cuyas orillas estaban cubiertas de una riquísima vegetación, y lo remontaron unos seiscientos o setecientos metros, anclando bajo la oscura sombra de grandes árboles.

Un crucero que hubiera batido las costas no habría logrado descubrirlos, ni habría podido sospechar la presencia de aquellos cachorros, emboscados como los tigres de las sunderbunds[16] indias.

A mediodía Sandokán, después de haber enviado dos hombres a la desembocadura del río y otros dos a la selva para no ser sorprendido, se armó de su carabina y desembarcó seguido de Patán.

Había recorrido alrededor de un kilómetro, adentrándose en la espesura de la selva,

---

[16] Región natural de la India, situada en la parte meridional del delta del Ganges, que abriga una fauna temible: tigres, búfalos, cocodrilos, cobras y pitones

cuando se detuvo bruscamente al pie de un colosal durion[17], cuyo delicioso fruto, erizado de durísimas espinas, se agitaba bajo los picotazos de una bandada de tucanes.

¿Habéis visto algún hombre? -preguntó Patán.

-No, escucha -contestó Sandokán.

El malayo aguzó el oído y escuchó unos lejanos ladridos.

-Hay alguien de cacería -dijo, levantándose.

-Vamos a ver.

Reemprendió el camino, pasando bajo los pimenteros, cuyas ramas estaban cargadas de racimos rojos, bajo los artocarpus[18] o ár-

---

[17] Durion, planta arbórea de gran tamaño, con inflorescencias en cimas o fascículos laterales.

[18] Artocarpus o artocárpeo: Nombre que dio Linneo al árbol del pan. Es una planta arbórea con jugo lechoso (piénsese en el árbol de la leche), de la que hay más de 70 especies en Asia y Oceanía

boles del pan y bajo las arecas[19], entre cuyas hojas volaban batallones de lagartos voladores.

Los ladridos del perro se acercaban cada vez más, y en pocos momentos los dos piratas se encontraron en presencia de un feo negro, vestido con unos pantalones rojos y que llevaba atraillado un mastín.

¿Adónde vas? -le preguntó Sandokán, cortándole el paso.

-Busco la pista de un tigre -contestó el negro.

-¿Y quién te ha dado permiso para cazar en mis bosques?

-Estoy al servicio de lord Guldek.

-¡Está bien! Ahora dime, esclavo maldito, ¿has oído hablar de una joven que se llama la Perla de Labuán?

---

[19] Areca: Especie de palmera del Asia tropical y Australia.

-¿Quién no conoce en esta isla a esa bella criatura? Es el buen genio de Labuán, a quien todos quieren y adoran.

-¿Es hermosa? -preguntó Sandokán emocionado. -Creo que ninguna mujer se le puede comparar. Un fuerte sobresalto se apoderó del Tigre de Malasia.

-Dime -volvió a preguntar después de un instante de silencio-, ¿dónde vive?

-A dos kilómetros de aquí, en medio de una pradera.

-Me basta con eso; vete y, si estimas en algo tu vida, no mires para atrás.

Le dio un puñado de monedas de oro y, cuando el negro desapareció, se sentó a los pies de un gran artocarpus, murmurando:

-Esperamos la noche, y después iremos a echar un vistazo por los alrededores.

Patán lo imitó, tumbándose a la sombra de una areca, pero con la carabina a mano.

Serían las tres de la tarde, cuando un acontecimiento imprevisto vino a interrumpir su espera.

Del lado de la costa se oyó un cañonazo, que hizo callar bruscamente a todos los pájaros que poblaban los bosques.

Sandokán se puso en pie de un salto, con la carabina entre las manos, completamente transfigurado.

-¡Un cañonazo! -exclamó-. ¡Vámonos, Patán! ¡Veo sangre!

Y se lanzó a saltos de tigre a través de la selva, seguido por el malayo, que, a pesar de ser ágil como un ciervo, a duras penas podía mantenerse detrás.

4

Tigres y leopardos

En menos de diez minutos, los dos piratas alcanzaron la orilla del río. Todos los hombres habían subido a bordo de los praos y estaban

desplegando todas las velas aunque hacía muy poco viento.

-¿Qué sucede? -preguntó Sandokán, saltando al puente.

-Capitán, nos están atacando -dijo Giro-Batol-. Un crucero nos cierra la salida en la desembocadura del río.

-¡Ah! -dijo el Tigre-. ¿Vienen a atacarme hasta aquí esos ingleses? ¡Pues bien, mis cachorros, empuñad las armas, y nos haremos a la mar! ¡Vamos a demostrar a esos hombres cómo luchan los tigres de Mompracem!

-¡Viva el Tigre! -gritaron las dos tripulaciones con terrible entusiasmo-. ¡Al abordaje! ¡Al abordaje!

Un instante después, los dos barcos bajaban por el río y tres minutos más tarde se encontraban en pleno mar.

A seiscientos metros de la orilla, un gran buque, que rebasaba las mil quinientas toneladas, poderosamente armado, navegaba a poco vapor, cerrándoles la salida del oeste.

Sobre su puente se oían redoblar los tambores que llamaban a los hombres a sus puestos de combate y se oían las órdenes de los oficiales.

Sandokán miró fríamente a aquel formidable adversario, y en lugar de asustarse de sus dimensiones, de su numerosa artillería y de su tripulación, tres o cuatro veces más numerosa que la suya, ordenó:

-¡A los remos, mis cachorros!

Los piratas se precipitaron bajo el puente, poniéndose a los remos, mientras los artilleros apuntaban los cañones y espingardas.

-Ahora nos toca a nosotros, barco maldito -dijo Sandokán, cuando vio los praos disparse como flechas bajo el empuje de los remos.

Súbitamente un chorro de fuego brilló sobre el puente del crucero, y una bala de grueso calibre pasó silbando entre la arboladura del prao.

-¡Patán! -gritó Sandokán-. ¡A tu cañón!

El malayo, que era uno de los mejores artilleros de que pudiera jactarse la piratería, encendió la mecha a su pieza. El proyectil se alejó silbando y fue a estrellarse en el puente del comandante, destruyendo al mismo tiempo el asta de la bandera.

El barco de guerra, en lugar de contestar, dio una bordada, ofreciendo el costado de babor, del cual salían las extremidades de una media docena de cañones.

-¡Patán! No desperdicies ni un solo tiro –dijo Sandokán, mientras un cañonazo retumbaba sobre el prao de Giro-Batol-. Destroza la arboladura de ese maldito, rómpele las ruedas,[20] desmonta sus piezas y, cuando ya no tengas puntería, déjate matar.

En aquel instante, el crucero pareció incendiarse. Un huracán de hierro atravesó los

---

[20] Recuérdese que los buques de vapor llevaban ruedas para desplazar el agua e impulsar el movimiento del barco

aires y alcanzó de lleno a los praos, arrasándolos como si fueran barcazas.

Espantosos alaridos de rabia y de dolor se alzaron entré los piratas, sofocados por una segunda ráfaga que lanzó por los aires remeros, artillería y artilleros.

Hecho esto, el barco de guerra, envuelto en remolinos de humo negro y blanco, dio una bordada a menos de cuatrocientos metros de los praos y se alejó un kilómetro, dispuesto a reemprender el fuego.

Sandokán, que había quedado ileso, aunque derribado por una verga, se levantó enseguida.

-¡Miserable! -tronó, mostrando los puños al enemigo-. ¡Huyes, cobarde, pero te alcanzaré!

Con un silbido, llamó a sus hombres a cubierta.

-¡Rápido, instalad una barricada delante de los cañones! ¡Y después, adelante!

En un momento, a proa de los dos barcos fueron apilados palos de repuesto, barriles

llenos de balas, viejos cañones desmontados y escombros de todo género formando una sólida barricada.

Los veinte hombres más fuertes volvieron a bajar para maniobrar los remos, mientras los demás se colocaban detrás de las barricadas empuñando las carabinas y llevando entre los dientes sus puñales, que centelleaban entre los labios temblorosos.

-¡Adelante! -ordenó el Tigre.

El crucero había detenido su marcha hacia atrás y ahora avanzaba a poco vapor, vomitando torrentes de humo negro.

-¡Fuego a discreción! -aulló el Tigre.

Desde ambos lados se reemprendió la música infernal, respondiendo disparo por disparo, proyectil por proyectil, metralla contra metralla.

Los tres barcos, decididos a sucumbir antes que retroceder, casi no podían verse, envueltos como estaban en inmensas nubes de humo, que una calma obstinada mantenía sobre los puentes, aunque rugían con el

mismo furor y los relámpagos sucedían a los relámpagos y las detonaciones a las detonaciones.

El buque tenía la ventaja de su volumen y de su artillería, aunque los dos praos, que el valeroso Tigre conducía al abordaje, no cedían. Rasos como barcazas, horadados en cien lugares, hendidos, irreconocibles, con el agua ya en la bodega, llenos ya de muertos y heridos, continuaban avanzando a pesar de la continua tempestad de balas.

El delirio se había apoderado de aquellos hombres que no deseaban más que poder subir al puente de aquel formidable buque, si no para vencer, por lo menos para morir en campo enemigo.

Patán, fiel a su palabra, se había dejado matar detrás de su cañón, pero enseguida otro hábil artillero había ocupado su lugar. Varios hombres habían caído, y otros, horriblemente heridos, con las piernas o los brazos cortados, se debatían aún desesperadamente entre torrentes de sangre.

Un cañón había sido desmontado en el prao de Giro-Batol, y una espingarda ya casi no funcionaba, pero eso ¿qué más daba?

Sobre el puente de, los dos barcos quedaban otros tigres sedientos de sangre, que cumplían valerosamente con su deber.

El hierro silbaba por encima de aquellos valientes, desprendía brazos y destrozaba pechos, regaba los puentes, quebraba las amuradas, rompía cuanto pillaba, pero nadie hablaba de retroceder, antes bien insultaban al enemigo y hasta lo desafiaban, y, cuando una ráfaga de viento desembarazaba a aquellos pobres barcos de los nubarrones que los cubrían, se veían, tras las semiderruidas barricadas, rostros hoscos y desencajados de furor, ojos inyectados en sangre, que despedían fuego a cada relampagueo de la artillería, y dientes que crujían sobre las hojas de los puñales; y, en medio de aquella horda de auténticos tigres, su capitán, el invencible Sandokán, que, con la cimitarra en la mano, la mirada ardiente, los largos cabellos despa-

rramados por los hombros, animaba a los combatientes con una voz que resonaba como una trompeta entre el retumbar de los cañones.

La terrible batalla duró veinte minutos; después, el crucero se desplazó unos seiscientos metros, para no ser abordado.

Un alarido de furor resonó a bordo de los dos praos, ante aquella nueva retirada. Ya no había posibilidad de luchar contra aquel enemigo, que, aprovechándose de sus máquinas, evitaba todo abordaje.

Pero Sandokán no quería retroceder.

Derribando de un irresistible empujón a los hombres que le rodeaban, se agachó sobre el cañón que aún estaba cargado, corrigió la puntería y encendió la mecha.

Pocos segundos después, el palo mayor del crucero, alcanzado en su base, se precipitaba al mar, llevándose consigo a todos los tiradores que se encontraban en las cofas y crucetas.

Mientras el buque se detenía para salvar a los hombres que iban a ahogarse y suspendía el fuego, Sandokán aprovechó para embarcar en su propio barco a la tripulación del prao de Giro-Batol.

-¡Y ahora a la costa volando! -tronó.

El prao de Giro-Batol, que aún se mantenía a flote por un verdadero milagro, fue desalojado enseguida y abandonado a las olas con su cargamento de cadáveres y con sus piezas de artillería ya inservibles.

Velozmente los piratas se pusieron a los remos y, aprovechándose de la inactividad del buque de guerra, se alejaron con rapidez, refugiándose en el río.

¡No pudo ser más a tiempo! El pobre barco, que hacía agua por todas partes, a pesar de los tapones puestos apresuradamente en los agujeros abiertos por las balas del crucero, se hundía lentamente.

Gemía como un moribundo bajo el peso del agua que lo invadía, y escoraba, tendiendo a inclinarse a babor.

Sandokán, que se había puesto al timón, lo dirigió hacia la orilla próxima y lo embarrancó en un banco de arena.

Apenas se dieron cuenta los piratas de que ya no corría peligro de hundirse, irrumpieron sobre cubierta como una manada de tigres hambrientos, con las armas en la mano, los rasgos contraídos por el furor, dispuestos a recomenzar la lucha con igual ferocidad y resolución.

Sandokán los detuvo con un gesto, y luego, mirando el reloj que llevaba en la cintura, dijo:

-Son las seis: dentro de dos horas el sol habrá desaparecido y las tinieblas se apoderarán del mar. Que todos se pongan a trabajar con rapidez, de manera que a medianoche el prao esté listo para volver al mar.

-¿Atacaremos al crucero? -preguntaron los piratas, agitando frenéticamente las armas.

-No os lo prometo, pero os juro que muy pronto llegará el día en que vengaremos esta derrota. Y junto al relampagueo de los caño-

nes, se verá ondear nuestra bandera en los baluartes de Victoria.

-¡Viva el Tigre! -gritaron los piratas.

-Silencio -tronó Sandokán-. Que vayan dos hombres a la desembocadura del río a espiar el crucero y otros dos a los bosques para evitar toda posible sorpresa; curad a los heridos, y después, todos a trabajar.

Mientras los piratas se apresuraban a vendar las heridas que habían sufrido sus compañeros, Sandokán se acercó a popa y se quedó algunos minutos en observación, dirigiendo su mirada hacia la bahía, cuyo espejo de agua podía verse a través de un desgarrón, de la selva.

Intentaba sin duda descubrir el crucero, que al parecer no se atrevía a aproximarse demasiado a la costa, quizá por miedo a encallar en los numerosos bancos de arena que se extendían por aquel lugar.

-Sabe con quién se enfrenta -murmuró el formidable pirata-. Espera que nos hagamos nuevamente a la mar para exterminarnos;

pero se engaña si cree que voy a mandar a mis hombres al abordaje. El Tigre también sabe ser prudente.

Se sentó sobre el cañón y luego llamó a Sabau.

El pirata, uno de los más valientes, que se había ganado ya el grado de lugarteniente después de haberse jugado veinte veces la piel, acudió.

-Patán y Giro-Batol han muerto -le dijo Sandokán con un suspiro-. Se han dejado matar sobre su prao, a la cabeza de los valientes que intentaban arrojarse contra ese maldito navío. El mando te corresponde ahora a ti, y yo te lo confiero.

-Gracias, Tigre de Malasia.

-Tú serás tan valiente como ellos.

-Cuando mi capitán me mande dejarme matar, estaré dispuesto a obedecerle.

-Ahora, ayúdame.

Uniendo sus fuerzas, empujaron a popa el cañón y las espingardas, y las apuntaron hacia la pequeña bahía para poder barrerla a

golpes de metralla, en caso de que los botes del crucero intentaran forzar la desembocadura del río.

-Ahora podemos estar seguros -dijo Sandokán-. ¿Has enviado dos hombres a la desembocadura?

-Sí, Tigre de Malasia. Deben de estar emboscados entre los bambúes.

-Muy bien.

-¿Esperaremos a la noche para salir al mar?

-Sí, Sabau.

¿Lograremos engañar al crucero?

-La luna aparecerá bastante tarde y quizá ni se divise. Veo acercarse algunas nubes desde el sur.

-¿Tomaremos la ruta de Mompracem, capitán?

-Directamente.

-¿Sin vengarnos?

-Somos muy pocos, Sabau, para enfrentarnos con la tripulación del crucero; y además, ¿cómo responder a su artillería? Nuestro

barco ya no está en condiciones de sostener un segundo combate.

-Es verdad, capitán.

-Paciencia por ahora; el día de la revancha llegará muy pronto.

Mientras los dos jefes charlaban, sus hombres trabajaban con febril encarnizamiento. Eran todos valientes marinos, y entre ellos no faltaban carpinteros ni maestros del hacha.

En sólo cuatro horas construyeron dos nuevos palos, arreglaron las amuradas, taparon todos los agujeros y repusieron las jarcias, ya que tenían a bordo abundancia de cables, fibras, cadenas y gúmenas.[21]

A las diez, el barco podía no sólo hacerse de nuevo a la mar, sino incluso emprender otro combate, pues habían levantado también barricadas formadas con troncos de árbol para proteger el cañón y las espingardas.

Durante aquellas cuatro horas, ningún bo-

---

[21] Maroma gruesa que sirve en los barcos para atar las áncoras y para otros usos

te del crucero se había atrevido a mostrarse en las aguas de la bahía.

El comandante inglés, sabiendo con quién tenía que luchar, no había considerado oportuno comprometer a sus hombres en una batalla terrestre. Por otra parte, estaba absolutamente seguro de obligar a los piratas a rendirse o de rechazarlos nuevamente hacia la costa, si hubieran intentado atacarlo o lanzarse a mar abierto.

Alrededor de las once, Sandokán, que había tomado la resolución de intentar la salida al mar, llamó a los hombres que había mandado a vigilar la desembocadura del río.

-¿Está libre la bahía? -les preguntó.

-Sí -contestó uno de los dos.

-¿Y el crucero?

-Se encuentra delante de la bahía.

-¿Muy lejos?

-A media milla.

-Tendremos espacio suficiente para pasar -murmuró muró Sandokán-. Las tinieblas protegerán nuestra retirada.

Después, mirando a Sabau, dijo:

-En marcha.

Enseguida, quince hombres se pusieron al banco de los remos y con un poderoso impulso empujaron el prao hasta el río.

-Que nadie grite, bajo ningún pretexto -dijo Sandokán con voz imperiosa-. Tened bien abiertos los ojos y las armas preparadas. Nos estamos jugando una partida tremenda.

Se sentó junto al timón, con Sabau a su lado, y guió resueltamente el barco hacia la desembocadura del río.

La oscuridad favorecía la huida. No había luna en el cielo y no se veía una estrella, ni siquiera esa vaga claridad que proyectan las nubes cuando el astro de la noche las ilumina desde arriba.

Gruesos nubarrones habían invadido la bóveda celeste, interceptando completamente cualquier luz. Y la sombra proyectada por los gigantescos *durion, las* palmeras y las desmesuradas hojas de los plátanos era tan densa que Sandokán apenas si podía distinguir

las dos orillas del río.

Un silencio profundo, apenas roto por el leve rumor de las aguas, reinaba sobre aquella pequeña corriente de agua. No se oía ni el susurro de las hojas, dado que no se movía un soplo de viento bajo las tupidas bóvedas de aquellos grandes vegetales, y tampoco sobre el puente del barco se percibía el menor ruido. Parecía que todos aquellos hombres, agazapados entre la proa y la popa, habían dejado de respirar, por temor a perturbar la calma.

El prao estaba ya muy cerca de la desembocadura del río, cuando tras un leve choque se detuvo.

-¿Encallados? -preguntó Sandokán.

Sabau se inclinó sobre las amuradas y escudriñó atentamente las aguas.

-Sí -dijo luego-. Hay un banco debajo de nosotros.

-¿Podremos pasar?

-La marea sube rápidamente y creo que dentro de unos minutos podremos continuar el descenso del río. -Esperemos, pues.

La tripulación, aunque ignoraba por qué se había detenido el prao, no se movió. Pero Sandokán había oído el crujido característico de las carabinas al ser montadas, y había visto a los artilleros curvarse en silencio sobre el cañón y las dos espingardas.

Pasaron algunos minutos de angustiosa espera para todos; luego se oyeron hacia proa y bajo la quilla algunos crujidos. El prao, levantado por la marea, que subía rápida, se deslizaba sobre el banco de arena.

Al poco rato, se había librado de aquel fondo firme, balanceándose levemente.

-Desplegad una vela -ordenó Sandokán a los hombres de maniobra.

-¿Será suficiente, capitán? -preguntó Sabau. -Por ahora sí.

Un momento después, una vela latina se desplegó sobre el trinquete. La habían pinta-

do de negro, para que pudiera confundirse completamente con las tinieblas de la noche.

El prao descendió con rapidez, siguiendo las tinieblas del río. Superó felizmente el bajío, pasando entre los bancos de arena y los arrecifes, atravesó la pequeña bahía y salió silenciosamente al mar.

-¿Y el buque? -preguntó Sandokán, poniéndose de pie.

-Allí está, a media milla de nosotros -contestó Sabau.

En la dirección indicada se divisaba confusamente una masa oscura, sobre la cual se levantaban de cuando en cuando pequeños puntos luminosos, indudablemente chispas que salían de la chimenea. Escuchando con atención, se podían oír también las sordas vibraciones de las calderas.

-Aún tiene las calderas encendidas -murmuró Sandokán-. Así pues, están esperándonos.

¿Pasaremos inadvertidos, capitán? -preguntó Sabau.

-Eso espero. ¿Ves alguna chalupa?

-Ninguna, capitán.

-Pasaremos rozando la playa, para confundirnos mejor con la masa de los árboles, y después enfilaremos el mar abierto.

El viento era débil y el mar estaba tranquilo como si fuera de aceite.

Sandokán mandó que se desplegara una vela más, en el palo mayor; después puso rumbo al sur, siguiendo las sinuosidades de la costa.

Como la playa estaba cubierta de grandes árboles, los cuales proyectaban sobre las aguas su tupida sombra, había pocas probabilidades de que el pequeño barco corsario pudiera ser descubierto.

Sandokán, siempre al timón, no perdía de vista al formidable adversario, que de un momento a otro podía despertarse repentinamente y cubrir el mar y la costa de huracanes de hierro y plomo.

Se disponía a engañarlo; pero en el fondo de su alma, aquel hombre soberbio se lamentaba de tener que dejar aquellos parajes sin tomarse la revancha. Habría deseado encontrarse ya en Mompracem, pero también habría deseado otra tremenda batalla. Él, el formidable Tigre de Malasia, el invencible jefe de los piratas de Mompracem, casi se avergonzaba de andar así, a escondidas, como un ladrón nocturno. -

Esta sola idea le hacía hervir la sangre y hacía que sus ojos llamearan con una cólera tremenda. ¡Oh! ¡Cómo habría saludado un cañonazo, aunque fuera la señal de una nueva y más desastrosa derrota!

El prao se había alejado ya unos quinientos o seiscientos pasos de la bahía y se preparaba para salir a mar abierto, cuando a popa, sobre la estela, apareció un extraño resplandor. Parecía como si miríadas de pequeñas llamas salieran de las profundidades tenebrosas del mar.

-Nos estamos traicionando -dijo Sabau.

-Mucho mejor -contestó Sandokán con una sonrisa feroz-. No, esta retirada no era digna de mí.

-Es verdad, capitán -contestó el malayo-. Mejor , morir con las armas en la mano que huir como cobardes.

El mar continuaba volviéndose fosforescente. Delante de la proa y detrás de la popa del velero, los puntos luminosos se multiplicaban y la estela se hacía cada vez más luminosa. Parecía que el prao dejaba atrás un surco de alquitrán ardiendo, o de azufre líquido.

Aquel rastro que brillaba vivamente en la oscuridad que los rodeaba no podía pasar inadvertido a los hombres que estaban de guardia en el crucero. De un momento a otro, el cañón podía tronar de improviso.

También los piratas, tendidos sobre cubierta, se habían percatado de aquella fosforescencia, pero ninguno había hecho ningún gesto, ni había pronunciado una sola palabra que pudiera traicionar cualquier aprensión. Tam-

poco ellos podían resignarse a huir sin haber disparado un solo tiro de fusil. Una granizada de metralla habría sido saludada con un alarido de alegría.

Habían transcurrido apenas dos o tres minutos, cuando Sandokán, que tenía siempre los ojos fijos en el crucero, vio encenderse las luces de posición.

-¿Se han dado cuenta de nuestra presencia? -se preguntó.

-Eso creo, capitán -contestó Sabau.

-¡Mira!

-Sí, veo que salen más chispas de la chimenea. Están alimentando las calderas.

En un instante Sandokán se puso de pie empuñando la cimitarra.

-¡A las armas! -gritaron a bordo del barco de guerra.

Los piratas se habían levantado apresuradamente, mientras los artilleros se precipitaban al cañón y a las dos espingardas.

Todos estaban dispuestos a emprender la lucha definitiva.

Tras aquel primer grito, sucedió un breve silencio a bordo del crucero; pero luego la misma voz, que el viento llevaba con claridad hasta el prao, repitió:

-¡A las armas! ¡A las armas! ¡Los piratas huyen!

Poco después, se oyó el redoblar de un tambor sobre el puente de la nave inglesa. Estaban llamando a los hombres a sus puestos de combate.

Los piratas, apoyados en las amuradas o amontonados detrás de las barricadas formadas con troncos de árbol, no respiraban, pero sus facciones, volviéndose feroces, traicionaban su estado de ánimo. Sus dedos oprimían las armas, impacientes por apretar los gatillos de sus formidables carabinas.

El tambor seguía redoblando sobre el puente del barco enemigo. Se oía rechinar las

cadenas de las anclas al pasar por sus guías, y los golpes secos del cabrestante[22]

El buque se preparaba para desatracar y poder atacar al pequeño navío corsario.

-¡A tu cañón, Sabau! -ordenó el Tigre de Malasia-. ¡Ocho hombres a las espingardas!

Apenas había dado aquella orden, cuando una llama brilló en la popa del crucero, sobre el castillo, iluminando bruscamente el trinquete y el bauprés. Retumbó una aguda detonación, acompañada seguidamente del ruido metálico del proyectil silbando a través de los estratos del aire.

El proyectil cortó la extremidad del palo mayor y se perdió en el mar, levantando una gran masa de espuma.

Un alarido de furor se oyó a bordo del barco corsario. Ahora había que aceptar la bata-

---

[22] . Torno de eje vertical que se emplea para mover grandes pesos por medio de una maroma o cable que se va enrollando en él a medida que se mueve a impulso de una palanca.

lla, y era eso lo que deseaban aquellos valientes marinos del mar malayo.

Un humo rojizo salía de la chimenea del buque de guerra. Se oía las ruedas morder velozmente las aguas, el ronco borbotear de las calderas, las órdenes de los oficiales y los pasos precipitados de los hombres.

Todos se apresuraban a situarse en sus puestos de combate.

Las dos luces de posición se movieron. Ahora el buque corría al encuentro del pequeño barco corsario, para cortarle la retirada.

-¡Preparémonos a morir como valientes! -gritó Sandokán, que ya no se hacía ilusiones sobre el resultado de aquella tremenda batalla.

Un solo alarido le contestó:

-¡Viva el Tigre de Malasia!

Sandokán, con un vigoroso movimiento de timón, dio una bordada y, mientras sus hombres orientaban rápidamente las velas, lanzó el velero contra el buque, para intentar abor-

darlo y arrojar a sus hombres sobre el puente enemigo.

Bien pronto comenzó el cañoneo por una y otra parte. Se disparaban balas y metralla.

-¡Ánimo, mis cachorros, al abordaje! -tronó Sandokán-. ¡La partida no está igualada, pero nosotros somos los tigres de Mompracem!

El crucero avanzaba rápidamente, mostrando su agudo espolón y rompiendo las tinieblas y el silencio con un furioso cañoneo.

El prao, verdadero juguete frente a aquel gigante, al cual le bastaba un solo choque para cortarlo en dos y echarlo a pique, avanzaba también con una audacia increíble, cañoneando lo mejor que podía.

Sin embargo, la partida, como había dicho Sandokán, no estaba igualada, o mejor aún, era muy desigual. Nada podía intentar aquel pequeño barco contra una poderosa nave hecha de hierro y fuertemente armada. El resultado final, a pesar del valor desesperado

de los tigres de Mompracem, no podía ser difícil de adivinar.

No obstante, los piratas no se desanimaban y quemaban las cargas con admirable rapidez, intentando exterminar a los artilleros de cubierta y derribar a los marinos de las jarcias, disparando furiosamente sobre el casco, sobre el castillo de proa y sobre las cofas.

Sin embargo, dos minutos más tarde, su barco, aplastado por los disparos de la artillería enemiga, no era más que un montón de escombros.

Los palos habían caído, las amuras habían sido desfondadas, y ni siquiera las barricadas de troncos de árbol ofrecían protección alguna ante aquella tempestad de proyectiles.

El agua entraba ya por los numerosos agujeros, inundando la bodega.

A pesar de ello, nadie hablaba de rendirse. Todos querían morir, pero arriba, sobre el puente enemigo.

Las descargas, entretanto, se hacían cada vez más tremendas. El cañón de Sabau estaba desmontado, y media tripulación yacía sobre cubierta, destrozada o acribillada por la metralla.

Sandokán comprendió que había sonado la última hora para los tigres de Mompracem.

La derrota era completa. No había ninguna posibilidad de hacer frente a aquel gigante, que vomitaba nubes de proyectiles sin interrupción. No quedaba más alternativa que intentar el abordaje, una locura, ya que ni sobre el puente del crucero la victoria podía ser de aquellos valientes.

No quedaban en pie más que doce hombres, pero eran doce tigres, guiados por un jefe cuyo valor era increíble.

-¡A mí, mis valientes! -les gritó.

Los doce piratas, con los ojos extraviados, espumantes de rabia, con los puños cerrados como tenazas sobre las armas, escudándose en los cadáveres de sus compañeros, se pusieron a su alrededor.

El buque navegaba a toda marcha hacia el prao, para hundirlo con el espolón; pero Sandokán, en cuanto lo vio a pocos metros, con un movimiento de timón evitó el choque, y lanzó su barco contra el costado de babor del enemigo.

El choque fue violentísimo. El barco corsario se hundió hacia estribor, embarcando agua y arrojando muertos y heridos al mar.

-¡Lanzad los garfios! -tronó Sandokán.

Dos garfios de abordaje se engancharon en los flechaste del crucero.

Entonces los trece piratas, locos de furor, sedientos de venganza, se lanzaron como un solo hombre al abordaje.

Ayudándose con manos y pies, agarrándose a las gúmenas y cuerdas que colgaban de las baterías, treparon por los tambores de las ruedas, alcanzaron las amuras y se precipitaron sobre el puente del crucero, antes de que los ingleses, asombrados de tanta audacia, hubieran pensado rechazarlos.

Con el Tigre de Malasia a la cabeza, se arrojaron contra los artilleros, matándolos al pie de sus propios cañones; destrozaron a los fusileros que habían acudido a cortarles el paso, y luego, blandiendo la cimitarra a diestra y siniestra, se dirigieron a popa.

A los gritos de los oficiales, se habían reunido allí enseguida los hombres de la batería. Eran sesenta o setenta, pero los piratas no se pararon a contarlos, y se lanzaron furiosamente sobre las puntas de las bayonetas, empeñados en una lucha titánica.

Golpeando desesperadamente, tronchando brazos y abriendo cabezas, gritando para causar mayor terror, cayendo y volviendo a levantarse, ora retrocediendo, ora avanzando, durante algunos minutos pudieron resistir a todos aquellos enemigos, pero al fin, acosados por los mosquetes de los hombres de las cofas y por los sables de los que estaban a su espalda, hostigados por las bayonetas, aquellos valientes cayeron.

Sandokán y otros cuatro, cubiertos de heridas, con las armas ensangrentadas hasta la empuñadura, en un esfuerzo prodigioso, se abrieron paso e intentaron ganar la proa para detener a cañonazos aquella avalancha de hombres.

Ya en mitad del puente, Sandokán cayó alcanzado en pleno pecho por una bala de carabina, pero enseguida se levantó gritando:

-¡Matadlos! ¡Matadlos!

Los ingleses avanzaban a paso de carga con las bayonetas caladas. El choque fue mortal.

Los cuatro piratas se habían puesto delante de su capitán para cubrirlo, y cayeron bajo una descarga de fusil, quedando clavados en el suelo. Pero no sucedió así con el Tigre de Malasia.

Aquel formidable hombre, a pesar de la herida de la que le manaban oleadas de sangre, de un salto inmenso alcanzó la amura de babor, tumbó con la cimitarra tronchada a un gaviero que trataba de detenerlo y se lanzó

de cabeza al mar, desapareciendo bajo las negras olas.

5

Fuga y delirio

Un hombre como aquél, dotado de una fuerza tan prodigiosa, de una energía tan extraordinaria y de un valor tan grande, no podía morir.

En efecto, mientras el piróscafo proseguía su curso, transportado por los últimos impulsos de las ruedas, el pirata, de un vigoroso impulso, volvía a subir a la superficie y se retiraba hacia alta mar, para no ser cortado en dos por el espolón del enemigo o alcanzado por algún tiro de fusil.

Conteniendo los gemidos que le arrancaba la herida y reprimiendo la rabia que lo devoraba, se encogió, manteniéndose casi completamente sumergido, en espera del momento oportuno para ganar las costas de la isla.

El barco de guerra daba entonces una bordada a menos de trescientos metros. Avanzó hacia el lugar donde se había hundido el pirata, con la esperanza de despedazarlo bajo las ruedas, y luego volvió a virar.

Se detuvo un momento, como si quisiera escudriñar aquel espacio de mar agitado por él; luego reemprendió la marcha, cortando en todas las direcciones aquella porción de agua, mientras los marinos, descolgándose en la red para delfines o colocándose en las bancadas, proyectaban por doquier la luz de algunos faroles.

Cuando se convencieron de la inutilidad de búsqueda, por fin se alejaron en dirección a Labt

El Tigre emitió entonces un grito de furor.

¡Vete, buque maldito! -exclamó-. ¡Vete, pero llegará el día en que te demostraré cuán terrible es mi venganza!

Se puso la faja sobre la sangrante herida, para detener la hemorragia, que podía matar-

lo, y luego, haciendo acopio de fuerzas, se puso a nadar, buscando las playas de la isla.

Veinte veces todavía se detuvo aquel hombre formidable para mirar el barco de guerra que apenas si podía distinguir, y para lanzarle una terrible amenaza. A veces el pirata, quizá mortalmente herido, quizá demasiado lejos aún de las costas de la isla, incluso se ponía a perseguir al barco que le había hecho morder el polvo, y lo desafiaba con alaridos que ya ni humanos parecían.

Finalmente venció la razón, y Sandokán reemprendió el fatigoso ejercicio, escudriñando las tinieblas que le ocultaban la costa de Labuán.

Nadó así durante mucho tiempo, parándose de cuando en cuando para recuperar fuerzas y desembarazarse de los vestidos que le impedían los movimientos; luego empezó a notar que sus fuerzas disminuían rápidamente.

Se le entumecían los miembros, la respiración se le iba haciendo cada vez más difícil y,

para colmo de desgracias, la herida seguía sangrando, produciéndole dolores agudos al contacto con el agua salada.

Se encogió sobre sí mismo y se dejó transportar por la marea, agitando débilmente los brazos. De esta forma intentaba descansar para recobrar el aliento.

Al poco rato emitió un golpe. Algo le había tocado. ¿Había sido quizá un tiburón? Ante tal idea, a pesar de tener el coraje de un león, sintió que se le ponía la carne de gallina.

Alargó instintivamente la mano y agarró un objeto escabroso que parecía flotar en la superficie del agua escabroso que parecía flotar en la superficie del agua.

Tiró de él hacia sí y vio que se trataba de un pecio[23]. Era un trozo de la cubierta del prao, al cual estaban aún enganchados unos cabos y una verga.

-¡Qué oportuno! -murmuró Sandokán-. Mis

---

[23] Pedazo o fragmento de la nave que ha naufragado, o porción de lo que ella contiene.

fuerzas se acababan.

Subió fatigosamente sobre aquel pecio, poniendo al descubierto la herida, de cuyos bordes, hinchados y rojos por la acción del agua marina, aún manaba un hilo de sangre.

Durante otra hora, aquel hombre que no quería morir, que no quería darse por vencido, luchó con las olas, que poco a poco sumergían el pecio; pero seguía perdiendo fuerzas, y se quedó postrado sobre sí mismo, aunque seguía con las manos cerradas alrededor de la verga.

Empezaba a clarear cuando un choque violentísimo lo arrancó de aquella postración, que casi podía llamarse desvanecimiento.

Se incorporó fatigosamente apoyándose en los brazos y miró delante de él. Las olas se rompían con estruendo alrededor del pecio, enroscándose y espumando. Parecía que estaban dando vueltas sobre bajíos.

Como a través de una niebla ensangrentada, el herido divisó a corta distancia una costa.

-Labuán -murmuró-. ¿Arribaré aquí, en la tierra de mis enemigos?

Experimentó un momento de duda, pero luego, reuniendo fuerzas, abandonó aquellas tablas que lo habían salvado de una muerte casi segura, y sintiendo bajo sus pies un banco de arena, avanzó hacia la costa.

Las olas lo golpeaban por todas partes, bramando a su alrededor como perros dogos furiosos, intentando abatirlo y empujándolo o rechazándolo. Parecía que querían impedirle alcanzar aquella tierra maldita.

Avanzó tambaleándose a través de los bancos de arena y, después de haber luchado contra las últimas olas de la resaca, alcanzó la orilla, coronada por grandes árboles, dejándose caer pesadamente en el suelo.

A pesar de sentirse agotado por la larga lucha sostenida y por la gran pérdida de sangre, destapó la herida y la observó detenidamente.

Había recibido un balazo, quizá de pistola, bajo la quinta costilla del lado derecho, y

aquel pedazo de plomo, después de habérsele deslizado entre los huesos, se había perdido en el interior, pero, al parecer, sin tocar ningún órgano vital. Quizá aquella herida no era grave, pero podía serlo si no se curaba pronto, y Sandokán, que entendía un poco de eso, lo sabía.

Oyendo a breve distancia el murmullo de un arroyo, se arrastró hacia allí, abrió los labios de la herida, que se había inflamado por el prolongado contacto con el agua marina, y los lavó cuidadosamente, comprimiéndolos después hasta hacer salir aún algunas gotas de sangre.

Volvió a juntarlos bien, los vendó con un trozo de su camisa, única indumentaria que aún llevaba puesta, además de la faja que sostenía el *kriss.*

-Me curaré -murmuró cuando terminó la operación, y pronunció aquellas palabras con determinación, como si él fuera árbitro absoluto de su propia existencia.

Aquel hombre de hierro, a pesar de verse

abandonado en aquella isla, donde no podía encontrar más que enemigos, sin refugio, sin recursos, sangrando, sin una mano amiga que lo socorriese, todavía estaba seguro de salir victorioso de tan desesperada situación.

Bebió algunos sorbos de agua para calmar la fiebre que comenzaba a apoderarse de él, y luego se arrastró bajo una areca, cuyas hojas gigantescas, de quince pies de largo por cinco o seis de ancho como mínimo, proyectaban a su alrededor una fresca sombra.

Apenas acababa de llegar, cuando de nuevo sintió que le faltaban las fuerzas. Cerró los ojos, rodeados de un cerco sanguinolento, y, después de haber procurado en vano mantenerse erguido, cayó entre las hierbas, quedando inmóvil. No volvió en sí hasta pasadas muchas horas, cuando ya el sol, después de haber tocado su cenit, bajaba por occidente.

Una ardiente sed lo devoraba, y la herida, otra vez calenturienta, le producía agudos dolores insoportables.

Intentó incorporarse para arrastrarse hasta el riachuelo, pero enseguida volvió a caer. Entonces aquel hombre, que quería ser tan fuerte como la fiera cuyo nombre llevaba, con un esfuerzo sobrehumano se puso de rodillas, gritando casi en tono de desafío:

-¡Yo soy el Tigre!... ¡A mí, mis fuerzas!...

Agarrándose al tronco del árbol, se puso de pie y, manteniéndose erguido por un prodigio de equilibrio y energía, se encaminó hasta la pequeña corriente de agua, en cuya orilla volvió a caer.

Apagó la sed, bañó nuevamente la herida, luego tomó su cabeza entre las manos y miró fijamente el mar, que venía a romperse a pocos pasos, borbollando sordamente.

-¡Ah! -exclamó, rechinando los dientes-. ¿Quién hubiera dicho que un día los leopardos de Labuán vencerían a los tigres de Mompracem? ¿Quién hubiera dicho que yo, el invencible Tigre de Malasia, acabaría aquí, derrotado y herido? ¿Y cuándo llegará la venganza...? ¡La venganza...! ¡Todos mis praos, mis

islas, mis hombres y mis tesoros, con tal de destruir a los odiados hombres blancos que me disputan este mar! ¿Qué importa que hoy me hayan hecho morder el polvo, cuando dentro de un mes o dos volveré aquí con mis barcos y lanzaré sobre estas playas mis formidables bandas sedientas de sangre? ¿Qué importa que hoy el leopardo inglés esté orgulloso de su victoria? ¡Será él entonces el que caerá moribundo bajo mis pies! ¡También entonces todos los ingleses de Labuán, porque mostraré a la luz de los incendios mi sangrienta bandera!

Hablando de este modo, el pirata se había levantado de nuevo con los ojos llameantes, agitando amenazadoramente la mano derecha, como si blandiera todavía la terrible cimitarra, bramando tremebundo de cólera.

Aun herido, seguía siendo el indomable Tigre de Malasia.

-Paciencia, por ahora, Sandokán -prosiguió, volviendo a caer entre las hierbas y los retoños-. Me curaré, tendré que vivir un

mes, dos, tres en esta selva, y alimentarme de ostras y frutas; pero, cuando haya recuperado las fuerzas, volveré a Mompracem, aunque tenga que construirme una barca o asaltar una canoa y conquistarla a golpes de kriss.

Se quedó varias horas tendido bajo las largas hojas de la areca, mirando sobriamente las olas que venían a morir casi a sus pies entre miles de murmullos. Parecía estar buscando bajo aquellas aguas los cascos destrozados de sus dos barcos hundidos en aquellos parajes, o los cadáveres de sus desgraciados compañeros.

Entretanto, una fiebre fortísima lo atacaba, mientras sentía oleadas de sangre que se le agolpaban en el cerebro. La herida le producía espasmos continuos; pero ningún lamento salía de los labios de aquel hombre formidable.

A las ocho, el sol se precipitó en el horizonte, y después de un brevísimo crepúsculo

las tinieblas se cernieron sobre el mar e invadieron la selva.

Aquella oscuridad produjo una inexplicable impresión en el alma de Sandokán. ¡Tuvo miedo de la noche, él, el fiero pirata que nunca había tenido miedo a la muerte y que había afrontado con valor desesperado los peligros de la guerra y los furores de las olas!

-¡Las tinieblas! -exclamó, arañando la tierra con las uñas-. ¡No quiero que caiga la noche!... ¡No quiero morir!...

Se comprimió con ambas manos la herida y luego se levantó de un salto. Miró al mar, que ya se había vuelto negro como si fuera de tinta; miró bajo los árboles, examinando sus tupidas sombras; luego, quizá asaltado de improviso por el delirio, se puso a correr como un loco, adentrándose en la selva.

¿Adónde iba? ¿Por qué huía? Ciertamente un miedo extraño se había apoderado de él. En su delirio, le parecía oír en la lejanía ladridos de perros, gritos de hombres, rugidos de

fieras. Quizá creía que ya lo habían descubierto y que venían persiguiéndolo.

Pronto aquella carrera se hizo vertiginosa. Completamente fuera de sí, se precipitaba hacia adelante enloquecido, arrojándose en medio de la fronda, saltando sobre troncos derribados, atravesando torrentes y estanques, aullando, maldiciendo y agitando locamente el kriss, cuya empuñadura, cuajada de diamantes, despedía fugaces destellos.

Continuó así durante diez o quince minutos, adentrándose cada vez más entre los árboles, despertando con sus gritos los ecos de la selva tenebrosa, y luego se detuvo jadeante y fatigado.

Tenía los labios cubiertos de una espuma sanguinolenta y los ojos extraviados. Agitó los brazos y después cayó al suelo como un árbol cortado por el rayo.

Deliraba; le parecía que la cabeza estaba a punto de estallarle y que diez martillos le golpeaban las sienes. El corazón le saltaba en el pecho como si quisiera salírsele, y de la

herida le parecía que brotaban torrentes de fuego.

Creía ver enemigos por todas partes. Bajo los árboles, bajo las matas, en medio de las piedras y raíces que serpenteaban por el suelo, sus ojos divisaban hombres escondidos, mientras le parecía ver volar por el aire legiones de fantasmas y esqueletos, danzando en torno a las grandes hojas de los árboles.

Seres humanos surgían del suelo, gimiendo, aullando, unos con la cabeza sangrando, otros con los miembros tronchados o los costados descuartizados. Todos reían a carcajadas, como si se burlaran de la impotencia del terrible Tigre de Malasia.

Sandokán, presa de un espantoso acceso de delirio, se revolcaba por el suelo, se levantaba, caía, tendía los puños y amenazaba a todos.

-¡Fuera de aquí, perros! -gritaba-. ¿Qué queréis de mí?... ¡Yo soy el Tigre de Malasia y no os temo!... ¡Venid a atacarme si os atrevéis!... ¡Ah! ¿Os reís? ... ¿Me creéis impoten-

te porque los leopardos han herido y vencido al Tigre?... ¡No, no tengo miedo!... ¿Por qué me miráis con esos ojos de fuego?... ¿Por qué venís a bailar a mi alrededor?... ¿Tú también, Patán, vienes a burlarte de mí?... ¿También tú, Araña de Mar?... ¡Malditos, os haré volver al infierno de donde habéis salido!... ¿Y tú, Kimperlain, qué quieres?... Así que no ha bastado mi cimitarra para matarte... ¡Fuera todos, volved al fondo del mar..., al reino de las tinieblas..., a los abismos de la tierra, u os mataré otra vez a todos! ¿Y tú, Giro-Batol, qué quieres? ¿La venganza? Sí, tú serás vengado, porque el Tigre se curará... ¡Volverá a Mompracem.... armará sus praos... y volverá aquí para exterminar a los leopardos ingleses, a todos... todos hasta el último!...

El pirata se detuvo, agarrándose los cabellos con las manos, los ojos en blanco, las facciones espantosamente te alteradas, y entonces, levantándose con ímpetu, reemprendió su loca carrera gritando:

-¡Sangre!... ¡Dadme sangre que apague mi sed!... Yo soy el Tigre de Malasia...

Corrió durante mucho tiempo, siempre gritando y amenazando. Salió de la selva y se precipitó a través de una pradera, en cuyo extremo le pareció ver confusamente una empalizada; después volvió a pararse y cayó de rodillas. Estaba deshecho, jadeante.

Se quedó algunos minutos encogido sobre sí mismo, volvió a intentar levantarse, pero al poco rato las fuerzas le abandonaron, un velo de sangre le cubrió los ojos y cayó al suelo, exhalando un último grito que se perdió en las tinieblas.

6

La Perla de Labuán

Cuando volvió en sí ya no se encontraba, para su gran sorpresa, en la pequeña pradera que había atravesado durante la noche, sino en una espaciosa habitación tapizada con papel floreado de Fung, y estaba acostado en un cómodo y suave lecho.

Al principio creyó que estaba soñando y se restregó los ojos varias veces como para despertarse, pero bien pronto se convenció de que todo aquello era realidad.

Se incorporó para sentarse, preguntándose repetidas veces:

-Pero ¿dónde estoy? ¿Estoy aún vivo o estoy muerto?

Miró a su alrededor, pero no vio ninguna persona a quien dirigirse.

Entonces se puso a observar minuciosamente la habitación: era amplia, elegante, iluminada por dos grandes ventanas, a través de cuyos cristales se veían árboles altísimos.

En un ángulo vio un piano, sobre el cual había esparcidas unas partituras de música; en otro, un caballete con un cuadro que re-

presentaba una marina; en el centro, una mesa de caoba recubierta con un tapete bordado, sin duda por las manos de una mujer, y al lado de la cama un rico escabel incrustado de ébano y marfil, sobre el cual Sandokán vio, con verdadera complacencia, su fiel kriss, y al lado un libro entreabierto con una flor marchita entre sus páginas.

Aguzó los oídos, pero no oyó ninguna voz; sin embargo, de lejos le llegaban unas notas delicadas que parecían los acordes de un laúd o de una guitarra.

-¿Dónde estoy? -se preguntó por segunda vez-. ¿En casa de amigos o de enemigos? ¿Y quién ha vendado y curado mis heridas?

Poco después, sus ojos se detuvieron de nuevo sobre el libro que se encontraba sobre el escabel y, empujado por una irresistible curiosidad, alargó una mano y lo tomó. En la cubierta vio un nombre estampado en letras de oro.

-¡«Marianna»! -leyó-. ¿Qué quiere decir? ¿Es un nombre o una palabra que no entiendo?

Volvió a leer y, cosa extraña, se sintió agitado por una sensación desconocida. Algo dulce golpeó el corazón de aquel hombre, aquel corazón de acero, que permanecía cerrado ante las más tremendas emociones.

Abrió el libro: las páginas estaban impresas con un tipo de letra ligero, elegante y claro, pero no consiguió entender aquellas palabras aunque algunas se parecían a la lengua del portugués Yáñez. Sin querer, empujado por una fuerza misteriosa, tomó delicadamente aquella flor que poco antes había visto y la miró largamente. La olió varias veces, procurando no romperla con aquellos dedos que sólo habían estrechado la empuñadura de la cimitarra, sintiendo por segunda vez una extraña sensación, un misterioso temblor, un no sé qué en el corazón; después, ¡aquel hombre sanguinario, aquel hom-

bre de guerra se sintió tentado por un vivo deseo de llevársela a los labios!...

La volvió a poner casi con disgusto entre las páginas, cerró el libro y volvió a colocarlo en el escabel. En aquel mismo instante, se movió el picaporte de la puerta, y entró un hombre caminando lentamente y con la rigidez típica de los hombres de raza anglosajona.

Era un europeo, a juzgar por el color de la piel, un hombre robusto y más bien alto. Aparentaba unos cincuenta años; tenía la cara enmarcada por una barba rojiza que empezaba a blanquear, y dos ojos azules, profundos; en su porte se adivinaba que era un hombre acostumbrado a mandar.

-Me alegro de veros tranquilo: desde hace tres días el delirio no os ha dejado un solo momento de descanso.

-¡Tres días! -exclamó Sandokán con estupor-. ¿Llevo ya tres días aquí?... ¿Entonces no estoy soñando?

-No, no soñáis. Estáis entre buenas personas, que os curarán con afecto y harán lo posible para que os restablezcáis.

-Pero ¿quién sois vos?

-Lord James Guillonk, capitán de navío de Su Majestad, la reina Victoria.

Sandokán se sobresaltó y su frente se ensombreció; sin embargo se repuso enseguida y, haciendo un supremo esfuerzo para no traicionar el odio que sentía contra todo lo inglés, dijo:

-Os doy las gracias, milord, por todo lo que habéis hecho por mí, por un desconocido, que podría ser vuestro mortal enemigo.

-Era mi deber acoger en mi casa a un pobre hombre, herido quizá de muerte -contestó el lord-. ¿Cómo estáis ahora?

-Me encuentro bastante fuerte y no siento dolores.

-Me alegro mucho. Ahora decidme, si no os importa, ¿quién os ha dejado de esta forma? Además de la bala que os extraje del

pecho, vuestro cuerpo estaba lleno de heridas producidas por arma blanca.

Sandokán, a pesar de esperar aquella pregunta, no pudo evitar sobresaltarse fuertemente. No obstante, no se traicionó ni perdió la calma.

-No sé qué deciros, porque yo mismo lo ignoro -respondió-. He visto cómo algunos hombres asaltaban de noche mis barcos, subían al abordaje y mataban a mis marinos. ¿Quiénes eran? No lo sé, puesto que al primer choque caí al mar cubierto de heridas.

-Sin duda habéis sufrido el asalto de los piratas del Tigre de Malasia -dijo lord James.

-¡De los piratas!... -exclamó Sandokán.

-Sí, de los de Mompracem, que hace tres días se encontraban en los alrededores de la isla, pero que fueron después destruidos por uno de nuestros cruceros. Decidme, ¿dónde os asaltaron?

-Cerca de las Romades.

-¿Y habéis llegado a nuestras costas a nado? -Sí, agarrado a unas tablas. Pero ¿dónde

me habéis encontrado?

-Tumbado entre las hierbas y presa de un tremendo delirio. ¿Adónde os dirigíais cuando fuisteis atacados?

-Llevaba unos regalos al sultán de Varauni, de parte de mi hermano.

-¿Quién es vuestro hermano?

-El sultán de Shaja.

-¡Entonces vos sois un príncipe malayo! -exclamó el lord tendiéndole la mano, que Sandokán, tras una breve duda, apretó casi con asco.

-Sí, milord.

-Me siento honrado de haberos ofrecido mi hospitalidad, y haré todo lo posible para que no os aburráis cuando os hayáis restablecido. Y, si no os molesta, iremos juntos a visitar al sultán de Varauni.

-Sí, y...

Se interrumpió, adelantando la cabeza como si intentara escuchar algún rumor lejano.

Desde fuera llegaban los acordes de un

laúd, quizá los mismos sonidos que había oído poco antes.

-¡Milord! -exclamó, presa de una gran agitación, cuya causa en vano intentaba explicar-. ¿Quién toca?

-¿Por qué, mi querido príncipe? -preguntó el inglés, sonriendo.

-No lo sé, pero tengo un verdadero deseo de ver a la persona que toca así... Se diría que esa música me llega al corazón... y me hace experimentar una sensación nueva e inexplicable.

-Esperad un instante.

Le hizo una seña para que se acostara y salió. Sandokán permaneció unos instantes tendido, aunque enseguida volvió a levantarse como impulsado por un muelle.

La inexplicable emoción que había experimentado poco antes volvía a prenderlo con mayor violencia. El corazón le latía de tal forma que parecía querer salírsele del pecho; la sangre le corría furiosamente por las venas y extraños temblores recorrían sus

miembros.

-¿Qué me pasa? -se preguntó-. ¿Es que vuelve a asaltarme el delirio?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando regresó el lord, pero no solo. Detrás de él avanzaba una espléndida criatura, a cuya vista Sandokán no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y de admiración.

Era una joven de dieciséis o diecisiete años, pequeña, pero esbelta y elegante, de formas soberbiamente modeladas, con la cintura tan estrecha que una sola mano hubiera bastado para rodearla, y la piel son-rosada y fresca como una flor recién abierta.

Tenía una cabecita admirable, con ojos azules como el agua del mar, y una frente de incomparable precisión, bajo la que resalta-ban dos cejas encantadoramente arqueadas y que casi se tocaban.

Una cabellera rubia le caía en pintoresco desorden, como una lluvia de oro, sobre el

blanco corpiño que le cubría el seno.[24]

El pirata, al ver a aquella mujer que parecía una verdadera niña a pesar de su edad, se sintió estremecer hasta el fondo de su al-

---

[24] Compárese esta descripción de la Perla de Labuán con la que se hace de miss Eva Stevenson en las fantásticas y apócrifas memorias de Salgan: «Era un magnífico ejemplar de señorita anglosajona: alta, esbelta como un junco, de piel blanca, mórbida, aterciopelada como los pétalos de un lirio. Su blonda cabellera parecía un río de oro. Los ojos profundamente expresivos despedían relámpagos

bajo los movilísimos arcos de las pestañas» («La miss de la fusta», en *Mis memorias*, cap.XII). Miss Eva habría sido el lejano amor de Salgari en sus tiempos de pirata, siempre según estas memorias, *cuyo* autor hace escribir a Salgan: « ¡Extraña y noble criatura! Mujer capaz de los mayores heroísmos, compañera de mis peligrosas aventuras, alma viril en un cuerpo de niña... Pronta a la venganza y a las gene

rosas revanchas...» (Ib., cap. xiv).

ma. Aquel hombre tan fiero, tan sanguinario, que llevaba el terrible nombre de Tigre de Malasia, se sentía por primera vez en su vida fascinado por aquella gentil criatura, por aquella encantadora flor nacida en los bosques de Labuán.

Su corazón, que poco antes latía precipitadamente, ahora ardía, y le parecía que por sus venas corrían lenguas de fuego.

-Bueno, mi querido príncipe, ¿qué os parece esta graciosa jovencita? -le preguntó el lord.

Sandokán no respondió. Inmóvil como una estatua de bronce, miraba fijamente a la jovencita con ojos que despedían relámpagos de ardiente ansiedad y parecía que ya no respiraba.

-¿Os sentís mal? -preguntó el lord, que lo observaba.

-¡No!... ¡No! -exclamó vivamente el pirata, agitándose.

-Entonces, permitidme que os presente a mi sobrina lady Marianna Guillonk.

¡Marianna Guillonk!... ¡Marianna Guillonk!... -repitió Sandokán con sordo acento.

-¿Qué encontráis de extraño en mi nombre? -preguntó la jovencita, sonriendo-. Diríase que os ha producido mucha sorpresa.

Sandokán, al oír aquella voz, se sobresaltó fuertemente. Nunca un sonido tan dulce había acariciado sus oídos, acostumbrados como estaban a escuchar la infernal música del cañón y los gritos de muerte de los combatientes.

-Nada encuentro de extraño -dijo con voz alterada-. Es que vuestro nombre no me resulta desconocido.

-¡OH! -exclamó el lord-. ¿Y de quién lo habéis oído?

-Lo había leído antes en el libro que podéis ver ahí, y me había imaginado que quien lo llevara tenía que ser una espléndida criatura.

-Estáis bromeando -dijo la joven lady, sonrojándose. Después, cambiando de tono, preguntó-: ¿Es verdad que los piratas os han

herido gravemente?

-Sí, es verdad -respondió Sandokán con voz sorda-. Me han vencido y herido, pero un día me curaré, y entonces, ¡ay de los que me han hecho morder el polvo!

-¿Y os duele mucho?

-No, milady; y ahora menos que antes.

-Espero que os curéis rápidamente.

-Nuestro príncipe es fuerte -dijo el lord-, y no me asombraría verlo de pie dentro de diez días.

-Eso espero -contestó Sandokán.

De pronto, apartando los ojos de la cara de la joven, que de cuando en cuando se sonrojaba, se levantó impetuosamente, exclamando:

-¡Milady!...

-Dios mío, ¿qué tenéis? -preguntó la lady aproximándose.

-Decidme, vos tenéis otro nombre infinitamente más bello que el de Marianna Guillonk, ¿verdad?

-¿Cuál? -preguntaron a un tiempo el lord y la joven.

-¡Sí, sí! -exclamó con más fuerza Sandokán-. ¡Sólo vos podéis ser la criatura que todos los indígenas llaman la Perla de Labuán!...

El lord hizo un ademán de. sorpresa y una profunda arruga surcó su frente.

-Amigo mío -dijo con voz grave-. ¿Cómo puede ser que vos sepáis esto, si me habéis dicho que veníais de la lejana península malaya?

-No es posible que este sobrenombre haya llegado hasta vuestro país -añadió lady Marianna.

-No lo oí en Shaja -respondió Sandokán, que casi se había traicionado-, sino en las islas Romades, en cuyas playas desembarqué hace unos días. Allí me hablaron de una joven de incomparable belleza, de ojos azu-

les y cabellos perfumados como los jazmines de Borneo; de una criatura que cabalgaba como una amazona y que cazaba valerosamente las fieras; de una vaporosa jovencita a la que muchas tardes, al caer el sol, se veía aparecer por las orillas de Labuán, fascinando a los pescadores de las costas. ¡Ah, milady, también yo un día quiero oír esa voz!

-¿Todas esas virtudes me atribuyen? -respondió la joven riendo.

-¡Sí, y veo que los hombres que me hablaron de vos no han exagerado! -exclamó el pirata apasionadamente.

-Adulador -dijo ella.

-Querida sobrina -dijo lord Guillonk-. Embrujarás también a nuestro príncipe.

-¡Yo estoy seguro de ello! -exclamó Sandokán-. Y, cuando deje esta casa para volver a mi lejano país, diré a mis compatriotas que una joven blanca ha vencido el corazón de un hombre que creía tenerlo invulnerable.

La conversación duró todavía un poco, girando ya sobre la patria de Sandokán, los

piratas de Mompracem o sobre Labuán; después, llegada la noche, el lord y la oven se retiraron.

Cuando el pirata se vio solo, permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos fijos en la puerta por donde había salido aquella jovencita. Parecía presa de profundos pensamientos y de una viva conmoción.

Quizá en aquel corazón, que nunca hasta entonces había latido por una mujer, estaba desencadenándose en aquel momento una terrible tempestad.

De pronto, Sandokán se estremeció, y algo así como un sonido ronco se agolpó en el fondo de su garganta, pronto a irrumpir, pero los labios permanecieron cerrados, y apretó los dientes con más fuerza, rechinando largamente.

Permaneció algunos minutos así, inmóvil, con los ojos ardiendo, el rostro alterado, la frente perlada de sudor, las manos escondidas entre los largos y abundantes cabellos;

luego, aquellos labios que no querían abrirse, se movieron y dejaron escapar un nombre:

-¡Marianna!

Entonces el pirata ya no pudo contenerse.

-¡Ah! -exclamó, casi con rabia, y retorciéndose las manos-. ¡Siento que estoy enloqueciendo.: que...la amo...!

7

Curación y amor

Lady Marianna Guillonk había nacido bajo el hermoso cielo de Italia, en las orillas del espléndido golfo de Nápoles, de madre italiana y de padre inglés.

Quedó huérfana a los once años y, heredera de una considerable fortuna, fue recogida por su tío James, el único pariente que se encontraba entonces en Europa.

En aquellos tiempos, James Guillonk era uno de los más intrépidos lobos de mar del mundo, propietario de una nave armada y equipada para la guerra, que le ser vía para cooperar con James Brooke, el cual se convirtió más tarde en rajá de Sarawak y se dedicó al exterminio de los piratas malayos, terribles enemigos del comercio inglés en aquellos lejanos mares.

A pesar de que lord James, hosco como todos los marinos, incapaz de alimentar un afecto cualquiera, no sintiera excesiva ternura por su joven sobrina, antes que confiarla a manos extrañas, la embarcó en su propio barco, conduciéndola a Borneo y exponiéndola a los graves peligros de aquellas duras travesías.

Durante tres años la niña fue testigo de aquellas sangrientas batallas, en las que morían miles de piratas, y que dieron al futuro rajá Brooke aquella triste celebridad que conmovió profundamente e indignó a sus propios compatriotas.

Pero un día lord James, cansado de carnicerías y peligros, y tal vez pensando en su sobrina, abandonó el mar y se estableció en Labuán, ocultándose entre aquellos grandes bosques del centro.

Lady Marianna, que tenía entonces catorce años y que durante aquella vida peligrosa había adquirido una energía y fiereza extraordinarias, a pesar de parecer una frágil niña,

había intentado rebelarse contra los deseos de su tío, creyendo que no podría acostumbrarse a aquel aislamiento y aquella vida casi salvaje; pero el lobo de mar que no parecía alimentar mucho afecto por ella, permanecía inflexible.

Obligada a soportar aquel extraño cautiverio, la joven se había dedicado enteramente a completar su propia educación, que hasta entonces no había tenido tiempo de cuidar.

Dotada de una tenaz voluntad, poco a poco había ido dominando los instintos feroces que había contraído en aquellas duras y sangrientas batallas y la rudeza adquirida en el continuo contacto con la gente de mar. Y así, se había convertido en una apasionada cultivadora de la música, de las flores, de las bellas artes, gracias a las instrucciones de una antigua amiga de su madre, muerta más tarde a consecuencia del ardiente clima tropical. Con el progreso de la educación, aun conservando en el fondo de su alma algo de aquella

antigua fiereza, se había vuelto bondadosa, gentil y caritativa.

No había abandonado la pasión por las armas y los ejercicios violentos, y a menudo, como una indómita amazona, recorría los grandes bosques, persiguiendo incluso a los tigres, o, semejante a una náyade, se lanzaba intrépidamente a las azules olas del mar malayo; pero con más frecuencia se encontraba allí donde había miseria y desventura, llevando socorro a todos los indígenas de los contornos, aquellos mismos indígenas que lord James odiaba a muerte, como descendientes de antiguos piratas.

Y así, aquella joven, por su intrepidez, bondad y belleza, se había merecido el sobrenombre de Perla de Labuán, sobrenombre que había volado tan lejos y que había hecho latir el corazón del formidable Tigre de Malasia. Bajo aquellos bosques, casi alejada de toda criatura civilizada, la niña había crecido casi sin darse cuenta de que se había hecho mujer; pero, cuando vio a aquel fiero pirata,

había experimentado sin saber por qué una extraña turbación.

¿Qué era? Lo ignoraba. Pero siempre tenía ante sus ojos, y de noche volvía a verlo en sueños, a aquel hombre de figura casi fiera, que tenía la nobleza de un sultán y que poseía la galantería de un caballero europeo; aquel hombre de ojos centelleantes, de largos cabellos negros, con aquel rostro en el que podía leerse claramente un coraje indomable y una energía, más que excepcional, única.

Después de haberlo fascinado con sus ojos, su voz y su belleza, había quedado a su vez fascinada y vencida. Al principio intentó reaccionar contra aquel latido de su corazón que para ella era nuevo, como lo era para Sandokán; pero en vano. Sentía siempre que una fuerza irresistible la empujaba a volver a ver a aquel hombre, y que no encontraba la calma más que a su lado; sólo se sentía feliz cuando se encontraba junto a su lecho, y cuando le aliviaba los agudos dolores de la

herida con su charla, sus sonrisas, su voz incomparable y su laúd.

Y había que ver en aquellos momentos a Sandokán, cuando la joven le cantaba las dulces canciones de su lejano país natal, acompañándolas con los delicados sones de su melodioso instrumento.

Entonces dejaba de ser el Tigre de Malasia, dejaba de ser el sanguinario pirata. Mudo, anhelante, empapado de sudor, reteniendo la respiración para no turbar con su aliento aquella voz argentina y melodiosa, escuchaba como un hombre que sueña, como si hubiera querido grabar en su mente aquella lengua desconocida que lo embriagaba y que le mitigaba las torturas de la herida; y cuando la voz, después de haber vibrado por última vez, moría con la última nota del laúd, se le veía permanecer largo tiempo en aquella postura, con los brazos tensos, como si quisiera atraer hacia sí a la joven, con su mirada llameante fija en la mirada húmeda de ella, con

el corazón en vilo y los oídos atentos, como si escuchase todavía.

En aquellos momentos ya no se acordaba de que era el Tigre, olvidaba su Mompracem, sus praos, sus cachorros, y al portugués, que quizá en aquella hora, creyéndolo perdido para siempre, estaba vengando su muerte acaso con alguna sangrienta represalia.

Los días pasaban de esta forma volando, y su curación, poderosamente ayudada por la pasión que le devoraba la sangre, proseguía rápidamente.

En la tarde del decimoquinto día, entró el lord de improviso y encontró al pirata de pie, listo para salir.

-¡Oh, mi buen amigo! -exclamó alegremente-.

¡Me alegro mucho de veros de pie!

-No me era posible quedarme más tiempo en el lecho, milord -respondió Sandokán-. Por lo demás, me siento tan fuerte como para poder luchar contra un tigre.

-¡Magnífico! Entonces os pondré pronto a prueba.

-¿De qué forma?

-He invitado a algunos buenos amigos a la cacería de un tigre que viene por aquí a menudo y anda rondando junto a los muros de mi jardín. Y, puesto que os veo curado, esta noche iré a advertirles que mañana por la mañana iremos a cazar la fiera.

-¡Participaré en la batida, milord!

-Lo creo; pero decidme ahora: espero que os que daréis algún tiempo más, como huésped mío. -Milord, graves asuntos me reclaman, y tengo que apresurarme a dejaros.

-¿Dejarme? ¡Ni pensarlo! Para los negocios hay siempre tiempo, y os advierto que no os dejaré partir antes de algunos meses; vamos, prometedme que os quedaréis.

Sandokán le miró con ojos que despedían relámpagos. Para él quedarse en aquella quinta, al lado de aquella jovencita que lo había fascinado, era la vida, lo era todo. No pedía más por el momento.

¿Qué le importaba a él que los piratas de Mompracem le lloraran dándole por muerto, cuando podía volver a ver durante muchos días más a aquella divina joven? ¿Qué le importaba su fiel Yáñez, que quizá lo estaba buscando ansiosamente en las orillas de la isla, jugándose su propia existencia, cuando Marianna empezaba a amarlo? ¿Qué le impor-

taba a él dejar de oír el tronar de la humeante artillería, cuando podía seguir oyendo la deliciosa voz de la mujer amada; o experimentar las terribles emociones de la batalla, cuando ella le hacía experimentar emociones más sublimes? ¿Y qué le importaba, en fin, correr el peligro de ser descubierto, quizá apresado, incluso muerto, cuando podía seguir respirando el mismo aire que alimentaba a su Marianna y vivir en medio de los grandes bosques donde ella vivía?

Lo habría olvidado todo por seguir así durante cien años: Mompracem, sus cachorros, sus barcos y hasta sus sangrientas venganzas.

-Sí, milord, me quedaré hasta que queráis -dijo con ímpetu-. Acepto la hospitalidad que tan cordialmente me ofrecéis, y si un día (no olvidéis estas palabras, milord) tuviéramos que volver a encontrarnos no ya como amigos, sino como fieros enemigos, con las armas en la mano, sabré recordar entonces el agradecimiento que os debo.

El inglés lo miro estupefacto.

-¿Por qué me habláis así? -preguntó.

-Quizá un día lo sepáis -respondió Sandokán con voz grave.

-No quiero averiguar por ahora secretos -dijo el lord, sonriendo-. Esperaré ese día.

Sacó el reloj y lo miró.

-Tengo que marcharme enseguida, si quiero avisar a mis amigos de la cacería que emprenderemos. Adiós, mi querido príncipe -dijo.

Iba ya a salir, cuando se detuvo y añadió:

-Si queréis bajar al jardín, encontraréis allí a mi sobrina, que espero sabrá haceros buena compañía.

-Gracias, milord.

Era aquello lo que Sandokán deseaba: poder encontrarse, aunque fuera por unos minutos, a solas con la jovencita, quizá para descubrirle la pasión gigantesca que le devoraba el corazón.

Apenas se vio solo, se acercó rápidamente a una ventana que daba a un inmenso jardín.

Allí, a la sombra de una magnolia de China cuajada de flores de penetrante perfume, sentada sobre el tronco caído de una areca, estaba la joven lady. Se hallaba sola, en actitud pensativa, con el laúd sobre las rodillas.

A Sandokán le pareció una visión celestial. Toda la sangre se le subió a la cabeza, y el corazón comenzó a latirle con una vehemencia indescriptible.

Permaneció allí, con los ojos ardientemente fijos en la jovencita, reteniendo incluso la respiración, como si tuviera miedo de turbarla.

Pero de pronto retrocedió, sofocando un grito, que parecía un lejano rugido. Su rostro se alteró espantosamente, adquiriendo una expresión feroz.

El Tigre de Malasia, fascinado hasta ese momento, embrujado, se despertaba de improviso, ahora que se sentía curado. Volvía a ser el pirata despiadado, sanguinario, de corazón inaccesible a cualquier pasión.

-¿Qué iba a hacer? -exclamó con voz ronca, pasándose las manos por la ardorosa frente-. ¿Será realmente verdad que amo a esa joven? ¿Ha sido un sueño o una inexplicable locura? ¿Es posible que ya no sea yo el pirata de Mompracem, pues me siento atraído por una fuerza irresistible hacia esa hija de una raza a la que juré odio eterno? ¡Amar yo!... ¡Yo, que no he experimentado más que impulsos de odio y que llevo el nombre de una bestia sanguinaria!... ¿Acaso puedo olvidar mi salvaje Mompracem, a mis cachorros, a mi Yáñez, que quizá me están esperando ansiosamente? ¿Acaso he olvidado que los compatriotas de esa joven sólo están esperando el momento propicio para destruir mi poder? ¡Fuera esta visión que me ha perseguido durante tantas noches, fuera estos temblores indignos del Tigre de Malasia! ¡Apaguemos este volcán que arde en mi corazón y hagamos surgir en su lugar mil abismos entre mí y esa sirena hechicera!... ¡Vamos, Tigre, deja oír tu rugido, sepulta el

agradecimiento que debes a estas personas que te han curado; vete, huye lejos de estos lugares, regresa a ese mar que sin quererlo te empujó a estas playas, vuelve a ser el temido pirata de la formidable Mompracem!

Hablando así, Sandokán se había puesto de pie ante la ventana con los puños cerrados y los dientes apretados, todo él temblando de cólera.

Le parecía que se había convertido en un gigante y que oía en la lejanía los aullidos de sus cachorros, que lo llamaban a la batalla, y el retumbar de la artillería.

No obstante, permaneció allí, como clavado, delante de la ventana, sujeto por una fuerza superior a su furor, con los ojos siempre ardientemente fijos en la joven lady.

-¡Marianna! -exclamó de pronto-. ¡Marianna!

Ante aquel nombre adorado, aquel impulso de ira y odio se esfumó como la niebla ante el sol. ¡El Tigre volvía a ser hombre y cada vez más enamorado!...

Sus manos se dirigieron involuntariamente hacia el pestillo, y con un rápido gesto abrió la ventana. Un soplo de aire templado, cargado del perfume de mil flores, entró en la habitación.

Al respirar aquellas fragancias balsámicas, el pirata se sintió embriagado y notó cómo volvía a despertar en su corazón, más fuerte que nunca, aquella pasión que había intentado sofocar momentos antes.

Se apoyó sobre el alféizar y se quedó mirando en silencio, temblando, delirante, a la vaporosa lady. Una fiebre intensa lo devoraba, el fuego se le deslizaba por las venas hasta ir-a parar al corazón, nubes rojas le corrían delante de los ojos, pero incluso en medio de ellas veía siempre a la que lo había embrujado.

¿Cuánto tiempo permaneció allí? Mucho sin duda, pues, cuando volvió de su ensimismamiento, la joven lady ya no estaba en el jardín, el sol se había puesto, las tinieblas habí-

an descendido y en el cielo titilaban miríadas de estrellas.

Se puso a pasear por la habitación, con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada, absorto en profundos pensamientos.

-¡Mira! -exclamó, volviendo hacia la ventana y ofreciendo la frente ardorosa al fresco aire de la noche-. ¡Aquí la felicidad, aquí una nueva vida, aquí una embriaguez, dulce, tranquila; allí Mompracem, una vida tempestuosa, huracanes de hierro, tronar de artillerías, carnicerías sangrientas, mis rápidos praos, mis cachorros, mi buen Yáñez!... ¿Cuál de estas dos vidas elegir? ¡Y sin embargo, toda mi sangre arde cuando pienso en esta joven que ha hecho latir mi corazón antes de verla, y siento en mis venas correr bronce fundido cuando pienso en ella! ¡Diríase que estoy anteponiéndola a mis cachorros y a mi venganza! ¡Y pese a ello, me avergüenzo de mí mismo, pensando que es hija de esa raza que odio tan profundamente! ¿Y si la olvida-

se? ¡Ah! ¿Sangras, pobre corazón mío, no quieres entonces? ¡Antes era el terror de estos mares, antes nunca había sabido qué era el afecto, antes sólo me gustaba la embriaguez de las batallas y de la sangre... y ahora siento que ya nada podrá gustarme lejos de ella!...

Calló y se puso a escuchar el susurro de las frondas y el silbido de su sangre.

-¿Y si interpusiera entre mí y esa divina mujer la selva, luego el mar y al fin el odio?... prosiguió-. ¡El odio! Pero ¿podré odiarla? ¡Sin embargo tengo que huir, volver a mi Mompracem, entre mis cachorros!... Si continuase aquí, la fiebre acabaría por devorar toda mi energía, siento que se apagaría para siempre mi poder, que no volvería a ser el Tigre de Malasia... ¡Vamos, andando!

Miró abajo: sólo tres metros lo separaban del suelo. Aguzó los oídos y no oyó rumor alguno.

Brincó por encima del alféizar, saltó ligeramente entre las plantas y se dirigió hacia el

árbol bajo el que pocas horas antes Marianna estaba sentada.

-Aquí reposaba ella -murmuró con voz triste-. ¡Oh, qué hermosa estabas, Marianna!... ¡Ya no volveré a verte! ¡No volveré a oír tu voz, nunca... nunca!...

Se agachó bajo el árbol y recogió una flor, una rosa de los bosques, que la joven lady había dejado caer. La admiró detenidamente, la olió muchas veces y la escondió apasionadamente en su pecho; después se dirigió a buen paso hacia la cerca del jardín, murmurando:

-Vamos, Sandokán. ¡Todo ha terminado!...

Se hallaba junto a la empalizada y estaba a punto de saltar, cuando retrocedió vivamente, con las manos en los cabellos, la mirada torva, emitiendo una especie de sollozo.

-¡No!... ¡No!... -exclamó con acento desespera

-. ¡No puedo, no puedo!... ¡Que se hunda Mompracem, que maten a todos mis cacho-

rros, que desaparezca mi poder, yo me quedo!...

Se puso a correr por el jardín como si tuviera miedo de volver a encontrarse bajo la empalizada de la cerca, y no se detuvo hasta que llegó bajo la ventana de su habitación.

Vaciló otra vez, y luego, de un salto, se agarró a la rama de un árbol y alcanzó el alféizar de la ventana.

Cuando volvió a encontrarse en aquella casa que había dejado con la firme determinación de no volver más, un segundo sollozo vibró en el fondo de su garganta.

-¡Ah! -exclamó-. ¡El Tigre de Malasia está a punto de desaparecer!

A la caza del tigre

Cuando al alba el lord vino a llamar a su puerta, Sandokán aún no había conseguido pegar ojo.

Al acordarse de la cacería, en un abrir y cerrar de ojos saltó del lecho, escondió entre los pliegues de la faja su fiel kriss y abrió la puerta, diciendo:

-Aquí estoy, milord.

-Estupendo -dijo el inglés-. No creía hallaros ya preparado, querido príncipe. ¿Cómo os encontráis?

-Me siento con fuerzas para derribar un árbol.

-Entonces, démonos prisa. En el parque nos están esperando seis bravos cazadores, que ya están impacientes por descubrir al tigre que mis hombres persiguieron en su batida por el bosque.

-Estoy listo para seguiros. ¿Vendrá con nosotros lady Marianna?

-Por supuesto. Creo que ya está esperándonos. Sandokán sofocó a duras penas un grito de alegría. -Vamos, milord -dijo-. Ardo en deseos de encontrar al tigre.

Salieron y pasaron a un saloncito, cuyas paredes estaban tapizadas con toda clase de armas. Allí Sandokán encontró a la joven lady, más hermosa que nunca, fresca como una rosa, espléndida en su traje azul, que

resaltaba vivamente bajo sus rubios cabellos.

Al verla, Sandokán se detuvo deslumbrado, y dirigiéndose rápidamente a su encuentro, le dijo, apretándole la mano:

-¿También vos participáis en la batida?

-Sí, príncipe; me han dicho que vuestros compatriotas son muy valientes en este tipo de cacerías, y quiero veros.

-Yo mataré al tigre con mi kriss y os regalaré su piel.

-¡No!... ¡No!... -exclamó ella espantada-. Podría sucederos una nueva desgracia.

-Por vos, milady, me dejaría despedazar; pero no temáis: el tigre de Labuán no llegará a arrojarme al suelo.

En ese momento se aproximó el lord, ofreciendo a Sandokán una rica carabina.

-Tomad, príncipe -dijo-. Una bala en ocasiones vale más que un kriss bien afilado. Y ahora vámonos, que los amigos nos esperan.

Bajaron al parque, donde estaban esperándolos cinco cazadores; cuatro eran colo-

nos de los contornos, y el quinto, un elegante oficial de marina.

Sandokán, al verlo, sin saber con exactitud por qué, experimentó enseguida una profunda antipatía hacia aquel joven, pero reprimió aquel sentimiento y estrechó la mano a todos.

El oficial, por el contrario, lo miró detenidamente y de una manera extraña; luego, aprovechando un momento en que nadie se fijaba en él, se aproximó al lord, que estaba examinando la montura de un caballo, y le soltó a quemarropa:

-Capitán, tengo la impresión de haber visto antes a ese príncipe malayo.

-¿Dónde? -preguntó el lord.

-No me acuerdo bien, pero estoy seguro de ello.

-¡Bah! Os equivocáis, amigo mío.

-Ya lo veremos, milord.

-Está bien. ¡A caballo, amigos; todo está preparado!... Tened cuidado, porque el tigre es muy grande y tiene poderosas garras.

-Lo mataré de un solo balazo y ofreceré su piel a lady Marianna -dijo el oficial.

-Espero matarlo antes que vos, señor -replicó Sandokán.

-Lo veremos, amigos -dijo el lord-. ¡Vamos, a caballo!

Los cazadores montaron los caballos que habían sido conducidos por algunos criados, mientras lady Marianna saltaba sobre un bellísimo pony con el pelo blanco como la nieve.

A una señal del lord todos salieron del jardín, precedidos por algunos batidores y dos docenas de grandes perros.

Apenas estuvieron fuera, el pequeño grupo se dividió, para rastrear un gran bosque que se extendía hasta el mar. Sandokán, que montaba un fogoso animal, se lanzó por un estrecho sendero, adelantándose audazmente para ser el primero en descubrir la fiera; los demás tomaron diferentes direcciones y senderos.

-¡Vuela, vuela! -exclamó el pirata, espoleando furiosamente al noble animal, que iba

en pos de algunos perros que ladraban-. Tengo que demostrar a ese impertinente oficial de lo que soy capaz. No, no será él quien ofrezca la piel del tigre a la lady, aunque tenga que perder los brazos o dejarme despedazar.

»Han descubierto al tigre -murmuró Sandokán-. ¡Vuela, corcel, vuela!

Atravesó como un relámpago un trecho de selva erizado de durion, palmitos,[25] arecas y colosales alcanforeros, y alcanzó a ver a seis o siete batidores que huían.

¿Adónde vais? -preguntó.

-¡El tigre! -exclamaron los fugitivos.

-¿Dónde está?

-¡Cerca del estanque!

El pirata descabalgó, ató el caballo al tronco de un árbol, se colocó el kriss entre los

---

[25] Palmera de tronco corto, ramificado y de hojas de abanico. La parte central del tronco de esta planta es comestible

dientes y, empuñando la carabina, se lanzó hacia el estanque indicado.

Se percibía en el aire un fuerte olor salvaje, el olor peculiar a felino, que perdura algún tiempo después de que han pasado.

Miró sobre las ramas de los árboles, desde las que el tigre podía saltarle encima y siguió con precaución por la orilla del estanque, cuya superficie había sido ligeramente removida.

-La fiera ha pasado por aquí -dijo-. El ladino ha atravesado el estanque para hacer perder el rastro a los perros, pero Sandokán es un tigre más astuto.

Volvió al caballo y montó de nuevo. Estaba a punto de volver a marcharse, cuando oyó cerca un disparo, seguido de una exclamación, cuyo acento lo hizo sobresaltarse.

Se dirigió rápidamente hacia el lugar donde se había escuchado la detonación, y en medio de una pequeña explanada vio a la joven lady, sobre su pony blanco, con la carabina aún humeante entre las manos.

En un instante se le acercó, dando un grito de alegría.

-¡Vos... aquí... sola! -exclamó.

-Y vos, príncipe, ¿cómo os encontráis aquí? -preguntó la joven ruborizándose.

-Seguía el rastro del tigre.

-Yo también.

-¿Contra quién habéis disparado?

-Contra la fiera, pero ha huido sin haber sido alcanzada.

-¡Gran Dios!... ¿Por qué exponéis así vuestra vida?

-Para impediros cometer la imprudencia de apuñalar a la fiera con el kriss.

-Os habéis equivocado, milady. Pero la fiera está viva todavía y mi kriss está pronto para abrirle el corazón.

-¡No lo hagáis! Sois valiente, lo sé, lo leo en vuestros ojos, sois fuerte, sois ágil como un tigre, pero una lucha cuerpo a cuerpo con la fiera podría seros fatal.

-¡Qué importa! Quisiera que me causara tan crueles heridas, que me duraran un año entero.

-¿Y por qué? -preguntó la jovencita, sorprendida.

-Milady -dijo el pirata aproximándose aún más-, ¿no sabéis que mi corazón estalla cuando pienso que llegará un día en que tendré que dejaros para siempre y no volver a veros jamás? Si el tigre me destrozara, al menos podría permanecer aún bajo vuestro techo, gozaría otra vez de esas dulces emociones experimentadas, cuando vencido y herido yacía sobre el lecho del dolor. ¡Sería feliz, muy feliz, si otras crueles heridas me obligaran a permanecer todavía junto a vos, respirar vuestro mismo aire, oír vuestra deliciosa voz, embriagarme con vuestra mirada y vuestras sonrisas! Milady, vos me habéis embrujado, siento que lejos de vos no podría vivir, no volvería a tener paz, sería un desgraciado. ¿Qué habéis hecho de mí? ¿Qué habéis hecho de mi corazón, en otro tiempo

inaccesible a cualquier pasión? Mirad: sólo de veros estoy temblando y siento que la sangre me quema en las venas.

Ante aquella apasionada e inesperada confesión, Marianna se quedó muda, estupefacta, pero no retiró las manos que el pirata le había cogido y que apretaba con frenesí.

-No os enfadéis, milady -prosiguió el Tigre, con voz que descendía como una música deliciosa hasta el corazón de la huérfana-. No os enfadéis si os he confesado mi amor, si os digo que yo, a pesar de ser hijo de una raza de color, os adoro como a un dios, y que un día vos me amaréis. No sé, pero desde el primer momento en que aparecisteis ante mí, no me he sentido bien sobre la tierra; mi cabeza se ha extraviado, os tengo siempre aquí, fija en mi pensamiento, día y noche. Escuchadme, milady, ¡es tan fuerte el amor que arde en mi pecho, que por vos lucharé contra todos, contra el destino, contra Dios! ¿Queréis ser mía? ¡Yo os haré la reina de estos mares, la reina de Malasia! A una sola

palabra vuestra, trescientos hombres más feroces que los tigres, que no temen el plomo ni el acero, surgirán e invadirán los estados de Borneo para daros un trono. Decidme todo lo que la ambición os haya podido sugerir y lo tendréis. Tengo oro suficiente para comprar diez ciudades, tengo navíos, tengo soldados, tengo cañones, y soy poderoso, más poderoso de lo que os podéis imaginar.

-¡Dios mío! ¿Quién sois vos? -preguntó la jovencita, aturdida por aquel torbellino de promesas y fascinada por aquellos ojos que parecían despedir llamas.

-¡Quién soy yo! -exclamó el pirata, mientras su frente se ensombrecía-. ¡Quién soy yo!...

Se acercó más a la joven lady y, mirándola fijamente, le dijo con voz profunda:

-Hay unas tinieblas a mi alrededor, que es mejor no desgarrar por ahora. Sabed que detrás de esas tinieblas hay algo terrible, tremendo, y sabed también que llevo un nombre que aterroriza no sólo a todas las

poblaciones de estos mares, sino que hace temblar al sultán de Borneo e incluso a los mismos ingleses de esta isla.

-Y vos, tan poderoso, decís que me amáis -murmuró la jovencita con voz sofocada.

-Tanto que por vos sería capaz de hacer cualquier cosa; os amo con ese tipo de amor que hace milagros y comete delitos a un tiempo. Ponedme a prueba: hablad y os obedeceré como un esclavo, sin una queja, sin un suspiro. ¿Queréis que sea rey para daros un trono? Lo seré. ¿Queréis que yo, que os amo con locura, vuelva a la tierra de donde salí? Volveré, aunque martirice mi corazón para siempre. ¿Queréis que me mate delante de vos? Me mataré. ¡Hablad, que mi cabeza se extravía, que la sangre me abrasa, hablad, milady, hablad!...

-Entonces... amadme -murmuró la jovencita, sintiéndose vencida por tanto amor.

El pirata lanzó un grito, uno de esos gritos que raramente salen de una garganta huma-

na. Casi al mismo tiempo oyeron dos o tres disparos de fusil.

-¡El tigre! -exclamó Marianna.

-¡Es mío! -exclamó Sandokán.

Clavó las espuelas en el vientre del caballo y partió como un rayo con los ojos chispeantes de ardor y el kriss en la mano, seguido de la jovencita, que se sentía atraída hacia aquel hombre, dispuesto a jugarse tan audazmente la existencia por mantener una promesa.

Trescientos pasos más allá estaban los cazadores. Delante de ellos, a pie, avanzaba el oficial de marina, con el fusil apuntando hacia un grupo de árboles.

Sandokán se arrojó del caballo, gritando:

-¡El tigre es mío!

Parecía un segundo tigre; daba saltos de dieciséis pies y rugía como una fiera.

-¡Príncipe! -gritó Marianna, que se había bajado del caballo.

Sandokán no oía a nadie en aquel momento y seguía avanzando a toda carrera.

El oficial de marina, que lo precedía a diez pasos, oyéndolo acercarse, apuntó rápidamente el fusil e hizo fuego sobre el tigre, que se hallaba a los pies de un grueso árbol, con las pupilas contraídas, abiertas sus poderosas garras y dispuesto a saltar.

Todavía no se había disipado el humo, cuando se vio al tigre atravesar el espacio con un ímpetu irresistible y derribar por tierra al imprudente y desmañado oficial.

Estaba a punto de saltar nuevamente y lanzarse sobre los cazadores, pero Sandokán no le dio tiempo.

Empuñando fuertemente el kriss, se precipitó contra la fiera, y antes de que ésta, sorprendida de tanta audacia, pensara en defenderse, la derribó al suelo, apretándole con tal fuerza la garganta que sofocaba sus rugidos.

-¡Mírame! -dijo-. Yo también soy un tigre.

Luego, rápido como el pensamiento, hundió la hoja serpenteante de su kriss en el corazón de la fiera, que cayó como fulminada cuan larga era.

Un ¡Hurra! fragoroso acogió aquella proeza. El pirata, que había salido ileso de la lucha, lanzó una mirada de desprecio al oficial, que estaba levantándose del suelo, y luego, volviéndose hacia la joven lady, que se había quedado muda de terror y angustia, con un gesto del que se hubiera sentido orgulloso un rey, dijo:

-Milady, la piel del tigre es vuestra.

9

La traición

La cena ofrecida por lord James a sus invitados fue una de las más espléndidas y alegres que se habían dado hasta entonces en la quinta.

La cocina inglesa, representada por enormes beefsteaks[26] y colosales puddings, y la cocina malaya, representada por asados de tucanes, ostras gigantescas llamadas de Singapur, tiernos bambúes cuyo sabor recuerda los espárragos de Europa, y una montaña de fruta exquisita, fueron saboreados y alabados por todos.

Ni que decir tiene que todo fue rociado con gran número de botellas de vino, gin, brandy y whisky, que servían para brindar repetidamente en honor de Sandokán y de la tan gentil como intrépida Perla de Labuán.

A la hora del té, la conversación se puso animadísima, y se habló de tigres, cacerías, piratas, navíos de Inglaterra y de Malasia.

---

[26] Salgari ha dado la grafía inglesa de todos estos manjares y licores, que, como el lector ha deducido, se trata de filetes, tarta de bizcocho, ginebra, coñac y whisky.

Sólo el oficial de marina se mantenía silencioso y parecía ocupado únicamente en estudiar a Sandokán; en efecto, no lo perdía de vista un solo instante, y no se dejaba escapar una sola de sus palabras, ni uno solo de sus gestos.

De pronto, dirigiéndose a Sandokán, que estaba hablando de la piratería, le preguntó bruscamente:

Perdonadme, príncipe, ¿hace mucho tiempo que habéis llegado a Labuán?

-Llevo aquí veinte días, señor -respondió el Tigre. -¿Por qué razón no se ha visto vuestra nave en Victoria?

-Porque los piratas me arrebataron los dos praos en que venía.

-¡Los piratas!... ¿Vos habéis sido asaltado por los piratas? ¿Y dónde?

-En las cercanías de las Romades. -¿Cuándo?

-Pocas horas antes de mí llegada a estas costas. -Sin duda os equivocáis, príncipe, porque justamente entonces nuestro crucero

navegaba por esos parajes y no oímos ningún cañonazo.

-Quizá el viento soplaba de levante -respondió

Sandokán, que comenzaba a ponerse en guardia, no sabiendo adónde quería ir a parar el oficial.

-¿Y cómo llegasteis hasta aquí? -A nado.

-¿Y no habéis asistido a un combate entre dos barcos corsarios, que se dice iban mandados por el Tigre de Malasia, y un crucero?

-No.

-¡Qué extraño!

-Señor, ¿ponéis en duda mis palabras? -preguntó Sandokán, poniéndose en pie.

-¡Dios me libre, príncipe! -respondió el oficial, con ligera ironía.

-¡Oh! ¡Oh! -exclamó el lord, interviniendo-.Baronet William, os ruego que no arméis disputas en mi casa.

-Perdonadme, milord, no era mi intención -respondió el oficial.

-No se hable más, pues. Probemos ahora otro vaso de este delicioso whisky y luego levantaremos la mesa, porque la noche ha caído ya, y las selvas de la isla no son seguras cuando hay mucha oscuridad.

Los convidados hicieron honor por última vez a las botellas del generoso lord; luego se levantaron todos y salieron al jardín, acompañados de Sandokán y de la lady.

-Señores -dijo lord James-. Espero que volvamos a encontrarnos pronto.

-Podéis estar seguro de que no faltaremos -dijeron a coro los cazadores.

-Y esperamos que no os falte la ocasión de ser más afortunado, baronet William -añadió, volviéndose hacia el oficial.

-Tiraré mejor -respondió éste, dejando caer sobre Sandokán una mirada iracunda-. Permitidme ahora una palabra, milord.

-Y dos también, amigo mío.

El oficial le murmuró al oído algo que nadie más pudo oír.

-Está bien -respondió el lord-. Y ahora, buenas noches, amigos, y que Dios os guarde de malos encuentros.

Los cazadores montaron a caballo y salieron del jardín a galope.

Sandokán, después de haber saludado al lord, que parecía haberse puesto de pronto de bastante mal humor, y tras haber estrechado apasionadamente la mano a la joven lady, se retiró a su propia habitación.

En vez de acostarse, se puso a pasear, presa de una viva agitación. Una vaga inquietud se reflejaba en su rostro y sus manos apretaban la empuñadura del kriss.

Pensaba sin duda en aquella especie de interrogatorio a que lo había sometido el oficial de marina y que podía esconder una trampa hábilmente urdida. ¿Quién era aquel oficial? ¿Qué motivos lo habían empujado a interrogarlo de aquel modo? ¿Acaso lo había encontrado sobre el puente del piróscafo en aquella noche sangrienta? ¿Había sido reconocido o el oficial sólo tenía una simple sospecha? ¿Aca-

so se estaba tramando en aquel momento algo contra el pirata?

-¡Bah! -dijo finalmente Sandokán, encogiéndose de hombros-. Si se preparase alguna traición, yo sabría ahuyentarla, porque siento que sigo siendo todavía el hombre que nunca ha temido a estos ingleses. Vamos a descansar, y mañana veremos lo que se debe hacer.

Se echó sobre el lecho sin desnudarse, colocó a su lado el kriss y se durmió tranquilamente con el dulce nombre de Marianna entre los labios.

Se despertó a eso del mediodía, cuando el sol entraba ya por la ventana, que se había quedado abierta. Llamó a un criado y le preguntó dónde estaba el lord; éste le respondió que había salido a caballo antes del alba, en dirección a Victoria.

Aquella noticia, que ciertamente no esperaba, lo llenó de estupor.

-¡Se ha marchado! -murmuró-. ¿Se ha marchado sin haberme dicho nada anoche?

¿Por qué razón? ¿No se estará tramando alguna traición contra mí? ¿Y si esta noche volviera no como amigo, sino como fiero enemigo? ¿Qué haré con este hombre que me ha curado como un padre y que es tío de la mujer que adoro? Tengo que ver a Marianna antes de que sepa nada. Bajó al jardín con la esperanza de encontrarla, pero no vio a nadie. Sin querer, se dirigió al árbol caído, donde ella solía sentarse, y se detuvo, dando un profundo suspiro.

-¡Ah, qué hermosa estabas, Marianna, aquella tarde en que yo pensaba huir! –murmuró pasándose una mano por la ardorosa frente

-. ¡Tonto de mí, yo intentaba alejarme para siempre de ti, adorable criatura, cuando tú también me amabas! ¡Extraño destino! ¿Quién habría dicho que un día llegaría a amar a una mujer? ¡Y cómo la amo! Tengo fuego en las venas, fuego en mi corazón,

fuego en mi cerebro e incluso en mis huesos, y va creciendo a medida que la pasión se agiganta. Siento que por esa mujer sería capaz de hacerme inglés, por ella me vendería como esclavo, abandonaría para siempre la borrascosa vida de aventurero, maldeciría a mis cachorros y este mar que domino y que considero como sangre de mis venas.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, sumiéndose en profundos pensamientos, pero poco después volvió a levantarla, con los dientes convulsamente apretados y los ojos llameantes.

-¿Y si ella rechazase al pirata? -exclamó con voz silbante-. ¡Oh, no es posible, no es posible! ¡Aunque tenga que vencer al sultán de Borneo para darle un trono o prender fuego a toda Labuán, ella será mía, mía!...

El pirata se puso a pasear por el jardín, con el rostro descompuesto, presa de una violentísima agitación que lo hacía temblar de pies a cabeza. Una voz bien conocida, que sabía encontrarle el camino del corazón inclu-

so a través de la tempestad, lo hizo volver en sí.

Lady Marianna había aparecido a la vuelta de un sendero, acompañada de dos indígenas armados hasta los dientes, y lo llamó.

-¡Milady! -exclamó Sandokán, corriendo a su encuentro.

-Os buscaba, mi valeroso amigo -dijo ella enrojeciendo.

Luego se llevó un dedo a los labios, como para recomendar silencio, y, tomándolo de la mano, lo condujo a un pequeño quiosco chino, semisepultado en un bosquecillo de naranjos.

Los dos indígenas se detuvieron a una prudente distancia, con las carabinas montadas.

-Escuchad -dijo la jovencita, que parecía aterrada-. Anoche os oí..., dejasteis escapar de vuestros labios algunas palabras que han alarmado a mi tío... Amigo mío, me ha asaltado una sospecha que debéis arrancarme del corazón. Decidme, mi valeroso amigo; si la

mujer a la que habéis jurado amor os pidiese una confesión, ¿la haríais?

El pirata, que mientras hablaba la lady se le había ido aproximando, al oír aquellas palabras se echó bruscamente hacia atrás. Sus facciones se descompusieron y pareció que vacilaba bajo un fiero golpe.

-Milady -dijo después de algunos instantes de silencio y tomando las manos de la jovencita-. Milady, por vos sería capaz de todo, haría cualquier cosa: ¡hablad! Si debo haceros una revelación, por más dolorosa que pueda ser para entrambos, os juro que la haré.

Marianna alzó los ojos hasta los de él. Sus miradas, la de ella suplicante y llorosa, la del pirata centelleante, se encontraron clavándose una en otra largo rato.

Aquellos dos seres estaban poseídos de una inquietud que les dolía a ambos.

-No me engañéis, príncipe -dijo Marianna, con voz ahogada-. Quienquiera que seáis, el amor que habéis suscitado en mi corazón no

se apagará jamás. Rey o bandido, os amaré igualmente.

Un profundo suspiro salió de los labios del pirata.

-¿Entonces es mi nombre, mi verdadero nombre, lo que quieres saber, criatura celeste? -exclamó.

-¡Sí, tu nombre, tu nombre!

Sandokán se pasó varias veces la mano por la frente, inundada de sudor, mientras las venas del cuello se le inflamaban prodigiosamente, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano.

-Escúchame, Marianna -dijo con acento salvaje-.

Aquí tienes un hombre que impera sobre este mar que baña las costas de las islas malayas, un hombre que es el azote de los navegantes, que hace temblar a las poblaciones, y cuyo nombre suena como una campana fúnebre.

¿Has oído hablar de Sandokán, por sobrenombre el Tigre de Malasia? Mírame a la cara. ¡Yo soy el Tigre!...

La jovencita dio involuntariamente un grito de horror y se cubrió el rostro con las manos.

-¡Marianna! -exclamó el pirata, cayendo a sus pies, con los brazos tendidos hacia ella-. ¡No me rechaces, no te espantes así! La fatalidad me hizo convertirme en pirata, como fue la fatalidad la que me impuso este sanguinario sobrenombre. Los hombres de tu raza fueron implacables conmigo, que sin embargo no había hecho a nadie ningún mal; fueron ellos los que, desde las gradas de un trono, me precipitaron en el fango, me quita-

ron mi reino, asesinaron a mi madre y a mis hermanos y me empujaron a estos mares. No soy pirata por codicia; soy un justiciero, el vengador de mi familia y de mi pueblo, nada más. Y- ahora, si no lo crees, recházame y me alejaré para siempre de estos lugares, para no volver a darte miedo.

-No, Sandokán, no te rechazo, porque te amo demasiado, porque eres valiente, poderoso, terrible, como los huracanes que agitan los océanos.

-¡Ah! ¿Entonces me amas todavía? ¡Dímelo con tus labios, dímelo otra vez!

-Sí, te amo, Sandokán, y ahora más que ayer.

El pirata la atrajo hacia sí y la apretó contra su pecho. Una alegría sin límites iluminaba su rostro varonil, y sobre sus labios vagaba una sonrisa de felicidad sin límites.

-¡Mía! ¡Eres mía! -exclamó delirante, fuera de sí-. Habla ahora, adorada mía, dime qué puedo hacer por ti. Soy capaz de cualquier cosa. Si quieres, iré a derribar a un sultán

para darte un reino; si quieres ser inmensamente rica, iré a saquear los templos de la India y de Birmania, para cubrirte de diamantes y de oro; si quieres, me haré inglés; si quieres que renuncie para siempre a mis venganzas y que el pirata desaparezca, iré a incendiar mis praos, para que no puedan volver a piratear, iré a dispersar a mis cachorros, iré a hundir mis cañones para que no puedan volver a rugir, y destruiré mi refugio. Habla, dime lo que quieres; pídeme lo imposible y lo haré. Por ti me sentiría capaz de levantar el mundo y de precipitarlo a través de los espacios del cielo.

La jovencita se alzó sonriendo hacia él, ciñéndole el robusto cuello con sus delicadas manos.

-No, mi valiente -dijo-, no pido más que la felicidad a tu lado. Llévame lejos, a cualquier isla, pero donde podamos casarnos sin peligro, sin ansiedad.

-Sí; si tú lo quieres, te llevaré a una lejana isla, cubierta de flores y de bosques, donde

no volverás a oír hablar de tu Labuán, ni yo de mi Mompracem, una isla encantada del Gran Océano, donde podremos vivir felices como dos palomas enamoradas: el terrible pirata, que dejó detrás de sí torrentes de sangre, y la gentil Perla de Labuán. ¿Querrás, Marianna?

-Sí, Sandokán, querré. Escúchame ahora: un peligro te acecha, quizá en estos momentos una traición se está tramando contra ti. Tienes que obedecerme, Sandokán.

-¿Qué debo hacer?

-Tienes que irte al instante.

¡Irme!... ¡Irme!... ¡Pero si yo no tengo miedo!

-Sandokán, huye mientras tengas tiempo. Tengo un funesto presentimiento; temo que te encuentres con alguna terrible desgracia. Mi tío no se ha marchado por capricho; debe de haberlo llamado el baronet William Rosenthal, que quizá te ha reconocido. ¡Ah, Sandokán! Vete, vuelve ahora mismo a tu isla

y ponte a salvo, antes que la tempestad se desencadene sobre tu cabeza.

-Si yo hubiera sido un hombre de vuestra especie, antes que pedir hospitalidad a un enemigo acérrimo, me hubiera dejado matar por los tigres de la selva. ¡Retirad esa mano que pertenece aun pirata, aun asesino!

-¡Señor! -exclamó Sandokán, que, comprendiendo enseguida que lo habían descubierto, se disponía a vender cara su vida-. ¡No soy un asesino, soy un justiciero!

-¡Ni una palabra más en mi casa: salid!

-Está bien -respondió Sandokán.

Echó una larga mirada a su prometida, que había caído sobre la alfombra semidesvanecida, e hizo el gesto de precipitarse hacia ella, pero se detuvo y, a paso lento, con la mano derecha sobre la empuñadura del kriss, la cabeza alta, la mirada fiera, salió de la sala y descendió la escalera, sofocando, con un esfuerzo prodigioso, los latidos de su corazón y la profunda emoción que lo invadía.

Sin embargo, cuando alcanzó el jardín se detuvo, sacando el kriss, cuya hoja centelleó a los rayos de la luna.

A trescientos pasos se extendía una línea de soldados, con las carabinas en la mano, dispuestos a hacer fuego sobre él.

En vez de obedecer, Sandokán atrajo hacia sí a la jovencita y la levantó entre sus brazos. Su cara, poco antes conmovida, había tomado otra expresión: sus ojos relampagueaban, las sienes le latían furiosamente y sus labios se entreabrían, mostrando los dientes.

Un instante después la dejó y se lanzó como una fiera a través del bosque, cruzando arroyos, zanjas y cerca, como si tuviera miedo o intentara huir de alguna cosa.

No se detuvo hasta llegar a la playa, donde vagó largo tiempo sin saber adónde dirigirse ni qué hacer. Cuando se decidió a volver, había caído ya la noche y la luna había salido.

Apenas volvió a la quinta, preguntó si había vuelto el lord, pero le respondieron que no le habían visto.

Subió al saloncito y encontró a lady Marianna arrodillada ante una imagen religiosa, con el rostro inundado de lágrimas.

-¡Mi adorada Marianna! -exclamó, levantándola-. ¿Lloras por mí? ¿Quizá porque soy el Tigre de Malasia, el hombre abominado por tus compatriotas?

-No, Sandokán. Pero tengo miedo; está a punto de ocurrir una desgracia. Huye, huye de aquí.

-Yo no tengo miedo; el Tigre de Malasia no ha temblado jamás y...

Se detuvo de golpe, estremeciéndose a pesar suyo. Un caballo acababa de entrar en el jardín, deteniéndose delante de la quinta.

-¡Mi tío!... ¡Huye, Sandokán! -exclamó la jovencita.

-¡Yo!... ¡Huir yo!...

Poco después entraba lord James en el saloncito. Ya no era el hombre del día anterior;

estaba serio, ceñudo, torvo, y vestía el uniforme de capitán de marina.

Con un gesto desdeñoso rechazó la mano que el pirata audazmente le ofrecía, diciendo con frío acento:

-Si yo hubiera sido un hombre de vuestra especie, antes que pedir hospitalidad a un enemigo acérrimo, me hubiera dejado matar por los tigres de la selva. ¡Retirad esa mano que pertenece a un pirata, a un asesino!

-¡Señor! -exclamó Sandokán, que, comprendiendo enseguida que lo habían descubierto, se disponía a vender cara su vida-. ¡No soy un asesino, soy un justiciero!

-¡Ni una palabra más en mi casa: salid!

-Está bien -respondió Sandokán.

Echó una larga mirada a su prometida, que había caído sobre la alfombra semidesvanecida, e hizo el gesto de precipitarse hacia ella, pero se detuvo y, a paso lento, con la mano derecha sobre la empuñadura del kriss, la cabeza alta, la mirada fiera, salió de la sala y

descendió la escalera, sofocando, con un esfuerzo prodigioso, los latidos de su corazón y la profunda emoción que lo invadía.

Sin embargo, cuando alcanzó el jardín se detuvo, sacando el kriss, cuya hoja centelleó a los rayos de la luna.

A trescientos pasos se extendía una línea de soldados, con las carabinas en la mano, dispuestos a hacer fuego sobre él.

10
A la caza del pirata

En otros tiempos Sandokán, aunque casi desarmado y frente a un enemigo cincuenta veces más numeroso, no hubiera dudado un solo instante en lanzarse sobre las puntas de las bayonetas, para abrirse paso a toda costa; pero ahora que amaba, ahora que sabía que era correspondido, ahora que aquella

divina criatura quizá lo seguía ansiosamente con la mirada, no quería cometer semejante locura, que podía costarle a él la vida y a ella quién sabe cuántas lágrimas.

No obstante, tenía que abrirse paso para alcanzar la selva y desde allí el mar, su única salvación,

-Volvamos -dijo-. Después veremos.

Volvió a subir la escalera, sin ser descubierto por los soldados, y volvió a entrar en el salón, con el kriss en la mano. El lord estaba aún allí, ceñudo, con los brazos cruzados; la joven lady, en cambio, había desaparecido.

-Señor -dijo Sandokán, acercándose a él-. Si yo os hubiese hospedado, si yo os hubiese llamado amigo y después hubiera descubierto en vos un mortal enemigo, os hubiera echado a la calle, pero no os hubiera tendido una vil emboscada. Ahí fuera, en el mismo camino que tendré que seguir, hay cincuenta, quizá cien hombres, dispuestos a fusilarme; hacedlos retirar y que me dejen libre el paso.

-¿Entonces el invencible Tigre tiene miedo?

-preguntó el lord con fría ironía.

-¿Miedo yo? No es eso, milord: aquí no se trata de combatir, sino de asesinar a un hombre desarmado.

-A mí eso no me importa. Salid, no deshonréis más mi casa, o por Dios...

-No me amenacéis, milord, porque el Tigre sería capaz de morder la mano que lo ha curado.

-Salid, os digo.

-Haced primero retirar a esos hombres.

-¡Pues vamos a verlo, Tigre de Malasia! -gritó el lord, desenvainando el sable y cerrando la puerta.

-¡Ah! Ya sabía yo que habíais intentado asesinarme a traición-dijo Sandokán-. Vamos, milord, abridme me paso o me lanzaré contra vos.

El lord, en vez de obedecer, descolgó de un clavo un cuerno y lanzó una nota aguda.

-¡Ah, traidor! -gritó Sandokán, que sintió hervirle la sangre en las venas.

-Ya es hora, maldito, de que caigas en

nuestras manos -dijo el lord-. Dentro de unos minutos los soldados estarán aquí y dentro de veinticuatro horas serás ahorcado.

Sandokán emitió un sordo rugido. Con un salto de felino se apoderó de una pesada silla y se lanzó sobre la mesa que estaba en el centro de la sala. Daba miedo; sus facciones estaban ferozmente contraídas por el furor, sus ojos parecían despedir llamas y una sonrisa de fiera le recorría los labios.

En aquel instante se oyó fuera un sonido de trompeta y en el corredor una voz, la de Marianna, que gritaba desesperadamente:

-¡Huye, Sandokán!

-¡Sangre!... ¡Veo sangre!... -aulló el pirata.

Levantó la silla y la arrojó con fuerza irresistible contra el lord, el cual, golpeado en pleno rostro, cayó pesadamente al suelo.

Rápido como el relámpago, Sandokán se lanzó sobre él con el kriss en alto.

-Mátame, asesino -agonizó el lord.

-Acordaos de lo que os dije hace unos días -respondió el pirata-. Os perdono, pero tengo

que reduciros a la impotencia.

Dicho esto, con una extraordinaria destreza lo volvió y le ató sólidamente los brazos y las piernas con la propia faja.

Le quitó el sable y se lanzó al corredor, gritando: -¡Marianna, estoy aquí!

La joven lady se precipitó entre sus brazos, y luego, llevándolo a su propia habitación, le dijo llorando:

-Sandokán, he visto soldados. ¡Ay, Dios mío, estás perdido!

-Todavía no -respondió él-. Burlaré a los soldados, ya lo verás.

La tomó por un brazo y, habiéndola conducido delante de la ventana, la contempló unos instantes a la luz de la luna, fuera de sí.

-Marianna -dijo-. Júrame que serás mi esposa. -Te lo juro por la memoria de mi madre -respondió la jovencita.

-¿Me esperarás?

-Te lo prometo.

-Está bien; huyo, pero dentro de una semana o dos volveré a llevarte, a la cabeza de

mis valerosos cachorros. ¡Ahora a vosotros, perros ingleses! -exclamó, irguiendo fieramente su elevada estatura-. Yo lucho por la Perla de Labuán.

Pasó rápidamente por encima del alféizar de la ventana y saltó en medio de un frondoso parterre, que lo ocultaba del todo.

Los soldados, que eran sesenta o setenta, ya habían rodeado por completo el jardín y avanzaban lentamente hacia el edificio, con los fusiles en la mano, dispuestos a disparar.

Sandokán, que seguía emboscado como un tigre, con el sable en la derecha y el kriss en la izquierda, no respiraba ni se movía, sino que se había encogido sobre sí mismo, dispuesto a precipitarse sobre el cerco y a romperlo con ímpetu irresistible.

El único movimiento que hacía era para levantar la cabeza hacia la ventana, donde sabía que se encontraba su amada Marianna, que sin duda esperaba con angustia el resultado de la suprema lucha.

Pronto los soldados se encontraron sólo a

unos pasos del parterre donde él seguía oculto. Al llegar a aquel punto se detuvieron, como si estuvieran indecisos sobre lo que había que hacer e inquietos por lo que podía suceder.

-Despacio, jovencitos -dijo un cabo-. Esperemos la señal, antes de seguir adelante.

-¿Teméis que el pirata se haya emboscado? -preguntó un soldado.

-Más bien temo que haya asesinado a todos los habitantes de la casa, porque no se oye ningún ruido.

-¿Pero habrá sido capaz de hacer todo eso?

-Es un bandolero capaz de todo -respondió el cabo-. ¡Ah, cómo me alegraría verlo danzar en el extremo de una verga, con un metro de cuerda al cuello!

Sandokán, que no perdía una sola palabra, dejó oír un sordo gruñido y fijó en el cabo unos ojos inyectados en sangre.

-Espera un momento -murmuró, rechinando los dientes-. El primero en caer vas a ser

tú.

En aquel momento se oyó el cuerno del lord dentro de la quinta.

-¿Otra señal? -murmuró Sandokán.

-Adelante -ordenó el cabo-. El pirata está alrededor de la casa.

Los soldados se acercaron lentamente, lanzando miradas de inquietud a todas partes. Sandokán midió de un vistazo la distancia, se irguió sobre las rodillas, y luego de un salto se lanzó contra los enemigos.

Abrir el cráneo al cabo y desaparecer en medio de j la cercana fronda fue cuestión de un solo momento.

Los soldados, sorprendidos por tanta audacia, aterrados por la muerte de su compañero, no pensaron en hacer fuego instantáneamente. Aquella breve vacilación le bastó a Sandokán para alcanzar a escondidas la cerca, atravesarla de un salto y desaparecer del otro lado.

Pronto estallaron gritos de furor, acompañados de varias descargas de fusil. Todos,

oficiales y soldados, se lanzaron como un solo hombre fuera del jardín, desperdigándose en todas las direcciones y disparando algún tiro, con la esperanza de alcanzar al fugitivo, pero ya era demasiado tarde. Sandokán, que había escapado milagrosamente de aquel cerco de armas, galopaba como un caballo, adentrándose en las selvas que rodeaban la finca de lord James.

Libre en el espeso boscaje, donde tenía ocasión de desplegar mil artimañas y de esconderse en cualquier sitio, ya no temía a los ingleses. ¿Qué le importaba que lo siguieran, que lo cercaran por todas partes, ahora que tenía el espacio por delante y ahora que una voz le susurraba al oído sin parar «huye porque te amo»?

-Que vengan a buscarme aquí, en medio de la naturaleza salvaje -decía sin dejar de correr-. Encontrarán al tigre libre, dispuesto a todo, resuelto a todo. Ya pueden surcar con sus humeantes cruceros las aguas de la isla; pueden lanzar a sus soldados a través de los

boscajes, llamar en su ayuda a todos los habitantes de Victoria: yo pasaré igualmente entre sus bayonetas y sus cañones. ¡Pero volveré pronto, oh joven celestial, te lo juro; volveré aquí, a la cabeza de mis valientes, no como vencido, sino como vencedor, y te arrancaré para siempre de estos lugares execrables!

A medida que se alejaba, los gritos de sus perseguidores y los disparos de fusil fueron haciéndose cada vez más débiles, hasta que desaparecieron por completo.

Se detuvo un momento al pie de un gigantesco árbol, para recobrar el aliento y para elegir el camino que recorrer a través de aquellos millares de plantas, a cuál más grande e intrincada.

La noche era clara, gracias a la luna que brillaba en un cielo sin nubes, derramando bajo las frondas de la selva sus azulados rayos, de una infinita dulzura y de una transparencia vaporosa.

-Veamos -dijo el pirata, orientándose por

las estrellas-. A la espalda tengo a los ingleses; delante, hacia el oeste, está el mar. Si tomo enseguida esta dirección, puedo toparme con cualquier pelotón de soldados, porque ellos supondrán que intento alcanzar la costa más próxima. Será mejor desviarse de la línea recta, torcer hacia el sur y alcanzar el mar a una notable distancia de aquí. Vamos, pues, en marcha, y ojos y oídos atentos.

Reunió toda su energía, volvió la espalda a la costa, que no debía de estar muy lejana, y se internó nuevamente en la selva, abriéndose paso entre los matorrales con mil precauciones, saltando troncos de árboles caídos por su decrepitud o abatidos por el rayo, y trepando por las plantas cada vez que se encontraba ante una barrera vegetal tan espesa que hubiera impedido el paso incluso a un mono parándose así caminando durante tres horas, cuando algún pájaro espantado por su presencia se levantaba chirriando, o cuando algún animal salvaje huía aullando, y se detuvo al fin delante de un torrente de aguas

negras.

Se introdujo en él, lo remontó durante unos cincuenta metros, aplastando millares de gusanos de agua, y, al llegar frente a un grueso ramo, se agarró a él y se encaramó sobre un árbol frondoso.

-Con esto bastará para hacer perder mi rastro incluso a los perros -se dijo-. Ahora puedo descansar, sin miedo de ser descubierto.

Llevaba allí una media hora, cuando un leve rumor, que se hubiera escapado a un oído menos fino que el suyo, se dejó oír a breve distancia.

Apartó lentamente el follaje, conteniendo la respiración, y lanzó a la tupida sombra del bosque una mirada investigadora.

Dos hombres, curvados hasta casi tocar tierra, avanzaban, mirando atentamente a derecha e izquierda y hacia adelante. Sandokán reconoció en ellos a dos soldados.

-¡El enemigo! -murmuró-. ¿Me he equivocado o es que me han seguido tan de cerca?

Los dos soldados, que al parecer estaban buscando las huellas del pirata, después de haber recorrido algunos metros se detuvieron casi bajo el árbol que servía de refugio a Sandokán.

-¿Sabes, John? -dijo uno de los dos, cuya voz temblaba-. Tengo miedo de encontrarme bajo estos oscurísimos boscajes.

-Y yo también, James -respondió el otro-. El hombre que buscamos es peor que un tigre, capaz de caer de improviso sobre nosotros y despacharnos a ambos. ¿Has visto cómo ha matado a nuestro compañero?

-No lo olvidaré jamás, John. No parecía un hombre, sino un gigante, dispuesto a hacernos pícadíllo. ¿Crees que conseguiremos prenderlo?

-Tengo mis dudas, a pesar de que el baronet William Rosenthal haya prometido cincuenta flamantes libras esterlinas por su cabeza. Mientras todos lo íbamos siguiendo hacia el oeste, para impedirle embarcarse en cualquier prao, quizá él corría hacia el norte o

hacia el sur.

-Pero mañana, o pasado mañana lo más tarde, saldrá algún crucero y le impedirá huir.

-Tienes razón, amigo. Entonces ¿qué hacemos?

-Vamos hasta la costa, y después ya veremos.

-¿Esperamos antes al sargento Willis, que nos sigue?

-Lo esperaremos en la costa.

-Confiemos en que no caiga en manos del pirata. ¡Hala!, vamos a reemprender la marcha, por ahora.

Los dos soldados echaron una última mirada a su alrededor y se pusieron a caminar hacia el oeste, desapareciendo entre las sombras de la noche.

Sandokán, que no había perdido una sílaba de su charla, esperó media hora, y luego se dejó resbalar lentamente hasta el suelo.

-Está bien -dijo-. Todos me siguen hacia occidente; yo seguiré torciendo hacia el sur, donde sé que ya no encontraré enemigos. Sin

embargo, estemos atentos. Tengo al sargento Willis a los talones.

Reemprendió la silenciosa marcha, dirigiéndose hacia el sur: volvió a atravesar el torrente y se abrió paso a través de una espesa cortina de plantas.

Estaba a punto de girar alrededor de un grueso alcanforero que le cerraba el paso, cuando una voz amenazante le gritó:

-¡Si dais un paso más, si hacéis el menor movimiento, os mato como a un perro!

11
Giro -B atol

El pirata, sin espantarse por aquella brusca intimación, que podía costarle la vida, se volvió lentamente, apretando el sable, dispuesto a servirse de él.

A seis pasos de él, un hombre, un soldado,

sin duda el sargento Willis, mencionado poco antes por los dos rastreadores, se había alzado de detrás de un matorral y lo apuntaba fríamente, al parecer resuelto a cumplir al pie de la letra la amenaza.

Lo miró tranquilamente, pero con ojos que despedían extraños resplandores en medio de aquella profunda oscuridad, y prorrumpió en estrepitosas carcajadas.

-¿De qué os reís? -preguntó el sargento, desconcertado y estupefacto-. Me parece que no es éste el momento.

-Río porque me extraña que tú te atrevas a amenazarme de muerte -respondió Sandokán-. ¿Sabes quién soy yo?

-El jefe de los piratas de Mompracem.

-¿Estás bien seguro de ello? -preguntó Sandokán, cuya voz silbaba de un extraño modo.

-¡Oh! Apostaría una semana de mi paga contra un penique a que no me equivoco.

-¡En efecto, yo soy el Tigre de Malasia!

-¡Ah! ...

Los dos hombres, Sandokán burlón, amenazante, seguro de sí, el otro espantado de encontrarse solo ante aquel hombre, cuyo valor era legendario, pero resuelto a no retroceder, se miraron en silencio durante algunos minutos.

-Vamos, Willis, ven a prenderme -dijo Sandokán. -¡Willis! -exclamó el soldado, invadido de un supersticioso terror-. ¿Cómo sabéis mi nombre? -¿Qué puede ignorar un hombre escapado del infierno? -dijo el Tigre sonriendo burlonamente. -Me dais miedo.

-¡Miedo! -exclamó Sandokán-. Willis, ¿sabes que veo sangre?...

El soldado, que había bajado el fusil, sorprendido, espantado, no sabiendo ya si tenía delante un hombre o un demonio, retrocedió vivamente, intentando apuntarlo; pero Sandokán, que no lo perdía de vista, en un abrir y cerrar de ojos, se colocó a su lado, arrojándolo a tierra.

¡Perdón! ¡Perdón! -balbuceó el pobre sargento, cuando vio ante sí la punta del sable.

-Te perdono la vida. -¿Puedo creeros?

-El Tigre de Malasia nunca promete nada en vano.

Levántate y escúchame.

El sargento se irguió, temblando, fijando en Sandokán unos ojos espantados.

-Hablad --dijo.

-Te he dicho que te perdono la vida, pero tienes que responderme a todas las preguntas que te haga. -Decid.

-¿Hacia dónde creen que he huido? -Hacia la costa occidental. -¿Cuántos hombres hay detrás de mí? -No puedo decirlo; sería una traición.

-Tienes razón; no te lo reprocho: al contrario, eso me gusta.

El sargento lo miro con estupor.

-¿Qué clase de hombre sois? -le preguntó-. Os creía un miserable asesino, pero veo que todos se equivocan.

-No me importa. Quítate el uniforme. -¿Qué queréis hacer con él?

-Me servirá para huir y nada más. ¿Hay

soldados indios entre los que me persiguen?

-Sí, los cipayos[27].

-Está bien; quítatelo y no opongas resistencia, si quieres que nos despidamos como buenos amigos.

El soldado obedeció. Sandokán se vistió el uniforme como pudo, se ciñó la daga y la cartuchera, se puso en la cabeza la gorra y se echó la carabina en bandolera.

-Ahora dejadme que os ate -dijo luego al soldado.

-¿Quereis que me devoren los tigres?

-¡Bah! Los tigres no son tan numerosos como crees. Además, tengo que tomar mis medidas para impedirte que me traiciones.

Tomó entre sus robustos brazos al soldado, que ni siquiera se atrevía a oponer resistencia, lo ató con una sólida cuerda, y después se alejó a paso rápido, sin volverse a mirar para atrás.

---

[27] Soldados indios al servicio de una potencia europea; en este caso, del Imperio británico

-Apresurémonos -dijo-. Tengo que alcanzar esta noche la costa y embarcar, o mañana será demasiado tarde. Quizá con el traje que llevo me será fácil escapar de mis perseguidores y saltar a bordo de cualquier barco que vaya directo a las Romades. Desde allí podré llegar a Mompracem y entonces... ¡Ah, Marianna, volverás a verme pronto, pero esta vez, terrible vencedor!

Ante aquel nombre, casi involuntariamente evocado, la frente del pirata se oscureció y sus facciones se contrajeron dolorosamente. Se llevó las manos al corazón y suspiró

-Silencio, silencio! -murmuró con voz profunda-. Pobre Marianna, quién sabe qué ansiedad agitará a estas horas su corazón. Quizá me creerá vencido, herido o encadenado como una fiera feroz, tal ve incluso muerto. ¡Daría toda mi sangre, gota a gota por volver

a verla un solo instante, por poder decirle que el Tigre está vivo todavía y que volverá! ¡Vamos, ánimo, que me hace falta! Esta no-

che abandonaré estas inhóspitas playas, llevando conmigo su juramento, y volveré a mi salvaje isla. Y después, ¿qué haré? ¿Diré adiós a mi vida de aventurero, a mi isla, a mis piratas a mi mar?

Todo esto se lo he jurado a ella, y por sublime, que ha sabido encadenar el corazón inaccesible del Tigre de Malasia, todo lo haré. Silencio, no la nombraré más o me volveré loco. ¡Adelante!

Volvió a ponerse en camino con paso rápido, apretándose fuertemente el pecho, como si quisiera sofocar los latidos precipitados de su corazón. Caminó toda la noche, atravesando grupos de gigantescos árboles y de pequeñas florestas, o bien praderas hundidas en profundos valles y llenas de torrentes y estanques, intentando orientarse por las estrellas.

Al salir el sol se detuvo junto a una colosal mata de durion, para descansar un poco y también para asegurarse de que el camino se hallaba libre.

Estaba a punto de ocultarse en medio de un festón de lianas, cuando oyó que una voz gritaba:

-¡Eh, camarada! ¿Qué andáis buscando por ahí dentro? Tened cuidado, no esté escondido por ahí algún pirata, mucho más terrible que los tigres de vuestro país.

Sandokán, sin sorprenderse lo más mínimo, seguro de no tener nada que temer con el traje que llevaba, se volvió tranquilamente y vio a corta distancia dos soldados tendidos en el suelo bajo la fresca sombra de una areca. Después de haberlos mirado atentamente creyó reconocer en ellos a los dos que habían precedido al sargento Willis.

-¿Qué hacéis aquí? -preguntó Sandokán con acento gutural y desfigurando el inglés.

-Estamos descansando un poco -respondió uno de los soldados-. Hemos andado de caza toda la noche y ya no podíamos más.

-¿Buscabais también vosotros al pirata?

-Sí, e incluso os puedo decir, mi sargento, que habíamos descubierto su rastro.

-¡Oh! -dijo Sandokán, fingiendo estupor-. ¿Y dónde lo habéis encontrado?

-En el bosque que acabamos de atravesar ahora mismo.

-¿Y lo habéis perdido después?

-No hemos sido capaces de volver a encontrarlo -dijo el soldado con rabia.

-¿Adónde se dirigía?

-Hacia el mar.

-Entonces estamos perfectamente de acuerdo.

-¿Qué queréis decir, mi sargento? -preguntaron los dos soldados, poniéndose en pie.

-Que Willis y yo...

-¡Willis!... ¿Lo habéis encontrado? -Sí, hace dos horas que lo he dejado. -Continuad, mi sargento.

-Quería deciros que Willis y yo habíamos vuelto a encontrar su rastro en las proximidades de la colina roja. El pirata intenta alcanzar, la costa septentrional de la isla, ya no es posible equivocarse.

-¡Entonces hemos seguido un falso rastro!... -No, amigos -dijo Sandokán-. Lo que pasa es que el pirata ha jugado hábilmente con nosotros.

-¿De qué modo? -preguntó el más entrado en años de los dos soldados.

-Remontando hacia el norte siguiendo el lecho de un torrente. El muy ladino ha dejado sus huellas en el bosque, fingiendo huir hacia el oeste; pero luego ha vuelto hacia atrás.

-¿Qué debemos hacer ahora?

-¿Dónde están vuestros compañeros?

-Están batiendo la selva a dos millas de aquí, avanzando hacia el oeste..

-Entonces volved inmediatamente atrás y dad la orden de dirigirse, sin pérdida de tiempo, hacia las playas septentrionales de la isla. Y espabilaos, que el lord ha prometido cien libras esterlinas y un grado al que descubra al pirata.

No se necesitaba más para animar a los dos soldados. Recogieron precipitadamente sus fusiles, se metieron en el bolsillo las pipas

que estaban fumando y, saludando a Sandokán, se alejaron rápidamente, desapareciendo detrás de los árboles.

El Tigre de Malasia los siguió con la vista mientras pudo; luego volvió a introducirse entre las matas, murmurando:

-Mientras me despejan el camino, yo puedo dormir algunas horas. Más tarde veré lo que conviene hacer.

Bebió algunos sorbos de whisky de la botella de Willis, que estaba llena, comió algunos plátanos que había recogido en la selva, después apoyó la cabeza sobre una brazada de hierba y se durmió profundamente, sin preocuparse más de sus enemigos.

¿Cuánto durmió? Ciertamente no más de tres o cuatro horas, porque cuando abrió los ojos el sol se hallaba todavía alto. Estaba a punto de levantarse para reemprender la marcha, cuando oyó un disparo de fusil a poca distancia, seguido súbitamente del galope precipitado de un caballo.

-¿Me habrán descubierto? -murmuró San-

dokán, volviendo a dejarse caer en medio de los matorrales.

Montó rápidamente la carabina, apartó con precaución las hojas y miró. Al principio no vio a nadie; oía sin embargo el galope que se aproximaba rápidamente. Creía que se trataba de un cazador lanzado tras las huellas de alguna babirusa[28], pero bien pronto se percató de que se había equivocado. Era una caza de hombre.

En efecto, un instante después un indígena o un malayo, a juzgar por el color negro rojizo de su piel, atravesó a carrera tendida la pradera, intentando alcanzar un espeso boscaje de plátanos.

Era un hombre bajo, membrudo, casi desnudo: no llevaba más que un faldellín desgarrado y un gorro de fibra de rotang, pero con la mano derecha empuñaba un nudoso bas-

---

[28] Cerdo salvaje asiático, mayor que el jabalí, cuyos colmillos valen de la boca dirigiéndose hacia arriba y luego se encorvan hacia atrás

tón y con la izquierda un kriss de hoja serpenteante.

Fue su carrera tan rápida que a Sandokán le faltó tiempo para observarlo mejor. Sin embargo lo vio esconderse, de un último salto, en medio de los plátanos y desaparecer bajo las gigantescas hojas.

-¿Quién será? -se preguntó Sandokán estupefacto-. Ciertamente es un malayo.

De pronto una sospecha le atravesó el cerebro.

-¿Y si fuese uno de mis hombres? -se preguntó-. ¿Habrá desembarcado Yáñez a alguno para venir a buscarme? Él no ignoraba que me dirigía a Labuán.

Estaba a punto de salir de las matas para intentar descubrir al fugitivo, cuando en el borde del bosque apareció un jinete.

Era un soldado de caballería del Regimiento de Bengala.

Parecía furibundo, porque blasfemaba y maltrataba a su caballo espoleándolo y atormentándolo con violentas desgarraduras.

Llegó a unos cincuenta pasos de las matas de plátanos, saltó ágilmente al suelo, ató el caballo a la raíz de una planta, montó el mosquete y se puso a escuchar, escudriñando atentamente los árboles cercanos.

-¡Por todos los truenos del universo! -exclamó-. ¡No puede haber desaparecido bajo tierra!... En algún lugar debe de estar escondido y, vive Dios, que no escapará por segunda vez de mi mosquete. Bien sé que tengo que vérmelas con el Tigre de Malasia, pero John Gibbs no tiene miedo. Y si este condenado caballo no se hubiera encabritado, a estas horas no estaría ya vivo el piratejo.

Hablando así consigo mismo, el soldado desenvainó el sable y se dirigió hacia una espesura de arecas y matorrales, apartando con prudencia las ramas.

Aquellos árboles estaban al lado del boscaje de plátanos, pero era dudoso que lograra descubrir al fugitivo. Éste se había ido alejando, arrastrándose a través de las lianas y raíces, y había encontrado un escondrijo que

lo ponía al abrigo de cualquier búsqueda.

Sandokán, que no había abandonado su matorral, intentó en vano descubrir dónde podía haberse ocultado el malayo. Por más que se estiraba y escudriñaba por debajo y por encima de las grandes hojas no conseguía verlo en ningún sitio. Sin embargo, se guardaba bien de poner al caballero sobre la buena pista, temiendo traicionar a aquel pobre indígena que había sido perseguido por su culpa.

-Vamos a ver si podemos salvarlo -murmuró-. Puede ser uno de mis hombres o algún explorador mandado por Yáñez. Tengo que dirigir hacia otra parte a ese soldado o acabará por encontrarlo.

Estaba a punto de salir de su matorral, cuando a pocos pasos vio agitarse un festón de lianas.

Volvió rápidamente la cabeza hacia aquella parte y vio aparecer al malayo. El pobre hombre, temiendo ser sorprendido, trepaba por aquellas cuerdas vegetales para alcanzar

la cima de un mango[29], entre cuyas hojas espesísimas podría encontrar un magnífico escondrijo.

-¡Muy astuto! -murmuró Sandokán.

Esperó a que alcanzara las ramas y se volviera. En cuanto pudo descubrir su cara, a duras penas pudo contener un grito de alegría y estupor.

-¡Giro-Batoi! -exclamó-. ¡Ah, mi bravo malayo!... ¿Cómo es que todavía se encuentra vivo?... Sin embargo, me acuerdo de haberlo abandonado en el prao a punto de irse a pique, muerto o moribundo. ¡Qué suerte!... Éste debe de tener el alma bien clavada en su cuerpo. ¡Vamos, hay que salvarlo!...

Montó la carabina, dio la vuelta a la espesura y apareció bruscamente al margen del

---

[29] Árbol que puede alcanzar los 15 metros de altura, de tronco recto, corteza negra y rugosa, copa grande y espesa, hojas duras y lanceoladas, flores pequeñas, amarillentas y en panoja, y fruto oval, amarillo, de corteza delgada y correosa, aromático y de sabor agradable

bosque, gritando:

-¡Eh, amigo!... ¿Qué andáis buscando con tanto encarnizamiento? ¿Habéis herido a alguna babirusa?

El soldado, al oír aquella voz, saltó ágilmente fuera de los matorrales con el mosquete apuntando delante de sí, y emitió un grito de estupor.

-¡Toma! ¡Un sargento! -exclamó. -¿Os sorprende, amigo?

-¿De qué agujero habéis salido?

-De la selva. He oído un tiro y me he apresurado a venir para ver qué había sucedido. ¿Habéis disparado contra alguna babirusa?

-Pues sí, contra una babirusa más peligrosa que un tigre -dijo el soldado con mal disimulada cólera. -¿Entonces qué clase de fiera era?

-¿No buscáis vos también a alguien? -preguntó el soldado.

-Sí.

-Al Tigre de Malasia, ¿verdad, mi sargento? -Exactamente.

- -¿Habéis visto al terrible pirata?

-No, pero he descubierto su rastro.

-En cambio, yo, mi sargento, he encontrado al pirata en persona.

¡Imposible!

-He disparado contra él. -Y... ¿no habéis acertado? -Como un cazador novato. -¿Y dónde se ha escondido?

-Me temo que ya estará lejos. Lo he visto atravesar la pradera y esconderse por estos matorrales. -Entonces ya no lo encontraréis.

-Eso temo yo también. Ese hombre es más ágil que

un mono y más terrible que un tigre.

-Es capaz de mandarnos a los dos al otro mundo. -Ya lo sé, mi sargento. Si no fuera por las cien libras esterlinas prometidas por lord Guillonk, con las que cuento para fundar una factoría el día que arroje el sable, no me hubiera atrevido a seguirlo.

-¿Y ahora qué pensáis hacer?

-No lo sé. Creo que rebuscando por estos matorrales perderé inútilmente el tiempo.

-¿Queréis un consejo? -Decid, mi sargento.

-Volved a montar a caballo y dad la vuelta al bosque.

-¿Queréis venir conmigo? Los dos juntos nos daremos valor.

-No, camarada.

-¿Por qué, mi sargento?

-¿Queréis dejar escapar al pirata?

-Explicaos.

-Si lo perseguimos los dos por una parte, el Tigre huirá por la otra. Dad vos la vuelta al bosque y dejadme a mí el cuidado de revisar esta espesura. -De acuerdo, pero con una condición. -¿Cuál?

-Que partamos el premio si tuvierais la suerte de abatir al Tigre. No quiero perder las cien libras del todo. -Accedo -respondió Sandokán, sonriendo. El soldado envainó el sable, volvió a subir en la silla, colocándose antes el mosquete montado, y saludó al sargento, diciéndole:

-Nos encontraremos en el margen opuesto de la floresta.

«Espérame sentado», murmuró Sandokán.

Aguardó a que el jinete hubiera desaparecido y luego se aproximó al árbol sobre el que seguía escondido su malayo, diciendo:

-Baja, Giro-Batol.

Aún no había terminado la frase, cuando ya el malayo había caído a sus pies, gritando con quebrantada voz:

-¡Ah..., Capitán!...

-¿Te sorprende volver a verme vivo todavía, mi valiente?

-Podéis creerlo, Tigre de Malasia -dijo el pirata con lágrimas en los ojos-. Creí que no volvería a veros jamás, pues estaba seguro de que los ingleses os habían matado.

-¡Matado! Los ingleses no tienen hierro suficiente para llegar al corazón del Tigre de Malasia -respondió Sandokán-. Me habían herido gravemente, es cierto, pero como ves estoy sano y salvo y dispuesto a recomenzar la lucha.

-¿Y todos los otros?

-Duermen en los abismos del mar -

respondió

Sandokán, con un suspiro-. Todos los valientes que arrastré al abordaje del maldito buque cayeron bajo los golpes de los leopardos.

-Pero los vengaremos, ¿no es así capitán?

-Sí, y muy pronto. Pero ¿a qué afortunada circunstancia debo el volver a encontrarte vivo todavía? Recuerdo haberte visto caer moribundo a bordo de tu prao, durante el primer combate.

-Es cierto, capitán. Una descarga de metralla me alcanzó en la cabeza, pero no me mató. Cuando volví en mí, el pobre prao, que habíais abandonado a las olas, acribillado por las balas del crucero, estaba a punto de hundirse en los abismos. Me agarré a un pecio y avancé hacia la costa. Anduve errante varias horas por el mar, y luego me desmayé. Me desperté en la cabaña de un indígena. Aquel buen hombre me había recogido a quince millas de la playa, me había embarcado en su

canoa[30] y transportado a tierra. Me curó con afecto, hasta que estuve completamente sano.

-Y ahora ¿adónde huías?

-Iba a trasladarme a la costa, para lanzar al agua una canoa que había construido yo mismo, cuando me vi atacado por aquel soldado.

-¡Oh! ¿Tienes una canoa?

-Sí, mi capitán.

-¿Quieres volver a Mompracem?

-Esta noche.

-Entonces iremos juntos, Giro-Batol.

-¿Cuándo?

-Nos embarcaremos esta tarde.

-¿Queréis venir a mi cabaña a descansar un poco?

-¡Oh!... ¿También tienes una cabaña?

-Explicaos.

---

[30] Voz caribe (canana) que designa a una embarcación de remo muy estrecha, ordinariamente de una pieza, sin quilla y sin diferencia entre proa y popa.

-Si lo perseguimos los dos por una parte, el Tigre huirá por la otra. Dad vos la vuelta al bosque y dejadme a mí el cuidado de revisar esta espesura. -De acuerdo, pero con una condición. -¿Cuál?

-Que partamos el premio si tuvierais la suerte de abatir al Tigre. No quiero perder las cien libras del todo. -Accedo -respondió Sandokán, sonriendo. El soldado envainó el sable, volvió a subir en la silla, colocándose antes el mosquete montado, y saludó al sargento, diciéndole:

-Nos encontraremos en el margen opuesto de la floresta.

«Espérame sentado», murmuró Sandokán.

Aguardó a que el jinete hubiera desaparecido y luego se aproximó al árbol sobre el que seguía escondido su malayo, diciendo:

-Baja, Giro-Batol.

Aún no había terminado la frase, cuando ya el malayo había caído a sus pies, gritando con quebrantada voz:

-¡Ah..., Capitán!...

-¿Te sorprende volver a verme vivo todavía, mi valiente?

-Podéis creerlo, Tigre de Malasia -dijo el pirata con lágrimas en los ojos-. Creí que no volvería a veros jamás, pues estaba seguro de que los ingleses os habían matado.

-¡Matado! Los ingleses no tienen hierro suficiente para llegar al corazón del Tigre de Malasia -respondió Sandokán-. Me habían herido gravemente, es cierto, pero como ves estoy sano y salvo y dispuesto a recomenzar la lucha.

-¿Y todos los otros?

-Duermen en los abismos del mar -respondió

Sandokán, con un suspiro-. Todos los valientes que arrastré al abordaje del maldito buque cayeron bajo los golpes de los leopardos.

-Pero los vengaremos, ¿no es así capitán?

-Sí, y muy pronto. Pero ¿a qué afortunada circunstancia debo el volver a encontrarte vivo todavía? Recuerdo haberte visto caer

moribundo a bordo de tu prao, durante el primer combate.

-Es cierto, capitán. Una descarga de metralla me alcanzó en la cabeza, pero no me mató. Cuando volví en mí, el pobre prao, que habíais abandonado a las olas, acribillado por las balas del crucero, estaba a punto de hundirse en los abismos. Me agarré a un pecio y avancé hacia la costa. Anduve errante varias horas por el mar, y luego me desmayé. Me desperté en la cabaña de un indígena. Aquel buen hombre me había recogido a quince millas de la playa, me había embarcado en su canoa[31] y transportado a tierra. Me curó con afecto, hasta que estuve completamente sano.

-Y ahora ¿adónde huías?

-Iba a trasladarme a la costa, para lanzar al agua una canoa que había construido yo

---

[31] Voz caribe (canaua) que designa a una embarcación de remo muy estrecha, ordinariamente de una pieza, sin quilla y sin diferencia entre proa y popa.

mismo, cuando me vi atacado por aquel soldado.

-¡Oh! ¿Tienes una canoa?

-Sí, mi capitán.

-¿Quieres volver a Mompracem?

-Esta noche.

-Entonces iremos juntos, Giro-Batol.

-¿Cuándo?

-Nos embarcaremos esta tarde.

-¿Queréis venir a mi cabaña a descansar un poco?

-¡Oh!... ¿También tienes una cabaña?

-Un tugurio que me regalaron los indígenas. -Vámonos enseguida. No puedes quedarte aquí sin correr el peligro de ser sorprendido por el soldado. -¿Volverá? -preguntó Giro-Batol con aprensión. -Seguramente.

-Huyamos, capitán.

-No tengas prisa. Como ves, me he convertido en todo un sargento del Regimiento de Infantería de Bengala, así que puedo protegerte.

-¿Habéis despojado a algún soldado? -Sí,

Giro-Batol.

-¡Un golpe maestro!

-Silencio. En marcha, o tendremos aquí al soldado. ¿Está lejos tu cabaña?

-Dentro de un cuarto de hora estaremos en ella. -Vamos a descansar un poco y más tarde pensaremos en escapar.

Los dos piratas salieron de la espesura y, después de haberse asegurado de que no había nadie por los alrededores, atravesaron con celeridad la pradera, alcanzando la linde de la segunda floresta.

Estaban a punto de adentrarse entre los altos vegetales, cuando Sandokán oyó un galope furioso.

-¡Otra vez ese inoportuno! -exclamó-. ¡Pronto, Giro-Batol, escóndete en esos matorrales!

-¡Eh, mi sargento!... -gritó el soldado, que parecía furibundo-. ¿Es así como me ayudáis a prender a ese bribón de pirata?... Mientras yo hacía casi reventar a mi caballo, vos no os habéis movido.

Y mientras así hablaba, espoleaba a su corcel, haciéndolo encabritarse y relinchar de dolor.

Después de haber atravesado la pradera, se detuvo junto a un grupo de árboles que quedaba aislado. Sandokán, sin inmutarse, se volvió hacia él y le respondió tranquilamente:

-He vuelto a encontrar el rastro del pirata y he creído inútil seguirlo a través de la selva. Así pues, estaba esperándoos.

-¿Habéis descubierto su rastro?... ¡Por mil demonios!... ¿Pues cuántas huellas ha dejado ese bribón? Yo creo que se ha divertido jugando con nosotros.

-Eso supongo yo también. -¿Quién os lo ha mostrado? -Lo he encontrado yo.

-¡Ya, ya, mi sargento! -exclamó el soldado con tono irónico.

-¿Qué queréis decir?... -preguntó Sandokán arrugando la frente.

-Que alguno os lo ha indicado. -¿Y quién?

-He visto un negro junto a vos.

-Lo he encontrado por casualidad y me ha

hecho compañía.

-¿Estabais bien seguro de que era un isleño? -No estoy ciego.

-¿Y adónde se ha ido ese negro?

-Se ha dirigido hacia el bosque. Seguía la pista de una babirusa.

-Habéis hecho mal en dejarlo marchar. Podía habernos suministrado preciosas indicaciones y hacernos ganar aún las cien libras.

-¡Humm!... Empiezo a temer que ya se nos ha esfumado, camarada. Por mi parte, renuncio y me vuelvo a la quinta de lord Guillonk.

-Yo no tengo miedo, mi sargento, y seguiré persiguiendo al pirata.

-Como gustéis.

-Feliz regreso -gritó el soldado con ironía. -Que el diablo te lleve -respondió Sandokán.

El soldado se alejó, por fin, espoleando furiosamente a su caballo, y se dirigió de nuevo hacia los boscajes que había atravesado poco antes.

-Vámonos -dijo Sandokán cuando dejó de

verlo-. Si vuelve otra vez, lo saludo con un buen tiro de carabina..

Se acercó al escondrijo de Giro-Batol y los dos juntos reemprendieron la marcha, adentrándose en la selva.

Después de haber atravesado otro claro, se metieron en medio de espesas plantas, abriéndose paso fatigosamente entre un caos de calamus[32] y de rotangs que se entretejían de mil formas, y en medio de una verdadera red de raíces, que serpenteaban por el suelo en mil direcciones.

Caminaron durante un buen cuarto de hora, vadeando numerosos torrentes, sobre cuyas riberas se veían huellas recientes del paso de los hombres, y luego se metieron en un boscaje tan frondoso y cubierto que la luz no podía casi atravesarlo.

Giro-Batol se detuvo un momento a escuchar, y luego dijo, volviéndose hacia Sando-

---

[32] Planta arbustiva trepadora, tallo calvo simple o ramificado, hojas muy carnosas

kán:

-En medio de esas plantas está mi cabaña.

-Un refugio seguro -respondió el Tigre de Malasia con una leve sonrisa-. Admiro tu prudencia. -Seguidme, capitán. Nadie vendrá a molestarnos.

12
La canoa de Giro-Batol

La cabaña de Giro-Batol se alzaba justamente en medio de aquel frondosísimo boscaje, entre dos colosales pombos,[33] que con sus enormes masas de follaje la protegían

---

[33] Este árbol, repetidas veces citado por Salgari, es verosímilmente de la familia del cocotero, con el que compartiría su origen malasio, su gran tamaño y su fruto

completamente de los rayos del sol.

Era un tugurio más que una habitación, apenas capaz de albergar a una pareja de salvajes, bajo, estrecho, con el techo formado por hojas de plátano superpuestas por estratos, y las paredes hechas de ramas toscamente entretejidas.

La única abertura era 1á puerta: no había ni rastro de ventanas.

¡El interior no valía mucho más! No había más que un lecho de hojas secas, dos toscas ollas de arcilla mal cocida y dos guijarros que debían de servir para encender fuego.

Había en cambio víveres en abundancia, frutas de toda clase e incluso la mitad de una babirusa de pocos meses, suspendida del techo por las patas traseras.

-Mi cabaña no vale gran cosa, capitán -dijo Giro-Batol-. Sin embargo, aquí podréis descansar a vuestro gusto sin temor de ser molestado. Hasta los indígenas de los alrededores ignoran que aquí hay un refugio. Si queréis dormir, puedo ofreceros este lecho de

hojas frescas cortadas esta misma mañana; si tenéis sed, tengo una olla llena de agua fresca, y si tenéis hambre, hay fruta y deliciosas chuletas.

-No pido más, mi bravo Giro-Batol -respondió Sandokán-. No esperaba encontrar tanto.

-Concededme media hora para asaros un pedazo de babirusa. Entretanto podréis saquear mi despensa. Ahí hay unas excelentes ananás, plátanos perfumados, suculentos pombos como no los habéis probado en Mompracem, fruta del artocarpus de tamaño inverosímil y durion que son mejores que la crema. Todo está a vuestra disposición.

-Gracias, Giro-Batol. Voy a aprovecharme, porque tengo más hambre que un tigre y llevo ayunando una semana.

-Entretanto voy a encender fuego. -¿No descubrirán el humo?

-¡Oh!... No temáis, capitán. Los árboles son tan altos y tan espesos que no lo permitirán.

Sandokán, que estaba bastante hambriento a causa de las largas marchas a través de la selva, atacó un palmito, que no pesaba menos de veinte libras, y se puso a resquebrajar aquella sustancia blanca y dulce que le recordaba el sabor de las almendras.

Entretanto el malayo, amontonando ramas secas sobre el fogón, las encendía, sirviéndose de dos pedacitos de bambú cortados por la mitad.

Es bastante curioso el sistema utilizado por los malayos para encender fuego sin necesidad de fósforos. Toman dos bambúes cortados y sobre la superficie convexa de uno de ellos hacen una muesca.

Con el otro comienzan a frotar sobre ese tajo, empleando el borde, al principio lentamente y luego cada vez más deprisa. El polvillo producido por ese frota miento se prende poco a poco y cae sobre un poco de yesca de fibra de gamut. La operación es bastante fácil y rápida y no requiere una especial habilidad.

Giro-Batol puso a asar un buen pedazo de babirusa ensartado en una varilla verde, sostenida por dos ramas en forma de horquilla fijas en el suelo; luego empezó a rebuscar bajo un montón de hojas verdes y sacó de allí un vaso que exhalaba un perfume poco prometedor, pero que hacía dilatar las narices al salvaje hijo de la selva malaya.

-¿Qué vas a ofrecerme, Giro-Batol? –preguntó Sandokán.

-Un plato delicioso, capitán.

Sandokán miró dentro del vaso e hizo una mueca.

-Prefiero la chuleta de babirusa, amigo mío. El blaciang no está hecho para mí. Gracias de todos modos por tu buena intención.

-Lo había reservado para las ocasiones extraordinarias, capitán -dijo el malayo mortificado.

-Sabes bien que yo no soy malayo. Mientras saqueo tu fruta, engulle tu famoso plato. En el mar se estropearía.

El malayo no se lo hizo repetir dos veces y

atacó vorazmente la olla, manifestando un gran placer.

El blaciang es ávidamente buscado por los malayos, que, en cuestión de alimentos, pueden dar punto y raya a los chinos, los menos escrupulosos de todos los pueblos. No desdeñan las serpientes, ni los animales ya en putrefacción, ni los gusanos en salsa, y mucho menos las larvas de las termitas por las que llegan a cometer verdaderas locuras.

El blaciang, no obstante, supera toda imaginación. Es una mezcolanza de cangrejos y de pececillos triturados juntos, que se deja corromper al sol y luego se sala.

El olor que exhala esa pasta es tal que no hay quien lo soporte: incluso hace enfermar.

No obstante, a los malayos y también a los javaneses les gusta glotonamente ese inmundo plato y lo prefieren a los pollos y a las suculentas chuletas de babirusa.

Mientras esperaban el asado, habían reemprendido la conversación.

-Saldremos esta noche, ¿no, capitán? -

preguntó Giro-Batol.

-Sí, en cuanto desaparezca la luna -respondió Sandokán.

-¿Tendremos el camino libre?

-Eso espero.

-Siempre temo un mal encuentro, capitán.

-No te preocupes, Giro-Batol. No se puede sospechar de un sargento así como así.

-¿Y si alguien os reconoce incluso con este traje? -Sólo me conocen poquísimas personas y estoy seguro de que no me las encontraré sobre mis pasos. -¿Habéis tenido entonces relaciones?

-Y con personas muy importantes, con barones y condes -dijo Sandokán.

-¡Vos, el Tigre de Malasia! -exclamó Giro-Batol estupefacto.

Luego, mirando a Sandokán con cierto embarazo, le preguntó indeciso:

-¿Y la joven blanca?

El Tigre de Malasia levantó bruscamente la cabeza, fijó en el malayo una mirada que despedía sombríos resplandores, y luego sus-

pirando profundamente dijo:

-Calla, Giro-Batol. ¡No despiertes en mí recuerdos terribles!

Estuvo algunos instantes en silencio, con la cabeza apretada entre las manos y los ojos fijos en el vacío; luego, como hablando consigo mismo, prosiguió:

-Volveremos pronto aquí, a esta isla. El destino será más poderoso que mi voluntad y luego... incluso en Mompracem, entre mis valientes, ¿cómo poder olvidarla? ¿No bastaba ya con la derrota? ¡Tenía que dejarme también el corazón en esta maldita isla!

-¿De qué habláis, capitán? -preguntó Giro-Batol ciertamente sorprendido.

Sandokán se pasó una mano por los ojos como si quisiera ahuyentar una visión, y luego, sacudiéndose, dijo:

-No preguntes nada, Giro-Batol.

-Pero volveremos aquí, ¿no es cierto? -Sí.

-Y vengaremos a nuestros compañeros que murieron combatiendo sobre las playas de esta tierra abominable.

-Sí, pero quizá sería mejor para mí no volver a ver más esta isla.

-¿Qué decís, capitán?

-Digo que esta isla podrá dar un golpe mortal al poderío de Mompracem y quizá encadenar para siempre al Tigre de Malasia.

-¿A vos, tan fuerte, tan terrible? ¡Oh, vos no podéis tener miedo de los leopardos de Inglaterra!

-No de ellos, no, pero... ¿quién puede leer en el destino? Mis brazos son todavía formidables, pero ¿lo será también mi corazón?

-¡El corazón! No os comprendo, capitán. -Mejor. A comer, Giro-Batol. No pensemos en el

pasado.

-Me dais miedo, capitán.

-Calla, Giro-Batol -replicó Sandokán con acento imperioso.

El malayo no se atrevió a continuar. Trajo el asado, que despedía un apetitoso olor, lo colocó sobre una larga hoja de plátano y se lo ofreció a Sandokán; luego fue a buscar en un

rincón del tugurio y de un agujero sacó una botella casi rota pero cuidadosamente cubierta con un cucurucho formado con fibra de rotang, hábilmente entretejida.

-Gin, capitán -dijo, mirando la botella con ojos ardientes-. He tenido que trabajar no poco para arrebatársela a los indígenas y la guardaba para reponer fuerzas en el mar. Podéis vaciarla hasta la última gota.

-Gracias, Giro-Batol -respondió Sandokán con una triste sonrisa-. La partiremos como hermanos.

Sandokán comió en silencio, no haciendo a la comida tantos honores como el bravo malayo había esperado; bebió algunos sorbos de gin y luego se sentó sobre las frescas hojas, diciendo:

-Vamos a descansar unas horas. En tanto caerá la tarde, y después tenemos que esperar a que desaparezca la luna.

El malayo cerró cuidadosamente la cabaña, apagó el fuego y, habiendo vaciado la botella, se acurrucó en un rincón, soñando

que se encontraba ya en Mompracem.

Sandokán en cambio, a pesar de que estaba cansadísimo, después de haber estado caminando toda la noche anterior, no fue capaz de pegar ojo.

Y no ya por el temor de verse sorprendido de un momento a otro por los enemigos: no era posible que los encontraran en aquella cabaña tan bien oculta a las miradas de todos. Era el pensamiento de la joven inglesa el que lo mantenía despierto.

¿Qué le habría sucedido a Marianna después de los últimos acontecimientos? ¿Qué habría ocurrido entre ella y lord James?... ¿Y a qué acuerdos habrían llegado el viejo lobo de mar y el baronet William Rosenthal? ¿Seguiría en Labuán, y todavía libre a su vuelta? ¡Qué ellos tan tremendos en el corazón del formidable pirata! ¡Y no podía hacer nada por aquella mujer amada! ¡Nada, excepto huir para no caer bajo los golpes de los adversarios! ¡Ah! -pensaba Sandokán, agitándose sobre el lecho de hojas-. ¡Daría la mitad de

mi sangre por volver a encontrarme otra vez junto a aquella joven que ha sabido hacer palpitar el corazón del Tigre de Malasia! ¡Pobre Marianna! ¡Quien sabe qué angustias estarán atormentándola! ¡Quizá me creerá vencido, herido, incluso muerto!... ¡Mis tesoros, mis barcos, mi isla, por poder decirle que el Tigre de Malasia está vivo todavía y que la recordará siempre!... ¡Vamos, ánimo! Esta noche abandonaré esta maldita isla llevando conmigo su promesa, pero volveré, aunque tenga que arrastrar conmigo hasta el último de mis hombres, aunque tenga que

Ë empeñarme en una lucha desesperada contra todas las fuerzas de Labuán; aunque tenga que sufrir otra derrota y caer nuevamente herido.

Pensando en estas cosas esperó a que el sol se hubiera puesto y luego, cuando las tinieblas hubieron invadido la cabaña y la espesura, despertó a Giro-Batol, que roncaba

como un tapir.[34]

-Vamos, malayo -le dijo-. El cielo se ha cubierto de nubes, así que es inútil esperar a que desaparezca la luna. Vamos, deprisa, porque siento que, si tuviera que permanecer una hora más aquí, todavía me negaría a seguirte.

-¿Y dejarías Mompracem por esta maldita isla?

-Calla, Giro-Batol -dijo Sandokán casi con ira-.

¿Dónde se encuentra tu canoa?

-A diez minutos de camino.

-Entonces ¿está tan cerca el mar?

-Sí, Tigre de Malasia.

-¿Has puesto víveres en ella?

-He pensado en todo, capitán. No nos falta fruta, ni agua, ni los remos y mucho menos la

---

[34] Mamífero angulado propio de la India y de América del Sur, con cuatro dedos en las patas anteriores, tres en las posteriores, cola rudimentaria y el hocico prolongado en forma de pequeña trompa

vela.

-Andando, Giro-Batol.

El malayo tomó un pedazo de asado que había apartado, se armó de un nudoso bastón y siguió a Sandokán.

-La noche no podía ser más propicia -dijo, mirando al cielo, que se había cubierto de nubarrones-. Podremos escaparnos sin ser descubiertos.

Una vez atravesada la espesura, Giro-Batol se detuvo un momento para escuchar, y luego, seguro del profundo silencio que reinaba en la selva, reemprendió la marcha, torciendo hacia el oeste.

La oscuridad era densísima bajo aquellos grandes árboles, pero el malayo veía incluso de noche quizá mejor que los gatos, y además era un buen conocedor de aquellos lugares.

Unas veces arrastrando los pies entre las cien mil raíces que obstruían el suelo, otras alzándose entre las tupidas redes de los lar-

guísimos calamos y de los nepentes,[35] otras saltando troncos colosales caídos quizá de puro viejos, Giro-Batol seguía avanzando en la tenebrosa selva sin desviarse nunca. Sandokán, sombrío, taciturno, lo seguía de cerca, imitando todas aquellas maniobras.

Si un rayo de luna hubiera iluminado el rostro del fiero pirata, ¯lo habría mostrado alterado por un intenso dolor.

A aquel hombre, que veinte días antes hubiera dado la mitad de su sangre por poder encontrarse de nuevo en Mompracem, ahora le resultaba inmensamente penoso abandonar la isla en la que dejaba, sola e indefensa, a la mujer que amaba con locura.

Cada paso que le acercaba al mar repercutía en su pecho como una puñalada, y le parecía que la distancia que lo separaba de la Perla de Labuán crecía minuto a minuto enormemente.

---

[35] Planta arbustiva trepadora, de tallo calvo o no, simple o ramificado, y hojas muy carnosas

A veces se detenía, no sabiendo si volver o seguir adelante; pero el malayo, que sentía arder el suelo bajo sus pies y no veía el instante de embarcarse, lo incitaba a seguir, haciéndole observar lo peligroso que podría resultar el mínimo retraso.

Llevaban caminando media hora, cuando Giro-Batol se paró de repente, aplicando el oído con atención.

-¿Oís ese fragor? -preguntó.

-Lo oigo claramente: es el mar -respondió Sandokán-. ¿Dónde está la canoa?

-Aquí al lado.

El malayo guió a Sandokán a través de una espesa cortina de follaje y le mostró el mar, que gruñía al romperse contra los bancos de la isla.

-¿Veis algo? -preguntó.

-Nada -respondió Sandokán, después de haber recorrido rápidamente el horizonte con los ojos.

-La suerte nos acompaña: los cruceros duermen todavía.

Bajó a la orilla, removió las ramas de un árbol y mostró una embarcación que se mecía pesadamente en el fondo de una pequeña ensenada.

Era una barcaza, construida después de haber vaciado a fuego y hacha el tronco de un grueso árbol, semejante a las que usan los indios del río Amazonas y los polinesios del Pacífico.

Desafiar al mar con una barca de formas tan extravagantes era una temeridad sin igual, porque bastarían pocas olas para volcarla; pero los dos piratas no eran tipos para amedrentarse.

Giro-Batol fue el primero en saltar dentro de ella y en izar un pequeño mástil, al que había adaptado una pequeña vela de fibra vegetal cuidadosamente entretejida.

-Venid, capitán -dijo, disponiéndose a tomar los remos-. Dentro de pocos minutos podrían cortarnos el camino.

Sandokán, sombrío, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, es-

taba todavía en tierra mirando hacia el este, como si intentase descubrir, en medio de la profunda oscuridad y entre los grandes árboles, la habitación de la Perla de Labuán. Parecía ignorar que había llegado el momento de la fuga y que un pequeño retraso podía resultarle fatal.

-Capitán -repitió el malayo-. ¿Queréis dejaros prender por el crucero? Venid, o será demasiado tarde. -Te sigo -respondió Sandokán con voz triste. Saltó a la canoa cerrando los ojos y dando un profundo suspiro.

El viento soplaba del este, de modo que no podía ser más favorable.

La canoa, con su vela tendida, bogaba con bastante rapidez, inclinada a estribor, interponiendo entre el pirata, que se sentía extremadamente conmovido, y la pobre Marianna, el vasto mar de Malasia.

Sandokán, sentado a popa, con la cabeza entre las manos, no hablaba y seguía con los ojos fijos en su Labuán, que poco a poco desaparecía en las tinieblas; Giro-Batol, instalado

a proa, feliz, sonriente, charlaba por diez, y seguía con los ojos fijos hacia el oeste, allí donde debía aparecer la formidable isla de Mompracem.

-Vamos, capitán -dijo el malayo, que no podía callar un solo instante-. ¿Por qué os habéis quedado tan sombrío, ahora que estamos a punto de volver a ver nuestra isla? Se diría que añoráis Labuán.

-Sí, la añoro, Giro-Batol -respondió Sandokán con voz sorda.

-¡Oh! ¿Es que os han embrujado esos perros ingleses? Y, sin embargo, capitán, os perseguían para cazaros por bosques y llanuras, ávidos de vuestra sangre. ¡Ah! Tendríais que verlos mañana, cuando se den cuenta de vuestra fuga, morderse los dedos de rabia, y tendríais que oír las imprecaciones de sus mujeres.

-¡De sus mujeres! -exclamó Sandokán, sacudiéndose.

-Sí, porque nos odian quizá más que los hombres.

-¡Oh, no todas, Giro-Batol!

-Son peores que las víboras, capitán, os lo aseguro. -Calla, Giro-Batol, calla. ¡Si vuelves a decir esas palabras, te arrojo de cabeza al mar!

Había tal acento de amenaza en la voz de Sandokán, que el malayo enmudeció de golpe. Miró largamente a aquel hombre, que seguía mirando fijamente a Labuán, oprimiéndose el pecho con ambas manos, como si quisiera sofocar un dolor inmenso, y luego se retiró lentamente a proa, murmurando:

-Los ingleses lo han embrujado.

Durante toda la noche la canoa, empujada por el viento del este, bogó velozmente sin encontrarse con ningún crucero y portándose bastante bien, a pesar de las olas que de vez en cuando la embestían, haciéndola escorar peligrosamente.

El malayo, por miedo de que Sandokán cumpliese la amenaza, había dejado de hablar; sentado a proa, escudriñaba atentamente la oscura línea del horizonte, por ver si

aparecía alguna nave.

En cambio su compañero, tendido a popa, no apartaba su mirada del lugar donde debía de encontrarse la isla de Labuán, que ya había desaparecido en las sombras de la noche.

Llevarían navegando un par de horas, cuando los agudísimos ojos del malayo descubrieron un punto luminoso que brillaba sobre la línea del horizonte.

-¿Un velero o un barco de guerra? -se preguntó con ansiedad.

Sandokán, siempre sumido en sus dolorosos pensamientos, no se había dado cuenta de nada.

El punto luminoso creció rápidamente y parecía que se elevaba cada vez más sobre la línea del horizonte.

Aquella luz blanca no podía pertenecer más que a un buque de vapor. Debía de ser un farol encendido sobre la cima del trinquete.

Giro-Batol comenzaba a agitarse; sus in-

quietudes aumentaban progresivamente, tanto más cuanto que aquel punto luminoso parecía dirigirse directamente hacia la canoa. Pronto debajo del farol blanco aparecieron otros dos: uno rojo y otro verde.

-Es un navío de vapor -dijo.

Sandokán no respondió. Quizá ni le había oído. -Capitán -repitió-. ¡Un navío de vapor! El jefe de los piratas de Mompracem esta vez se sobresaltó, mientras un terrible relámpago brillaba en sus sombrías miradas.

-¡Ah!... -dijo.

Se volvió con ímpetu y miró la inmensa extensión del mar.

-¿Otra vez un enemigo? -murmuró, mientras su mano derecha corría instintivamente al kriss.

-Eso me temo, capitán -respondió el malayo. Sandokán miró fijamente durante algunos instantes aquellos tres puntos luminosos que se aproximaban rápidamente, y luego dijo:

-Parece que viene hacia nosotros.

-Eso me temo, capitán -repitió el malayo-.

Su comandante habrá visto ya nuestro bote. -Es probable.

-¿Qué hacemos, capitán?

Dejémosle acercarse.

-Y nos prenderá.

-Ahora yo no soy el Tigre de Malasia, sino un sargento de los cipayos.

-¿Y si alguno os reconoce?

-Muy pocos han visto al Tigre de Malasia. Si esa nave viniera de Labuán, tendríamos razón para temer; pero, viniendo de alta mar, podremos engañar a su comandante.

Se quedó callado durante unos instantes, fijándose en el enemigo, y luego dijo:

-Tenemos que vérnoslas con una cañonera. -¿Y viene de Sarawak?

-Es probable, Giro-Batol. Ya que se dirige hacia nosotros, esperémosla.

La cañonera, en efecto, había apuntado la proa en dirección a la canoa y aceleraba su marcha para alcanzarla. Viéndola tan lejos de las costas de Labuán, quizá creía que los hombres que iban en ella habían sido empu-

jados de ese modo a alta mar por cualquier golpe de viento y corría para recogerlos; pero quizá su comandante quería cerciorarse de si eran piratas o náufragos.

Sandokán había ordenado a Giro-Batoi que volviera a tomar los remos y pusiera proa en dirección a las Romades, grupo de islas situadas más al sur. A estas horas ya había trazado su plan para engañar al comandante.

Media hora después, la cañonera se encontraba a pocas brazas de la canoa. Era un barco ligero de popa baja, armado de un solo cañón situado sobre la plataforma posterior y pertrechado de un solo palo. Su tripulación no debía de superar los treinta o cuarenta hombres.

El comandante, o el oficial de cuarto[36] que fuera, hizo maniobrar de modo que pasara a pocos metros de la canoa, y luego, habiendo ordenado detener los tambores, se inclinó

---

[36] Se llamaba así al oficial de guardia que hacía el cuarto turno

sobre la borda, gritando:

-¡Alto, u os hago ir al fondo!

Sandokán se levantó vivamente, diciendo en buen inglés:

-¿Por qué me prendéis?

-¡Oh! -exclamó el oficial con estupor-. ¡Un sargento de los cipayos!... ¿Qué hacéis vos aquí, tan lejos de Labuán?

-Voy a las Romades, señor -respondió Sandokán. -¿A qué?

-Tengo que llevar unas órdenes al yacht' de lord

James Guillonk.

-¿Se encuentra lejos de aquí ese barco? - Sí, mi comandante. - ¿Y vais en una canoa? - No he podido encontrar nada mejor.

-Tened cuidado, porque hay praos malayos que merodean por el mar.

-¡Ah!... - dijo Sandokán, refrenando apenas su alegría.

-Ayer por la mañana vi dos de ellos y apostaría que venían de Mompracem. Si hubiera tenido algún cañón más, no estarían

a estas horas a flote.

-Me guardaré de esos barcos, mi comandante. -¿Necesitáis alguna cosa, sargento? -Nada, señor.

-Buen viaje.

La cañonera reemprendió la marcha dirigiéndose hacia Labuán, mientras Giro-Batol orientaba la vela para dirigirse a Mompracem.

-¿Has oído? -le preguntó Sandokán.

-Sí, capitán.

-Nuestros barcos están batiendo el mar.

-Nos buscan todavía, capitán.

-No creerán en mi muerte.

-Seguro que no.

-¡Qué sorpresa para mi buen Yáñez cuando me vea! ¡Bravo y afectísimo compañero!

Volvió a sentarse a popa, con la mirada siempre fija en dirección a Labuán, y no volvió a hablar. Sin embargo, el malayo le oyó suspirar varias veces.

Al alba, sólo ciento cincuenta millas separaban a los fugitivos de Mompracem, distancia que podían superar en menos de veinti-

cuatro o treinta horas, si el tiempo no empeoraba.

El malayo sacó de una vieja vasija de tierra, asegurada a un travesaño de la canoa, algunas provisiones y se las ofreció a Sandokán, pero éste, absorto siempre en sus contemplaciones y en sus angustias, no respondió siquiera, ni abandonó su posición.

«Está embrujado -repitió el malayo, meneando la cabeza-. Si es verdad, ¡ay de los ingleses!...»

Durante el día el viento cayó varias veces, y la canoa, que se zambullía pesadamente con los empujes de las olas, embarcó muchas veces gran cantidad de agua. Sin embargo, por la tarde se levantó un viento fresco del sudeste, empujándola rápidamente hacia el oeste; el viento se mantuvo igual también a la mañana siguiente.

Al caer el día, el malayo, que seguía de pie sobre la proa, descubrió finalmente una masa

oscura que se elevaba sobre el mar.[37]

-¡Mompracem!... -exclamó.

Ante aquel grito, Sandokán, por primera vez desde que había puesto los pies en la canoa, se movió alzándose de golpe.

Ya no era el hombre de antes: la melancólica expresión de su rostro había desaparecido completamente. Sus ojos despedían relámpagos y sus facciones ya no estaban alteradas por aquel sombrío dolor.

-¡Mompracem! ..... Exclamó, enderezando su alta figura.

Y permaneció allí, contemplando su salvaje isla, el baluarte de su poder, de su grandeza en aquel mar que no sin razón llamaba suyo. En aquel momento, sentía que volvía el for-

---

[37] En las citadas memorias describe el apócrifo autor la llegada a este «islote de Malasia» de un modo sumamente escueto: «Avistamos el islote de Mompracem, punto perdido en aquel inmenso archipiélago, sembrado de islas y de arrecifes, y desembarcamos» (Mis memorias, cap. x).

midable Tigre de Malasia de las legendarias hazañas.

Su mirada, que desafiaba a los mejores catalejos, recorría las costas de la isla, deteniéndose sobre el alto acantilado donde ondeaba todavía la bandera de la piratería, sobre las fortificaciones que defendían el poblado y sobre los numerosos praos que se mecían en la bahía.

-¡Ah!... Por fin te vuelvo a ver -exclamó.

-Estamos salvados, Tigre -dijo el malayo, que parecía volverse loco de alegría.

Sandokán lo miró casi estupefacto.

-¿Entonces merezco todavía ese nombre, Giro

Batol? -preguntó.

-Sí, capitán.

-Y, sin embargo, creí que no volvería a merecerlo -murmuró Sandokán, suspirando.

Aferró la pagaya[38] que servía de timón y

---

[38] Voz de origen malayo (pangáyong), que designa un remo filipino de pala sobrepuesta y atada con bejuco

dirigió la canoa hacia la isla, que iba hundiéndose lentamente en las tinieblas. A las diez los dos piratas, sin haber sido descubiertos por nadie, atracaron junto al gran acantilado.

Sandokán, al poner los pies sobre su isla, respiró largamente y quizá en aquel momento no lloraba por Labuán, y quizá, por un momento, incluso olvidó a Marianna.

Dio la vuelta rápidamente al acantilado y alcanzó los primeros escalones de la tortuosa escalera que conducía a la gran cabaña[39]

-Giro-Batol -dijo, volviéndose hacia el ma-

---

[39] vive!" y desaparecían a una seña de mi guía.» Precisamente el grueso de las memorias corresponden a su pretendido encuentro con Sandokán, su «noviciado de pirata» y sus aventuras con los tigres de Mompracem (caps. XXX). El autor introduce a Salgari en este mundo de la siguiente forma: «Mi segundo viaje iba a ser muy distinto del primero. De pronto me encontré con uno de esos secretos que siempre habían halagado mi fantasía: entraba en el gran mar de las aventuras» (cap. VIII

layo, que se había parado-, vuelve a tu cabaña, advierte a mis piratas de mi llegada, pero diles que me dejen tranquilo, porque tengo que decir ciertas cosas a Yáñez allá arriba, que deben ser un secreto para vosotros.

-Capitán, nadie vendrá a molestaros, si tal es vuestro deseo. Y ahora, dejadme daros las gracias por haberme conducido aquí otra vez y deciros que, si hay que sacrificar un hombre, aunque sea por salvar a un inglés o a una mujer de su raza, estaré siempre dispuesto.

-¡Gracias, Giro-Batol, gracias... y ahora vete!

Y el pirata, volviendo a arrojar hasta el fondo de su corazón el recuerdo de Marianna, involuntariamente evocado por el malayo, subió las escaleras, elevándose entre las tinieblas

14

Amor y embriaguez

Cuando llegó a la cima del gran acantilado, Sandokán se detuvo a la orilla y su mirada se dirigió lejos, hacia el este, en dirección a Labuán.

-¡Gran Dios! -murmuró-. ¡Cuánta distancia me separa de esa celeste criatura! ¿Qué estará haciendo a estas horas? ¿Me llorará muerto o prisionero?

Un sordo gemido salió de sus labios, e inclinó la cabeza sobre el pecho.

-¡Qué fatalidad! -susurró.

Aspiró el viento de la noche, como si aspirase el lejano perfume de su amada, y luego se aproximó a paso lento a su gran cabaña, donde había aún una habitación iluminada.

Miró a través de los cristales de una ventana y vio a un hombre sentado ante una mesa, con la cabeza entre las manos.

-Yáñez... -murmuró, sonriendo tristemente-. ¿Qué dirá cuando sepa que el Tigre vuel-

ve vencido y embrujado?

Ahogó un suspiro y abrió lentamente la puerta, sin que su amigo lo oyese.

-Bueno, hermano -dijo, después de unos instantes-. ¿Has olvidado ya al Tigre de Malasia?

No había terminado de decir estas palabras, cuando Yáñez ya se había lanzado a sus brazos, exclamando:

-¡Tú! ¡Tú!... ¡Sandokán!... ¡Ah! ¡Y yo que te creía perdido para siempre!

-Pues no; he vuelto, como ves.

-Pero, desgraciado amigo, ¿dónde has estado durante todos estos días? Hace cuatro semanas que te espero, presa de mil ansiedades. ¿Qué has hecho durante tanto tiempo? ¿Has saqueado al sultán de Varauni, o te ha embrujado la Perla de Labuán? Habla, hermano mío, la impaciencia me consume.

En vez de responder a todas aquellas preguntas, Sandokán se puso a mirarlo en silencio fijamente, con los brazos cruzados sobre

el pecho, la mirada torva y el rostro oscurecido.

-Vamos -dijo Yáñez, sorprendido por aquel mutismo-. Habla: ¿qué significa ese traje que traes puesto y por qué miras así? ¿Te ha ocurrido alguna desgracia?

-¡Desgracia! -exclamó Sandokán con voz ronca-. Pero ¿entonces ignoras todavía que de cincuenta cachorros que conducía contra Labuán, el único superviviente es Giro-Batol? ¿No sabes entonces que todos murieron en las costas de esa isla maldita, destripados por el hierro de los ingleses?, ¿que yo caí gravemente herido sobre el puente de un crucero y que mis barcos descansan en el fondo del mar de Malasia?

-¡Vencido tú!... ¡Es imposible! ¡Es imposible!

-¡Sí, Yáñez, he sido vencido y herido, mis hombres han sido destruidos y yo vuelvo mortalmente enfermo!

El pirata arrimó con gesto convulso una silla hasta la mesa, vació uno tras otro tres

vasos de whisky, y luego, con voz quebrada o animada, ronca o estridente, alternando gestos violentos e imprecaciones, contó con pelos y señales todo lo que le había sucedido, el desembarco en Labuán, el encuentro con el crucero, la tremenda batalla sostenida, el abordaje, la herida recibida, los sufrimientos y la curación.

Sin embargo, cuando empezó a hablar de la Perla de Labuán, toda su ira se esfumó. Su voz, poco antes ronca, destrozada por el furor, tomó ahora otro tono, y se hizo dulce, cariñosa, apasionada.

Describió con arrojo poético la belleza de la joven lady, aquellos ojos grandes, dulces, melancólicos, azules como el agua del mar, que lo habían conmovido profundamente; habló de aquellos cabellos largos, más rubios que el oro, más sutiles que la seda, más perfumados que las rosas de los bosques; de aquella voz incomparable, angelical, que había hecho vibrar extrañamente las cuerdas de su corazón hasta entonces inaccesible, y

de aquellas manos que sabían arrancar al laúd aquellos sonidos tan suaves, tan dulces, que lo habían fascinado, que lo habían encantado.

Pintó con viva pasión los momentos queridos que había pasado al lado de la mujer amada, momentos sublimes, durante los cuales ya no se acordaba de Mompracem, ni de sus cachorros, y en los que llegaba a olvidar hasta que él era el Tigre de Malasia; y paso a paso

llegó a contar todas las aventuras que siguieron después, a saber, la caza del tigre, la confesión de su amor, la traición del lord, la fuga, el encuentro con Giro-Batol y el embarco hacia Mompracem.

-Óyeme, Yáñez -continuó con acento todavía conmovido-. En el momento en que ponía los pies en la canoa para abandonar a aquella criatura, creí que se me desgarraba el corazón. Antes que abandonar aquella isla, hubiera preferido hundir la canoa y a Giro-Batol, hubiera querido hacer entrar el mar en la

tierra y hacer surgir en su lugar un mar de fuego, para no poder volver a atravesarlo. ¡En aquel momento hubiera destruido sin compasión mi formidable Mompracem, hundido mis praos, dispersado a mis hombres, y hubiera querido no haber sido nunca... el Tigre de Malasia!

-¡Ah, Sandokán! -exclamó Yáñez, en tono de reprobación.

-¡No me lo reproches, Yáñez! ¡Si supieras lo que he experimentado aquí, en este corazón que creía de hierro, inaccesible a cualquier pasión! Óyeme: amo a esa mujer hasta tal punto que, si se me pusiera delante y me rogara que renegase de mi nacionalidad y que me hiciese inglés..., ¡yo, el Tigre de Malasia, que juré odio eterno a esa raza..., lo haría sin vacilar!... ¡Un fuego indomable corre sin descanso por mis venas y me consume las carnes, me parece que estoy siempre delirando, que tengo un volcán en medio del corazón; me parece que voy a volverme loco, loco! Desde el día en que vi a esa criatura me

encuentro en este estado, Yáñez. Y siempre tengo ante mí esa visión celestial. ¡Dondequiera que vuelva la mirada, allí la veo siempre, siempre, genio centelleante de belleza que me abrasa y me consume!

El pirata se levantó con un gesto brusco, el rostro alterado, los dientes convulsamente apretados. Dio algunas vueltas alrededor de la habitación, como si intentase alejar aquella visión que lo perseguía y calmar la ansiedad que lo torturaba; luego se detuvo delante del portugués, interrogándole con la mirada. Éste permaneció mudo.

-No lo creerás -prosiguió Sandokán-, pero he luchado terriblemente antes de dejarme vencer por la pasión. Pero ni la férrea voluntad del Tigre de Malasia, ni mi odio por todo lo que sabe a inglés han podido frenar los impulsos del corazón. ¡Cuántas veces he intentado romper la cadena! ¡Cuántas veces, cuando me asaltaba el pensamiento de que un día, para casarme con esa mujer, tendría que abandonar mi mar, poner fin a mis ven-

ganzas, dejar mi isla, perder mi nombre, del que un día me sentí tan orgulloso, perder a mis cachorros, a cuantas veces he intentado huir, poner entre mí y aquellos ojos fascinantes una barrera insuperable! Y, sin embargo, he tenido que ceder, Yáñez. Me encuentro entre dos abismos: aquí Mompracem con sus piratas, entre el relampagueo de sus cien cañones y sus victoriosos praos, allí esa adorable criatura de los cabellos rubios y los ojos azules. He estado oscilando durante mucho tiempo, vacilante, y al fin me he precipitado hacia esa joven, de la que siento que ninguna fuerza humana podrá arrancarme. ¡Ah, siento que el Tigre va dejar de existir!...

¡Olvídala, entonces! -dijo Yáñez, agitándose.

-¡Olvidarla!... ¡Es imposible, Yáñez, es imposible! Siento que no podré romper nunca las cadenas doradas que ella ha echado alrededor de mi corazón. Ni las batallas, ni las grandes emociones de la vida pirata, ni el amor de mis hombres, ni los más tremendos

estragos, ni las más espantosas venganzas serán capaces de hacerme olvidar a esa joven. Su imagen se interpondría siempre entre mí y esas grandes emociones y apagaría la antigua energía y el valor del Tigre. ¡No, no la olvidaré jamás! ¡Ella será mi mujer, aunque me cueste mi nombre, mi isla, mi poder, todo, todo!

Se detuvo por segunda vez, mirando a Yáñez, que había vuelto a caer en su mutismo.

-¿Entonces, hermano? -preguntó.

-Habla.

-¿Me has comprendido?

-Sí.

-¿Qué me aconsejas? ¿Qué tienes que responderme, ahora que te lo he revelado todo?

-Olvida a esa mujer, ya te lo he dicho.

-¡Yo!...

-¿Has pensado en las consecuencias que podría acarrear este insensato amor? ¿Qué van a decir tus hombres cuando sepan que el Tigre se ha enamorado?

Y además, ¿qué vas a hacer con esa joven? ¿Se casará luego contigo? Olvídala, Sandokán, abandónala para siempre, vuelve a ser el Tigre de Malasia de corazón de hierro.

Sandokán se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta, que abrió con violencia.

-¿Adónde vas? -le preguntó Yáñez, poniéndose de pie.

-Vuelvo a Labuán -respondió Sandokán-. Mañana dirás a mis hombres que he abandonado para siempre mi isla y que eres su nuevo jefe. No volverán a oír hablar de mí, porque no volveré jamás a pisar estos mares.

-¡Sandokán! -exclamó Yáñez, aferrándolo estrechamente por los brazos-. ¿Estás loco para volver solo a Labuán, cuando tienes barcos, cañones y hombres entregados, dispuestos a dejarse matar por ti o por la mujer de tu corazón? Yo he querido tentarte, he querido ver si era posible desarraigar de tu corazón la pasión que alimentas por esa mujer, que pertenece a una raza que tú debías odiar

siempre...

-No, Yáñez, no, esa mujer no es inglesa, porque me ha hablado de un mar más azul y más hermoso que el nuestro, que lame su lejana patria; de una tierra cubierta de flores dominada por un humeante volcán; de un paraíso terrestre donde se habla una lengua armoniosa, que nada tiene que ver con el inglés.

-No importa: inglesa o no, ya que tú la amas tan inmensamente, todos nosotros te ayudaremos a hacerla tu esposa, para que seas feliz. Todavía puedes seguir siendo el Tigre de Malasia, incluso casándote con la jovencita de los cabellos de oro.

Sandokán se precipitó en los brazos de Yáñez, y los dos hombres permanecieron abrazados largo rato.

-Y ahora -dijo el portugués-, ¿qué pretendes hacer?

-Salir lo más rápido posible para Labuán y raptar a Marianna.

-Tienes razón. El lord, si llega a saber que

has abandonado la isla y has vuelto a Mompracem, puede huir por miedo a verte volver. Hay que actuar rápidamente, o perderemos la partida. Ahora, vete a dormir, porque necesitas un poco de calma, y déjame el cuidado de prepararlo todo. Mañana la expedición estará lista para zarpar.

-Hasta mañana, Yáñez.

-Adiós, hermano -respondió el portugués.

Salió y bajó lentamente la escalera.

Cuando Sandokán se quedó solo, volvió a sentarse delante de la mesa, más sombrío y agitado que nunca, haciendo saltar los tapones de varias botellas de whisky.

Sentía la necesidad de aturdirse, para olvidar al menos por unas horas a aquella jovencita que lo había embrujado y calmar la impaciencia que lo roía. Se puso a beber con una especie de rabia, vaciando uno tras otro varios vasos.

-¡Ah! -exclamó-. ¡Si pudiera dormirme y no despertar hasta Labuán! Siento que esta impaciencia, que este amor, que estos celos

me matarán. ¡Sola!...¡Sola en Labuán!... ¡Y quizá, mientras yo estoy aquí, el baronet estará haciéndole la corte!

Se levantó, presa de un violento impulso de furor, y se puso a pasear como un loco, arrojando al suelo las sillas, rompiendo las botellas amontonadas en los rincones, despedazando los cristales de los grandes anaqueles llenos de oro y joyas, hasta que se detuvo delante del armonium.

-Daría la mitad de mi sangre por poder imitar una de aquellas adorables romanzas que ella me cantaba cuando me consumía, vencido y herido, en la quinta del lord. ¡Y no es posible, no me acuerdo de ninguna! Era la suya una lengua extranjera, una lengua celestial que sólo Marianna podía conocer. ¡Oh! ¡Qué hermosa estabas entonces, Perla de Labuán! ¡Qué embriaguez, qué felicidad derramabas sobre mi corazón en aquellos momentos, mi querida niña!

Recorrió las teclas con los dedos, tocando una romanza salvaje, vertiginosa, de un ex-

traño efecto, en la que a veces parecían oírse los estruendos de un huracán o los lamentos de gentes moribundas.

Se detuvo, como si hubiera sido golpeado por un nuevo pensamiento, y volvió a la mesa, tomando una taza llena.

-¡Ah! Veo sus ojos en el fondo -dijo-. ¡Siempre sus ojos, siempre su figura, siempre la Perla de Labuán!

La vació, volvió a llenarla otra vez y volvió a mirar dentro.

-¡Manchas de sangre! -exclamó-. ¿Quién ha echado sangre en mi taza? Sangre o licor, bebe, Tigre de Malasia, porque la embriaguez es la felicidad.

El pirata, que ya estaba borracho, se puso a beber con nuevo ardor, tragando el ardiente líquido como si fuese agua, alternando las imprecaciones con estruendosas carcajadas.

Se irguió, pero volvió a caer sobre la silla, lanzando a su alrededor torvas miradas. Le parecía ver sombras corriendo por la habitación, fantasmas que le mostraban, riendo

burlonamente, hachas, kriss y cimitarras ensangrentadas. En una de aquellas sombras creyó reconocer a su rival el baronet William. Se sintió poseído por un impulso de furor y rechinó los dientes ferozmente.

-¡Te veo, te veo, maldito inglés! -gritó-. ¡Pero ay de ti como te agarre! Quieres robarme a la Perla, lo leo en tus ojos, pero te lo impediré, destruiré tu casa, la del lord, pasaré a Labuán a sangre y fuego, haré correr sangre por doquier y os exterminaré a todos.... a todos... ¡Ah! ¡Ríete! ¡Aguarda, aguarda a que vaya!...

Había llegado ya al punto culminante de su embriaguez. Se sintió poseído por una manía feroz de destruirlo todo, de tirarlo todo por tierra.

Después de repetidos esfuerzos se levantó, agarró una cimitarra y, sosteniéndose a duras penas, apoyándose en las paredes, se puso a sacudir golpes desesperados por todas partes, corriendo tras la sombra del baronet que parecía escapársele siempre, desgarran-

do la tapicería, despedazando las botellas, lanzando terribles golpes sobre los anaqueles, la mesa, el armónium, haciendo llover de los vasos rotos torrentes de oro, de perlas y diamantes, hasta que, extenuado, vencido por la embriaguez, cayó en medio de aquel destrozo, durmiéndose

Profundamente.

15
El cabo inglés

Cuando se despertó, se encontró acostado en la otomana, donde lo habían transportado unos malayos agregados a su servicio.

Los vidrios despedazados habían sido retirados de allí, el oro y las perlas habían sido colocados de nuevo en los anaqueles y los muebles habían sido puestos de pie y arreglados lo mejor posible. Sólo se veían las señales que había dejado la cimitarra del pirata sobre las tapicerías, que aún colgaban desgarradas de las paredes.

Sandokán se frotó varias veces los ojos y se pasó muchas veces las manos por la ardorosa frente, como si intentase acordarse de lo que había hecho.

-No puedo haber soñado -murmuró-. Sí, estaba borracho y me sentía feliz, pero ahora el fuego vuelve a arder en mi corazón. ¿Es que ya no podré apagarlo jamás? ¡Qué pasión ha invadido el corazón del Tigre!...

Se arrancó el uniforme del sargento Willis, se puso un nuevo traje centelleante de oro y perlas, se colocó en la cabeza un rico turbante rematado por un zafiro grueso como una nuez, se acomodó entre los pliegues de la faja un nuevo kriss y una nueva cimitarra y salió.

Aspiró una bocanada de aire marino, que le disipó completamente los últimos vapores de la embriaguez, observó el sol, que ya estaba bastante alto, luego se volvió hacia oriente, mirando en dirección a la lejana Labuán, y suspiró.

-¡Pobre Marianna!... -murmuró oprimién-

dose el pecho.

Recorrió el mar con sus ojos de águila y miró a los pies del acantilado. Tres praos, con sus grandes velas desplegadas, estaban delante del poblado preparados para hacerse a la mar.

Los piratas iban y venían por la playa, ocupados en embarcar armas, municiones y cañones. En medio de ellos, Sandokán descubrió a Yáñez.

-Buen amigo -murmuró-. Mientras yo dormía, él preparaba la expedición.

Bajó las escaleras y se dirigió hacia el pueblo. Apenas lo vieron los piratas, se oyó un inmenso grito:

-¡Viva el Tigre! ¡Viva nuestro capitán!

Después, todos aquellos hombres, que parecían haber sido poseídos por una súbita locura, se precipitaron confusamente alrededor del pirata, ensordeciéndolo con gritos de alegría, besándole las manos, el traje, los pies, amenazando ahogarlo. Los más viejos jefes de la piratería lloraban de alegría al vol-

ver a verlo aún vivo, cuando ya lo habían creído muerto en las costas de la maldita isla.

Ningún lamento salía de aquellas bocas, ninguna lágrima por sus compañeros, por sus hermanos, por sus hijos, por sus parientes caídos bajo el hierro de los ingleses en la desastrosa expedición, pero, de cuando en cuando, de aquellos pechos de bronce se desbordaban gritos tremendos:

-¡Tenemos sed de sangre, Tigre de Malasia! ¡Venganza para nuestros compañeros!... ¡Vamos a Labuán a exterminar a los enemigos de Mompracem!

-Amigos -dijo Sandokán, con aquel acento metálico y extraño que los fascinaba-. La venganza que reclamáis no tardará en llegar. Los tigres que yo conducía a Labuán cayeron bajo los golpes de los leopardos de piel blanca, cien veces más numerosos y cien veces mejor armados que nosotros, pero la partida no se ha terminado todavía. No, cachorros, los héroes que cayeron combatiendo en las playas de la isla maldita no se quedarán sin

venganza. ¡Estamos a punto de partir para aquella tierra de leopardos y, al llegar allí, les devolveremos rugido por rugido, sangre por sangre! ¡El día de la batalla los tigres de Mompracem devorarán a los leopardos de Labuán!

-¡Sí, sí, a Labuán! -gritaron los piratas, agitando frenéticamente las armas.

Yáñez parecía no haber oído. Había saltado sobre la vieja cureña de un cañón y miraba atentamente hacia un promontorio que se prolongaba bastante hacia el mar.

-¿Qué buscas, hermanito? -preguntó Sandokán.

-Estoy viendo aparecer la extremidad de un mástil detrás de aquellos arrecifes -respondió el portugués.

-¿Uno de nuestros praos?

-¿Qué otro barco se atrevería a acercarse a nuestras costas?

-¿No habían vuelto todos nuestros veleros? -Todos menos uno, el de Pisangu, uno de los más grandes y de los mejor armados.

-¿Dónde lo habías enviado?

-Hacia Labuán, para que te buscase.

-Sí, es el prao de Pisangu -confirmó un jefe de banda-. Sin embargo, veo un solo mástil, señor Yáñez.

-¿Habrá combatido y habrá perdido el trinquete? -se preguntó Sandokán-. Esperémosle. ¡Quién sabe!... Puede traernos alguna noticia de Labuán.

Todos los piratas saltaron a los bastiones para observar mejor a aquel velero, que avanzaba lentamente siguiendo el promontorio.

Cuando hubo dado la vuelta a la última punta, un solo grito se escapó de todos los pechos:

-¡El prao de Pisangu!

Era realmente el velero que Yáñez había mandado tres días antes hacia Labuán para que intentase conseguir noticias sobre el Tigre de Malasia y sus valientes, ¡pero en qué estado volvía! Del palo del trinquete no quedaba más que un tronco astillado; el palo

maestro se mantenía a duras penas, sostenido por una espesa red de obenques y brandales.' Ya casi no había amuradas y los flancos se veían gravemente dañados, erizados de tapones de madera que cerraban los agujeros abiertos por las balas.

-Ese barco ha debido de ser bien batido -dijo Sandokán.

-Pisangu es tan valiente que no teme atacar incluso a los grandes navíos -respondió Yáñez.

-¡Mira!... Me parece que trae un prisionero. ¿No distingues una casaca roja entre nuestros bravos cachorros?

-Sí, y me parece que veo un soldado inglés atado al palo maestro -dijo Yáñez.

-¿Lo habrá prendido en Labuán?

-Desde luego no lo habrá pescado en el mar.

-¡Ah!... Si pudiera darme noticias de...

-Marianna, ¿no, hermanito mío?

-Sí -respondió Sandokán con voz sorda.

-Lo interrogaremos.

El prao., ayudado por los remos, pues el viento era más bien débil, avanzaba rápidamente. Su capitán, un bornés de gran estatura, de espléndidas formas, que semejaba una soberbia estatua de bronce antiguo a causa de su color aceitunado, al descubrir a Yáñez y a Sandokán, emitió un grito de alegría, y luego, alzando las manos, gritó:

-¡Buena presa!

Cinco minutos después entraba el velero en la pequeña bahía, lanzando el ancla a veinte pasos de la orilla. Echaron enseguida una chalupa al mar y Pisangu entró en ella junto con el soldado inglés y cuatro remeros.

-¿De dónde vienes? -le preguntó Sandokán en cuanto desembarcó.

-De las costas orientales de Labuán, capitán -dijo el bornés-. Me había empujado la esperanza de tener noticias vuestras y puedo dar gracias de volver a encontrarme aquí todavía sano.

-¿Quién es ese inglés?

-Un cabo, capitán.

-¿Dónde lo hiciste prisionero?

-Junto a Labuán.

-Cuéntamelo todo.

-Estaba explorando las playas, cuando vi un bote, mandado por ese hombre, que salía de la desembocadura de un pequeño riachuelo. El bribón debía de tener compañeros en las dos orillas, porque lo oía frecuentemente emitir silbidos agudísimos. Hice botar enseguida la chalupa y con diez hombres le di caza, esperando que me proporcionara noticias vuestras. La captura no fue difícil, pero, cuando quise abandonar la desembocadura del riachuelo, me encontré con que había sido cerrada por una cañonera. Nos lanzamos resueltamente a la lucha, intercambiando balas y metralla en abundancia. Una verdadera tempestad, capitán, que me destruyó media tripulación y me arruinó el barco, pero que dejó malparada también a la cañonera. Cuando vi que el enemigo se retiraba, de dos bordadas me hice a la mar, volviéndome más que deprisa.

-¿Y ese soldado viene directamente de Labuán?

-Sí, capitán.

-Gracias, Pisangu. Trae aquí al soldado.

Aquel desgraciado había sido ya empujado hasta la playa y rodeado por los piratas, que comenzaron a maltratarlo y a arrancarle de encima los galones de cabo.

Era un joven de veinticinco o veintiocho años, grueso, de estatura más bien baja, rubio, rosado y mofletudo.

Parecía sumamente espantado de encontrarse en medio de aquellas bandas de piratas, pero no salía una palabra de sus labios.

Al ver a Sandokán, se esforzó por esbozar una sonrisa, y luego dijo con un temblor en la voz:

-El Tigre de Malasia...

-¿Me conoces? -le preguntó. -Sí.

-¿Dónde me has visto?

-En la quinta de lord Guillonk. -Estarás asombrado de verme aquí.

-Es cierto. Os creía todavía en Labuán y ya

en manos de mis camaradas.

-¿Estabas tú también entre los que iban a cazarme? El soldado no respondió; luego, sacudiendo la cabeza, dijo:

-Ya todo ha terminado para mí, ¿no, señor pirata? -Tu vida depende de tus respuestas -replicó Sandokán.

-¿Quién puede fiarse de la palabra de un hombre que asesina a la gente como si se bebiera un vaso de gin o de brandy?

Un relámpago de cólera brilló en los ojos del Tigre de Malasia.

-¡Mientes, perro!

-Como queráis -respondió el cabo.

-Y hablarás.

¡Hum!...

-¡Cuidado!... Tengo kriss que pueden cortar un cuerpo en mil pedazos; tengo tenazas candentes para arrancar la carne trozo a trozo; tengo plomo líquido para echar sobre las heridas o para hacérselo tragar a los recalcitrantes. Hablarás, o te haré sufrir tanto que invocarás la muerte como una liberación.

El inglés palideció, pero en vez de abrir los labios los cerró entre los dientes, como si temiera que se le escapase alguna palabra.

-Vamos, ¿dónde estabas cuando yo dejé la quinta del lord?

-En los bosques -respondió el soldado. -¿Qué hacías?

-Nada.

-¿Quieres burlarte de mí? Labuán tiene muy pocos soldados para que te manden a pasear por el bosque sin ningún motivo -dijo Sandokán.

-Pero...

-Habla, quiero saberlo todo.

-Yo no sé nada.

-¿Ah, no? Vamos a verlo.

Sandokán sacó el kriss y con un rápido gesto lo apoyó sobre la garganta del soldado, haciendo salir una gota de sangre.

El prisionero no pudo reprimir un grito de dolor. -Habla o te mato -dijo fríamente Sandokán, sin retirar el puñal, cuya punta comenzaba a enrojecer.

El cabo tuvo aún una breve vacilación, pero, viendo en los ojos del Tigre un relámpago terrible, cedió. -Basta -dijo, sustrayéndose a la punta del kriss-.

Hablaré.

Sandokán hizo a sus hombres una seña para que se alejaran, y luego se sentó junto a Yáñez sobre una cureña de cañón, diciendo al soldado:

-Te escucho. ¿Qué hacías en el bosque?

-Seguía al baronet Rosenthal.

-¡Ah! -exclamó Sandokán, mientras un sombrío relámpago le brillaba en la mirada-. ¡Él!

-Lord Guillonk se enteró de que el hombre que él había recogido moribundo y que había curado en su propia casa no era un príncipe malayo, sino el terrible Tigre de Malasia, y de acuerdo con el baronet y con el gobernador de Victoria preparó la trampa.

-¿Y cómo se enteró?

-Lo ignoro.

-Continúa.

-Reunieron cien hombres, y nos mandaron a rodear la quinta para impediros la fuga.

-Eso ya lo sé. Dime lo que sucedió después, cuando conseguí atravesar las líneas y refugiarme en los bosques.

-Cuando el baronet entró en la quinta, encontró a lord Guillonk presa de una tremenda excitación. Tenía una herida en la pierna, que se la habíais hecho vos.

-¿Yo...? -exclamó Sandokán.

-Quizá inadvertidamente.

-Eso creo, porque, si hubiera querido matarlo, nadie hubiera podido impedírmelo. ¿Y lady Marianna?

-Lloraba. Parecía que entre la bella joven y su tío había ocurrido una escena violentísima. El lord la acusaba de haberos ayudado a huir... y ella pedía piedad para vos.

-¡Pobre joven! -exclamó Sandokán, mientras una rápida conmoción alteraba sus facciones-. ¿Lo oyes, Yáñez?

-Continúa -dijo el portugués al soldado-. Pero procura decir la verdad, porque perma-

necerás aquí hasta que volvamos de Labuán. Si mientes, no escaparás a la muerte.

-Es inútil que os engañe -respondió el cabo-. Después del resultado infructuoso de la persecución, quedamos acampados junto a la quinta, para protegerla contra el posible ataque de los piratas de Mompracem. Corrían voces poco tranquilizadoras. Se decía que unos cachorros habían desembarcado y que el Tigre de Malasia estaba escondido en los bosques, dispuesto a caer sobre la quinta, y raptar a la muchacha. No sé lo que habrá sucedido después. Sin embargo, tengo que deciros que lord Guillonk tomó las medidas oportunas para retirarse a Victoria, con la protección de los cruceros y de los fuertes.

-¿Y el baronet Rosenthal?

-Se casará en breve con lady Marianna.

-¿Qué has dicho? -gritó Sandokán, poniéndose en pie.

-Que él va a quitaros a la muchacha.

-¿Quieres engañarme?

-¿Con qué objeto? Os digo que dentro de

un mes se efectuará el matrimonio.

-Pero lady Marianna detesta a ese hombre.

-¿Y eso qué le importa a lord Guillonk?

Sandokán lanzó un aullido de fiera herida y se tambaleó, cerrando los ojos. Un espasmo tremendo había descompuesto su rostro.

Se aproximó al soldado y, sacudiéndolo furiosamente, le dijo con voz silbante:

-No me habrás engañado, ¿verdad?

-Os juro que he dicho la verdad...

-Te quedarás aquí y nosotros iremos a Labuán. Si no has mentido, te daré tu peso en oro.

Después, volviéndose hacia Yáñez, le dijo con voz decidida:

-Vamos.

-Estoy preparado para seguirte -respondió sencillamente el portugués.

-¿Está todo listo?

-No falta más que elegir a los hombres que han de seguirnos.

-Llevaremos con nosotros a los más valientes, porque esta vez se trata de jugar una

partida suprema...

-Sin embargo, hay que dejar aquí fuerzas suficientes para defender nuestro refugio.

-¿Qué temes, Yáñez?

-Los ingleses podrían aprovechar nuestra ausencia para lanzarse sobre nuestra isla.

-No se atreverán a tanto, Yáñez.

-Pues yo creo lo contrario. Ahora son en Labuán lo bastante fuertes como para intentar la lucha, Sandokán. Un día u otro tendrá que llegar el encuentro decisivo.

-Nos encontrarán preparados, y veremos quienes son más decididos: si los tigres de Mompracem o los leopardos de Labuán.

Sandokán mandó formar a sus bandas, que contaban más de doscientos cuarenta hombres, reclutados entre las tribus más guerreras de Borneo y de las islas del mar malayo, y eligió noventa cachorros, los más valientes y robustos, auténticos condenados, que a una seña no hubieran dudado en arrojarse incluso contra los fuertes de Victoria, la ciudadela de Labuán.

Llamó luego a Giro-Batol y, mostrándoselo a las bandas que se quedaban a defender la isla, dijo:

-Aquí tenéis un hombre que tiene la suerte de ser uno de los jefes más valientes de la piratería, el único de toda mi tripulación que sobrevivió a la desgraciada expedición de Labuán. Durante mi ausencia, obedecedle como si fuera mi persona. Y ahora, embarquémonos, Yáñez.

16
La expedición contra Labuán

Los noventa hombres se embarcaron en los praos; Yáñez *y* Sandokán se aposentaron en el más grande *y* más sólido, que llevaba doble número de cañones y una media docena de potentes espingardas, y que además

estaba protegido por gruesas láminas de hierro.

Levaron anclas, orientaron las velas, y la expedición salió de la bahía entre las aclamaciones de las bandas agolpadas en la orilla y sobre los bastiones.

El cielo estaba sereno y el mar liso como si fuera de aceite; sin embargo, hacia el sur aparecían algunas nubecillas de un color particular, de una forma extraña y que no presagiaban nada bueno.

Sandokán, que además de ser un catalejo excelente era también un buen barómetro, olfateó una próxima perturbación atmosférica; no obstante, no se inquietó.

-Si los hombres no son capaces de detenerme, tanto menos lo hará la tempestad. Me siento lo suficientemente fuerte como para desafiar incluso a los furores de la naturaleza -dijo.

-¿Temes un violento huracán? -preguntó Yáñez. -Sí, pero no me hará volver atrás. Antes me será favorable, porque podremos

desembarcar sin ser molestados por los cruceros.

-¿Y qué haremos al llegar a tierra?

-No lo sé todavía, pero me siento capaz de todo, tanto de enfrentarme incluso con toda la flota inglesa si intentara cerrarme el camino, como de lanzar a mis hombres contra la quinta para expugnarla.

-Si anuncias tu desembarco con alguna batalla, el lord no se quedará entre los bosques, sino que huirá a Victoria con la protección del fuerte y de los navíos.

-Es verdad, Yáñez -respondió Sandokán, suspirando-. Y, sin embargo, es preciso que Marianna sea mi esposa, porque siento que sin ella no se apagará jamás el fuego que me devora el corazón.

-Razón de más para actuar con la máxima prudencia y poder sorprender al lord.

-¡Sorprenderlo! ¿Y crees tú que el lord no está en guardia? El sabe que soy capaz de todo, y habrá reunido en su patio soldados y marineros.

-Puede ser, pero recurriremos a la astucia. Quién sabe... Hay algo que está ya dando vueltas por mi cabeza y que puede llegar a madurar. Pero dime, amigo mío, ¿se dejará raptar Marianna?

-¡OH, sí! Me lo ha jurado.

-¿Y la llevarás a Mompracem?

-Sí.

-¿Y, después de haberte casado con ella, la tendrás allí para siempre?

-No lo sé, Yáñez -dijo Sandokán, emitiendo un profundo suspiro-. ¿Quieres que la destierre a mi salvaje isla para siempre? ¿Quieres que ella viva siempre entre mis cachorros, que no saben más que tirar arcabuzazos, *y* manejar el *kriss y* el hacha? ¿Quieres que presente ante sus dulces ojos espectáculos horrendos, sangre y estragos por doquier, que la ensordezca con los gritos de los combatientes y el rugido de los cañones y que la exponga a un peligro continuo? Dime, Yáñez, ¿lo harías tú en mi caso?

-Pero piensa, Sandokán, en lo que será de

Mompracem sin su Tigre de Malasia. Contigo volvería a brillar, hasta eclipsar a Labuán y a todas las demás islas, y volvería a hacer temblar a los hijos de esos hombres que destruyeron a tu familia y a tu pueblo. Hay aquí millares de dayakos y de malayos que sólo esperan una llamada para correr a engrosar la banda de los tigres de Mompracem.

-He pensado en todo eso, Yáñez. -¿Y qué te ha dicho el corazón?

-Lo he sentido sangrar.

-¿Y a pesar de ello dejarías perecer tu poderío por esa mujer?

-La amo, Yáñez. ¡Ah, querría no haber sido nunca el Tigre de Malasia!...

El pirata, que, cosa insólita, estaba extremadamente conmovido, se sentó sobre la cureña de un cañón, cogiéndose la cabeza entre las manos como si quisiera sofocar los pensamientos que le alborotaban el cerebro.

Yáñez lo miró largamente en silencio, y luego se puso a pasear por el puente, sacudiendo a intervalos la cabeza.

Entretanto los tres barcos comenzaban a navegar hacia el oriente, empujados por un viento ligero y que soplaba irregularmente, haciendo a veces retardar mucho la marcha.

En vano las tripulaciones, que estaban poseídas por una vivísima impaciencia y calculaban metro a metro el camino recorrido, añadían nuevas velas, foques, pequeñas lonas y arrastraderas para recoger mayor cantidad de viento. La marcha iba haciéndose cada vez más lenta a medida que las nubes se alzaban sobre el horizonte. Esta situación, sin embargo, no podía durar. En efecto, hacia las nueve de la noche, el viento comenzó a soplar con cierta violencia, viniendo de la dirección donde se habían levantado las nubes, señal evidente de que alguna tempestad estaba alborotando el océano meridional.

Las tripulaciones saludaron con alegres gritos aquellos soplos vigorosos, sin asustarse en absoluto por el huracán que las amenazaba y que podía resultar funesto para sus barcos. Sólo el portugués comenzó a sentirse

inquieto y hubiera querido al menos disminuir la superficie de las velas, pero Sandokán no se lo permitió, ansioso como estaba por alcanzar pronto las riberas de Labuán, que esta vez le parecía inmensamente lejana.

A la mañana siguiente el mar estaba revuelto. Largas oleadas, que subían desde el sur, recorrían aquel vasto espacio, chocando unas con otras con profundos rugidos, y haciendo orzar y encabritarse fuertemente a los tres barcos. Luego empezaron a correr por el cielo desenfrenadamente inmensos nubarrones, negros como la pez y con los bordes teñidos de un rojo fuego.

Por la noche el viento redobló su violencia, amenazando con despedazar los palos, si no se disminuía la superficie de las velas.

Cualquier otro navegante, viendo aquel mar y aquel cielo, se hubiera apresurado a resguardarse en la tierra más próxima, pero Sandokán, que sabía que ya estaba a setenta u ochenta millas de Labuán y que antes que perder una sola hora hubiera perdido

voluntariamente uno de sus barcos, ni siquiera lo pensó.

-Sandokán -dijo Yáñez, que estaba cada vez más inquieto-. Ten cuidado, no vayamos a correr un grave peligro.

-¿De que tienes miedo, hermano mío? -preguntó el Tigre.

-Temo que el huracán nos mande a todos a beber en la taza grande.

-Nuestros barcos son sólidos.

-Pero me parece que el huracán amenaza con ser tremendo.

-No le tengo miedo, Yáñez. Sigamos adelante, que Labuán no está lejos. ¿Ves los otros barcos?

-Me parece distinguir uno de ellos hacia el sur. La oscuridad es tan profunda que no se ve más allá de cien metros.

-Si los otros nos pierden de vista, sabrán volver a encontrarnos.

-Pero también pueden perderse para siempre, Sandokán.

-No retrocedo, Yáñez.

-Ponte en guardia, hermano.

En aquel momento un relámpago deslumbrante desgarró las tinieblas iluminando el mar hasta los límites más lejanos del horizonte, seguido súbitamente de un trueno espantoso.

Sandokán, que se había sentado, se alzó de un salto, mirando fieramente las nubes, y, extendiendo la mano hacia el sur, dijo:

-¡Huracán, ven a luchar conmigo: te desafío!

Atravesó el puente y se puso a la caña del timón, mientras sus marineros aseguraban los cañones y las espingardas, armas que no querían perder por ningún concepto, echaban en cubierta la chalupa de desembarco y reforzaban las jarcias fijas triplicando los cabos.

Ya estaban llegando del sur las primeras ráfagas, con esa rapidez que suelen alcanzar los vientos durante las tempestades, empujando ante sí las primeras montañas de agua.

El prao, con el velamen reducido, empezó a navegar hacia el oriente con la rapidez de

una flecha, haciendo frente con bravura a los elementos y sin desviarse una sola línea de su ruta, bajo la férrea mano de Sandokán. Durante media hora hubo un poco de calma, rota sólo por los rugidos del mar y por los estruendos de las descargas eléctricas que crecían en intensidad a cada instante; pero hacia las once el huracán se desencadenó casi de improviso en toda su terrible majestad, revolviendo de arriba abajo cielo y mar.

Las nubes, amontonadas ya desde el día anterior, corrían furiosamente a través del espacio, unas veces suspendidas en lo alto y otras lanzándose tan bajas que tocaban las olas con sus negros bordes, mientras el mar se precipitaba con extraño ímpetu hacia el norte, como si fuera una inmensa inundación.

El prao, auténtica cáscara de nuez que desafiaba la naturaleza irritada, sofocado por oleadas que lo asaltaban por doquier, se balanceaba desordenadamente, unas veces sobre las crestas espumosas de las olas y otras en el fondo de los abismos movedizos, arro-

jando al suelo a los hombres, haciendo crujir los palos, sacudir los masteleros y crepitar las velas con tanta fuerza que parecían estar siempre a punto de reventar.

No obstante, Sandokán, a pesar de aquella furiosa confusión de agua, no cedía y guiaba su barco hacia Labuán, desafiando impávido la tempestad. Era hermoso ver a aquel hombre, firme junto a la caña del timón, con los ojos en llamas, los largos cabellos sueltos al viento, inamovible en medio de los elementos desencadenados que rugían a su alrededor; seguía siendo el Tigre de Malasia que, no contento con haber desafiado a los hombres, desafiaba ahora a los furores de la naturaleza.

Sus hombres no eran menos que él. Agarrados a las jarcias, miraban impasibles los embates del mar, dispuestos a ejecutar la más peligrosa maniobra, así les costara a todos la vida.

Y entretanto el huracán seguía creciendo en intensidad, como si quisiera desplegar

todo su poder para hacer frente a aquel hombre que lo desafiaba. El mar se alzaba en montañas de agua que corrían al ataque con mil alaridos, mil rugidos tremendos, amontonándose las unas sobre las otras y excavando profundos abismos, que parecía iban a llegar hasta las arenas del océano; el viento aullaba en todos los tonos lanzando ante sí verdaderas columnas de agua y revolviendo horriblemente las nubes, dentro de las cuales retumbaba incesantemente el trueno.

El prao luchaba desesperadamente oponiendo sus robustos flancos a las olas, que querían arrastrarlo al norte. Derivaba cada vez más espantosamente, se enderezaba como un caballo desbocado, se zambullía azotando el agua con la proa, gemía como si estuviera a punto de abrirse en dos, y en ciertos momentos orzaba tanto, que hacía temer que no podría volver a ponerse en equilibrio.

Seguir luchando contra aquel mar, que se volvía cada vez más impetuoso, era una locu-

ra. Era absolutamente necesario dejarse transportar al norte, como quizá habían hecho los otros dos praos, que desde hacía varias horas habían desaparecido.

Yáñez, que comprendía cuán imprudente era obstinarse en aquella lucha, iba a dirigirse a proa para rogar a Sandokán que cambiara de ruta, cuando una detonación, que no podía confundirse con el estruendo de un rayo, se oyó en alta mar.

Un instante después una bala pasaba silbando sobre la cubierta, desmochando la verga del trinquete.

Un grito de rabia estalló a bordo del prao ante aquella inesperada agresión, que desde luego ninguno se esperaba con semejante temporal y en tan críticos momentos.

Sandokán dejó la caña a un marinero y se lanzó a proa, intentando descubrir al osado que lo atacaba en medio de la tempestad.

-¡Ah! -exclamó-. ¿Todavía hay cruceros vigilando?

En efecto, el agresor, que en medio de

aquella formidable confusión del mar había lanzado tan bien aquella bala, era un gran buque de vapor, sobre cuya cúspide ondeaba la bandera inglesa y que en la cima del palo mayor llevaba el gran gallardete de los barcos de guerra. ¿Qué hacía en alta mar con aquel tiempo? ¿Hacía el crucero ante las costas de Labuán o venía de alguna isla cercana?

-Viremos, Sandokán -dijo Yáñez, que se había acercado.

-¿Virar?

-Sí, hermano mío. Ese barco sospecha que somos piratas que nos dirigimos a Labuán.

Un segundo cañonazo tronó sobre el puente del buque y una segunda bala silbó a través de los aparejos del prao.

Los piratas, a pesar de los violentos balanceos, se precipitaron hacia los cañones y las espingardas para responder, pero Sandokán los detuvo con un gesto.

En efecto, no era necesario. El gran buque, que se esforzaba por hacer frente a las olas que lo asaltaban a proa, hundiéndose casi por

completo bajo el peso de su construcción de hierro, iba siendo arrastrado hacia el norte a pesar suyo. En breves instantes se alejó tanto, que no había por qué temer su artillería.

-¡Lástima que me haya encontrado en medio de esta tempestad! -dijo Sandokán con sombrío acento-. Lo hubiera atacado y expugnado a pesar de su mole y de su tripulación.

-Mejor ha sido así, Sandokán -dijo Yáñez-. Que el diablo se lo lleve y lo mande al fondo del mar.

-Pero ¿qué hacía ese barco en alta mar, cuando todos andan buscando un refugio? ¿Estaremos cerca de Labuán?

-Eso mismo sospecho yo.

-¿Ves algo delante de nosotros?

-Nada, excepto montañas de agua.

-Y, sin embargo, siento que mi corazón late fuerte, Yáñez.

-El corazón se engaña a veces.

-El mío no. ¡Ah!...

-¿Qué has visto?

-Un punto oscuro hacia el este. Lo he distinguido a la luz de un relámpago.

-Pero, aunque estemos cerca de Labuán, ¿cómo vamos a atracar con este tiempo?

-Atracaremos, Yáñez, aunque tenga que hacer astillas mi barco.

En aquel momento se oyó gritar a un malayo desde lo alto de la verga del trinquete:

-¡Tierra a la derecha del asta de proa! Sandokán dio un grito de alegría.

-¡Labuán!... ¡Labuán!... -exclamó-. Dejadme la caña.

Volvió a atravesar el puente a pesar de las olas que lo barrían, y se puso al timón, lanzando el prao en dirección al este.

Sin embargo, mientras se aproximaba a la costa, parecía que el mar redoblaba su furor, como si quisiera impedir a toda costa el desembarco. Olas monstruosas, producidas por el llamado oleaje de fondo, saltaban en todas las direcciones mientras el viento redoblaba su violencia, rompiéndose contra las elevaciones de la isla.

Sandokán, sin embargo, no cedía y con los ojos fijos hacia el este continuaba impávido su camino, valiéndose de las luces de los relámpagos para orientarse. Bien pronto se encontró a pocas brazas de la costa.

-Prudencia, Sandokán -dijo Yáñez, que se había puesto a su lado.

-No temas, hermano.

-Ten cuidado con los arrecifes.

-Los evitaré.

-¿Pero dónde encontrarás un abrigo?

-Ya lo veré.

A dos cables[40] se dibujaba confusamente la costa, contra la que se rompía con indecible furia el mar. Sandokán la examinó durante unos segundos, y luego con un vigoroso movimiento de timón dobló a babor.

-¡Atención! -gritó a los piratas que estaban maniobrando las vergas.

---

[40] Medida de longitud equivalente a 120 brazas. La braza tiene 1,6718 metros. Estaban, pues, a unos 400 metros de la costa

Lanzó el prao hacia adelante con una temeridad que hubiera hecho erizar los cabellos al más intrépido lobo de mar, atravesó un estrecho paso abierto entre dos grandes acantilados y entró en una pequeña pero profunda bahía, que parecía terminar en un río. Sin embargo, era tan violenta la resaca dentro de aquel refugio, que ponía al prao en un gravísimo peligro. Era mejor desafiar la ira del mar abierto que intentar arribar a aquellas orillas barridas por las olas, que se revolvían y amontonaban.

-No se puede intentar nada, Sandokán -dijo Yáñez-. Si se nos ocurre acercarnos, haremos astillas nuestro barco.

-Tú eres un hábil nadador, ¿verdad? -preguntó Sandokán.

-Como nuestros malayos.

-No tienes miedo de las olas.

-No las temo.

-Entonces arribaremos igualmente.

-¿Qué vas a intentar?

En vez de responder, Sandokán gritó:

-¡Paranoa!... ¡A la barra!...

El dayako se lanzó hacia popa, tomando la caña que Sandokán abandonaba.

-¿Qué debo hacer? -le preguntó.

-Arriesgáis la vida.

¡Calla! ¡Estad atentos para lanzar la chalupa! ¡Ahí está la ola!

La gran ola se aproximaba con la cresta cubierta de espuma blanca. Se despedazó a medio camino ante los dos acantilados, y luego entró en la bahía precipitándose sobre el Arao. En un abrir y cerrar de ojos estuvo sobre él envolviéndolo en un torbellino de espuma y saltando a través de las amuras.

-¡Dejadla caer! -aulló Sandokán.

La chalupa, abandonada a sí misma, fue llevada junto con los dos valientes que iban en ella. Casi en el mismo instante el prao dio una bordada y, aprovechando una contra ola, salía al mar, desapareciendo detrás de uno de los arrecifes.

-Rememos, Yáñez -dijo Sandokán, aferrando un remo-. ¡Desembarcaremos en La-

buán pese a la tempestad!

-¡Por Júpiter! -exclamó el portugués-. ¡Esto es una locura!

-¡Rema!

-¿Y el choque?

¡Chist! ¡Atento a las olas!

La embarcación se bamboleaba espantosamente entre las crestas. Las olas sin embargo la empujaban hacia la playa, la cual, afortunadamente, descendía con suavidad y estaba libre de arrecifes.

Levantada por otra ola, recorrió cien metros. Subió una cresta y después se precipitó, sufriendo como con secuencia un choque violentísimo.

Los dos valientes sintieron que les faltaba el fondo bajo los pies. La quilla se había hecho pedazos del golpe.

-¡Sandokán! -gritó Yáñez, que veía entrar el agua a través de los desgarrones.

-No abandones...

Su voz fue sofocada por otro tremendo maretazo.

-Por ahora mantener el prao de través al viento -respondió Sandokán-. Ten cuidado de no meterlo entre los bancos.

-No temáis, Tigre de Malasia.

Se volvió hacia los marineros y les dijo:

-Preparad la chalupa e izadla sobre la amura. Cuando la ola barra el borde, dejadla caer.

¿Qué intenciones tenía el Tigre de Malasia? ¿Quería intentar el desembarco en aquella chalupa, miserable juguete de aquellas olas tremendas? Sus hombres, al oír aquella orden, se miraron unos a otros con viva ansiedad, pero se apresuraron a obedecer sin pedir explicaciones.

Alzaron a fuerza de brazos la chalupa y la izaron sobre la amura de estribor, después de haber metido, por orden de Sandokán, dos carabinas, víveres y municiones.

El Tigre de Malasia se acercó a Yáñez, diciéndole: -Salta a la chalupa, hermano mío. -¿Qué vas a intentar, Sandokán?

-Quiero desembarcar.

-Vamos a estrellarnos contra la playa. -¡Bah!... Salta, Yáñez.

-Tú estás loco...

En vez de responder, Sandokán lo agarró y lo depositó en la chalupa, y luego saltó dentro también él.

Una ola monstruosa entraba ahora en la bahía, rugiendo terriblemente.

-¡Paranoa! -gritó Sandokán-. Prepárate a dar una bordada.

-¿Tengo que salir otra vez al mar? -preguntó el dayako.

-Vuelve a subir hacia el norte, poniéndote a la capa. Cuando el mar se haya calmado, vuelve aquí. -Está bien, capitán. ¿Pero vos?...

-Desembarcaré...

La chalupa fue nuevamente levantada. Se bamboleó un instante sobre la cresta de la inmensa ola y luego se precipitó hacia adelante, tocando nuevamente, pero las olas la envolvieron y la empujaron aún más hacia adelante, arrojándola contra el tronco de un árbol con tal violencia que los dos piratas

fueron lanzados fuera. Sandokán, que había ido a caer en medio de un montón de hojas y ramas, se levantó enseguida, recogiendo las dos carabinas y las municiones.

Una nueva ola subía otra vez a la orilla. Alcanzó la chalupa, la envolvió durante un buen trecho, y luego la despedazó, sumergiéndola definitivamente.

-¡Al infierno todos los enamorados! -gritó Yáñez, que se había levantado totalmente molido-. Éstas son cosas de locos.

-¿Ah, pero estás todavía vivo? -preguntó Sandokán riendo.

-¿Querías que me hubiera desnucado?

-No me hubiera consolado nunca de ello, Yáñez. ¡Eh, mira el prao!

-¿Cómo? ¿No se ha hecho a la mar?

El velero volvía a pasar entonces delante de la desembocadura de la bahía, corriendo con la velocidad de una flecha.

-¡Qué compañeros más fieles! -dijo Sandokán-. Antes de alejarse han querido cerciorarse de que habíamos desembarcado.

Se quitó de encima la larga faja de seda roja y la desplegó al viento.

Un instante después, se oía un disparo sobre el puente del velero.

-Ya nos han visto -dijo Yáñez-. Esperemos que se salven.

El prao dio una bordada, reemprendiendo su marcha hacia el norte.

Yáñez y Sandokán permanecieron de pie sobre la playa en tanto pudieron divisarlo, y luego se ocultaron bajo los grandes vegetales para protegerse de la lluvia, que caía a cántaros.

-¿Dónde vamos, Sandokán? -No sé.

-¿No sabes dónde estamos?

-Es imposible saberlo por ahora. No obstante, supongo que no estamos lejos del río.

-¿De qué río estás hablando?

-Del que sirvió de refugio a mi prao después de la batalla contra el crucero.

-¿Está cerca de ese lugar la quinta de lord James? -A unas millas.

-Entonces hay que buscar primero esa co-

rriente de agua.

-Por supuesto, Yáñez. -Mañana exploraremos la costa.

-¡Mañana! -exclamó Sandokán-. ¿Crees que puedo esperar tantas horas y permanecer inactivo tanto tiempo? ¿Es que todavía no sabes que tengo fuego en las venas? ¿No te has dado cuenta de que estamos en Labuán, en la tierra donde brilla mi estrella? -¿Cómo quieres que no sepa que nos encontramos en la isla de los casacas rojas?

-Entonces deberías comprender mi impaciencia. -No comprendo absolutamente nada, Sandokán

-respondió tranquilamente el portugués-. ¡Por Júpiter! ¡Estoy aún completamente trastornado y pretendes que nos pongamos en camino con esta noche de infierno! Tú estás loco, hermanito mío.

-El tiempo vuela, Yáñez. ¿No te acuerdas

de lo que ha dicho el sargento?[41] -Perfectamente, Sandokán.

-De un momento a otro lord James puede refugiarse en Victoria.

-Desde luego no lo hará con este tiempo de perros. -No bromees, Yáñez.

-No tengo ninguna-gana de bromas, Sandokán. Vamos a ver, hablemos con calma, hermanito mío. ¿Tú quieres ir a la quinta? ¿A qué?...

-A verla, al menos -dijo Sandokán con un suspiro.

-Y luego a cometer alguna imprudencia, ¿no? -No.

-¡Humm!... Bien me sé yo de lo que eres capaz. Calma, hermanito mío. Piensa que somos dos solos y que en la quinta hay soldados. Esperemos a que los praos vuelvan, y luego actuaremos.

---

[41] Así en el original, aunque, como vimos antes, se trataba de un cabo

-¡Pero si tú supieras lo que experimento cuando me encuentro en esta tierra! -exclamó Sandokán con voz ronca.

-Me lo imagino, pero no puedo permitirte que cometas locuras que pueden resultarte fatales. ¿Quieres trasladarte a la quinta para cerciorarte de que Marianna está allí todavía?... Iremos, pero después de que haya cesado el huracán. Con esta oscuridad y esta lluvia no podremos orientarnos ni encontrar el río. Mañana, cuando haya salido el sol, nos pondremos en camino. Ahora vamos a buscar un refugio.

-¿Y tendré que esperar hasta mañana? -No faltan más que tres horas hasta el alba. -¡Una eternidad!...

-Una miseria, Sandokán. Además, en el intervalo el mar puede calmarse, el viento disminuir su violencia, y los praos podrán volver aquí. Venga, vamos a echarnos bajo aquellas arecas de hojas desmesuradas, que nos protegerán mejor que una tienda, y esperemos a que despunte el alba.

Sandokán no se decidía a seguir aquel consejo. Miró a su fiel amigo, esperando persuadirlo todavía para marchar; luego cedió y se dejó caer junto al árbol, dando un largo suspiro.

La lluvia continuaba cayendo con extrema violencia y el huracán seguía alborotando tremendamente sobre el mar. A través de los árboles, los dos piratas veían amontonarse las olas rabiosamente y estrellarse contra la playa con ímpetu irresistible, rompiéndose y volviéndose a romper.

Mirando aquellas olas, que en vez de disminuir iban agigantándose cada vez más, Yáñez no pudo abstenerse de preguntar:

-¿Qué será de nuestros praos con esta tempestad?... Sandokán, ¿tú crees que se salvarán? Si llegaran a naufragar, ¿qué sería de nosotros?

-Nuestros hombres son unos valientes marineros -respondió Sandokán-. Sabrán salir del atolladero.

-¿Y si naufragasen?... ¿Qué podrías hacer

tú sin su ayuda?

-¿Qué haría?... Raptaría igualmente a la muchacha.

-Corres demasiado, Sandokán. Dos hombres solos, aunque sean dos tigres de la salvaje Mompracem, no pueden enfrentarse con veinte, treinta o quizá cincuenta mosquetes.

-Recurriremos a la astucia.

-¡Humm!...

-¿Me creerías capaz de renunciar a mi proyecto?... ¡No, Yáñez!... No volveré a Mompracem sin Marianna.

Yáñez no respondió. Encendió un cigarrillo y, cerrando los ojos, se tendió en medio de la hierba que estaba casi seca porque había sido protegida por las largas hojas del árbol.

Sandokán, en cambio, se levantó, dirigiéndose hacia la playa. El portugués, que no dormía, lo vio rodear los márgenes de la selva, unas veces subiendo hacia el norte y otras veces bajando hacia el sur.

Ciertamente estaba intentando orientarse y reconocer aquella costa que quizá había ya

recorrido durante su estancia en la isla.

Cuando volvió, comenzaba a alborear. La lluvia había cesado hacía unas horas y el viento ya no rugía tan fuerte a través de los mil árboles de la selva.

-Sé dónde nos encontramos -dijo a Yáñez.

-¡Ah!... -dijo éste, disponiéndose a levantarse.

-El río debe de encontrarse hacia el sur y quizá no está lejos.

-¿Quieres que vayamos a buscarlo? -Sí, Yáñez.

-Espero que no te atreverás a acercarte a la quinta de día.

-Pero esta noche nadie me detendrá.

Luego añadió, con la entonación de una persona que quisiera expresar la eternidad:

-¡Doce horas todavía!... ¡Qué tortura!

-En la selva el tiempo pasa pronto, Sandokán -respondió Yáñez, sonriendo.

-Vamos.

-Estoy dispuesto a seguirte.

Se echaron las carabinas a la espalda, se

metieron las municiones en los bolsillos y se adentraron en la enorme selva, intentando, sin embargo, no alejarse demasiado de la playa.

-Evitaremos los profundos recodos y ensenadas que describe la costa -dijo Sandokán-. El camino quizá sea menos fácil, pero más corto.

-Ten cuidado, no vayas a equivocarte. -¡No temas, Yáñez!

La selva no presentaba más que raros pasadizos, pero Sandokán era un verdadero hombre de los bosques, que sabía arrastrarse como una serpiente y orientarse incluso sin sol y sin estrellas. Se dirigía hacia el sur, manteniéndose a poca distancia de la costa, para buscar ante todo el río en que se había escondido en la expedición anterior. Desde aquel punto no era difícil alcanzar la quinta, que el pirata sabía que se hallaba quizá a un par de kilómetros. Sin embargo, el camino, a medida que avanzaban hacia el sur, iba haciéndose cada vez más difícil a causa de los

estragos que había hecho el huracán. Numerosos árboles, abatidos por el viento, obstaculizaban el paso, obligando a los dos piratas a hacer arriesgadas escaladas y a dar largas vueltas. Inmensos montones de ramas dificultaban su camino y marañas de lianas se enredaban en sus piernas, retardando la marcha.

No obstante, trabajando con el *kriss,* subiendo y bajando, saltando y escalando árboles y troncos caídos por tierra, avanzaban sin tregua, intentando siempre no alejarse demasiado de la costa.

Hacia el mediodía, Sandokán se detuvo, diciendo al portugués:

-Estamos cerca.

-¿Del río o de la quinta?

-De la corriente de agua -respondió Sandokán-.

¿No oyes ese borboteo que repercute bajo estas frondosas bóvedas de verdura?

-Sí -dijo Yáñez, después de haber escuchado un instante-. ¿Es el mismo río que

buscamos?

-No puedo engañarme. He recorrido estos lugares.

-Sigamos adelante.

Atravesaron lentamente el último borde de la enorme selva y diez minutos después se encontraron ante una pequeña corriente de agua, que desembocaba en una hermosa bahía, rodeada de árboles inmensos.

La casualidad los había conducido al mismo lugar donde habían atracado los praos de la primera expedición. Todavía se veían allí las vigas abandonadas del segundo, cuando, rechazado por el tremendo cañoneo del crucero, se había refugiado allí para reparar sus graves averías. En la orilla había pedazos de vergas, fragmentos de amuras, retazos de tela, cordajes, balas de cañón, cimitarras, hachas rotas y restos de diversos aparejos.

Sandokán lanzó una sombría mirada sobre aquellos restos que le recordaban su primera derrota y suspiró pensando en aquellos valientes que habían sido destruidos por el fue-

go implacable del crucero.

-Descansan allí, fuera de la bahía, en el fondo del mar -dijo a Yáñez con voz triste-. ¡Pobres muertos, todavía sin venganza!...

-¿Fue aquí donde desembarcaste?

-Sí, aquí, Yáñez. Entonces yo era el invencible Tigre de Malasia, entonces no había cadenas alrededor de mi corazón ni visiones ante los ojos. Me batí como un desesperado, arrastrando a mis hombres al aborda*je,* con *salvaje furor,* pero me aplastaron. ¡El maldito que nos cubría de hierro y plomo estaba allí! ¡Me parece estar viéndolo todavía, como en aquella tremenda noche en que lo ataqué a la cabeza de mis pocos valientes!... ¡Qué momento tan terrible, Yáñez, qué estrago! Todos cayeron, todos menos uno: ¡yo!

-¿Deploras aquella derrota, Sandokán?

-No lo sé. Sin aquella bala que me hirió, quizá no hubiera conocido a la muchacha de los cabellos de oro.

Calló y descendió hacia la playa, dirigiendo sus miradas bajo las azules aguas de la ba-

hía; luego se detuvo con los brazos extendidos, señalando a Yáñez el lugar donde había sucedido el tremendo abordaje.

-Los praos reposan allá -dijo--. Quién sabe los muertos que habrá todavía dentro de sus cascos.

Se sentó sobre el tronco de un árbol, caído quizá de puro viejo, se cogió la cabeza entre las manos y se sumió en profundos pensamientos.

Yáñez lo dejó absorto en sus meditaciones y se aventuró entre los arrecifes, rebuscando en las grietas con un bastón acabado en punta, por ver si conseguía descubrir alguna ostra gigante.

Después de haber andado dando vueltas durante un cuarto de hora, volvió a la playa trayendo una tan grande que le costaba trabajo sostenerla.

Encender un buen fuego y abrirla fue para él cuestión de pocos instantes.

-Vamos, hermanito mío, deja los praos bajo el agua y a los muertos en la boca de los

peces, y ven a hincar el diente a esta exquisita pulpa. ¡Hala!, que por más que pienses y vuelvas a pensar no vas a hacer volver a flote ni a los unos ni a los otros.

-Es verdad, Yáñez -respondió Sandokán, suspirando-. Aquellos valientes no volverán a la vida jamás.

La comida fue exquisita. Aquella gigantesca ostra contenía una pulpa tan tierna y delicada, que puso de excelente humor al bueno del portugués, a quien el aire marino unido a la fragancia de la selva le habían aguzado extraordinariamente el apetito.

Terminada aquella comida abundantísima, Yáñez se disponía a tenderse bajo un soberbio *durion,* que sobresalía sobre la ribera del río, para fumarse beatíficamente un par de cigarrillos, pero Sandokán le indicó la selva con un gesto.

-La quinta está lejos quizá.

-¿No sabes exactamente dónde se encuentra?

-Vagamente, pues recorrí estos lugares

presa del delirio.

-¡Diablo!

-¡OH, no temas, Yáñez! Yo sabré encontrar el sendero que conduce al jardín.

-Vamos, pues, ya que así lo quieres; pero cuidado con cometer imprudencias.

-Estaré tranquilo, Yáñez.

-Una palabra más, hermanito.

-¿Qué quieres?

-Espero que aguardarás la noche para entrar en el jardín.

-Sí, Yáñez.

-¿Me lo prometes?

-Tienes mi palabra.

-Entonces, en marcha.

Siguieron durante un trecho la orilla derecha del río, y después se lanzaron resueltamente a la gran selva.

Parecía que el huracán había azotado tremendamente aquella parte de la isla. Numerosos árboles, abatidos por el viento o por los rayos, yacían en el suelo; algunos se hallaban todavía semisuspendidos, habiendo sido sos-

tenidos por las lianas; otros estaban enteramente tendidos en el suelo. Además había por todas partes matorrales destrozados y retorcidos, montones de hojas y de frutas, ramas despedazadas, en medio de las cuales aullaban varios monos que habían quedado heridos. A pesar de los numerosos obstáculos, Sandokán no se detenía. Continuó andando hasta que se puso el sol, sin vacilar jamás sobre el camino que seguir.

Caía la noche y ya Sandokán desesperaba de encontrar el río, cuando llegó de improviso ante un largo sendero.

-¿Qué has visto? -le preguntó el portugués al verlo pararse.

-Estamos junto a la quinta -respondió Sandokán con voz ahogada-. Este sendero conduce al jardín.

-¡Por Baco! Qué buena suerte, hermano mío. Ve delante, pero cuidado con hacer locuras.

Sandokán no esperó a que terminara la frase. Montó la carabina para no ser sorpren-

dido desarmado, y se lanzó por el sendero con tanta prisa que el portugués se veía mal para seguirlo de cerca.

-¡Marianna! ¡Divina muchacha!... ¡Amor mío!...-exclamaba, devorando el camino con creciente rapidez-. ¡No tengas miedo, ahora que estoy cerca de ti! En aquel momento el pirata habría derribado a un ejército entero por alcanzar la quinta. Ya no tenía miedo de nadie, la misma muerte no lo habría hecho retroceder.

Jadeaba, se sentía invadido por un fuego intenso que le ardía en el corazón y en el cerebro, agitado por mil temores. Temía llegar demasiado tarde, no volver a encontrar a la mujer tan intensamente amada, y cada vez corría más, olvidando toda prudencia, quebrando y arrancando las ramas de los matorrales, desgarrando impetuosamente las lianas, superando con saltos de león los mil obstáculos que le dificultaban el camino.

-¡Eh, Sandokán, loco endemoniado! -decía Yáñez, que trotaba como un caballo-. ¡Espera

un poco a que te alcance! ¡Deténte, por mil espingardas, o me harás reventar!

-¡A la quinta!... ¡A la quinta!... -respondía invariablemente el pirata.

No se paró hasta que estuvo delante de la empalizada del jardín, más por esperar a su compañero que por prudencia o cansancio.

-¡Uf! --exclamó el portugués, al llegar hasta él-. ¿Crees que soy un caballo para hacerme correr así? La quinta no se escapa, te lo aseguro, y además no sabes quién puede esconderse detrás de esa cerca.

-No tengo miedo de los ingleses -respondió el Tigre, presa de una viva excitación.

-Lo sé, pero, si dejas que te maten, no volverás a ver a tu Marianna.

-Pero yo no puedo quedarme aquí, tengo que ver a la lady.

-Calma, hermanito mío. Obedece y verás cómo podrás ver algo.

Le hizo una señal para que se estuviera callado, y se encaramó a la cerca con la agili-

dad de un gato, mirando atentamente al jardín.

-Me parece que no hay ningún centinela -- dijo-.

Entremos, pues.

Se dejó caer del otro lado, mientras Sandokán hacía otro tanto y los dos juntos se adentraron silenciosamente en el jardín, manteniéndose escondidos detrás de los matorrales y de los parterres, con los ojos fijos en el edificio, que se distinguía confusamente entre las densas tinieblas.

Habían llegado así a un tiro de arcabuz, cuando Sandokán se detuvo de golpe, apuntando ante sí la carabina.

-Quieto ahí, Yáñez -murmuró.

-¿Qué has visto?

-Hay unos hombres parados delante de la casa. -¿No será el lord con Marianna?

Sandokán, a quien le latía con furia el corazón, se alzó lentamente y aguzó la mirada, mirando aquellas figuras humanas con profunda atención.

-¡Maldición!... -murmuró, rechinando los dientes-. ¡Soldados!...

-¡Oh, oh! La madeja se enmaraña -refunfuñó el portugués-. ¿Qué hacemos?

-Si hay aquí soldados, es señal de que Marianna se encuentra todavía en la quinta.

-Eso me parece también a mí.

-Entonces ataquémoslos.

-¡Estás loco!... ¿Quieres que te fusilen? No somos más que dos y ellos quizá son diez, tal vez incluso treinta. -¡Pero tengo que verla! -exclamó Sandokán, mirando al portugués con ojos que parecían los de un loco. -Cálmate, hermanito mío -dijo Yáñez, aferrándolo con fuerza por un brazo, para impedirle cometer cualquier locura-. Cálmate y quizá la verás. -¿De qué modo?

-Esperemos a que se haga más tarde. -¿Y después?

-Tengo un plan. Túmbate aquí cerca, frena los impulsos de tu corazón y no te arrepentirás.

-¿Pero los soldados?

-¡Por Júpiter! Espero que se vayan a dormir. -Tienes razón, Yáñez: ¡esperaré!

Se tendieron detrás de un frondoso matorral, de forma que no perdieran de vista a los soldados, y aguardaron el momento oportuno para actuar.

Pasaron dos, tres, cuatro horas, largas para Sandokán como cuatro siglos; finalmente los soldados volvieron a entrar en la quinta cerrando fragorosamente la puerta. El Tigre hizo el gesto de lanzarse hacia adelante, pero el portugués lo retuvo rápidamente; después lo arrastró bajo la oscura sombra de un grandísimo *pombo y,* cruzando los brazos y mirándolo fijamente, le preguntó: -Vamos a ver, Sandokán: ¿qué esperas hacer esta noche?

-Verla.

-¿Y crees que es tan fácil? ¿Has estudiado algún plan?

-No, pero...

-¿Sabe la muchacha que estás aquí? -No es posible.

-Entonces habrá que llamarla. -Sí.

-Y los soldados saldrán, porque no podemos pensar que estén sordos, y nos cazarán a tiros de carabina. Sandokán no respondió. -Ya ves, mi pobre amigo, que esta noche no podrás hacer nada.

-Puedo trepar hasta su ventana -dijo Sandokán. -¿No has visto a aquel soldado emboscado junto a la esquina del pabellón?

-¿Un soldado?...

-Sí, Sandokán. Mira: se ve brillar el cañón de su fusil.

-¿Entonces qué me aconsejas hacer? ¡Habla! ¡La fiebre me devora!

-¿Sabes qué parte del jardín suele frecuentar la muchacha?

-Todos los días iba a bordar en el quiosco chino. -Magnífico. ¿Dónde se encontraba? -Está cerca de aquí.

-Llévame allí.

-¿Qué quieres hacer, Yáñez?

-Tenemos que avisarla de que estamos aquí.

El Tigre de Malasia, a pesar de que estaba experimentando todas las penas del infierno al alejarse de aquel lugar, se dirigió a un paseo lateral y condujo a Yáñez al quiosco.

Era un pequeño y hermoso pabelloncito de paredes horadadas, decorado con vivos colores y rematado en una especie de cúpula de metal dorado, erizada de púas y de dragones chillones.

A su alrededor se extendía un bosquecillo de lilas y de grandes parterres con rosas de China que exhalaban penetrantes perfumes.

Yáñez y Sandokán, después de haber montado las carabinas, ya que no estaban seguros de que estuviera desierto, entraron en él. No había nadie.

Yáñez encendió un fósforo y vio encima de una ligerísima mesa un cestillo que contenía encajes e hilo, y al lado un laúd incrustado de madreperlas.

-¿Son cosas suyas? -preguntó Yáñez.

-Sí -respondió éste con acento de infinita dulzura-. Es su lugar preferido. Aquí esa divi-

na muchacha viene a respirar el aire embalsamado de las lilas en flor, aquí viene a cantar las dulces canciones de su país nativo, y aquí me juró amor eterno.

Yáñez sacó de un librito una cuartilla de papel, rebuscó en un bolsillo y, habiendo encontrado un trozo de lápiz, mientras Sandokán encendía otro fósforo, escribió las siguientes palabras:

Desembarcamos ayer durante el huracán. Mañana por la noche estaremos a medianoche bajo vuestra ventana. Procuraos una soga para ayudar a subir a Sandokán.

-Espero que mi nombre no le resultará desconocido -dijo.

-¡Oh, no! -respondió Sandokán-. Ella sabe que eres mi mejor amigo.

Yáñez dobló la carta y la puso en el cestillo de labor, de modo que se pudiese ver enseguida, mientras Sandokán, habiendo arrancado unas rosas de China, se las echaba encima.

Los dos piratas se miraron al rostro el uno

al otro a la pálida luz de un relámpago; el uno estaba sereno; el otro, presa de una gran emoción. -Vamos, Sandokán -dijo Yáñez.

-Te sigo -respondió el Tigre de Malasia, reprimiendo un suspiro.

Cinco minutos después saltaban la empalizada del jardín, volviendo a internarse en la selva tenebrosa.

17
La cita nocturna

La noche era tempestuosa, pues aún no se había calmado el huracán.

El viento rugía y ululaba en mil tonos diferente entre los boscajes, retorciendo las ramas de las planta y haciendo revolotear por el aire masas de follaje, de blando y tumbando los árboles jóvenes y sacudiendo poderosamente los añosos. De cuando en cuando,

relámpagos deslumbrantes rompían las espesas tinieblas y los rayos caían abatiendo e incendiando las más alta plantas de la selva.

Era una verdadera noche de infierno, una noch propicia para intentar un audaz golpe de mano en 1; quinta. Desgraciadamente los hombres de los praos no estaban allí para ayudar a Sandokán en la temeraria empresa.

A pesar de que el huracán se recrudecía, los dos piratas no se paraban. Guiados por la luz de los relámpagos, intentaban llegar al río para ver si algún prao había podido refugiarse en la pequeña bahía.

Sin preocuparse de la lluvia que caía a torrentes, pero guardándose bien de dejarse aplastar por las gruesas ramas que el viento desgajaba, tras dos horas llegaron inesperadamente junto a la desembocadura del río, mientras que para ir a la quinta habían empleado doble tiempo.

-Nos hemos guiado mejor en medio de la oscuridad que en pleno día -dijo Yáñez-. Ha sido una verdadera suerte en una noche co-

mo ésta.

Sandokán bajó a la ribera y esperó un relámpago para lanzar una rápida mirada sobre las aguas de la bahía.

-Nada -dijo con voz sorda-. ¿Les habrá ocurrido alguna desgracia a mis barcos?

-Yo creo que no habrán abandonado todavía sus refugios -respondió Yáñez-. Se habrán dado cuenta de que amenazaba estallar otro huracán y, como gente prudente, no se habrán movido. Ya sabes que no es fácil desembarcar aquí cuando están alborotados los vientos y las olas.

-Tengo vagas inquietudes, Yáñez. -¿Qué temes?

-Que hayan naufragado.

-¡Bah! Nuestros barcos son sólidos. Dentro de unos días los veremos llegar. Los citaste en esta pequeña bahía, ¿no es cierto?

-Sí, Yáñez.

-Vendrán. Busquemos un abrigo, Sandokán. Llueve a chaparrón y este huracán no se calmará tan pronto. -¿Adónde ir? Tenemos la

cabaña construida por

Giro-Batol durante su estancia en esta isla, pero dudo que pueda encontrarla.

-Vamos a meternos en medio de aquel bosquecillo de plátanos. Las gigantescas hojas de esas plantas nos protegerán.

-Es mejor construir un *attap,* Yáñez.

-No había pensado en eso. Dentro de unos minutos podemos tenerlo hecho.

Sirviéndose del *kriss,* cortaron algunos bambúes que crecían en las orillas del río y los asentaron bajo un soberbio *pombo, cuyo* espesísimo follaje era casi suficiente para protegerlos de la lluvia. Una vez cruzados los bambués como el esqueleto de una tienda, los cubrieron con las gigantescas hojas de los plátanos, superponiéndolas de modo que formaran dos techos con vertiente.

Como Yáñez había dicho, bastaron pocos minutos para construir aquel abrigo. Los dos piratas se metieron debajo, llevando consigo un racimo de plátanos, y luego, tras una cena compuesta únicamente por aquella fruta, in-

tentaron dormir un poco, mientras el huracán se desencadenaba con mayor violencia, con acompañamiento de relámpagos y de truenos ensordecedores.

La noche fue pésima. Varias veces Yáñez y Sandokán se vieron obligados a reforzar la cabañuca y a volver a cubrirla con ramas y hojas de plátano para protegerse de aquella lluvia diluvial e incesante. Sin embargo, hacia el alba el tiempo se calmó un poco, permitiendo a los dos piratas dormir tranquilamente hasta las diez de la mañana.

-Vamos a buscar la comida -dijo Yáñez cuando se despertó-. Espero volver a encontrar otra ostra colosal.

Se dirigieron hacia la bahía, siguiendo la orilla meridional y, rebuscando en los numerosos arrecifes, consiguieron procurarse varias ostras de increíble tamaño y algunos crustáceos. Yáñez añadió plátanos y algunos *pombos,* naranjas bastante grandes y muy suculentas. Terminada la comida, remontaron la costa hacia el septentrión, esperando des-

cubrir alguno de sus praos, pero no vieron a nadie navegando por el mar.

-La borrasca no les habrá permitido volver a bajar al sur -dijo Yáñez a Sandokán-. El viento ha soplado constantemente del mediodía.

-Sin embargo, estoy muy inquieto por su suerte, amigo -respondió el Tigre de Malasia-. Este retraso está haciendo nacer en mí graves temores.

¡Bah!... Nuestros hombres son unos marinos muy hábiles.

Durante gran parte del día estuvieron dando vueltas por la playa, y después, hacia la puesta del sol, volvieron a entrar en el bosque para acercarse a la quinta de lord James Guillonk.

¿Crees que Marianna habrá encontrado nuestra carta? -preguntó Yáñez a Sandokán.

-Estoy seguro de ello -respondió el Tigre. -Entonces acudirá a la cita. -Si está libre...

-¿Qué quieres decir, Sandokán?

-Temo que lord James la vigile estrecha-

mente. ¡Diablo!

-Sin embargo, nosotros iremos igualmente a la cita,

Yáñez. El corazón me dice que la veré.

-Siempre que no cometas imprudencias. En el jardín y en la quinta es fácil que haya soldados.

-De eso estoy seguro.

-Intentaremos no dejarnos sorprender. -Actuaré con calma. -¿Me lo prometes? -Sí.

-Entonces, andando.

Avanzando lentamente, con los ojos en guardia, aguzados los oídos, espiando prudentemente entre las espesas frondas y matorrales, para no caer en alguna emboscada, hacia las siete de la tarde llegaron a las proximidades del jardín. Quedaban aún unos pocos minutos de crepúsculo y podían bastar para examinar la quinta.

Después de haberse cerciorado de que no había escondido ningún centinela por los alrededores, se acercaron a la empalizada y, ayudándose el uno al otro, la escalaron.

Se dejaron caer de la otra parte y sé arrojaron en medio de los parterres, devastados en gran parte por el huracán, y se escondieron en un grupo de peonías de China.

Desde aquel lugar podían observar cómodamente lo que sucedía en el jardín e incluso en la quinta, pues sólo tenían ante sí unos cuantos árboles.

-Veo un oficial en una ventana -dijo Sandokán.

-Y yo un centinela que vigila la esquina de la quinta -añadió Yáñez-. Si ese hombre se queda allí después de que caigan las tinieblas, nos va a molestar no poco.

-Lo despacharemos -dijo Sandokán resueltamente.

-Sería mejor sorprenderlo y amordazarlo. ¿Tienes tú alguna cuerda?

-Tengo mi faja.

¯Magnífico y... ¡Ah, bribones! -¿Qué pasa, Yáñez?

-¿No ves que han puesto rejas en todas las ventanas?

¯¡Maldición de Alá!... -exclamó Sandokán con los dientes apretados.

¯Hermano mío, lord james debe conocer muy bien la audacia del Tigre de Malasia. ¡Por Baco! ¡Cuántas precauciones!...

-Entonces Marianna estará vigilada. -Desde luego, Sandokán.

-Y no podrá acudir a mi cita.

-Es probable -dijo Yáñez.

-Pero la veré igualmente.

-¿De qué modo?

¯Escalando la ventana. Tú ya habías previsto esto y le habíamos escrito que se procurase una cuerda.

-¿Y si nos sorprenden los soldados?

¯Lucharemos.

-¿Los dos solos?

-Tú sabes que tienen miedo de nosotros.

-No digo que no.

-Y que nosotros luchamos como diez hombres.

-Sí, cuando las balas no nievan demasiado

espesas. ¡Eh!... Mira, Sandokán.

-¿Qué has visto?

-Un grupo de soldados que abandona la quinta -respondió el portugués, que se había izado sobre una gruesa raíz de un *pombo* cercano para observar mejor.

-¿Dónde van?

-Abandonan el jardín.

-¿No irán a vigilar los alrededores?

-Eso me temo.

-Mejor para nosotros.

-Sí, quizá. Y ahora esperemos la medianoche.

Encendió con precaución un cigarrillo y se tendió al lado de Sandokán, fumando tranquilamente como si se encontrase sobre el puente de uno de sus praos.

Sandokán, en cambio, roído por la impaciencia, no podía estarse quieto un instante. De cuando en cuando se levantaba para escudriñar las tinieblas, intentando averiguar lo que sucedía en la casa del lord o descubrir a la jovencita. Vagos temores lo agitaban. Po-

dría ocurrir que le hubieran preparado una trampa en el interior de la habitación. Quizá la carta había sido encontrada por alguien y mostrada a lord James en vez de a Marianna.

No pudiendo contenerse más, continuaba preguntando a Yáñez, pero éste fumaba sin responderle.

Por fin llegó la medianoche. Sandokán se levantó de un salto, dispuesto a lanzarse hacia la casa, incluso a riesgo de encontrarse de improviso frente a los soldados de lord James.

Sin embargo, Yáñez, que también se había puesto en pie, lo agarró por un brazo.

-Despacio, hermanito -le dijo-. Me has prometido ser prudente.

-Ya no temo a nadie -dijo Sandokán-. Estoy decidido a todo.

-Se me encoge la piel, amigo. Olvidas que hay un centinela junto a la quinta.

-Pues vamos a matarlo.

-Hace falta que no dé la alarma.

-Lo estrangularemos.

Dejaron el matorral de peonías y empezaron a arrastrarse entre los parterres escondiéndose detrás de los arbustos y de las rosas de China, que crecían en gran número.

Habían llegado a unos cien pasos de la casa, cuando Yáñez detuvo a Sandokán.

-¿Ves a ese soldado? -le preguntó. -Sí.

-Me parece que se ha dormido, apoyado en su fusil. -Tanto mejor, Yáñez. Ven y estate dispuesto a todo.

-Tengo preparado mi pañuelo para amordazarlo. -Y yo tengo en la mano el *kriss.* Si da un grito lo mato.

Se arrojaron ambos en medio de un espeso parterre que se prolongaba en dirección al pabellón y, arrastrándose como dos serpientes, llegaron a pocos pasos del soldado.

Aquel pobre joven, seguro de no ser molestado, se había apoyado en la pared de la casa y dormitaba con el fusil entre las manos.

-¿Preparado, Yáñez? -preguntó Sandokán con un hilo de voz.

-Adelante.

Sandokán, con un salto de tigre, se arrojó sobre el joven soldado y, aferrándolo estrechamente por la garganta, lo derribó de un empujón irresistible.

Yáñez se había lanzado también. Con mano rápida amordazó al prisionero *y* le ató las manos *y* las piernas, diciéndole con voz amenazante:

-¡Cuidado, eh!... Si haces el más mínimo gesto, te hundo el *kriss* en el corazón.

Después, volviéndose hacia Sandokán:

-Ahora a tu muchacha. ¿Sabes cuáles son sus ventanas?

-¡Oh, sí! -exclamó el pirata, que ya estaba mirándolas fijamente-. Ahí están, encima de ese emparrado. ¡Ah, Marianna! ¡Si supieras que estoy aquí!...

-Ten paciencia, hermano mío, que si el diablo no mete el rabo de por medio, la verás.

De pronto, Sandokán retrocedió, dando un verdadero rugido.

-¿Qué pasa? -preguntó Yáñez palidecien-

do.

-¡Han cerrado sus ventanas con rejas!

-¡Diablo!... ¡Bah, no importa!

Recogió un puñado de piedrecillas y lanzó una de ellas contra los cristales, produciendo un ligero rumor. Los dos piratas esperaron conteniendo la respiración, poseídos de una viva emoción.

Ninguna respuesta. Yáñez lanzó otra piedrecilla, luego otra y enseguida la cuarta.

De improviso se abrieron los cristales, y Sandokán, a la azulada luz del astro nocturno, descubrió una forma blanca que reconoció enseguida.

-¡Marianna! -silbó, alzando los brazos hacia la jovencita, que se había inclinado sobre la reja.

Aquel hombre tan enérgico, tan fuerte, vaciló como si hubiera recibido una bala en medio del pecho y permaneció allí, como si estuviera desvariando, con los ojos muy abiertos, pálido y tembloroso.

Un ligero grito se desbordó del pecho de la

joven, que había reconocido enseguida al pirata.

-Ánimo, Sandokán -dijo Yáñez, saludando galantemente a la jovencita-. Sube a la ventana, pero despacha pronto, porque aquí no sopla buen viento para nosotros.

Sandokán se lanzó hacia la casa, trepó por el emparrado y se agarró a las rejas de la ventana.

-¡Tú, tú!... -exclamó la jovencita loca de alegría-. ¡Gran Dios!

-¡Marianna! ¡Oh, mi adorada muchacha! -murmuró con voz ahogada, cubriéndole las manos de besos-. ¡Por fin vuelvo a verte! Eres mía, ¿verdad? ¡Mía, aún mía!

-Sí, tuya, Sandokán, en la vida y en la muerte -respondió la vaporosa joven-. ¡Verte otra vez aun después de haberte llorado por muerto! ¡Qué alegría tan grande, amor mío!

-¿Entonces creías que me habían matado?

-Sí, y he sufrido mucho, inmensamente, creyéndote perdido para siempre.

-No, querida Marianna, no muere tan

pronto el Tigre de Malasia. He pasado sin ser herido por medio del fuego de tus compatriotas, he atravesado el mar, he llamado a mis hombres y he vuelto aquí a la cabeza de cien tigres, dispuesto a todo por salvarte.

-¡Sandokán, Sandokán!

-Escucha ahora, Perla de Labuán -prosiguió el pirata-. ¿Está aquí el lord?

-Sí, y me tiene prisionera, temiendo tu llegada. -Ya he visto a los soldados.

-Sí, *y hay* muchos soldados que vigilan día y noche en las habitaciones inferiores. Estoy rodeada por todas partes, encerrada entre rejas y bayonetas, en la absoluta imposibilidad de dar un paso abiertamente. Mi valiente amigo, temo que no podré jamás llegar a ser tu mujer, que no podré jamás ser feliz, porque mi tío, que ahora me odia, no consentirá jamás en emparentar con el Tigre de Malasia y hará todo lo posible por alejarnos, por interponer entre los dos la inmensidad del océano y la inmensidad de los continentes.

Dos lágrimas -dos perlas- cayeron de sus

ojos.

¡Lloras! -exclamó Sandokán con amargura-. No llores, amor mío, o me volveré loco y cometeré cualquier locura. ¡Óyeme, Marianna! Mis hombres no están lejos; hoy son pocos, pero mañana o pasado mañana serán muchos, y tú sabes qué clase de hombres tengo. A pesar de que el lord levante barricadas en torno a la quinta, entraremos en ella, aunque tengamos que incendiarla o derribar sus muros. Yo soy el Tigre, y por ti me siento capaz de pasar a hierro y fuego no ya a la quinta de tu tío, sino a toda Labuán. ¿Quieres que te rapte esta noche? No somos más que dos, pero, si quieres, romperemos las rejas que te tienen prisionera, aunque tengamos que pagar con nuestra vida tu libertad. Habla, habla, Marianna. ¡Mi amor por ti me vuelve loco y me infunde fuerza suficiente para expugnar yo solo esta quinta!

-¡No, no!... -exclamó ella-. ¡No, mi valiente! Si tú mueres, ¿qué será de mí? ¿Crees que yo sobreviviría? Tengo confianza en ti, sí,

tú me salvarás, pero lo harás cuando hayan llegado tus hombres, cuando seas fuerte, suficientemente poderoso para aplastar a los que me tienen prisionera o para romper las rejas que me encierran.

En aquel instante se oyó bajo el emparrado un ligero silbido. Marianna se sobresaltó.

-¿Has oído? -preguntó.

-Sí -respondió Sandokán-. Es Yáñez que se impacienta.

-Quizá ha descubierto un peligro, Sandokán. Quizá en las sombras de la noche se oculta algo grave para ti, mi valiente amigo. ¡Gran Dios! ¡Ha llegado la hora de la separación!

-¡Marianna!

-¡Si no volviéramos a vernos más...!

-No digas eso, amor mío; yo sabré encontrarte en cualquier parte adonde te lleven.

-Pero entretanto...

-Se trata tan sólo de unas pocas horas, amada mía. Quizá mañana llegarán mis hombres y destruirán estas murallas.

El silbido del portugués volvió a oírse otra vez. -Vete, mi noble amigo -dijo Marianna-. Quizá estás corriendo grandes peligros.

-¡Oh, no los temo!

-Vete, Sandokán, te lo ruego, vete antes de que te sorprendan.

-¡Dejarte!... No sé decidirme a abandonarte. ¿Por qué no habré traído a mis hombres aquí? Habría podido asaltar de improviso esta casa y raptarte.

-¡Huye, Sandokán! He oído pasos en el corredor. -¡Marianna!.. .

En aquel momento se oyó en la habitación un grito feroz.

-¡Miserable! -tronó una voz.

El lord, porque era precisamente él, cogió a Marianna por los hombros, intentando arrancarla de las rejas, mientras se oía levantar los cerrojos de la puerta de la planta baja.

-¡Huye! -gritó Yáñez.

-¡Huye, Sandokán! -repitió Marianna.

No había un momento que perder. Sandokán, que ya se veía perdido si no huía, de un

salto inmenso atravesó el emparrado, precipitándose en el jardín.

18
Dos piratas en una estufa

Cualquier otro hombre que no hubiera sido malayo sin duda se habría roto las piernas en aquel salto, pero no ocurrió así con Sandokán, que, además de ser duro como el acero, poseía una agilidad de cuadrumano.

Apenas había tocado tierra, hundiéndose en medio de un parterre, cuando ya se había puesto en pie con el *kriss* en la mano, dispuesto a defenderse.

Afortunadamente el portugués estaba allí. Saltó a su lado y, agarrándolo por los hombros, lo empujó bruscamente hacia un grupo de árboles diciéndole:

-¡Pero huye, desgraciado! ¿Es que quieres dejarte fusilar?

-¡Déjame, Yáñez! -dijo el pirata, poseído

de una viva exaltación-. ¡Asaltemos la quinta!

Tres o cuatro soldados aparecieron en una ventana, apuntándoles con los fusiles.

-¡Sálvate, Sandokán! -se oyó gritar a Marianna.

El pirata dio un salto de diez pasos, saludado por una descarga de fusiles, y una bala le atravesó el turbante. Se volvió, rugiendo como una fiera, y descargó *su* carabina contra la ventana, rompiendo los cristales e hiriendo en la frente a un soldado.

-¡Ven! -gritó Yáñez, arrastrándolo fuera de la casa-. Ven, testarudo imprudente.

La puerta de la casa se abrió, y diez soldados, seguidos de otros tantos indígenas empuñando antorchas, se lanzaron a campo abierto.

El portugués hizo fuego a través del follaje. El sargento que mandaba la pequeña cuadrilla cayó.

-Mueve las piernas, hermano mío -dijo Yáñez, mientras los soldados se detenían en torno a su jefe.

-No me decido a dejarla sola -dijo Sandokán, a quien la pasión le perturbaba el cerebro.

-Te he dicho que huyas. Ven o te llevo yo.

Dos soldados aparecieron a sólo treinta pasos; detrás de ellos venía un grupo numeroso.

Los dos piratas no dudaron más. Se lanzaron en medio de los matorrales y de los parterres y se pusieron a correr hacia la cerca, saludados por algunos tiros de fusil disparados al azar.

-Corre deprisa, hermanito mío -dijo el portugués cargando la carabina, aunque sin dejar de correr-. Mañana devolveremos a esos miserables los tiros que nos han disparado por detrás.

-Temo haberlo echado todo a rodar, Yáñez -dijo el pirata con voz triste.

-¿Por qué, amigo mío?

-Ahora que saben que yo estoy aquí, ya no se dejarán sorprender.

-No digo que no, pero, si los praos han lle-

gado, tendremos cien tigres para lanzarlos al asalto. ¿Quién resistirá semejante carga?

-Tengo miedo del lord.

-¿Qué puede hacer?

-Es un hombre capaz de matar a su sobrina, antes que dejarla caer en mis manos.

-¡Diablo! exclamó Yáñez, rascándose furiosamente la frente-. No había pensado en eso.

Estaba a punto de pararse para tomar aliento y encontrar una solución a ese problema, cuando en medio de la profunda oscuridad vio correr unos reflejos rojizos.

-¡Los ingleses! -exclamó-. Han encontrado nuestra pista y nos siguen a través del jardín. ¡Corre deprisa, Sandokán!

Los dos partieron corriendo, adentrándose cada vez más en el jardín, para alcanzar la cerca.

Sin embargo, a medida que se alejaban, la marcha se hacía cada vez más difícil. Árboles grandísimos, lisos y derechos unos, nudosos y retorcidos otros, se erguían por todas partes sin dejar ningún pasadizo.

Pero eran hombres que sabían orientarse por instinto, y estaban seguros de llegar en poco tiempo a la cerca.

En efecto, tras haber atravesado la parte boscosa del jardín, se encontraron en terrenos cultivados. Pasaron sin detenerse por delante del quiosco chino, retrocedieron para no perderse entre aquellas gigantescas plantas, se metieron de nuevo en medio de los parterres y, corriendo a través de las flores, llegaron finalmente junto a la cerca, sin ser descubiertos por los soldados, que estaban ya explorando todo el jardín.

-Despacio, Sandokán -dijo Yáñez, sujetando a su compañero, que estaba ya a punto de lanzarse hacia la empalizada-. Los disparos pueden haber atraído a los soldados que vimos salir después de la puesta del sol.

-¿Crees que habrán vuelto al jardín?

-¡Eh!... ¡Calla!... Agáchate aquí cerca y escucha.

Sandokán aguzó los oídos, pero no oyó más que el susurro de las hojas.

-¿Has visto a alguien? -preguntó.

-He oído romperse una rama detrás de la empalizada.

-Puede haber sido cualquier animal.

-Y pueden haber sido los soldados. ¿Quieres que te diga más? Me parece haber oído cuchichear a algunas personas. Apostaría el diamante de mi *kriss* contra una piastra[42]' a que detrás de esta empalizada hay casacas rojas emboscados. ¿No te acuerdas del grupo que abandonó el jardín?

-Sí, Yáñez. Pero no nos quedaremos encerrados aquí dentro.

-¿Y qué quieres hacer?

-Cerciorarme de si está el camino libre.

---

[42] Voz italiana con que se designa a una moneda de plata, cuyo valor varía según el país a que pertenezca. En el siglo XVI se acuñó en Italia una moneda de plata de gran módulo con ese nombre. En Oriente circulan piezas de plata de diversos orígenes y de valores bastante parecidos. En la Indochina francesa, la piastra fue unidad monetaria legal.

Sandokán, que ahora se había vuelto mucho más prudente, se alzó sin hacer ruido, y, después de haber echado una rápida mirada bajo los árboles del jardín, trepó con la ligereza de un gato por la empalizada.

Apenas había alcanzado la cima, cuando de la otra parte oyó palabras en voz baja.

-Yáñez no se había equivocado -murmuró.

Se inclinó hacia adelante y miró bajo los árboles que crecían al otro lado de la cerca. A pesar de que la oscuridad era profunda, descubrió vagamente unas sombras humanas reunidas junto al tronco de una colosal casuarina.[432]

Se apresuró a bajar y se reunió con Yáñez, el cual no se había movido.

-Tenías razón -le dijo-. Al otro lado de la cerca hay hombres al acecho.

---

[43] Especie de árbol de gran porte, característico del archipiélago malayo, Australia y Madagascar. Una de las veinticinco especies posee hojas que se emplean como digestivas y sus semillas contra los dolores de cabeza

-¿Son muchos?

-Me han parecido una media docena. -¡Por Júpiter!...

-¿Qué hacemos, Yáñez?

-Tenemos que alejarnos deprisa y buscar por otro sitio una vía de salvación.

-Temo que ya sea demasiado tarde. ¡Pobre Marianna!... Quizá nos creerá ya presos o acaso muertos.

-No pensemos en la muchacha por ahora. Somos nosotros los que corremos un grave peligro.

-Vámonos de aquí.

-Calla, Sandokán. Oigo hablar al otro lado de la cerca.

En efecto, se oían dos voces, una ronca y la otra imperiosa, que hablaban junto a la empalizada. El viento, que soplaba de la selva, las traía distintamente a los oídos de los dos piratas.

-Te digo -afirmó la voz imperiosa- que los piratas han entrado en el jardín para intentar un golpe de mano sobre la quinta.

-No lo creo, sargento Bell -respondió su acompañante.

-¿Te parece que nuestros camaradas disparan cartuchos por diversión, estúpido? Tienes el cerebro vacío, Willis.

-Entonces no podrán escapársenos.

-Eso espero. Somos treinta y seis y podemos vigilar la cerca y reunirnos a la primera señal. Vamos, rápido, separaos y abrid bien los ojos. Quizá tengamos que vérnoslas con el Tigre de Malasia.

Después de aquellas palabras se oyó romperse unas ramas y crujir unas hojas. Luego nada más.

-Esos bribones son bastante numerosos -murmuró Yáñez, inclinándose hacia Sandokán-. Estamos a punto de ser rodeados, y si no actuamos con suma prudencia caeremos en la red que nos han tendido.

-¡Calla!... -dijo el Tigre de Malasia-. Vuelvo a oír hablar.

La voz imperiosa proseguía entonces:

-Tú, Bob, quédate aquí mientras yo voy a

emboscarme detrás de aquel alcanforero. Mantén el fusil montado y los ojos fijos en la cerca.

-No temáis, sargento -respondió el que había sido llamado Bob-. ¿Creéis que tendremos que vérnoslas precisamente con el Tigre de Malasia?

-Ese audaz pirata se ha enamorado locamente de la sobrina de lord Guillonk, un bomboncito destinado al baronet Rosenthal, y ya puedes imaginarte lo tranquilo que estará ese hombre. Estoy segurísimo de que esta noche ha intentado raptarla, a pesar de la vigilancia de nuestros soldados.

-¿Y cómo se las ha apañado para desembarcar sin ser visto por nuestros cruceros?

-Habrá aprovechado el huracán. Se dice también que se han visto unos praos navegando por el mar de nuestra isla.

-¡Qué audacia!

-¡OH!... ¡Veremos alguna más! El Tigre de Malasia nos dará que hacer, te lo digo yo, Bob. Es el hombre más audaz que he conoci-

do.

-Pero esta vez no se nos escapará. Si se encuentra en el jardín, no podrá salir tan fácilmente.

-Basta; a tu puesto, Bob. Tres carabinas cada cien metros pueden ser suficientes para detener al Tigre de Malasia y a sus compañeros. No olvidéis que nos ganaremos mil libras esterlinas si conseguimos matar al pirata.

-Una hermosa cifra, a fe mía --dijo Yáñez sonriendo-. Lord James te valora mucho, hermanito mío. -Que esperen ganarlas -respondió Sandokán. Se levantó y miró hacia el jardín.

En la lejanía vio aparecer y desaparecer puntos luminosos entre los parterres. Los soldados de la quinta habían perdido el rastro de los fugitivos y buscaban al azar, esperando probablemente el alba para emprender una verdadera batida.

-Por ahora no tenemos nada que temer de parte de esos hombres --comentó.

-¿Quieres que intentemos escapar por al-

guna otra parte? -dijo Yáñez-. El jardín es espacioso y quizás no esté vigilada toda la cerca.

-No, amigo. Si nos descubren, tendremos a las espaldas cuarenta soldados y no podremos escapar tan fácilmente de sus tiros. Por ahora nos conviene escondernos en el jardín.

-¿Y dónde?

-Ven conmigo, Yáñez, y verás maravillas. Me has dicho que no cometa locuras y quiero demostrarte que seré prudente. Si me mataran, la muchacha no sobrevivirla a mi muerte, y por eso no hay que intentar un paso desesperado.

-¿Y no nos descubrirán los soldados?

-No creo. Por otra parte, no nos quedaremos aquí mucho tiempo. Mañana por la noche, pase lo que pase, levantaremos el vuelo. Ven, Yáñez. Voy a conducirte a un lugar seguro.

Los dos piratas se levantaron, colocándose las carabinas bajo el brazo, y se alejaron de

la cerca, manteniéndose escondidos en medio de los parterres.

Sandokán hizo atravesar a su compañero una parte del jardín y lo condujo a una pequeña construcción de un solo piso, que servía de invernadero para las flores y que se levantaba a unos quinientos pasos de la casa de lord Guillonk.

Abrió la puerta sin hacer ruido y avanzó a tientas.

-¿Adónde vamos?

-Enciende un pedazo de yesca -respondió Sandokán.

-¿No descubrirán la luz desde fuera?

-No hay peligro. Esta construcción está rodeada de plantas espesísimas.

Yáñez obedeció.

La estancia en que se encontraban estaba llena de grandes tiestos, donde crecían plantas que exhalaban penetrantes perfumes, pues estaban casi todas en flor, y se hallaba

repleta de sillas y mesas de bambú.

En el extremo opuesto el portugués vio una estufa de dimensiones gigantescas, capaz de contener media docena de personas.

-¿Nos esconderemos aquí? -preguntó a Sandokán-. ¡Humm! No me parece un lugar tan seguro. Los soldados no dejarán devenir a explorarlo, y más con ese millar de libras que lord James ha prometido por tu captura.

-No te digo que no vengan.

-Entonces nos prenderán.

-Despacio, amigo Yáñez.

-¿Que quieres decir?

-Que no se les ocurrirá la idea de ir a buscarnos dentro de una estufa.

Yáñez no pudo reprimir un estallido de risa. -¡En esa estufa! -exclamó.

-Sí, nos esconderemos ahí dentro.

-Nos pondremos más negros que los africanos, hermanito mío. El hollín no debe de escasear en ese monumental calorífero.

-Nos lavaremos más tarde, Yáñez. -¡Pero..., Sandokán!

-Si no quieres venir, arréglatelas con los ingleses. No hay donde escoger, Yáñez: o en la estufa o dejarse prender.

-No se puede vacilar ante la elección -respondió Yáñez, riendo-. Vamos entretanto a visitar nuestro domicilio, para ver si al menos es cómodo.

Abrió la portezuela de hierro, encendió otro pedazo de yesca y se metió resueltamente en la inmensa estufa, estornudando sonoramente. Sandokán lo siguió sin vacilar.

Había sitio suficiente, pero había también gran abundancia de cenizas y hollín. El horno era tan alto que los dos piratas podían mantenerse cómodamente derechos.

El portugués, cuyo alegre humor no le faltaba nunca, se abandonó a una hilaridad clamorosa, no obstante la peligrosa situación.

-¿Quién podrá imaginarse jamás que el terrible Tigre de Malasia haya venido a refugiarse aquí? -dijo-. ¡Por Júpiter, estoy seguro de que la dejaremos limpia!

-No hables tan fuerte, amigo -recomendó

Sandokán-. Podrían oírnos.

-¡Bah! Deben de estar todavía lejos.

-No tanto como crees. Antes de entrar en el invernadero he visto dos hombres que exploraban los parterres a pocos centenares de pasos de nosotros.

-¿Vendrán a visitar también este lugar?

-Estoy seguro de ello.

-¡Diablo!... ¿Y si miran también en la estufa?

-No nos dejaremos prender tan fácilmente, Yáñez. Tenemos nuestras armas, así que podemos sostener un asedio.

-Pero no tenemos ni siquiera un bizcocho, Sandokán. Espero que no te conformarás con comer hollín. Y además, las paredes de nuestra fortaleza no me parecen muy sólidas. Con un buen empujón de hombros se pueden derribar.

-Antes que tiren las paredes nos lanzaremos al ataque -dijo Sandokán, que tenía, como siempre, una inmensa confianza en su propia audacia y en su propio valor.

-Sin embargo, necesitaríamos procurarnos víveres.

-Los encontraremos, Yáñez. He visto plátanos y *pombos,* que crecen alrededor de este invernadero; saldremos a saquearlos.

-¿Cuándo?

-¡Calla!... ¡Oigo voces!...

-Me das escalofríos.

-Prepara la carabina y no temas. ¡Escucha!

Se oía hablar a algunas personas fuera y acercarse. Las hojas crujían y las piedrecillas de la senda que conducía al invernadero chirriaban bajo los pies de los soldados.

Sandokán apagó la yesca, dijo a Yáñez que no se moviera y a continuación abrió con precaución la portezuela de hierro y miró fuera.

El invernadero estaba aún completamente oscuro, pero a través de los cristales se vio brillar alguna antorcha en medio de los plátanos que crecían a lo largo de la senda.

Mirando con mayor atención, descubrió cinco o seis soldados, precedidos de dos negros.

-¿Se dispondrán a inspeccionar el invernadero? -se preguntó con cierta ansiedad.

Volvió a cerrar con precaución la portezuela y se reunió con Yáñez en el momento en que un rayo de luz iluminaba el interior del pequeño edificio.

-Vienen -dijo al compañero, que ya casi no se atrevía a respirar-. Hemos de estar dispuestos a todo, incluso a lanzarnos contra esos inoportunos. ¿Has montado la carabina?

-Tengo ya el dedo en el gatillo.

-Muy bien; desenvaina también el *kriss.*

El grupo entraba entonces en el invernadero, iluminándolo completamente. Sandokán, que se mantenía junto a la portezuela, vio a los soldados mover los tiestos y las sillas, inspeccionando todos los rincones de la estancia. A pesar de su inmenso coraje, no pudo reprimir un estremecimiento.

Si los ingleses seguían buscando de aquel modo, era de esperar, de un momento a otro, su poco agradable visita.

Sandokán se apresuró a reunirse con Yá-

ñez, el cual se había acurrucado en el fondo, semizambullido en las cenizas y el hollín.

-No te muevas -le susurró-. Quizá no nos descubran.

-¡Calla! -dijo Yáñez-. ¡Escucha!

-Una voz decía:

-¿Habrá podido alzar el vuelo ese condenado pirata?

-¿O se habrá hundido bajo la tierra? -sugirió otro soldado.

-¡Oh! Ese hombre es capaz de todo, amigos míos -dijo un tercero-. ¡Os digo que ese sacripante' no es un hombre como nosotros, sino un hijo del compadre Belcebú!

-Yo también soy de ese parecer, -prosiguió la primera voz con cierto estremecimiento, que indicaba que su propietario tenía encima una buena dosis de miedo-. No he visto más que una vez a ese hombre tremendo y me ha bastado. No era un hombre, sino un verdadero tigre, y os digo que tuvo el corazón de arrojarse contra cincuenta hombres sin que una bala pudiese alcanzarlo.

-Me das miedo, Bob -dijo otro soldado.

-¿Y quién no tendría miedo? -prosiguió el que se llamaba Bob-. Yo creo que ni siquiera lord Guillonk se sentiría con ánimo para enfrentarse con ese hijo del infierno.

-De cualquier modo, nosotros intentaremos prenderlo; es imposible que ahora se nos escape. El jardín está todo rodeado y, si quiere escalar la cerca, dejará allí los huesos. Apostaría dos meses de mi paga contra dos *penny*[44] a que lo capturaremos.

-Los espíritus no se prenden.

-Tú estás loco, Bob, para creerlo un ser infernal. ¿Acaso los marineros del crucero que derrotaron a los dos praos en la desembocadura del río no le metieron una bala en el pecho? Lord Guillonk, que tuvo la desventura de curar su herida, ha asegurado que el Tigre es un hombre como nosotros y que de su cuerpo sale sangre igual que del nuestro. ¿Y tú admites que los espíritus tengan sangre?

---

[44] Penique. (En inglés en el original.)

-No.

-Pues entonces ese pirata no es más que un bribón, muy audaz, muy valiente, pero siempre un bellaco digno de la horca.

-Canalla -murmuró Sandokán-. ¡Si no me encontrara aquí dentro, te enseñaría quién soy yo!

-Vamos -prosiguió la voz de antes- ..Sigamos buscándolo o perderemos las mil libras que lord James Guillonk nos ha prometido.

-Aquí no está. Vamos a buscarlo a otra parte.

-Despacio, Bob. Allí veo una estufa monumental, capaz de servir de refugio a varias personas. Prepara la carabina y vamos a ver.

-¿Quieres burlarte de nosotros, camarada? -dijo un soldado-. ¿Quién crees que va a esconderse ahí dentro? Ahí no cabrían ni los pigmeos del rey de Abisinia.

-Vamos a inspeccionarla, os digo.

Sandokán y Yáñez se retiraron cuanto pudieron al extremo opuesto de la estufa y se

tendieron entre las cenizas y el hollín, para escapar mejor a las miradas de aquellos curiosos.

Un instante después se abría la portezuela y un rayo de luz se proyectaba en el interior, insuficiente sin embargo para iluminar toda la estufa.

Un soldado introdujo la cabeza, pero enseguida la retiró estornudando sonoramente. Un puñado de hollín, que le había lanzado Sandokán a la cara, le había puesto más negro que un deshollinador y casi le había cegado.

-¡Al diablo el que tuvo la idea de hacerme meter las narices dentro de este depósito de tizne! -exclamó el inglés.

-Era una idea ridícula -exclamó otro soldado-. Aquí estamos perdiendo un tiempo precioso sin resultado. El Tigre de Malasia debe de encontrarse en el jardín y quizá a estas horas a punto de saltar la cerca.

-Salgamos deprisa -dijeron todos-. No será aquí donde ganemos las mil libras esterlinas

prometidas por el lord.

Los soldados se batieron precipitadamente en retirada, cerrando con estrépito la puerta del invernadero. Durante algunos instantes se oyeron sus pasos y sus voces, y después nada más.

El portugués respiró largamente.

-¡Cuerpo de cien mil espingardas! -exclamó-. Me parece haber vivido cien años en pocos segundos. Ya no daba una piastra por nuestra piel. Por poco que el soldado se hubiera alargado, nos hubiera descubierto a los dos. Se podría encender un cirio a la Virgen del Pilar.

-No niego que el momento haya sido terrible -respondió Sandokán-. Cuando he entrevisto a pocos palmos de mí aquella cabeza, lo he visto todo rojo delante de mis ojos y no sé quién me habrá impedido hacer fuego.

-¡Hubiera sido una fea situación!

-Pero ahora ya no tenemos nada que temer. Continuarán su búsqueda en el jardín, y luego acabarán por persuadirse de que ya no

estamos aquí.

-¿Y cuándo nos iremos?... Desde luego no tendrás la idea de quedarte aquí una semana. Piensa que los praos pueden haber llegado ya a la desembocadura del río.

-No tengo ninguna intención de quedarme aquí encerrado, tanto más cuanto que no abundan los víveres. Esperemos a que ceda un poco la vigilancia de los ingleses y ya verás cómo levantamos el vuelo. Yo también tengo un gran deseo de saber si nuestros hombres han llegado, porque sin su ayuda nos será imposible raptar a mi Marianna.

-Sandokán mío, vamos a ver si hay algo que poner bajo los dientes o con que remojar el gaznate. -Salgamos, Yáñez.

El portugués, que se sentía ahogar dentro de aquella estufa hollinienta, echó la carabina por delante y luego se arrastró hasta la portezuela, saltando ágilmente sobre un tiesto que estaba cerca, para -no dejar en el suelo las huellas del hollín.

Sandokán imitó aquella prudente maniobra

y, saltando de tiesto en tiesto, llegaron a la puerta del invernadero. -¿No se ve a nadie? -preguntó. -Todo está oscuro en el exterior. -Entonces vamos a saquear los plátanos. Se dirigieron hasta los boscajes que crecían a lo largo del sendero y, después de haber encontrado algunos plátanos *y pombos,* hicieron una buena provisión con que calmar los estirones del estómago y los ardores de la sed. Iban a volver al invernadero, cuando Sandokán se detuvo, diciendo:

-Espérame aquí, Yáñez. Quiero ir a ver dónde están los soldados.

-Vas a cometer una imprudencia -respondió el portugués-. Déjalos que busquen donde quieran. ¿Qué nos importa ahora eso?

-Tengo un plan en la cabeza.

-Al diablo tu plan. Por esta noche no se puede hacer nada.

-¿Quién sabe? -respondió Sandokán-. Quizá podamos marcharnos sin esperar a mañana. Además, mi ausencia será breve.

Entregó a Yáñez la carabina, empuñó el

kriss y se alejó silenciosamente, manteniéndose bajo la oscura sombra de los boscajes.

Cuando llegó al último grupo de plátanos, descubrió a gran distancia algunas antorchas que se dirigían a la cerca.

-Parece que se alejan -murmuró-. Vamos a ver qué sucede en la casa de lord James. ¡Ah!... Si pudiese ver, siquiera por unos instantes, a mi muchacha... Me iría de aquí más tranquilo.

Ahogó un suspiro y se dirigió hacia el sendero, procurando mantenerse al abrigo de los troncos de los árboles y de los arbustos.

Cuando llegó al alcance de la casa, se detuvo bajo unos mangos y miró. Su corazón se sobresaltó al ver la ventana de Marianna iluminada.

-¡Ah! ¡Si pudiese raptarla! -murmuró, mirando la luz que brillaba a través de las rejas.

Dio aún tres o cuatro pasos, manteniéndose inclinado hacia el suelo para que no lo descubriera ningún soldado que pudiera hallarse emboscado por aquellos alrededores,

y después se detuvo nuevamente.

Había descubierto una sombra que pasaba delante de la luz y le pareció que era la de la mujer amada.

Estaba a punto de lanzarse hacia adelante, cuando al bajar los ojos vio una forma humana quieta delante de la puerta de la casa.

Era un centinela, que estaba apoyado en su carabina.

«¿Me habrá descubierto?», se preguntó.

Su vacilación duró un solo instante. Había vuelto a ver la sombra de la muchacha, que pasaba de nuevo por detrás de las rejas.

Sin cuidarse del peligro se lanzó hacia adelante.

Apenas había dado diez pasos, cuando vio que el centinela empuñaba rápidamente la carabina.

-¿Quién vive? -gritó.

Sandokán se detuvo.

El fantasma de los casacas rojas

Ahora la partida estaba perdida y amenazaba con volverse seriamente peligrosa para el pirata y para su compañero.

No era de suponer que el centinela, dada la oscuridad y la distancia, hubiera podido descubrir con claridad al pirata, que se había escondido rápidamente detrás de un arbusto; pero podía abandonar su puesto e ir a buscarlo o llamar a otros compañeros.

Sandokán comprendió enseguida que iba a exponerse a un gran peligro, y así, en vez de avanzar, permaneció inmóvil detrás de aquel abrigo.

El centinela repitió la intimación; al no recibir respuesta alguna, dio unos pasos adelante, doblando a derecha e izquierda para intentar descubrir lo que se escondía detrás del arbusto; luego, pensando quizá que se había equivocado, regresó hacia la casa, y volvió a su puesto de centinela en la entrada.

Sandokán, a pesar de que sentía sobre sí el fortísimo deseo de realizar su temeraria empresa, comenzó a retroceder lentamente con mil precauciones, pasando de un tronco a otro y arrastrándose detrás de los arbustos, sin apartar los ojos del soldado, el cual tenía siempre el fusil en la mano, dispuesto a disparar. Cuando llegó en medio de los parterres, apretó el paso y corriendo llegó al invernadero, donde lo esperaba el portugués, presa de mil ansiedades.

-¿Qué has visto? -le preguntó Yáñez-. Ya estaba temiendo por ti.

-Nada bueno para nosotros -respondió Sandokán con sorda cólera-. La casa está custodiada por centinelas y numerosos soldados recorren el jardín en todas las direcciones. Esta noche no podremos intentar absolutamente nada.

-Aprovecharemos para descabezar un sueñecillo. Seguramente aquí ya no volverán a molestarnos.

-¿Quién puede asegurarlo?

-¿Quieres hacer que me entre fiebre, Sandokán?

-Cualquier otra patrulla puede pasar por estas cercanías y hacer una nueva exploración.

-Me parece que esto marcha mal para nosotros, hermanito mío. ¡Si tu muchacha pudiera sacarnos de esta fea situación!...

-¡Pobre Marianna! ¡Quién sabe cómo la vigilarán! ¡Y quién sabe cuánto sufrirá sin tener noticias nuestras! Daría cien gotas de mi sangre por poder decirle que estamos vivos todavía.

-Se encuentra en condiciones mucho mejores que nosotros, hermanito mío. No pienses más en ella por ahora. ¿Quieres que aprovechemos estos momentos de tregua para dormir unas horas? Un poco de descanso nos vendrá bien.

-Sí, pero con un ojo abierto.

-Me gustaría dormir con los dos ojos abiertos. Vamos a tumbarnos detrás de esos tiestos e intentaremos dormir.

El portugués y su compañero, a pesar de que no se sentían completamente tranquilos, se acomodaron lo mejor posible en medio de las rosas de China, intentando saborear un poco de descanso.

Pero a pesar de toda su buena voluntad, no fueron capaces de pegar ojo. El temor de ver aparecer otra vez a los soldados de lord James los tenía constantemente despiertos. Incluso varias veces, para calmar su creciente ansiedad, se levantaron y salieron del invernadero para ver si sus enemigos se acercaban.

Cuando despuntó el alba, los ingleses volvieron a revisar el jardín con mayor encarnizamiento, rebuscando entre los boscajes de bambú y de plátanos, los arbustos y los parterres. Parecía que estaban seguros de descubrir, antes o después, a los dos audaces piratas que habían cometido la imprudencia de saltar la cerca del jardín. Yáñez y Sandokán, viéndolos lejos, aprovecharon para saquear una especie de naranjo, que producía

frutas tan grandes como la cabeza de un niño y muy jugosas, conocidas por los malayos con el nombre de *buá kadangsa, y* luego volvieron a esconderse en la estufa, después de haber tenido la precaución de borrar cuidadosamente las huellas de hollín que habían dejado

A pesar de que el invernadero ya había sido inspeccionado, los ingleses podían volver para asegurarse mejor, a la luz del día, de que no se escondían allí los dos audaces piratas.

Sandokán y Yáñez, después de haber devorado su escaso refrigerio, encendieron los cigarrillos y se acomodaron entre las cenizas y el hollín, esperando que volviera a caer la noche para intentar la fuga.

Llevaban allí ya varias horas, cuando a Yáñez le pareció oír pasos fuera. Ambos se levantaron empuñando el *kriss.*

-¿Vuelven? -preguntó el portugués.

-¿No te habrás equivocado? -dijo Sandokán. -No, alguien ha pasado por el sendero.

-Si fuera cierto que se tratase de un solo hombre, saldría para hacerlo prisionero.

-Estás loco, Sandokán.

-Por él podríamos saber dónde se encuentran los soldados y por qué parte se puede pasar.

¡Humm!... Estoy seguro de que nos engañaría. -No se atrevería con nosotros, Yáñez. ¿Quieres que vayamos a ver?

-No te fíes, Sandokán.

-Sin embargo, hay que intentar algo, amigo mío. -Déjame que salga yo.

-¿Y me voy a quedar yo aquí sin hacer nada? -Si me hace falta ayuda, te llamaré. -¿Ya no oyes nada?

-No.

-De todos modos, ve, Yáñez. Yo estaré preparado para lanzarme fuera.

Yáñez se quedó escuchando primero unos instantes, luego atravesó el invernadero y salió fuera, mirando atentamente bajo los plátanos.

Se escondió en medio de un arbusto y vio

algunos soldados que todavía estaban batiendo, aunque a disgusto, los parterres del jardín.

Los otros debían de haberse adelantado fuera de la cerca, habiendo perdido la esperanza de encontrar a los dos piratas en los alrededores de la casa.

-Esperemos -dijo Yáñez-. Si no nos encuentran en todo el día se persuadirán quizá de que hemos conseguido largarnos a pesar de su vigilancia. Si todo va bien, esta noche podremos abandonar nuestro escondite y lanzarnos a la selva.

Iba a volver, cuando al girar su mirada hacia la casa vio un soldado que avanzaba por el sendero que conducía al invernadero.

-¿Me habrá descubierto? -se preguntó ansiosamente.

Se lanzó en medio de los plátanos y, manteniéndose escondido detrás de aquellas gigantescas hojas, se reunió rápidamente con Sandokán. Éste, al verlo con el rostro alterado, comprendió enseguida que algo grave

debía de haberle sucedido.

-¿Te han seguido acaso? -le preguntó.

-Temo que me hayan visto -respondió Yáñez-.

Un soldado se dirige hacia nuestro refugio. -¿Uno solo?

-Pues claro.

-Ése es el hombre que me hace falta. -¿Qué quieres decir?

-¿Están lejos los otros?

-Están cerca de la empalizada.

-Entonces lo prenderemos.

-¿A quién? -preguntó Yáñez con espanto.

-Al soldado que se dirige hacia aquí.

-Pero tú quieres que nos perdamos, Sandokán. -Ese hombre me es necesario. Vamos, sígueme. Yáñez quería protestar, pero Sandokán ya se hallaba fuera del invernadero. Así que de buena o mala ganase vio obligado a seguirlo, para impedirle al menos cometer alguna gran imprudencia.

El soldado que Yáñez había descubierto no se encontraba a más de doscientos pasos.

Era un jovencito delgado, pálido, con los cabellos rojos e imberbe todavía, probablemente un soldado novato. Avanzaba descuidadamente, silbando entre dientes y llevando el fusil en bandolera. Desde luego ni siquiera se había percatado de la presencia de Yáñez, porque en caso contrario habría empuñado el arma y no avanzaría sin tomar alguna precaución o llamar en su ayuda a algún camarada.

-Será fácil capturarlo -dijo Sandokán, inclinándose hacia Yáñez, que se había reunido con él-. Mantengámonos escondidos en medio de estos plátanos y apenas haya pasado ese jovencito caeremos sobre él por la espalda. Prepara un pañuelo para amordazarlo.

-Estoy preparado -respondió Yáñez-, pero te digo que vas a cometer una imprudencia. -Ese hombre no podrá oponer mucha resistencia.

-¿Y si grita?

-No le dará tiempo. ¡Ahí está!

El soldado había sobrepasado ya el mato-

rral sin haberse dado cuenta de nada. Yáñez y Sandokán, de común acuerdo, cayeron sobre él por la espalda. Mientras el Tigre lo aferraba por el cuello, el portugués le ponía la mordaza en la boca. A pesar de que el ataque fue fulminante, el jovencito tuvo tiempo de dar un grito agudo.

-Rápido, Yáñez -dijo Sandokán.

El portugués tomó en sus brazos al inglés y lo transportó rápidamente a la estufa.

Sandokán lo alcanzó a los pocos momentos. Estaba bastante inquieto porque no había tenido tiempo de recoger la carabina del prisionero, al ver dos soldados que se lanzaban hacia el sendero.

-Estamos en peligro, Yáñez -dijo, entrando rápidamente en la estufa.

-¿Se han dado cuenta de que hemos raptado al soldado? -preguntó Yáñez palideciendo.

-Deben de haber oído el grito.

-Entonces estamos perdidos.

-Todavía no. Pero, si ven en el suelo la ca-

rabina de su camarada, seguro que vendrán aquí a buscar.

-No perdamos tiempo, hermanito mío. Salgamos de aquí y corramos hacia la cerca.

-Nos fusilarán antes de haber andado cincuenta pasos. Quedémonos en la estufa y esperemos con calma los acontecimientos. Por otra parte, estamos armados y dispuestos a todo.

-Me parece que vienen. -No te asustes, Yáñez.

El portugués no se había equivocado. Algunos soldados habían llegado ya cerca del invernadero y comentaban la misteriosa desaparición de su camarada.

-Si ha dejado aquí el arma, quiere decir que alguien lo ha sorprendido y se lo ha llevado -decía un soldado.

-Me parece imposible que los piratas se encuentren todavía aquí y que hayan tenido tanta audacia como para intentar un golpe semejante -decía otro-. ¿Habrá querido Barry burlarse de nosotros?

-No me parece que sea éste momento propicio para bromas.

-Sin embargo, yo no estoy convencido de que le haya ocurrido una desgracia.

-Pues yo en cambio os digo que ha sido atacado por los dos piratas -replicó una voz nasal con acento escocés-. ¿Quién ha visto a esos dos hombres saltar la empalizada?

-Pues, si no, ¿dónde crees que están escondidos? Hemos recorrido todo el jardín sin encontrar ni rastro. ¿Serán realmente esos bribones dos espíritus infernales, capaces de esconderse bajo la tierra o en el tronco de los árboles?

-¡Eh!... ¡Barry!... -gritó una voz de trueno-. Déjate de bromas, bribón, o te haré azotar como un marinero.

Naturalmente nadie respondió. El jovencito tenía buenas ganas de ello, pero, amordazado como se encontraba, *y* además amenazado por los *kriss* de Sandokán y de Yáñez, no podía hacerlo. Aquel silencio confirmó a los soldados en la sospecha de que a su camara-

da le había ocurrido una desgracia.

-Bueno, ¿qué hacemos? -preguntó el escocés. -Busquémoslo, amigos -dijo otro. -Ya hemos registrado toda esta espesura. -Entremos en el invernadero -dijo un tercero. Los dos piratas, al oír aquellas palabras, se sintieron invadidos por una profunda inquietud.

-¿Qué hacemos? -preguntó Yáñez.

-Antes de nada mataremos al prisionero -resolvió Sandokán.

-La sangre nos traicionaría. Además, creo que este jovencito está medio muerto del susto y no podrá hacernos daño.

-De acuerdo, perdonémosle la vida. Ponte junto a la portezuela y rompe el cráneo al primer soldado que intente entrar.

-¿Y tú?

-Preparo una hermosa sorpresa a los casacas rojas.

Yáñez tomó la carabina, la montó y se tendió entre las cenizas. Sandokán se inclinó sobre el prisionero, diciéndole:

-Ten cuidado, porque, como intentes dar un solo grito, te clavo el puñal en la garganta, y te advierto que la punta ha sido envenenada con el jugo mortal del *upa:*[45] Si quieres vivir, no hagas un solo movimiento.

Dicho esto, se levantó y empujó las paredes de la estufa en distintos lugares.

-Será una espléndida sorpresa -dijo-. Esperemos el momento oportuno para mostrarnos.

Entretanto, los soldados habían entrado en el invernadero y removían con rabia los tiestos, soltando imprecaciones contra el Tigre de Malasia y su camarada.

Como no encontraban nada, fijaron sus miradas en la gran estufa.

-¡Por mil cañones! -exclamó el escocés-.

---

[45] Veneno que se extrae del látex de diversos árboles, empleado por los indígenas de Java para envenenar sus flechas. La especie más empleada es la morácea *Antiaris toxicaria*

¿Habrán asesinado a nuestro camarada y lo habrán escondido después ahí dentro?

-Vamos a ver -dijo otro.

-Despacio, compañero --dijo un tercero-. La estufa es lo suficientemente amplia como para ocultar más de un hombre.

Sandokán se había apoyado entonces contra las paredes, dispuesto a dar un empujón tremendo.

-Yáñez -dijo-, prepárate a seguirme.

Al oír abrirse la portezuela, Sandokán se retiró unos pasos y luego se lanzó. Se oyó un sordo fragor, y a continuación las paredes, desfondadas por aquella poderosa sacudida, cedieron.

-¡El Tigre! -gritaron los soldados, arrojándose a derecha e izquierda.

En medio del derrumbamiento de los ladrillos había aparecido de improviso Sandokán, con la carabina en la mano *y* el *kriss* entre los dientes.

Disparó contra el primer soldado que vio delante y luego se lanzó con ímpetu irresisti-

ble sobre los demás, derribando a otros dos, y después atravesó el invernadero, seguido de Yáñez.

20
A través de la selva

El espanto experimentado por los soldados al ver aparecer ante sí al formidable pirata había sido tal, que en ese momento ninguno había pensado en hacer uso de sus armas. Cuando, repuestos de la sorpresa, quisieron emprender la ofensiva, ya era demasiado tarde.

Los dos piratas, sin cuidarse de los toques de trompeta que salían de la quinta y de los tiros de fusil de los soldados desplegados por el jardín, tiros disparados al azar, pues aquellos hombres aún no sabían qué había sucedido, se encontraban ya en medio de los parterres y arbustos.

En dos minutos, corriendo furiosamente,

llegaron en medio de los grandes árboles. Resoplaron y miraron a su alrededor.

Los soldados que habían intentado bloquearlos en la estufa se habían lanzado fuera del invernadero, desgañitándose a voz en cuello y haciendo fuego entre los árboles.

Los de la quinta, comprendiendo finalmente que se trataba de algo grave y sospechando quizá que sus compañeros habían descubierto al formidable Tigre de Malasia, corrían a través del jardín para alcanzar las empalizadas.

-Demasiado tarde, queridos míos -dijo Yáñez-. Llegaremos nosotros antes.

-Vamos a escape -dijo Sandokán-. No nos dejaremos cortar el camino.

-Mis piernas están listas.

Volvieron a correr con el mismo vigor, manteniéndose ocultos en medio de los árboles y, una vez llegados a la cerca, la atravesaron de dos saltos, dejándose caer del otro lado.

-¿No hay nadie? -preguntó Sandokán. -No

se ve un alma.

-Lancémonos al bosque. Les haremos perder nuestra pista.

La selva no estaba más que a dos pasos. Ambos se metieron en el interior, corriendo hasta perder el resuello. Pero, a medida que iban alejándose, la marcha se hacía dificilísima.

Por todas partes surgían espesos matorrales, apretados, encajados entre árboles enormes que proyectaban sus gruesos y nudosos troncos a alturas extraordinarias, y por todas partes se entretejían, enroscándose como boas monstruosas, miríadas de raíces.

Descendían desde lo alto, para después volver a subir, enredándose en los troncos y en las ramas de los grandes vegetales, los *calamus, los rotang, los gambir*[46]' formando verdaderas redes que se resistían tenazmente

---

[46] . *Uncaria gambir*, o bejuco de Malasia, planta rubiácea de donde se extrae un material curtiente llamado también gambir

a todos los esfuerzos, desafiando incluso a las hojas de los cuchillos, mientras que más abajo el *Piper ni - grumz* de valiosa semilla formaba tales montones que hacía inútil cualquier intento para pasar.

A derecha, a izquierda, delante y detrás, se proyectaban hacia arriba los *durion* de troncos derechos, lustrosos, cargados de fruta ya casi madura, proyectiles excesivamente peligrosos, pues estaban revestidos de púas durísimas como si fueran de hierro, o grupos inmensos de plátanos de hojas desmesuradas, *o de betel, o* de *arengas saccharíferas*[47] con sus elegantes penachos, o de naranjos cuya fruta era tan grande como la cabeza de un niño.

Los dos piratas, perdidos en medio de aquella frondosa selva, que verdaderamente

---

[47] Una de las 1.400 especies propias de las regiones cálidas, caracterizadas por ser plantas arbustivas de grandes dimensiones, hojas alternas y flores hermafroditas o unisexuadas, agrupadas corrientemente en espigas

podía llamarse virgen, se encontraron bien pronto en la imposibilidad de avanzar. Hubiera sido necesario el cañón para desfondar aquella muralla de troncos de árbol, de raíces *y* de *calamus.*

-¿Dónde vamos, Sandokán? -preguntó Yáñez-. Yo ya no sé por qué zona pasar.

-Imitaremos a los monos -dijo el Tigre de Malasia-. Es una maniobra que a nosotros ya nos resulta familiar.

-Y también muy apreciable en estos momentos.

-Sí, porque haremos que los ingleses que nos siguen pierdan nuestro rastro.

-¿Sabremos después orientarnos?

jamás -Tú sabes que nosotros, los borneses, no perdemos la buena dirección, aunque nos falte la brújula. Nuestro instinto de hombres de los bosques es infalible. -¿Habrán entrado ya en la selva los ingleses?

-¡Humm! Lo dudo, Yáñez -respondió Sandokán-. Si nos cansamos nosotros, que ya estamos habituados a vivir en medio de los

bosques, ellos no habrán podido dar diez pasos. A pesar de todo, intentemos alejarnos rápidamente. Sé que el lord tiene grandes perros y esos condenados animales podrían echársenos encima.

-Tenemos puñales para destriparlos, Sandokán.

-Son más peligrosos que los hombres. Vamos, Yáñez, a mover los brazos.

Agarrándose a los *rotang,* a los *calamus y* a los sarmientos del *piper, los* dos piratas se pusieron a escalar la muralla de plantas con una agilidad que hubiera dado envidia a los mismos monos.

Subían, bajaban y después tornaban a subir pasando entre las mallas de aquella inmensa red vegetal y deslizándose entre las gigantescas hojas de los espesísimos plátanos o a lo largo de los colosales troncos de los árboles.

Ante su inesperada aparición, huían alborotadamente las espléndidas palomas coronadas o aquellas otras llamadas *morobo; los*

tucanes, de enorme pico *y* de cuerpo centelleante con sus plumas rojas y azules; escapaban emitiendo notas estridentes, semejantes al chirriar de un carro mal engrasado; se levantaban, como relámpagos, los *argos'* de largas colas manchadas, y desaparecían las bellas *alude* de plumas color turquesa, dejando oír sus prolongados silbidos. También los monos de larga nariz, sorprendidos por aquella aparición, se lanzaban precipitadamente hacia los árboles cercanos, dando gritos de espanto, y corrían a esconderse en los huecos de los troncos.

Yáñez y Sandokán, sin inquietarse por nada, proseguían sus intrépidas maniobras, pasando de planta en planta sin poner jamás el pie en falso. Se lanzaban entre *los calamus* con seguridad extraordinaria, quedando suspendidos, y luego de un nuevo salto pasaban a los *rotang,* para volver después a agarrarse a las ramas de este o aquel árbol.

Recorrieron quinientos o seiscientos metros, no sin haber estado varias veces en pe-

ligro de caer de cabeza desde una altura que daba vértigo, y se detuvieron entre las ramas de un *buá mamplam,* planta que produce unas frutas bastante desagradables para los paladares europeos, pues están impregnadas de un fuerte olor a resina, pero que son muy nutritivas e incluso muy apreciadas por los indígenas.

-Podemos descansar unas horas –dijo Sandokán-. Es seguro que nadie vendrá a molestarnos en medio de esta selva. Es como si nos encontrásemos en una ciudadela bien fortificada.

-¿Sabes, hermanito mío, que hemos tenido mucha suerte de poder huir de esos bribones? Encontrarse en una estufa con ocho o diez soldados alrededor y salvar aún la piel, es una cosa verdaderamente milagrosa. Deben de tener un gran miedo de ti.

-Parece que así es -repuso Sandokán, sonriendo.

-¿Habrá sabido tu muchacha que has conseguido escapar?

-Supongo que sí -respondió Sandokán con un suspiro.

-De todos modos, me temo que esta empresa nuestra decidirá al lord a buscar un asilo seguro en Victoria.

-¿Tú crees? -preguntó Sandokán, ensombreciéndosele el semblante.

-Ya no se encontrará seguro, ahora que sabe que nosotros estamos tan cerca de la quinta.

-Es verdad, Yáñez. Tenemos que ponernos a buscar a nuestros hombres.

-¿Habrán desembarcado?

-Los encontraremos en la desembocadura del río.

-Si no les ha ocurrido alguna desgracia.

-No me metas el miedo en el cuerpo; además, pronto lo sabremos.

-¿Y caeremos enseguida sobre la quinta? -Veremos lo que nos conviene hacer. -¿Quieres un consejo, Sandokán? -Habla, Yáñez.

-En vez de intentar expugnar la quinta, esperemos que salga el lord. Ya verás cómo no se queda mucho tiempo en estos lugares.

-¿Y quieres atacar al grupo en el camino?

-En medio de los bosques. Un asalto a la quinta puede ir para largo y costar enormes sacrificios. -Es un buen consejo.

-Una vez destruida la escolta o puesta en fuga, raptaremos a la muchacha y volveremos enseguida a Mompracem.

-¿Y el lord?

-Lo dejaremos donde quiera. ¿Qué nos importa

él? Que se vaya a Sarawak o a Inglaterra, poco cuenta. -No irá ni a un sitio ni a otro, Yáñez. -¿Qué quieres decir?

-Que no nos dará un momento de tregua y que lanzará contra nosotros todas las fuerzas de Labuán. -¿Y te asustas de eso?

-¿Yo?... ¿Acaso el Tigre de Malasia tiene miedo de ellos?... Vendrán muchos y poderosamente armados, decididos a expugnar mi isla, pero encontrarán pan para sus dientes.

En Borneo hay legiones de salvajes dispuestos a acudir con presteza bajo mis banderas. Bastaría que yo mandase emisarios a las Romades y a las costas de la gran isla para ver llegar decenas de praos.

-Lo sé, Sandokán.

-Como ves, Yáñez, podría, si quisiera, desencadenar la guerra incluso en las orillas de Borneo y lanzar hordas de feroces salvajes sobre esta aborrecida isla. -Sin embargo, no lo harás, Sandokán. -¿Por qué?

-Cuando hayas raptado a Marianna Guillonk, no te preocuparás más de Mompracem ni de tus cachorros. ¿No es verdad, hermanito?

Sandokán no respondió. Sin embargo, de sus labios salió un suspiro tan fuerte que parecía un lejano rugido.

-La muchacha está llena de energía, es una de esas mujeres que no se haría de rogar para combatir intrépidamente al lado del hombre amado, pero miss Mary no llegará jamás a ser la reina de Mompracem.

-¿Es así, Sandokán?

También esta vez el pirata permaneció silencioso. Se cogió la cabeza entre las manos, y sus ojos, animados por una sombría llama, miraban al vacío, quizá muy lejos, intentando leer el futuro.

-Tristes días se preparan para Mompracem -continuó Yáñez-. Dentro de pocos meses, o quizá menos aún, dentro de unas semanas, la formidable isla habrá perdido todo su prestigio e incluso a sus terribles tigres. En fin, tenía que suceder así. Tenemos tesoros inmensos y nos iremos a disfrutar de una vida tranquila en alguna opulenta ciudad de Extremo Oriente.

-Calla -dijo Sandokán con voz sorda-. Calla, Yáñez. Tú no puedes saber cuál será el destino de los tigres de Mompracem.

-Se puede adivinar.

-Quizá te equivoques.

-¿Entonces qué ideas tienes?

-No te lo puedo decir todavía. Esperemos los acontecimientos. ¿Quieres que sigamos?

-Es todavía un poco pronto.

-Estoy impaciente por volver a ver los praos.

-Los ingleses pueden estar esperándonos a la orilla de la selva.

-Ya no los temo.

-Ten cuidado, Sandokán. Estás a punto de meterte en un feo berenjenal. Una bala de carabina bien dirigida puede mandarte al otro mundo.

-Seré prudente. Mira, me parece que allí empieza a aclararse un poco la selva. Vamos, Yáñez. La fiebre me devora.

-Como quieras.

El portugués, a pesar de que temía una sorpresa por parte de los ingleses, que podían haber avanzado por el bosque arrastrándose como serpientes, estaba al mismo tiempo impaciente por saber si los praos habían escapado a la tremenda borrasca que había batido las costas de la isla.

Apagaron la sed con el jugo de algunos *buá mamplam,* se agarraron a los *rotang y* a

los *calamus* que aprisionaban el árbol y se dejaron caer al suelo. Sin embargo no era fácil salir de la selva. Al otro lado de un pequeño espacio poco cubierto, los árboles volvían a ser más frondosos que antes.

Incluso Sandokán se encontraba un poco desorientado y no sabía qué dirección tomar para llegar, aproximadamente, a las cercanías del río.

-Estamos en un bonito enredo, Sandokán -dijo Yáñez, que no conseguía ni siquiera ver el sol para orientarse-. ¿Hacia qué dirección tiramos?

-Te confieso que no sé si torcer a derecha o izquierda -respondió Sandokán-. De todos modos, me parece ver allí un pequeño sendero. Las hierbas han vuelto a cubrirlo otra vez, pero espero que nos conduzca fuera de este laberinto y...

-Un ladrido, ¿verdad?

-Sí -respondió el pirata, cuya frente se había oscurecido.

-Los perros han descubierto nuestras hue-

llas. -Están buscando al azar. Escucha.

En la lejanía, en medio de la espesa selva, se oyó un segundo ladrido. Algún perro había entrado en la inmensa selva virgen e intentaba alcanzar a los fugitivos. -¿Vendrá solo o seguido de hombres? -se preguntó Yáñez.

-Quizá de algún negro. Un soldado no habría podido arriesgarse en este inmenso caos de vegetación.

-¿Qué vas a hacer?

-Esperar a pie firme al animal y matarlo.

-¿De un tiro?

-El disparo nos traicionaría, Yáñez. Empuña tu *kriss y* esperemos. En caso de peligro, treparemos a este *pombo.*

Se escondieron los dos detrás del grueso tronco del árbol, que estaba rodeado de raíces y de *rotang* formando una verdadera red, y esperaron la aparición del adversario de cuatro patas.

El animal ganaba terreno rápidamente. Se oían a no mucha distancia el crujido de las ramas y de las hojas y el resonar de sordos

ladridos.

Debía de haber descubierto las huellas de los dos piratas y se apresuraba para impedirles que se alejaran. Quizá detrás de él, a distancia, había algunos indígenas.

-Ahí está -dijo de pronto Yáñez.

Un perrazo negro, de pelo hirsuto, las mandíbulas poderosamente armadas de agudos dientes, apareció en medio de unos arbustos. Debía de pertenecer a esa raza feroz utilizada por los plantadores de las Antillas y de América meridional para cazar a los esclavos.

Al ver a los dos piratas se detuvo un momento y los miro con ojos ardientes; luego, abalanzándose por encima de las raíces con un salto de leopardo, se arrojó con ferocidad sobre ellos, lanzando un gruñido pavoroso.

Sandokán se había arrodillado rápidamente, manteniendo el *kriss* horizontal, mientras Yáñez aferraba la carabina por el cañón, queriendo utilizarla como una maza.

El perrazo, de un último salto, cayó encima

de Sandokán, que era el más cercano, intentando clavarle los colmillos en la garganta. Pero, si aquella bestia era feroz, no lo era menos el Tigre de Malasia.

Su derecha, rápida como el relámpago, se interpuso y la hoja desapareció casi entera entre las fauces del animal. Al mismo tiempo, Yáñez le asestaba en el cráneo un culatazo tan fuerte, que lo destrozó de golpe.

-Me parece que ya tiene bastante -dijo Sandokán, levantándose y empujando con el pie al perrazo ya agonizante-. Si los ingleses no tienen más aliados que echarnos a los talones, perderán inútilmente el tiempo.

-Ten cuidado, no vayan a venir los hombres detrás del perro.

-A estas horas ya habrían hecho fuego sobre nosotros. Vamos, Yáñez. Corramos al sendero.

Los dos piratas, sin preocuparse de nada más, se ocultaron entre los árboles, intentando seguir el viejo sendero.

Las plantas, las raíces *y* sobre todo los

rotang y los *calamus* lo habían invadido; no obstante, había quedado una señal bastante visible y se podía seguir sin gran esfuerzo.

Sin embargo, a cada instante los dos hombres daban con la cabeza contra ciertas telas de araña, tan desmesuradas y tenaces que podían aprisionar sin romperse volátiles pequeños, o bien tropezaban contra las raíces serpenteantes entre las hierbas, dando de vez en cuando tumbos desagradables.

Numerosos lagartos voladores, espantados por la aparición de los dos piratas, huían desordenadamente en todas las direcciones, y algún reptil, perturbado en su sueño, se alejaba precipitadamente, haciendo oír un silbido amenazador.

Pero bien pronto también el sendero desapareció, y Yáñez y Sandokán se vieron obligados a recomenzar sus maniobras aéreas entre los *rotang,* los *gambir y* los *calamus,* poniendo en fuga o irritando a los *bigit,* monos de negrísima pelambre que abundaban en Borneo y en las islas vecinas y que están

dotados de una agilidad increíble.

Olores nauseabundos se levantaban de aquellas aguas negras, emanaciones producidas por la corrupción de las hojas y de la fruta acumuladas en el lecho del riachuelo. Había peligro de incubar una fuerte fiebre.

Los dos piratas habían recorrido un cuarto de kilómetro, cuando Yáñez se detuvo bruscamente, agarrándose a una gruesa rama que se extendía de un lado al otro del torrente.

-¿Qué pasa, Yáñez? -preguntó Sandokán, quitándose el fusil de la espalda.

-¡Escucha!

El pirata se inclinó hacia adelante escuchando, y tras unos momentos dijo:

-Alguien se acerca.

En el mismo instante, un poderoso mugido, que se hubiera dicho había sido lanzado por un toro espantado o irritado, resonó bajo las arcadas de vegetación, haciendo callar de golpe los gorjeos de los pájaros y la risa estridente de los pequeños monos.

-En guardia, Yáñez -dijo Sandokán-. Tenemos un *matas* ante nosotros.

-Hay también otro enemigo, quizá más temible que el primero.

-¿Qué quieres decir?

-Mira allí, sobre aquella gruesa rama que atraviesa el riachuelo.

Sandokán se alzó sobre la punta de los pies y lanzó una rápida mirada ante sí.

-¡Ah! -murmuró, sin manifestar la más mínima aprensión-. ¡Un *mafias* por una parte y un *harimanbintang*[48] por otra! Veremos si son capaces de cerrarnos el paso. Prepara tu fusil y dispongámonos a todo.

21
El ataque de la pantera

---

[48] Como el propio Salgari explica a continuación, se trata de un orangután y una pantera.

Dos formidables enemigos estaban frente a los dos piratas, a cuál más peligroso, pero parecía que por el momento no tenían ninguna intención de ocuparse de los dos hombres, porque en vez de descender a lo largo del torrente, se movían rápidamente el uno contra el otro, como si quisieran medir sus fuerzas.

El animal que Sandokán había llamado *harimanbintang* era una espléndida pantera de Sonda; el otro, en cambio, era uno de esos grandes simios, llamados *mafias u orang utang* (en malayo, «hombre salvaje»), que son aún tan numerosos en Borneo y en las islas vecinas, y muy temidos por su fuerza prodigiosa y por su ferocidad.

La pantera, quizá hambrienta, al ver al hombre de los bosques pasar por la ribera opuesta, se había lanzado prontamente sobre una gruesa rama que se curvaba casi horizontalmente sobre la corriente, formando una especie de puente. Como ya se dijo, era una

fiera tan bellísima como peligrosa.

Tenía la talla y en cierto modo también el aspecto de un tigre pequeño, pero con la cabeza más redonda y poco desarrollada, patas cortas y robustas y el pelaje amarillo oscuro a manchas y con rosetas más oscuras. Debía de medir por lo menos metro y medio de longitud, así que debía de ser una de las más grandes de la familia.

Su adversario era un feo y enorme simio, de cerca de un metro cuarenta de estatura, pero con los brazos tan largos, que alcanzaban en conjunto la longitud de dos metros y medio.

Su cara, bastante larga y arrugada, tenía un aspecto ferocísimo, especialmente con aquellos ojillos hundidos y en continuo movimiento, y el pelaje rojizo que la encuadraba.

El pecho de aquel cuadrumano tenía un desarrollo verdaderamente enorme y los músculos de los brazos y de las piernas formaban verdaderas nudosidades, indicio de una fuerza prodigiosa.

Estos simios, que los indígenas llaman *metas, mías* y también *mafias,* habitan en lo más espeso de los bosques, y prefieren las regiones más bien bajas y húmedas.

Construyen sus moradas muy espaciosas en las cimas de los árboles, empleando ramas muy gruesas que disponen hábilmente en forma de cruz.

Son de humor más bien triste y no les gusta la compañía. Ordinariamente evitan al hombre e incluso a los otros animales; ahora bien, si se los amenaza o irrita, se vuelven terribles y casi siempre su fuerza extraordinaria triunfa sobre sus adversarios.

El *maias,* al oír el ronco gruñido de la pantera, se había detenido de golpe. Se encontraba en la ribera opuesta del pequeño riachuelo, delante de un gigantes*co durion,* que proyectaba su espléndido quitasol de hojas a sesenta metros del suelo.

Probablemente había sido sorprendido en el momento en que iba a escalar el árbol para saquear su numerosa fruta.

Al ver a aquella peligrosa vecina, al principio se contentó con mirarla más con estupor que con ira, y luego emitió de pronto dos o tres silbidos guturales, indicio de un próximo acceso de cólera.

-Creo que vamos a presenciar una terrible lucha entre esos dos animalazos -dijo Yáñez, que se había cuidado mucho de moverse.

-No se meterán con nosotros por ahora -observó Sandokán-. Temía que quisieran atacarnos.

-También yo, hermanito mío. ¿Quieres que cambiemos de ruta?

Sandokán miró las dos orillas y vio que en aquel lugar era imposible salir y meterse en la selva.

Dos auténticas murallas de troncos, de hojas, de espinas, de raíces y de lianas, encerraban el curso del agua. Para abrirse paso, había que echar mano del *kriss* y trabajar de lo lindo.

-No podemos subir -dijo-. Al primer golpe dado con el cuchillo, *mafias y* pantera se lan-

zarían sobre nosotros de común acuerdo. Quedémonos aquí e intentemos que no nos descubran. La lucha no será larga.

-Después tendremos que enfrentarnos con el vencedor.

-Probablemente se encontrará entonces en tan malas condiciones, que no nos impedirá el paso.

-¡Preparémonos!... La pantera se impacienta.

-Y el *maias* ya no puede contener sus deseos de romper las costillas a su vecina.

-Monta el fusil, Sandokán. Nunca se sabe lo que puede suceder.

-Estoy preparado para fusilar al uno y a la otra y...

Un aullido espantoso, algo parecido al mugido de un toro furioso, le cortó la palabra.

El *orangutang* había llegado al colmo de la rabia.

Viendo que la pantera no se decidía a abandonar la rama *y* descender hacia la orilla, el *orangutang* se adelantó amenazadora-

mente, emitiendo un segundo aullido y golpeándose fuertemente el pecho, que resonaba lo mismo que un tambor.

Aquel enorme simio daba miedo. Su pelambrera rojiza se había erizado, su rostro había. adquirido una expresión de ferocidad inaudita y sus largos dientes, tan fuertes que pueden romper el cañón de un fusil como si fuera un simple palito, crujían.

La pantera, al verlo acercarse, se había encogido sobre sí misma como si se preparase a lanzarse, pero no parecía tener prisa por abandonar la rama.

El *orangutang* se agarró con un pie a una gruesa raíz que serpenteaba por el suelo, y luego, inclinándose sobre el río, tomó con ambas manos la rama sobre la que estaba su adversaria y la sacudió con fuerza hercúlea, haciéndola crujir.

La sacudida fue tan poderosa que la pantera, a pesar de haber clavado en la madera sus poderosas garras, no pudo sostenerse y cayó al río.

Fue sin embargo un relámpago. Apenas había tocado el agua, cuando se lanzó nuevamente a la rama.

Descansó un momento, y después se arrojó a la desesperada sobre el gigantesco simio, clavándole las uñas en los hombros y en los muslos.

El cuadrumano emitió un aullido de dolor. La sangre, que había brotado súbitamente, le corría entre los pelos goteando en el río.

Satisfecha del feliz resultado de aquel fulminante ataque, la fiera intentó soltarse para volver a alcanzar la rama antes de que el adversario volviera al contraataque.

Con una cabriola magistral saltó sobre sí misma, sirviéndose del largo pecho del simio como punto de apoyo, y se lanzó hacia atrás. Con dos garras se agarró a la rama hundiendo las uñas en la corteza, pero no pudo lanzarse otra vez hacia adelante como hubiera sido su intención.

El *orangutang,* a pesar de las espantosas heridas, había alargado rápidamente los bra-

zos y aferrado la cola de la adversaria. Aquellas manos, dotadas de una fuerza terrible, ya no iban a soltar aquel apéndice. Se estrecharon como una prensa, arrancando a la fiera un aullido de dolor.

-Pobre pantera -dijo Yáñez, que seguía con vivo interés las diversas fases de aquella lucha salvaje.

-Está perdida -repuso Sandokán-. Si no se le arranca la cola, cosa imposible, ya no escapará al apretón del *majas.*

El pirata no se engañaba. El *orangutang,* sintiendo entre sus manos la cola, se abalanzó hacia adelante, subiendo a la rama.

Reuniendo sus fuerzas, levantó en el aire a la fiera, empezó a voltearla como si fuera un ratón, y después la arrojó con ímpetu irresistible contra el enorme tronco del *durion.*

Se oyó un golpe seco, como de una caja ósea que se quiebra; la pobre bestia, abandonada por su enemigo, rodó inanimada por el suelo, deslizándose entre las negras aguas del riachuelo.

El cráneo, abierto del golpe, había dejado sobre el tronco del árbol una gran mancha sanguinolenta mezclada con pedazos de materia cerebral.

-¡Por Júpiter! ¡Qué golpe maestro!... -murmuró Yáñez-. No creí que ese simio pudiera desembarazarse tan pronto de la pantera.

-Vence a todos los animales de la selva, incluso a la serpiente pitón -respondió Sandokán.

-¿Hay peligro de que la emprenda también con nosotros?

-Está tan irritado, que no se andana con miramientos, si nos ve.

-Pero me parece que se encuentra en muy malas condiciones. Está manando sangre por todas partes.

-Sin embargo, los *maias* son unos animalazos capaces de sobrevivir incluso después de haber recibido varias balas en el cuerpo.

-¿Quieres que esperemos a que se marche?

-Me temo que la cosa vaya para largo. -Ya no tiene nada que hacer aquí.

-En cambio yo pienso que tenía su nido en aquel *durion.* Me parece descubrir entre el follaje una masa oscura y maderos colocados transversalmente entre las ramas.

-Entonces tendremos que volver atrás.

-Ni pensarlo. Tendríamos que dar una vuelta inmensa, Yáñez.

-Pues matemos al simio y sigamos adelante por el riachuelo.

-Era lo que quería proponerte -dijo Sandokán-. Somos expertos tiradores *y* sabemos manejar el *kriss* mejor que los malayos. Acerquémonos un poco para no errar el tiro. Hay tantas ramas por aquí, que podrían desviar fácilmente nuestras balas.

Mientras se preparaban para atacar al *orangutang,* éste se había agachado sobre la ribera del riachuelo y se echaba agua con las manos en las heridas.

La pantera le había herido terriblemente. Sus poderosas uñas habían lacerado la piel

del pobre simio tan profundamente que habían dejado al desnudo sus clavículas. También los muslos habían sido atrozmente desgarrados y la sangre manaba en abundancia, formando un verdadero charco en el suelo. Gemidos que tenían algo de humano salían de cuando en cuando de los labios del herido, seguidos de feroces aullidos. La enorme bestia no se había calmado todavía e incluso en medio de sus espasmos traicionaba su salvaje furor.

Sandokán y Yáñez se habían arrimado a la orilla opuesta, para poder ocultarse rápidamente en la selva en caso de que fallasen los tiros y el *orangutang* no cayera bajo la doble descarga.

Ya se habían detenido detrás de una gruesa rama y habían apoyado en ella sus fusiles para apuntar mejor, cuando vieron al *orangutang* ponerse de improviso de pie, golpeándose furiosamente el pecho y rechinando los dientes.

-¿Qué pasa? -preguntó Yáñez-. ¿Nos habrá

descubierto?

-No -dijo Sandokán-. No se ha irritado por nosotros.

-¿Es que intenta sorprender a algún otro animal?

-Silencio: veo ramas y hojas moverse.

-¡Por Júpiter!... ¿Serán los ingleses?

-Calla, Yáñez.

Sandokán se irguió silenciosamente sobre la rama y, escondiéndose detrás de una fronda de *rotang que* caía de lo alto, miró hacia la ribera opuesta, allí donde se encontraba el *orangutang.*

Alguien se aproximaba, moviendo con precaución las hojas. Quizá ignorante del grave peligro que le esperaba, parecía dirigirse precisamente allí donde se encontraba el colosal *durion.*

El gigantesco cuadrumano lo había oído *ya y* se había colocado detrás del tronco del árbol, dispuesto a caer sobre el nuevo adversario y hacerlo pedazos. Ya no gemía ni aullaba: sólo su ronca respiración podía traicionar

todavía su presencia.

-Entonces, ¿qué sucede? -preguntó a Sandokán.

-Alguien se acerca incautamente al *maias.*

-¿Un hombre o un animal?

-Todavía no alcanzo a divisar al imprudente.

-¿Y si fuera algún pobre indígena?

-Estamos aquí nosotros y no daríamos tiempo al cuadrumano para que lo destrozara. ¡Eh!... Me lo imaginaba. Acabo de descubrir una mano.

-¿Blanca o negra?

-Negra, Yáñez. Apunta al *orangutang.*

-Estoy a punto.

En aquel instante se vio al gigantesco simio precipitarse en medio de la espesa vegetación, dando un aullido espantoso.

Las ramas y las hojas, arrancadas de golpe por las poderosas manos de la enorme bestia, cayeron dejando ver a un hombre.

Se oyó un grito de espanto, seguido rápidamente de dos tiros de fusil. Sandokán y

Yáñez habían hecho fuego.

El cuadrumano, acertado en plena espalda, se volvió aullando y, al ver a los dos piratas, sin preocuparse más del incauto que se había aproximado, de un gran salto se abalanzó al río.

Sandokán abandonó el fusil *y* empuñó el *kriss,* resuelto a enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo. Yáñez, a su vez, encaramándose en la rama, intentaba volver a cargar precipitadamente el arma.

El *orangutang,* a pesar de haber sido herido nuevamente, se lanzó sobre Sandokán. Iba ya a alargar sus velludas zarpas, cuando se oyó un grito en la ribera opuesta.

-¡El capitán!

Después tronó un disparo.

El *orangutang* se detuvo, llevándose las manos a la cabeza. Permaneció un instante erguido, asaeteó a Sandokán con una última mirada llena de rabia feroz, y luego cayó al agua, levantando una gigantesca salpicadura.

En ese mismo instante el hombre que por

poco no había caído en las manos del simio se lanzaba al río, gritando:

-¡El capitán!... ¡El señor Yáñez!... Estoy contento de haber metido una bala en el cráneo de ese *maias.* Yáñez y Sandokán habían saltado rápidamente desde la rama.

-¡Paranoa! -exclamaron alegremente.

-En persona, capitán -respondió el malayo.

-¿Qué haces en esta selva?

-Os buscaba, capitán.

-¿Y cómo sabías tú que nos encontrábamos aquí? -Dando vueltas por las orillas de esta selva, he descubierto a los ingleses acompañados de varios perros, y he imaginado que estarían buscándoos.

-¿Y te has atrevido a meterte solo aquí dentro?

-preguntó Yáñez.

-De las fieras no tengo miedo.

-Pues por poco no te ha hecho pedazos el *orangutang.*

-Aún no me había cogido, señor Yáñez, y, como habéis visto, le he metido una bala en

su cabezota.

-¿Y han llegado todos los praos?

-Cuando salí para venir a vuestro encuentro, no había llegado ningún otro barco más que el mío.

-¿Ningún otro? -exclamó Sandokán con ansiedad.

-No, capitán.

-¿Cuándo dejaste la desembocadura del río?

-Ayer por la mañana.

-¿Les habrá ocurrido a los otros barcos alguna desgracia? -se preguntó Yáñez, mirando a Sandokán con angustia.

-Quizá la tempestad los haya transportado muy al norte -respondió el Tigre.

-Puede haber sucedido eso, capitán -dijo Paranoa-. El viento del sur soplaba tremendamente y era imposible resistirlo de ningún modo. Yo tuve la suerte de meterme en una bahía pequeña, aunque bien abrigada, situada a sesenta millas de aquí, y por eso he podido volver atrás pronto y llegar antes que los

demás a la cita. Por otra parte, como ya os dije, desembarqué ayer por la mañana, y en este intervalo pueden haber llegado también los otros barcos.

-Sin embargo estoy muy inquieto, Paranoa –dijo Sandokán-. Querría estar ya en la desembocadura del río para quitarme de encima estas inquietudes. ¿Has perdido algún hombre durante la borrasca?

-Ni uno solo, capitán.

-¿Y ha sufrido algún desperfecto el barco?

-Ha tenido muy pocos daños, y ya han sido reparados.

-¿Se encuentra escondido en la bahía?

-Lo he dejado en el mar, por temor a cualquier sorpresa.

-¿Has desembarcado solo?

-Solo, capitán.

-¿Has visto rondar algún inglés por las cercanías de la bahía?

-No, pero, como os he dicho, he visto algunos, que estaban batiendo las orillas de esta selva. -¿Cuándo?

-Esta mañana.

¿En qué dirección?

-Hacia el este.

-Venían de la quinta de lord James -dijo Sandokán, mirando a Yáñez.

Luego, volviéndose a Paranoa, le preguntó: -¿Estamos muy lejos de la bahía? -No llegaremos antes de la puesta del sol. -¡Tanto nos hemos alejado! -exclamó Yáñez-.

¡Y no son más que las dos de la tarde!... Nos queda un

buen trecho que recorrer.

-Esta selva es muy grande, señor Yáñez, y además muy difícil de atravesar. Nos faltan por lo menos cuatro horas antes de llegar a las últimas manchas de vegetación.

-Vamos -dijo Sandokán, que parecía presa de una' viva agitación.

-Tienes prisa por llegar a la bahía, ¿verdad, hermanito?

-Sí, Yáñez. Temo una desventura y acaso no me equivoque.

-¿Temes que se hayan perdido los dos

praos?

-Desgraciadamente, Yáñez. Si no los encontramos en la bahía, no los volveremos a ver.

-¡Por Júpiter! ¡Qué desastre para nosotros!

-Una verdadera ruina, Yáñez -dijo Sandokán con un suspiro-. No sé, pero se diría que la fatalidad comienza a pesar sobre nosotros, como si estuviera ansiosa de dar un golpe mortal a los cachorros de Mompracem.

-¿Y si hubiera ocurrido esa desgracia? ¿Qué haremos nosotros, Sandokán?

-¿Qué haremos? ¿Y tú me lo preguntas, Yáñez? ¿Acaso es el Tigre de Malasia hombre para espantarse o doblegarse ante el destino? Continuaremos la lucha, y opondremos hierro al hierro del enemigo, y fuego al fuego.

-Piensa que a bordo de nuestro prao no hay más que cuarenta hombres.

-Son cuarenta tigres, Yáñez. Guiados por nosotros, harán milagros y nadie podrá detenerlos.

-¿Quieres lanzarlos contra la quinta?

-Ya se verá. Pero te juro que no abandonaré esta isla sin llevarme conmigo a Marianna Guillonk, aunque estuviera seguro de tener que luchar contra toda la guarnición de Victoria. Quién sabe, quizá de la muchacha depende la salvación o la caída de Mompracem. Nuestra estrella está a punto de apagarse, porque la veo palidecer cada vez más, pero no desespero todavía y quizá volveré a verla resplandecer más viva que nunca. ¡Ah!... ¡Si la muchacha lo quisiera!... El destino de Mompracem está en sus manos, Yáñez.

-Y en las tuyas -respondió el portugués con un suspiro-. Vamos, es inútil hablar de ello por ahora. Intentemos llegar al río para cerciorarnos de si han vuelto los otros dos praos.

Sí, vamos -dijo Sandokán-. Con un refuerzo semejante me sentiría capaz de intentar incluso la conquista de toda Labuán.

Guiados por Paranoa, volvieron a remontar la orilla del riachuelo y se metieron por un

viejo sendero que el malayo había descubierto unas horas antes.

Las plantas, y especialmente las raíces, lo habían invadido, pero quedaba todavía un espacio suficiente para permitir a los piratas adentrarse sin demasiado esfuerzo.

Durante cinco horas seguidas avanzaron a través de la gran selva, haciendo de vez en cuando un breve alto para descansar, y a la caída del sol llegaron junto a las riberas del riachuelo que desembocaba en la bahía.

No viendo a ningún enemigo, descendieron hacia el oeste, atravesando una pequeña ciénaga que terminaba hacia el mar.

Cuando llegaron a las riberas de la pequeña bahía, las tinieblas habían caído ya hacía algunas horas. Paranoa y Sandokán se lanzaron hacia los últimos arrecifes y escudriñaron atentamente el oscuro horizonte.

-Mirad, capitán -dijo Paranoa, indicando al Tigre un punto luminoso, que apenas se distinguía, y que incluso podía confundirse con una estrella.

-¿Es el farol de nuestro Arao? -preguntó Sandokán.

-Sí, capitán. ¿No lo veis deslizarse hacia el sur? -¿Qué señal tienes que hacer para que el barco se aproxime?

-Encender dos fuegos en la playa -respondió Paranoa.

-Vamos hasta la punta extrema de esta pequeña península -dijo Yáñez-. Señalaremos al prao la ruta exacta.

Se metieron por medio de un verdadero caos de escollos salpicados de conchas de caracol, restos de crustáceos y montones de algas, y llegaron hasta la punta extrema de un islote boscoso.

-Si encendemos aquí los fuegos, el prao podrá entrar en la bahía sin correr peligro de encallar -dijo Yáñez.

-Pero le haremos remontar el río -replicó Sandokán-. Me conviene esconderlo de las miradas de los ingleses.

-Yo me encargo de eso -propuso Yáñez-. Nosotros lo esconderemos en la ciénaga entre

las cañas, cubriéndolo enteramente con ramas y con hojas, después de haberle quitado los palos y todas las jarcias. ¡Eh, Paranoa, haz la señal!

El malayo no perdió tiempo. En la orilla de un bosquecillo recogió leña seca, formó dos haces y, colocándolos a cierta distancia uno de otro, los encendió.

Un momento después los tres piratas vieron desaparecer el farol blanco del prao, y brillar en su lugar un punto rojo.

-Nos han visto -dijo Paranoa-. Podemos apagar los fuegos.

-No -replicó Sandokán-. Servirán para indicar a tus hombres la dirección. Ninguno conoce la bahía, ¿verdad?

-No, capitán.

-Entonces guiémoslos.

Los dos piratas se sentaron en la playa, con los ojos fijos en el farol rojo, que había cambiado de dirección.

Diez minutos después el prao estaba a la vista. Sus inmensas velas estaban desplega-

das y se oía borbollar el agua delante de la proa. En la oscuridad parecía un pájaro gigantesco que volase sobre el mar. De dos bordadas llegó delante de la bahía y atravesó el canal, adentrándose hacia la desembocadura del río.

Yáñez, Sandokán *y* Paranoa abandonaron el islote *y* retrocedieron rápidamente hasta las orillas de la pequeña ciénaga.

Apenas vieron que el prao echaba el ancla junto a los cañaverales espesísimos de las orillas, subieron a bordo.

Sandokán con un gesto ordenó silencio a la tripulación, que iba a saludar a los dos jefes de la piratería con una intempestiva explosión de alegría.

-Los enemigos quizá no estén lejos -dijo-. Así pues, os ordeno el más absoluto silencio, para no dejarnos sorprender antes de la realización de mis planes.

Luego, volviéndose hacia el subjefe, le preguntó con una emoción tan viva que tenía la voz casi trémula:

-¿No han llegado los otros dos praos?

-No, Tigre de Malasia -respondió el pirata-. Durante la ausencia de Paranoa he visitado todas las costas próximas, acercándome incluso hacia las de Borneo, pero no hemos visto a nuestras naves en ninguna dirección.

-¿Y tú qué crees?

El pirata no respondió: vacilaba.

-Habla -dijo Sandokán.

-Yo creo, Tigre de Malasia, que nuestros dos barcos se han estrellado contra las costas septentrionales de Borneo.

Sandokán se clavó las uñas en el pecho, mientras un suspiro sibilante se escapaba de sus labios.

-¡Fatalidad!... ¡Fatalidad!... -murmuró con voz sorda-. La muchacha de los cabellos de oro traerá la desventura a los tigres de Mompracem.

-Valor, hermanito mío -le dijo Yáñez, poniéndole una mano en el hombro-. No desesperemos todavía. Quizá nuestros praos han sido empujados muy lejos, y tan gravemente

dañados, que no han podido hacerse enseguida a la mar. Hasta que no encontremos los pecios, no tenemos por qué creer que se hayan hundido.

-Pero nosotros no podemos esperar, Yáñez. ¿Quién me dice que el lord se quedará todavía mucho tiempo en su quinta?

-Tampoco tienes por qué desearlo, amigo.

-¿Qué quieres decir, Yáñez?

-Que tenemos hombres suficientes para atacarlo si tuviera que abandonar su quinta, y para arrebatarle a su preciosa sobrina.

-¿Querrías intentar un golpe semejante?

-¿Y por qué no? Nuestros cachorros son todos valientes y, aunque el lord llevase consigo el doble de soldados, seguro que no dudarían en emprender la lucha. Estoy madurando un bonito plan y espero que tendrá un espléndido resultado. Déjame descansar esta noche; mañana comenzaremos a actuar.

-Confío en ti, Yáñez.

-No te desanimes, Sandokán.

-Pero el prao no podemos dejarlo aquí.

Puede ser descubierto por algún barco que se acerque a la bahía o por algún cazador que baje al río a disparar contra los pájaros acuáticos.

-He pensado en todo, Sandokán. Paranoa ha recibido ya instrucciones a este respecto. Ven, Sandokán. Vamos a comer un bocado y después echémonos a dormir. Te confieso que yo no puedo más.

Mientras los piratas, bajo la dirección de Paranoa, desmontaban todas las jarcias del barco, Yáñez y Sandokán subieron al pequeño cuadro de popa y dieron un asalto a las provisiones.

Calmada el hambre, que hacía ya tantas horas que los atormentaba, se echaron, vestidos como estaban, sobre sus camastros.

El portugués, que ya no se tenía en pie, se durmió enseguida profundamente; Sandokán, en cambio, tardó mucho en cerrar los ojos.

Tétricos pensamientos y siniestras inquietudes lo retrocedieron rápidamente hasta las orillas de la pequeña ciénaga.

Apenas vieron que el prao echaba el ancla junto a los cañaverales espesísimos de las orillas, subieron a bordo.

Sandokán con un gesto ordenó silencio a la tripulación, que iba a saludar a los dos jefes de la piratería con una intempestiva explosión de alegría.

-Los enemigos quizá no estén lejos -dijo-. Así pues, os ordeno el más absoluto silencio, para no dejarnos sorprender antes de la realización de mis planes.

Luego, volviéndose hacia el subjefe, le preguntó con una emoción tan viva que tenía la voz casi trémula:

-¿No han llegado los otros dos praos?

-No, Tigre de Malasia -respondió el pirata-. Durante la ausencia de Paranoa he visitado todas las costas próximas, acercándome incluso hacia las de Borneo, pero no hemos visto a nuestras naves en ninguna dirección.

-¿Y tú qué crees?

El pirata no respondió: vacilaba.

-Habla -dijo Sandokán.

-Yo creo, Tigre de Malasia, que nuestros dos barcos se han estrellado contra las costas septentrionales de Borneo.

Sandokán se clavó las uñas en el pecho, mientras un suspiro sibilante se escapaba de sus labios.

-¡Fatalidad!... ¡Fatalidad!... -murmuró con voz sorda-. La muchacha de los cabellos de oro traerá la desventura a los tigres de Mompracem.

-Valor, hermanito mío -le dijo Yáñez, poniéndole una mano en el hombro-. No desesperemos todavía. Quizá nuestros praos han sido empujados muy lejos y tan gravemente dañados, que no han podido hacerse enseguida a la mar. Hasta que no encontremos los pecios, no tenemos por qué creer que se hayan hundido.

-Pero nosotros no podemos esperar, Yáñez. ¿Quién me dice que el lord se quedará todavía mucho tiempo en su quinta?

-Tampoco tienes por qué desearlo, amigo.

-¿Qué quieres decir, Yáñez?

-Que tenemos hombres suficientes para atacarlo si tuviera que abandonar su quinta, y para arrebatarle a su preciosa sobrina.

-¿Querrías intentar un golpe semejante?

-¿Y por qué no? Nuestros cachorros son todos valientes y, aunque el lord llevase consigo el doble de soldados, seguro que no dudarían en emprender la lucha. Estoy madurando un bonito plan y espero que tendrá un espléndido resultado. Déjame descansar esta noche; mañana comenzaremos a actuar.

-Confío en ti, Yáñez.

-No te desanimes, Sandokán.

-Pero el prao no podemos dejarlo aquí. Puede ser descubierto por algún barco que se acerque a la bahía o por algún cazador que baje al río a disparar contra los pájaros acuáticos.

-He pensado en todo, Sandokán. Paranoa ha recibido ya instrucciones a este respecto. Ven, Sandokán. Vamos a comer un bocado y después echémonos a dormir. Te confieso que yo no puedo más.

Mientras los piratas, bajo la dirección de Paranoa, desmontaban todas las jarcias del barco, Yáñez y Sandokán subieron al pequeño cuadro de popa y dieron un asalto a las provisiones.

Calmada el hambre, que hacía ya tantas horas que los atormentaba, se echaron, vestidos como estaban, sobre sus camastros.

El portugués, que ya no se tenía en pie, se durmió enseguida profundamente; Sandokán, en cambio, tardó mucho en cerrar los ojos.

Tétricos pensamientos y siniestras inquietudes lo tuvieron despierto durante varias horas. Solamente hacia el alba pudo descansar un poco, pero aun esto fue muy breve.

Cuando volvió a subir a cubierta, los piratas habían ultimado sus trabajos para ocultar el prao a los cruceros que pudieran pasar delante de la bahía o a los hombres que pudieran bajar por el río. El barco había sido empujado hacia la orilla de la ciénaga, en medio de un espesísimo cañaveral. Habían bajado los palos con las jarcias muertas' y las

ordinarias, y por encima del alcázar de proa habían echado montones de cañas, de ramas y de hojas, dispuestos con tanta habilidad que todo el barco quedaba cubierto.

Un hombre que hubiera pasado por aquellos contornos habría podido confundirlo con un manchón de plantas secas o con un enorme montón de hierbas y ramas que se habían quedado allí varadas.

-¿Qué me dices de esto, Sandokán? -preguntó Yáñez, que se encontraba ya sobre el puente, bajo un pequeño cobertizo de cañas levantado a popa.

-La idea es buena -respondió Sandokán.

-Ahora ven conmigo.

¿Adónde?

-A tierra. Ya hay allí veinte hombres esperándonos.

-¿Qué vas a hacer, Yáñez?

-Luego lo sabrás. ¡Eh!... Al agua la chalupa y vigilad bien.

Las que están fijas y mantienen la arboladura.

22
El prisionero

Después de haber atravesado el río, Yáñez condujo a Sandokán en medio de una frondosa arboleda, donde se encontraban emboscados veinte hombres, completamente armados y pertrechados cada uno con un saquito de víveres y una manta de lana.

Paranoa y su subjefe Ikaut estaban con ellos.

-¿Estáis aquí todos? -preguntó Yáñez.

-Todos -respondieron los veintidós hombres.

-Entonces, escúchame atentamente, Ikaut-replico el portugués-. Tú volverás a bordo y, si sucede algo, enviarás aquí un hombre, el cual encontrará un camarada siempre en espera de órdenes. Nosotros te

transmitiremos nuestras órdenes, que deberás cumplir inmediatamente sin el más mínimo retraso. Procura ser prudente y no dejarte sorprender por los casacas rojas y no olvides que nosotros, aunque estemos lejos, en cualquier momento podemos ser informados o informarte de lo que pueda suceder.

-Contad conmigo, señor Yáñez.

-Ahora vuelve a bordo y vigila.

Mientras el subjefe montaba en el bote, Yáñez, colocándose a la cabeza del grupo, se ponía en camino, remontando la corriente del río.

-¿Adónde me llevas? -preguntó Sandokán, que no entendía nada.

-Espera un poco, hermanito mío. Dime antes de nada: ¿qué distancia puede haber desde el mar a la quinta de lord Guillonk?

-Cerca de dos millas en línea recta.

-Entonces tenemos hombres más que suficientes. -¿Para qué?

-Un poco de paciencia, Sandokán.

Se orientó con una brújula que había cogi-

do a bordo del prao y se metió bajo los grandes árboles, marchando rápidamente.

Después de haber recorrido unos cuatrocientos metros, se detuvo junto a un colosal alcanforero, que se erguía en medio de un espeso grupo de arbustos, y, volviéndose a uno de los marineros, le dijo:

-Tú situarás aquí tu puesto de guardia y no lo abandonarás, por ningún motivo, sin orden nuestra. El río no dista más que cuatrocientos metros, y por tanto puedes comunicarte fácilmente con el prao; a igual distancia, hacia el este, estará uno de tus camaradas. Cualquier orden que te transmitan del prao la comunicarás a tu compañero más próximo. ¿Me has comprendido?

-Sí, señor Yáñez.

-Adelante, pues.

Mientras el malayo se preparaba un pequeño cobertizo en la base del gran árbol, el grupo volvía a ponerse en marcha, dejando otro hombre a la distancia indicada.

-¿Comprendes ahora? -preguntó Yáñez a

Sandokán.

-Sí -respondió éste-, y admiro tu astucia. Con estos centinelas escalonados en la selva, podremos comunicarnos en pocos minutos con el prao, incluso desde los alrededores de la quinta de lord James.

-Sí, Sandokán, y advertir a Ikaut que arme rápidamente el prao para hacerse enseguida a la mar, o enviarnos socorro.

-¿Y nosotros dónde vamos a acampar?

-En el sendero que conduce a Victoria. Desde allí podremos ver quién se acerca a la quinta o quién sale de ella, y en pocos momentos podremos tomar nuestras medidas para impedir al lord que huya sin saberlo nosotros. Si quiere marcharse de allí, tendrá que contar primero con nuestros cachorros, y ya verás cómo la peor parte desde luego no la llevamos nosotros.

-¿Y si el lord no se decidiese a marcharse?

-¡Por Júpiter!... Entonces asaltamos la quinta o buscaremos cualquier otro medio para raptar a la muchacha.

-De todos modos, no llevemos las cosas a esos extremos, Yáñez. Lord James es capaz de matar a su sobrina antes que verla caer en mis manos.

-¡Por mil espingardas!

-Es un hombre decidido a todo, Yáñez.

-Entonces jugaremos con astucia.

¿Tienes algún plan?

-Lo encontraremos, Sandokán. No me consolaría jamás si ese bribón tuviera que romper la cabeza a esa adorable joven.

-¿Y yo? Sería la muerte del Tigre de Malasia, porque no podría sobrevivir sin la muchacha de los cabellos de oro.

-Desgraciadamente lo sé -dijo Yáñez con un suspiro-. Esa mujer te ha embrujado.

-O, mejor, me ha condenado, Yáñez. ¿Quién habría dicho que un día yo, que no había sentido jamás latir mi corazón, que no sabía amar más que el mar, las batallas terribles, los estragos, sería domado por una muchacha, por una hija de esa raza a la que yo había jurado una guerra de exterminio?

¡Cuando pienso en estas cosas, siento hervir mi sangre, siento que mis fuerzas se rebelan y que mi corazón tiembla de furor! Y, sin embargo, no podré romper jamás la cadena que me ata, Yáñez; no podré jamás borrar de mi mente aquellos ojos azules que me han embrujado. En fin, no hablemos más de esto, y dejemos que se cumpla mi destino.

-Un destino que será fatal para la estrella de Mompracem, ¿no es cierto, Sandokán? -preguntó Yáñez.

-Quizá -respondió el Tigre de Malasia con voz sorda.

Habían llegado entonces a la orilla de una selva. Al otro lado se extendía una pequeña pradera cubierta de arbustos o de grupos de arecas o de *gambir,* cortada en su mitad por un ancho sendero, que parecía no obstante poco batido, pues la hierba había crecido nuevamente.

-¿Será éste el camino que conduce a Victoria? -preguntó Yáñez a Sandokán.

-Sí -respondió éste.

-La quinta de lord James no debe de estar lejos. -Allá, detrás de aquellos árboles, descubro las empalizadas del jardín.

-Perfecto -dijo Yáñez.

Se volvió hacia Paranoa, que le había seguido con sus hombres, y le dijo:

-Ve a montar las tiendas a la orilla del bosque, en un lugar protegido por alguna frondosa espesura.

El pirata no se hizo repetir la orden. Después de haber encontrado un lugar a propósito, hizo desplegar la tienda, protegiéndola a su alrededor con una especie de cerca formada por ramas y hojas de plátano.

Allí debajo puso los víveres que habían transportado y que consistían en conservas, carne ahumada, bizcochos y algunas botellas de vino de España. Después lanzó a sus seis hombres a derecha e izquierda para batir el bosque, con el fin de asegurarse de que no se escondía por allí ningún espía.

Sandokán y Yáñez, después de haber llegado a doscientos metros de las empalizadas

del jardín, volvieron hacia atrás y se tendieron bajo la tienda.

¿Estás satisfecho del plan, Sandokán? -preguntó el portugués.

-Sí, hermano -respondió el Tigre de Malasia.

-No estamos más que a dos kilómetros del jardín, sobre el camino que conduce a Victoria. Si el lord quiere abandonar la quinta, se verá obligado a pasar a un tiro de fusil de nosotros. En menos de media hora podemos reunir veinte hombres, resueltos, decididos a todo, y en una hora podemos tener con nosotros a toda la tripulación del prao. Si se mueve, le caeremos todos encima.

-Sí, todos -dijo Sandokán-. Yo estoy dispuesto a todo, incluso a arrojar a mis hombres contra un regimiento entero.

-Entonces comamos algo, hermanito mío –dijo Yáñez, riendo-. Este viajecito matinal me ha abierto el apetito de un modo extraordinario.

Habían devorado ya la comida y estaban

fumando unos cigarrillos y chupeteando una botella de whisky, cuando vieron entrar precipitadamente a Paranoa.

El bravo malayo tenía el rostro alterado y parecía presa de una viva agitación.

-¿Qué pasa? -preguntó Sandokán, levantándose rápidamente y alargando una mano hacia el fusil.

-Alguien se acerca, capitán -dijo Paranoa-. He oído el galope de un caballo.

-¿Será algún inglés que se dirige a Victoria?

-No, Tigre de Malasia; debe de venir de Victoria.

-¿Está lejos todavía? -preguntó Yáñez.

-Creo que sí.

-Ven, Sandokán.

Tomaron las carabinas y se lanzaron fuera de la tienda, mientras los hombres de la escolta se emboscaban en medio de los arbustos, montando precipitadamente los fusiles.

Sandokán se dirigió hacia el sendero y se arrodilló, apoyando una oreja contra el suelo.

La superficie de la tierra transmitía claramente el galope apresurado de un caballo.

-Sí, un jinete se acerca -dijo, levantándose ágilmente.

-Te aconsejo que lo dejes pasar sin molestarlo -dijo Yáñez.

-¿Eso piensas? Lo haremos prisionero, amigo mío. -¿Con qué objeto?

-Puede llevar a la quinta algún mensaje importante.

-Si lo atacamos se defenderá, disparará el mosquete, quizá también la pistola, y las detonaciones pueden ser oídas por los soldados de la quinta.

-Le haremos caer en nuestras manos sin darle tiempo a que eche mano a las armas.

-Es una cosa un poco difícil, Sandokán.

-Al contrario, es mucho más fácil de lo que crees. -Explícate.

-El caballo viene a galope, y por tanto no podrá evitar un obstáculo. El jinete se verá arrojado de golpe y nosotros caeremos encima de él, impidiéndole reaccionar.

-¿Y qué obstáculo vas a preparar?

-Paranoa, ve a coger una soga y tráemela rápido. -Comprendo -dijo Yáñez-. ¡Ah!... ¡Qué espléndida idea! ¡Sí, capturémoslo, Sandokán! ¡Por Júpiter, cómo lo utilizaremos!... ¡No había caído en ello!... -¿Qué nueva idea se te ha ocurrido, Yáñez? -Lo sabrás más tarde. ¡Ah, ah!... ¡Qué juego más bonito!

-Je ríes?

-Tengo motivos para reírme. ¡Ya verás, Sandokán, cómo jugaremos con el lord! ¡Paranoa, date prisa!

El malayo, ayudado por los dos hombres, había tendido una sólida soga a través del sendero, pero manteniéndola lo suficientemente baja como para que quedara oculta entre las altas hierbas que crecían en aquel lugar.

Hecho esto, fue a esconderse con el *kriss* en la mano, mientras sus compañeros se colocaban más adelante para impedir al jinete continuar la carrera, en caso de que escapase a la emboscada.

El galope se aproximaba rápidamente. Unos pocos segundos más y el jinete aparecería a la vuelta del sendero.

-¡Ahí está! -murmuró Sandokán, que se había emboscado junto a Yáñez.

Pocos instantes después un caballo, tras haber rebasado un boscaje, se lanzaba al sendero. Lo montaba un apuesto joven de veintidós o veinticuatro años, el cual vestía el uniforme de los cipayos indios. Parecía muy inquieto, porque espoleaba furiosamente al caballo, lanzando a su alrededor miradas suspicaces.

-Atento, Yáñez -murmuró Sandokán.

El caballo, fuertemente espoleado, se lanzó hacia adelante, galopando a la carrera hacia la soga. De pronto se le vio caer pesadamente al suelo, agitando enloquecido las patas.

Los piratas estaban allí. Aun antes de que el cipayo pudiera salir de debajo del caballo, Sandokán se le echó encima, quitándole el sable, mientras Juioko lo derribaba al suelo,

colocándole sobre el pecho la punta del *kriss.*

-No opongas resistencia si estimas en algo la vida -le dijo Sandokán.

-¡Miserable! -exclamó el soldado, intentando defenderse.

Juioko, ayudado por otros piratas, lo ató bien y lo arrastró junto a un espeso boscaje, mientras Yáñez inspeccionaba el caballo, temiendo que se hubiera roto una pata en la caída.

-¡Por Baco! -exclamó el buen portugués, que parecía contentísimo-. Haré un bonito papel en la quinta. ¡Yáñez, sargento de los cipayos! He aquí una graduación que desde luego no me esperaba.

Ató el animal a un árbol y se acercó a Sandokán, que estaba registrando detenidamente al sargento.

-¿Nada? -preguntó.

-Ninguna carta -respondió Sandokán.

-Al menos hablará-dijo Yáñez, clavando los ojos en el sargento.

-No -respondió éste.

-¡Cuidado! -le dijo Sandokán con un tono que hacía temblar-. ¿Adónde te dirigías?

-Estaba paseando.

-¡Habla!

-He hablado -respondió el sargento, ostentando una tranquilidad que no podía tener.

-¡Entonces espera!

El Tigre de Malasia se sacó de la cintura el *kriss y lo* dirigió a la garganta del soldado, diciéndole con un tono que no ponía en duda la amenaza:

-¡Habla o te mato!

-No -respondió el soldado.

El inglés emitió un grito de dolor: el *kriss* le había entrado en la carne y bebía sangre.

-Hablaré -agonizó el prisionero, que se había puesto pálido como un cadáver.

-¿Adónde ibas? -preguntó Sandokán. -A casa de lord James Guillonk.

-¿Para qué?

El soldado vaciló, pero viendo al pirata aproximar de nuevo el *kriss,* prosiguió:

-Para llevarle una carta del baronet Wi-

lliam Rosenthal.

Un relámpago de furor brilló en los ojos de Sandokán al oír aquel nombre.

-¡Dame esa carta! -exclamó con voz ronca.

-Está en mi casco, escondida bajo el forro. Yáñez recogió el sombrero del cipayo, arrancó el forro e hizo saltar fuera la carta, que abrió enseguida. -¡Bah!... Cosas viejas -dijo, después de haberla leído.

-¿Qué escribe ese perro del baronet? -preguntó

Sandokán.

-Advierte al lord de nuestro inminente desembarco en Labuán. Dice que un crucero ha visto a uno de nuestros barcos correr hacia estas costas y le aconseja que vigile atentamente.

-¿Nada más?

-¡OH, sí! Envía mil respetuosos saludos a tu querida Marianna con un juramento de amor eterno. -¡Que Dios condene a ese maldito! ¡Ay de él el día en que me lo encuentre en mi camino!

Juioko -dijo el portugués, que parecía observar con profunda atención la caligrafía de la carta-. Manda un hombre al prao y que me traiga papel de carta, pluma y tintero.

-¿Para qué quieres todos esos objetos? -preguntó Sandokán con estupor.

-Son necesarios para mi proyecto. -¿Pero de qué proyecto estás hablando?

-Del que vengo meditando desde hace media hora. -Explícate de una vez.

-¡Si no quiero hacer otra cosa! Voy a ir a la quinta de lord James.

-¡Tú!...

-Yo, justamente yo -respondió Yáñez con perfecta calma.

-¿Pero de qué modo?

-En la piel de ese cipayo. ¡Por Júpiter! ¡Ya verás qué buen soldado hago!

-Empiezo a comprender. Te pones el uniforme del cipayo, finges llegar de Victoria y...

-Aconsejo al lord que se marche a su vez, para hacerlo caer en la emboscada que tú le prepararás.

-¡Ah, Yáñez! -exclamó Sandokán, dándole un abrazo.

-Despacio, hermanito mío, no me rompas un brazo. -Si lo consigues, te lo deberé todo. -Espero conseguirlo.

-Pero te expones a un gran peligro.

-¡Bah! Saldré de este enredo con honor y sin daño. -Pero ¿para qué quieres el tintero? -Para escribir una carta al lord. -No te lo aconsejo, Yáñez. Es un hombre suspicaz y si ve que los rasgos de la letra no son exactos, puede hacerte fusilar.

-Tienes razón, Sandokán. Es mejor que le diga de palabra lo que quería escribirle. Vamos, haz desnudar al cipayo.

A una señal de Sandokán, dos piratas desataron al soldado y lo despojaron del uniforme. El pobre soldado se creyó perdido.

-¿Vais a matarme? -preguntó a Sandokán.

-No -respondió éste-. Tu muerte no me sería de ninguna utilidad y te perdono la vida; pero quedarás prisionero en mi prao mientras nosotros permanezcamos aquí.

-Gracias, señor.

Yáñez, entretanto, se estaba vistiendo. El uniforme le venía un poco estrecho, pero tanto hizo, que en poco tiempo estuvo completamente equipado.

-Mira, hermanito mío, qué hermoso soldado --dijo sujetándose el sable-. Jamás creí que tendría tan espléndida figura.

-Sí, verdaderamente eres un hermoso cipayo -respondió Sandokán riendo-. Ahora dame tus últimas instrucciones.

-Ahí van -dijo el portugués-. Tú quédate aquí emboscado en este sendero con todos los hombres disponibles y no te muevas. Yo iré a casa del lord, le diré que habéis sido atacados y dispersados, pero que se han visto otros praos, y le aconsejaré que aproveche este buen momento para refugiarse en Victoria.

-¡Magnífico!

-Y cuando pasemos por aquí, atacaréis la escolta, yo tomaré a Marianna y la llevaré al prao. ¿Estamos de acuerdo?

-¡Sí, ve, mi valeroso amigo! Dile a mi Marianna que la amo siempre y que tenga confianza en mí. Vete y que Dios te guarde.

-Adiós, hermanito mío -respondió Yáñez, abrazándolo.

Saltó con agilidad al caballo del cipayo, recogió las bridas, desenvainó el sable y partió, silbando alegremente una vieja barcarola.

23
Yáñez en la quinta

La misión del portugués era sin duda una de las más arriesgadas, de las más audaces que aquel valiente hombre había afrontado en su vida, porque habría bastado una palabra, una sola sospecha para colgarlo en la picota de una antena con una buena cuerda al cuello.

No obstante, el pirata se preparaba a jugar la peligrosa carta con gran valor y con mucha calma, confiando en su propia sangre fría y

sobre todo en su buena estrella, que jamás hasta ahora había dejado de protegerlo.

Se irguió fieramente en la silla, se rizó los bigotes para hacer mejor figura, se acomodó el cabello inclinándolo con coquetería sobre la oreja y lanzó el caballo al galope, no ahorrando espoladas ni latigazos.

Tras un cuarto de hora de aquella furiosa carrera se encontró de improviso ante una verja, detrás de la cual se elevaba la hermosa quinta de lord James.

-¿Quién vive? -preguntó un soldado que estaba emboscado ante la barrera, escondido detrás del tronco de un árbol.

-Eh, jovencito, baja el fusil, que no soy un tigre ni una babirusa -dijo el portugués, deteniendo el caballo-. ¡Por Júpiter! ¿No ves que soy un colega tuyo, y más aún, un superior?

-Excusad, pero tengo orden de no dejar pasar a nadie sin saber de parte de quién viene y qué es lo que desea.

-¡Animal! Vengo aquí por orden del baro-

net William Rosenthal y voy a casa del lord.

¡Pasad!

Abrió la barrera, llamó a algunos compañeros que paseaban por el jardín para advertirles dé lo que ocurría y se apartó a un lado.

-¡Humm! -dijo el portugués, encogiéndose de hombros y lanzando el caballo hacia adelante-. Cuántas precauciones y cuánto miedo reina aquí.

Se detuvo delante de la casa y saltó a tierra, entre seis soldados que lo habían rodeado con los fusiles en la mano.

-¿Dónde está el lord? -preguntó.

-En su gabinete -respondió el sargento que mandaba la patrulla.

-Llevadme de inmediato hasta él; tengo que hablar con él enseguida.

-¿Venís de Victoria?

-Exactamente.

-¿Y no os habéis encontrado con los piratas de Mompracem?

-Ni uno solo, camarada. Esos pillos tienen muchas cosas que hacer en estos momentos

para estar rondando por aquí. Vamos, llevadme hasta el lord.

-Venid.

El portugués hizo acopio de toda su audacia para afrontar al peligroso hombre y siguió al suboficial afectando la calma y la rigidez de la raza anglosajona.

-Esperad aquí -dijo el sargento después de haber lo hecho entrar en un salón.

Yáñez, al quedarse solo, se puso a observarlo todo atentamente, para ver si era posible un golpe de mano, pero tuvo que convencerse de que toda tentativa habría resultado inútil, porque las ventanas eran altísimas y los muros y las puertas muy gruesos.

-No importa -murmuró-. Daremos el golpe en el bosque.

En aquel momento volvía a entrar el sargento. -El lord os espera -dijo, indicándole la puerta que había dejado abierta.

El portugués sintió que un escalofrío corría por sus huesos y palideció un poco.

«Yáñez mío, sé prudente y firme», se dijo.

Entró con la mano derecha en el sombrero y se encontró en un hermoso gabinete, amueblado con mucha elegancia. En un rincón, sentado ante una mesa de trabajo, estaba el lord, vestido sencillamente de blanco, con el rostro sombrío y la mirada iracunda.

Miró en silencio a Yáñez, clavándole los ojos encima como si quisiera adivinar los pensamientos del recién llegado, y luego dijo en un tono cortante:

-¿Venís de Victoria?

-Sí, milord -respondió Yáñez con voz firme. -¿De parte del baronet?

-Sí.

-¿Os ha dado alguna carta para mí? -Ninguna.

-¿Tenéis que decirme alguna cosa? -Sí, milord.

-Hablad.

-Me ha mandado a deciros que el Tigre de Malasia ha sido cercado por las tropas en una bahía del sur.

El lord se puso en pie con los ojos resplan-

decientes y el rostro radiante.

-¡El Tigre cercado por nuestros soldados! -exclamó.

-Sí, y parece que todo ha terminado para siempre para ese pillo, porque ya no tiene salvación.

-Pero ¿estáis seguro de lo que decís? -Segurísimo, milord.

-¿Quién sois vos?

-Un pariente del baronet William -respondió

Yáñez audazmente.

-Pero ¿cuánto tiempo hace que os encontráis en

Labuán?

-Quince días.

-Entonces sabréis también que mi sobrina... -Es la prometida de mi primo William -dijo Yáñez sonriendo.

-He tenido mucho gusto en conoceros, señor -*dijo el lord,* estrechándole la mano-. *Pero* decidme, ¿cuándo fue atacado Sandokán?

-Esta mañana al alba, mientras atravesaba

un bosque a la cabeza de una gran banda de piratas.

-¡Pero entonces ese hombre es el demonio! ¡Ayer por la tarde estaba aquí! ¿Es posible que en tan pocas horas haya recorrido tanto camino?

-Se dice que llevaba caballos consigo.

-Ahora entiendo. ¿Y dónde está mi buen amigo William?

-Está a la cabeza de las tropas. -¿Estabais vos con él?

-Sí, milord.

-¿Están muy lejos de aquí los piratas? -A una decena de millas.

-¿No os ha dado ningún otro encargo?

-Me ha rogado que os diga que abandonéis enseguida la quinta y que os lleve sin tardanza a Victoria. -¿Por qué?

-Vos sabéis, milord, qué clase de hombre es el Tigre de Malasia. Tiene con él ochenta hombres, ochenta cachorros, y podría vencer a nuestras tropas, atravesar en un relámpago los bosques y lanzarse sobre la quinta. El lord

lo miró en silencio, como si hubiera sido golpeado por aquel razonamiento, y luego dijo como hablando consigo mismo:

-En efecto, eso podría suceder. Bajo los fuertes y las naves de Victoria me sentiría más seguro que aquí. Ese querido William tiene razón, tanto más cuanto que el camino está libre por el momento. ¡Ah, mi señora sobrina, yo os arrancaré esa pasión que tenéis por ese héroe de horca! ¡Aunque tuviera que despedazaros como una caña, me obedeceréis y os casaréis con el hombre que os he destinado!

Yáñez llevó involuntariamente la mano a la empuñadura del sable, pero se contuvo, comprendiendo que la muerte del feroz viejo no habría conducido a nada, con tantos soldados como se encontraban en la quinta.

-Milord -dijo en cambio-, ¿me permitís visitar a mi futura prima?

-¿Tenéis algo que decirle de parte de William? -Sí, milord.

-Va a recibiros mal.

-No me importa, milord -respondió Yáñez, sonriendo-. Yo le comunicaré lo que me dijo William, y luego volveré rápidamente aquí.

El viejo capitán apretó un botón. Un criado entró enseguida.

-Llevad a este señor hasta milady -dijo el lord. -Gracias -respondió Yáñez.

-Tratad de convencerla y después volved aquí, que vamos a cenar juntos.

Yáñez se inclinó y siguió al criado, que lo introdujo en un saloncito tapizado de azul y adornado con un gran número de plantas que esparcían a su alrededor deliciosos perfumes.

El portugués dejó que saliese el criado, luego se adentró lentamente, y, a través de las plantas que transformaban aquel saloncito en un invernadero, descubrió una forma humana, cubierta por una vestidura blanca.

A pesar de que estaba preparado para cualquier sorpresa, no pudo reprimir un grito de admiración ante aquella espléndida jovencita.

Estaba echada, en una delicada postura,

con un abandono lleno de melancolía, sobre una otomana oriental, de cuya sedosa tela brotaban destellos de oro. Con una mano sostenía su cabecita, de la que caían como una lluvia de oro aquellos espléndidos cabellos que eran la admiración de todos, y con la otra estrujaba nerviosamente las flores que tenía a su lado. Estaba sombría, pálida, y sus ojos azules, ordinariamente tan tranquilos, despedían relámpagos, que traicionaban su mal reprimida cólera.

Al ver a Yáñez acercarse, se sobresaltó y se pasó varias veces la mano por la frente, como si se despertase de un sueño, y clavó en él una penetrante mirada. -¿Quién sois vos? -preguntó con voz temblorosa-. ¿Quién os ha dado permiso para entrar aquí? -El lord, milady -respondió Yáñez, devorando con los ojos a aquella criatura que encontraba inmensa mente bella, mucho más de cuanto la había descrito

Sandokán.

-¿Y qué queréis de mí?

-Una pregunta ante todo -dijo Yáñez, mirando a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos. -Hablad.

-¿Creéis que alguien puede oírnos?

Ella frunció la frente y lo miró fijamente, como si quisiera leer en su corazón y adivinar el motivo de aquella pregunta.

-Estamos solos -respondió luego.

-Pues bien, milady, yo vengo de muy lejos... -¿De dónde?

-¡De Mompracem!

Marianna se puso en pie como empujada por un muelle y su palidez desapareció como por ensalmo.

-¡De Mompracem! -exclamó, ruborizándose-. ¡Vos..., un blanco..., un inglés!...

-Os equivocáis, lady Marianna; yo no soy inglés: ¡yo soy Yáñez!

-¡Yáñez, el amigo, el hermano de Sandokán! ¡Ah, señor, qué temeridad entrar en esta quinta! Decidme, ¿dónde está Sandokán? ¿Qué hace? ¿Se ha salvado o está herido? Habladme de él o me haréis morir.

-Bajad la voz milady, las paredes pueden tener oídos.

-Habladme de él, valeroso amigo, habladme de mi Sandokán.

-Está vivo todavía, más vivo que antes, milady. Conseguimos escapar a la persecución de los soldados sin demasiado esfuerzo y sin recibir ninguna herida. Sandokán se encuentra ahora emboscado en el sendero que lleva a Victoria, dispuesto a raptaros.

-¡Ah, Dios mío, cuánto os agradezco que lo hayáis protegido! -exclamó la jovencita con lágrimas en los ojos.

-Escuchadme ahora, milady.

-Hablad, mi valiente amigo.

-He venido aquí para convencer al lord de que abandone la quinta y se retire a Victoria.

-¡A Victoria! Pero, cuando hayamos llegado allí, ¿cómo me raptaréis?

-Sandokán no esperará tanto, milady -dijo Yáñez sonriendo-. Está emboscado con sus hombres, atacará la escolta y os raptará apenas salgáis de la quinta.

-¿Y mi tío?

-Lo trataremos bien, os lo aseguro. -¿Y me raptaréis?

-Sí, milady.

-¿Y dónde me llevará Sandokán?

-A su isla.

Marianna inclinó la cabeza sobre el pecho y calló.

-Milady -dijo Yáñez con voz grave-. No temáis: Sandokán es uno de esos hombres que saben hacer feliz a la mujer que aman. Fue un hombre terrible, incluso cruel, pero el amor lo ha cambiado, y os juro, señorita, que jamás os arrepentiréis de haberos convertido en la esposa del Tigre de Malasia.

-Os creo -respondió Marianna-. ¿Qué importa que su pasado fuera terrible, que haya inmolado víctimas a centenares, que haya cometido venganzas atroces? Él me adora, él hará por mí todo lo que yo le diga, yo haré de él otro hombre. Yo abandonaré mi isla, él abandonará su Mompracem, nos iremos lejos de estos mares funestos, tan lejos que no

volvamos a oír hablar de ellos. En un rincón del mundo, olvidados de todos, pero felices, viviremos juntos y nadie sabrá jamás que el marido de la Perla de Labuán es el antiguo Tigre de Malasia, el hombre de las legendarias empresas, el hombre que hizo temblar a los reinos y que derramó tanta sangre. ¡Sí, yo seré su esposa, hoy, mañana, siempre, y siempre lo amaré!

-¡Ah, divina lady! -exclamó Yáñez, cayendo de rodillas a sus pies-. Decidme qué puedo hacer por vos, por liberaros y conduciros a Sandokán, mi buen amigo, mi buen hermano.

-Ya habéis hecho demasiado viniendo aquí y os estaré agradecida hasta la muerte.

-Eso no basta; hay que convencer al lord de que se retire a Victoria, para dar a Sandokán ocasión de actuar.

-Pero si hablo yo, mi tío, que se ha vuelto extremadamente suspicaz, temerá cualquier traición y no abandonará la quinta.

-Tenéis razón, adorable milady. Pero creo que ya ha decidido dejar la quinta y retirarse

a Victoria. Si tiene alguna duda, yo trataré de disipársela.

-Estad. en guardia, señor Yáñez, porque es bastante desconfiado y podría sospechar algo. Sois blancos, es cierto, pero ese hombre quizá sepa que Sandokán tiene un amigo de piel pálida.

-Seré prudente.

-¿Os espera el lord?

-Sí, milady, me ha invitado a cenar. -*Andad,* no sea que sospeche. -¿Y vendréis vos?

-Sí, más tarde volveremos a vernos.

-Adiós, milady -dijo Yáñez, besándole caballerosamente la mano.

-Andad, noble corazón; no os olvidaré jamás.

El portugués salió como embriagado, deslumbrado por aquella espléndida criatura.

-¡Por Júpiter! -exclamó, dirigiéndose hacia el gabinete del lord-. Jamás he visto una mujer tan bella, y realmente empiezo a envidiar a ese granuja de Sandokán.

El lord le esperaba paseando de un lado a otro, con la frente fruncida y los brazos estrechamente cruzados.

-Y bien, joven, ¿qué tal os ha acogido mi sobrina? -preguntó con voz dura e irónica.

-Parece que no le gusta oír hablar de mi primo William -respondió Yáñez-. Poco faltó para echarme fuera.

El lord sacudió la cabeza y sus arrugas se hicieron más profundas.

-¡Siempre igual! ¡Siempre igual! -murmuró con los dientes apretados.

Se puso a pasear de nuevo, encerrado en un silencio feroz, agitando nerviosamente los dedos, y luego, deteniéndose delante de Yáñez, que lo miraba sin hacer un gesto, le preguntó:

-¿Qué me aconsejáis hacer?

-Ya os he dicho, milord, que lo mejor que puede hacerse es ir a Victoria.

-Es verdad. ¿Creéis vos que mi sobrina podrá amar un día a William? -le preguntó.

-Eso espero, milord, pero antes es preciso

que muera el Tigre de Malasia -respondió Yáñez.

¿Conseguirán matarlo?

-La banda está cercada por nuestras tropas y las manda William.

-Si es verdad, lo matará o se dejará matar por Sandokán. Conozco a ese joven: es diestro y valeroso. Calló otra vez y se asomó al balcón, mirando el sol que caía lentamente. Volvió a los pocos minutos, diciendo:

-¿Entonces vos me aconsejáis partir?

-Sí, milord -respondió Yáñez-. Aprovechad esta buena ocasión para abandonar la quinta y refugiaros en Victoria.

-¿Y si Sandokán hubiera dejado emboscados algunos hombres en los alrededores del jardín? Me han dicho que estaba con él ese hombre blanco que se llama Yáñez, un hombre tan audaz que quizá no cede ni al Tigre de Malasia.

«Gracias por el cumplido», murmuró Yáñez en su corazón, haciendo un esfuerzo supremo para contener la risa.

Luego, mirando al lord, dijo:

-Milord, tenéis una escolta suficiente para rechazar un ataque.

-Antes era numerosa, pero ahora no lo es. He tenido que devolver al gobernador de Victoria muchos hombres, porque tenía urgente necesidad de ellos. Vos sabéis que la guarnición de la isla es muy escasa.

-Eso es verdad, milord.

El viejo capitán se había puesto a pasear con cierta agitación. Parecía atormentado por un grave pensamiento o por una profunda perplejidad.

De pronto, se acercó bruscamente a Yáñez, preguntándole:

-No os habéis encontrado con nadie al venir aquí, ¿verdad?

-Con nadie, milord.

-¿No habéis notado nada sospechoso? -No, milord.

-Entonces, ¿se podría intentar la retirada? -Yo creo que sí.

-Pues yo lo dudo.

-¿Qué dudáis, milord?

-Que todos los piratas se hayan ido.

-Milord, yo no tengo miedo de esos granujas. ¿Queréis que dé una vuelta por estos alrededores?

-Os lo agradecería. ¿Queréis una escolta?

-No, milord. Prefiero ir yo solo. Un hombre puede pasar por medio de los bosques sin llamar la atención de los enemigos, mientras que más hombres difícilmente podrían escapar a la vigilancia de un centinela.

-Tenéis razón, joven. ¿Cuándo saldréis?

-Enseguida. En un par de horas se puede hacer mucho camino.

-El sol está a punto de ponerse.

-Mejor así, milord.

-¿No tenéis miedo?

-Cuando voy armado no temo a nadie.

-Buena sangre la de los Rosenthal -murmuró el lord-. Andad, joven; os espero a cenar. -¡Ah, milord! ¡Un soldado!...

-¿No sois acaso un caballero? Y dentro de poco podemos llegar a ser parientes.

-Gracias, milord -dijo Yáñez-. Dentro de un par de horas estaré de vuelta.

Saludó militarmente, se puso el sable bajo el brazo y bajó flemáticamente la escalera, adentrándose en el jardín.

«Vamos a buscar a Sandokán -murmuró, cuando se hubo alejado-. ¡Diantre! ¡Hay que tener contento al lord! ¡Ya verás, amigo mío, qué exploración voy a hacer! Puedes estar seguro desde ahora de que no voy a encontrar ni rastro de piratas. ¡Por Júpiter! ¡Qué magnífica trampa! No creí que iba a tener tan soberbios resultados. La cosa no será tan inocente, pero ese tunante de mi hermano se casará con la muchacha de los cabellos de oro. ¡Por Baco! ¡No tiene ni una pizca de mal gusto el amigo! Jamás he visto una muchacha tan bonita y tan delicada. Pero, después, ¿qué sucederá? Pobre Mompracem, te veo en peligro. En fin, no pensemos en eso. Si todo tiene que acabar mal, iré a terminar mi vida a alguna ciudad de Extremo Oriente, a Cantón o a Macao, y me despediré de estos lugares.»

Hablando así consigo mismo, el bravo portugués había atravesado una parte del extenso jardín, deteniéndose delante de una de las barreras.

-Abridme, amigo -dijo Yáñez.

-¿Os marcháis, sargento?

-No, voy a explorar los alrededores.

-¿Y los piratas?

-Ya no hay ninguno por estos lugares.

-¿Queréis que os acompañe, sargento?

-Es inútil. Estaré de vuelta dentro de un par de horas.

Salió de la verja y se encaminó por el sendero que conducía a Victoria. Mientras estuvo bajo las miradas del centinela procedía lentamente, pero apenas se vio protegido por la vegetación apresuró el paso, metiéndose por medio de los árboles.

Había recorrido doscientos o trescientos metros, cuando vio un hombre lanzarse fuera de un arbusto y cerrarle el paso. Enseguida le apuntó un fusil, mientras una voz amenazante le gritaba:

-¡Rendíos o sois muerto!

-¿Así que ya no se me reconoce? -dijo Yáñez, quitándose el sombrero-. No tienes buena vista, querido Paranoa.

-¡El señor Yáñez! -exclamó el malayo.

-En carne y hueso, amigo mío. ¿Qué haces aquí tan cerca de la quinta de lord Guillonk?

-Espiaba la cerca.

-¿Dónde está Sandokán?

-A una milla de aquí. ¿Tenemos buenas noticias, señor Yáñez?

-No podrían ser mejores.

-¿Qué debo hacer, señor?

-Correr donde Sandokán y decirle que le espero aquí. Al mismo tiempo, transmite a Juioko la orden de que prepare el prao.

-¿Nos vamos?

-Quizá esta misma noche.

-Voy enseguida.

-Un momento: ¿han llegado los dos praos? -No, señor Yáñez, y ya empezamos a temer que se hayan perdido.

-¡Por Júpiter tonante! Tenemos poca suer-

te en nuestras expediciones. ¡Bah! Tendremos hombres suficientes para abatir la escolta del lord. Vete, Paranoa, y date prisa.

-Desafío a un caballo.

El pirata partió con la velocidad de una flecha. Yáñez encendió un cigarrillo y luego se tendió bajo una soberbia areca, fumando tranquilamente. No habían transcurrido veinte minutos, cuando vio avanzar a Sandokán. Venía acompañado de Paranoa y de otros cuatro piratas armados hasta los dientes.

-¡Yáñez, amigo mío! -exclamó Sandokán, precipitándose a su encuentro-. ¡Cuánto he temido por ti!... ¿La has visto? ¡Háblame de ella, hermano mío!... ¡Cuéntame!... ¡Ardo de curiosidad!

-Corres como un crucero -dijo el portugués, riendo-. Como ves, he cumplido mi misión de verdadero inglés, e incluso de un verdadero pariente del bribón del baronet. ¡Qué acogimiento, amigo mío! Nadie ha dudado un solo instante de mí.

-¿Ni siquiera el lord?

-¡OH!... ¡Él menos que nadie! Bástete saber que me aguarda para cenar.

-¿Y Marianna?

-La he visto, y la he encontrado tan hermosa que he tenido que volver la cabeza. Cuando después la he visto llorar...

-¡La has visto llorar!... -gritó Sandokán con un tono que tenía algo de desgarrador-. ¡Dime quién ha sido el que la ha hecho derramar lágrimas! ¡Dímelo, e iré a arrancar el corazón al maldito que ha hecho llorar a esos bellos ojos!

-¿Te has vuelto hidrófobo, Sandokán?... Lloraba por ti.

-¡Ah, sublime criatura! -exclamó el pirata-. Cuéntamelo todo, Yáñez, te lo ruego.

El portugués no se lo hizo repetir y le contó primero lo que había sucedido entre él y el lord y a continuación su conversación con la muchacha.

-El viejo parece decidido a partir -concluyó-, así que ahora puedes estar seguro de que no volverás solo a Mompracem. Pero

sé prudente, hermano, porque hay bastantes soldados en el jardín y tendremos que luchar bien para reducir la escolta. Y además, no me fío mucho de ese viejo. Sería capaz de matar a su sobrina antes que dejársela arrebatar por ti.

-¿Volverás a verla esta noche?

-Desde luego.

-¡Ah!... ¡Si pudiera entrar yo también en la quinta!...

-¡Qué locura!

-¿Cuándo se pondrá en marcha el lord?

-No lo sé todavía, pero creo que esta noche tomará una decisión.

-¿Va a salir esta misma noche?

-Lo supongo.

-¿Cómo poder saberlo con certeza?

-No hay más que un medio. -¿Cuál?

-Manda a uno de nuestros hombres al quiosco chino o al invernadero y que aguarde allí mis órdenes. -¿Hay centinelas diseminados por el jardín? -No los he visto más que en las verjas -respondió

Yáñez.

-¿Y si fuese yo al invernadero?

-No, Sandokán. Tú no debes abandonar este sendero. El lord podría precipitar la marcha, y tu presencia es necesaria aquí para guiar a nuestros hombres. Bien sabes que vales por diez.

-Mandaré a Paranoa. Es hábil, es prudente y llegará al invernadero sin que lo descubran. Apenas se haya puesto el sol, saltará la cerca e irá a esperar tus órdenes. Se quedó un momento silencioso y luego dijo: -¿Y si el lord cambiase de opinión y se quedase en la quinta?

-¡Diablo! ¡Sería un feo asunto!

-¿No podrías abrirnos tú la puerta a medianoche y dejarnos entrar en la quinta? ¿Y por qué no?... Me parece un proyecto factible.

-Y a mí me parece difícil, Sandokán. La guarnición es numerosa, podrían atrincherarse en las habitaciones y oponer una larga resistencia. Y además el lord, si se viera per-

dido, podría dejarse llevar de la ira y disparar su pistola contra la muchacha. No te fíes de ese hombre, Sandokán.

-Es verdad -dijo el Tigre con un suspiro-. ¡Lord James sería capaz de asesinar a la muchacha, antes que dejársela arrebatar por mí! ¿Esperarás?

-Sí, Yáñez. Pero si no se decide a marchar pronto, intentaré un golpe desesperado. No podemos quedarnos mucho tiempo aquí. Es preciso que rapte a la muchacha antes que en Victoria se sepa que estamos aquí y que en Mompracem hay pocos hombres. Temo por mi isla. Si la perdiéramos, ¿qué sería de nosotros?...

Están allí nuestros tesoros.

-Intentaré convencer al lord de que apresure la marcha. Entretanto, manda armar el prao y reunir aquí a toda la tripulación. Hay que romper la escolta de improviso, para impedir que el lord se deje arrastrar a cualquier acto desesperado.

-¿Hay muchos soldados en la quinta?

-Una docena y otros tantos indígenas.

-Entonces la victoria está asegurada.

Yáñez se levantó.

-¿Vuelves? -le preguntó Sandokán.

-No se debe hacer esperar a un capitán que invita a cenar a un sargento -respondió el portugués, sonriendo.

-¡Cuánto te envidio, Yáñez!

-Y no por la cena, ¿eh, Sandokán? Mañana verás a la joven.

-Eso espero -respondió el Tigre con un suspiro-. Adiós, amigo, vete y convéncelo.

-Dentro de dos o tres horas veré a Paranoa.

-Te esperará hasta medianoche.

Se estrecharon la mano y se separaron.

Mientras Sandokán y sus hombres se lanzaban en medio de la espesura, Yáñez encendió un cigarrillo y se encaminó hacia el jardín, avanzando con paso tranquilo, como si en vez de una exploración volviese de un paseo.

Pasó delante del centinela y se puso a pa-

sear por el jardín, pues todavía era demasiado pronto para presentarse al lord.

A la vuelta de un sendero se encontró con lady Marianna, que parecía estar buscándolo.

-¡Ah, milady, qué suerte! -exclamó el portugués, inclinándose.

-Os buscaba -respondió la joven, ofreciéndole la mano.

-¿Tenéis que decirme alguna cosa importante? -Sí, que dentro de cinco horas salimos para Victoria.

-¿Os lo ha dicho el lord?

-Sí.

-Sandokán está preparado, milady: los piratas han sido advertidos y aguardan a la escolta.

-¡Dios mío! -murmuró ella, cubriéndose el rostro con las manos.

-Milady, en estos momentos hay que ser fuertes y resueltos.

-Y mi tío... me aborrecerá y me maldecirá. -Pero Sandokán os hará feliz, la más feliz de las mujeres.

Dos lágrimas descendían lentamente por las rosadas mejillas de la jovencita.

-¿Lloráis? -dijo Yáñez-. ¡Ah, no lloréis, lady Marianna!

-Tengo miedo, Yáñez.

-¿De Sandokán?

-No, del futuro.

-Será alegre, porque Sandokán hará lo que vos queráis. Él está dispuesto a incendiar sus praos, a dispersar sus bandas, a olvidar sus venganzas, a dar un adiós para siempre a su isla y a derribar su poderío. Bastará una sola palabra vuestra para decidirlo.

-Entonces, ¿me ama tan inmensamente? -Con locura, milady.

-¿Pero quién es ese hombre? ¿Por qué tanta san*gre y* tantas venganzas? ¿De dónde ha venido?

-Escuchadme, milady -dijo Yáñez, ofreciéndole el brazo y llevándola por un sendero en sombra-. La mayor parte cree que Sandokán no es más que un vulgar pirata, venido de las selvas de Borneo, ávido de sangre y de

presas, pero se equivocan: él es de estirpe real y no es un pirata, sino un vengador. Tenía veinte años cuando subió al trono de Muluder, un reino situado unto a las costas septentrionales de Borneo. Fuerte como un león, fiero como un héroe de la antigüedad, audaz como un tigre, valiente hasta la locura, poco tiempo después había vencido a todos los pueblos vecinos, extendiendo las propias fronteras hasta el reino de Varauni y el río Koti. Aquellas hazañas fueron fatales para él. Ingleses y holandeses, celosos de aquella nueva potencia que parecía querer subyugar a la isla entera, se aliaron con el sultán de Borneo para aplastar al audaz guerrero. Primero el oro, y las armas más tarde, acabaron por destrozar el nuevo reino. Unos traidores sublevaron a varios pueblos; sicarios mercenarios asesinaron a la madre y a los hermanos de Sandokán; bandas poderosas invadieron el reino en varios lugares, corrompiendo a los jefes, corrompiendo a las tropas, saqueando, descuartizando y cometiendo atro-

cidades inauditas. En vano Sandokán luchó con el furor de la desesperación, abatiendo a los unos y aplastando a los otros. Las traiciones llegaron a su mismo palacio, sus familiares cayeron todos bajo el hierro de los asesinos pagados por los blancos, y él, en una noche de fuego y de estragos, pudo a duras penas salvarse con una pequeña cuadrilla de valientes. Anduvo errante durante varios años por las costas septentrionales de Borneo, unas veces perseguido como una fiera feroz, otras sin víveres, presa de miserias inenarrables, esperando reconquistar su trono perdido y vengar a su familia asesinada, hasta que una noche, desesperado ya de todo y de todos, se embarcó en un prao, jurando guerra atroz a toda la raza blanca y al sultán de Varauni. Desembarcó en Mompracem, consolidó a sus hombres y se dedicó a piratear por el mar. Era fuerte, valiente, intrépido y sediento de venganza. Devastó las costas del sultán, atacó barcos holandeses e ingleses, no dando tregua ni cuartel. Se convirtió

en el terror de los mares, se convirtió en el terrible Tigre de Malasia. Vos ya sabéis el resto.

-¡Entonces es un vengador de su familia! -exclamó Marianna, dejando de llorar.

-Sí, milady, un vengador que llora a menudo a su madre y a sus hermanos y hermanas caídos bajo el hierro de los asesinos; un vengador que jamás cometió acciones infames, que respetó en todo tiempo a los débiles, que trató bien a las mujeres y a los niños, que saquea a sus enemigos no por sed de riqueza, sino para levantar un día un ejército de valientes y reconquistar el reino perdido.

-¡Ah, cuánto bien me han hecho estas palabras, Yáñez! -dijo la joven.

-¿Estáis decidida ahora a seguir al Tigre de Malasia?

-Sí, soy suya porque lo amo, hasta el punto de que sin él la vida sería para mí un martirio.

-Volvamos entonces a casa, milady. Dios

velará por nosotros.

Dos lágrimas descendían lentamente por las rosadas mejillas de la jovencita.

Yáñez condujo a la joven a casa y subieron al comedor. El lord ya estaba allí y se paseaba de un lado a otro con la rigidez de un verdadero inglés nacido en las orillas del Támesis. Estaba sombrío como antes y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

Al ver a Yáñez se detuvo, diciendo:

-¿Estáis aquí? Temía que os hubiera ocurrido alguna desgracia fuera del jardín.

-He querido asegurarme con mis propios ojos de que no hay ningún peligro, milord -respondió Yáñez tranquilamente.

-¿No habéis visto a ninguno de esos perros de Mompracem?

-Ninguno, milord; podemos ir a Victoria con toda seguridad.

d El lord se quedó callado durante unos instantes; luego, volviéndose hacia Marianna, que se había quedado junto a una ventana:

-¿Habéis oído que nos vamos a Victoria? -

le dijo.

-Sí -respondió ella secamente.

-¿Vendréis?

-Sabéis perfectamente que toda resistencia por mi parte sería inútil.

-Creí que tendría que arrastraros a la fuerza.

-¡Señor!

El portugués vio brillar una llama amenazante en los ojos de la joven, pero siguió en silencio, aunque sentía un deseo irresistible de dar un sablazo a aquel viejo.

-¡Bah! -exclamó el lord con mayor ironía-. ¿Acaso ya no amáis a ese héroe de cuchillo, pues consentís en venir a Victoria? ¡Recibid mis parabienes, señora!

-¡No sigáis! -exclamó la joven con un tono que hizo temblar al mismo lord.

Estuvieron algunos instantes en silencio, mirándose el uno al otro como dos fieras que se provocan antes de destrozarse mutuamente.

-O cedes o te despedazaré -dijo el lord con

voz furibunda-. Antes que te conviertas en la mujer de ese perro que se llama Sandokán, te mataré.

-Hacedlo -dijo ella, acercándose con aire amenazador.

-¿Quieres hacerme una escena? Sería inútil. Sabes perfectamente que soy inflexible. Vete a hacer tus preparativos para la marcha.

La joven se había detenido. Intercambió con Yáñez una rápida mirada y luego salió de la habitación, cerrando violentamente la puerta.

-Ya la habéis visto -dijo el lord, volviéndose hacia Yáñez-. Cree poder desafiarme, pero se equivoca. ¡Vive Dios que la despedazaré!

Yáñez, en vez de responder, se secó unas gotas de sudor frío que le perlaban la frente y cruzó los brazos para no ceder a la tentación de echar mano al sable. Habría dado la mitad de su sangre por deshacerse de aquel terrible viejo, al que ahora sabía capaz de todo.

El lord paseó por la habitación durante unos minutos, y después indicó a Yáñez que

se sentara a la mesa.

La cena transcurrió en silencio. El lord apenas tocó la comida; en cambio el portugués hizo mucho honor a los diversos platos, como hombre que no sabe cuándo podrá volver a comer.

Apenas habían terminado, cuando entró un cabo. -¿Me ha mandado llamar vuestra excelencia? -preguntó.

-Di a los soldados que estén preparados para la marcha.

-¿A qué hora?

-Saldremos de la quinta a medianoche. -¿A caballo?

-Sí, y asegúrate de que todos cambian la carga a los fusiles.

-Su excelencia será servido.

-¿Iremos todos, milord? -preguntó Yáñez. -No dejaré aquí más que cuatro hombres. -¿Es numerosa la escolta?

-Se compondrá de doce soldados de plena confianza y de diez indígenas.

-Con tales fuerzas no tenemos nada que

temer.

-Vos no conocéis a los piratas de Mompracem, joven. Sí nos encontrásemos con ellos, no sé de quién sería la victoria.

-¿Me permitís, milord, bajar al jardín? -¿Qué vais a hacer?

-Vigilar los preparativos de los soldados.

-Andad, joven.

El portugués salió y bajó rápidamente la escalera, murmurando: «Espero llegar a tiempo para avisar a Paranoa. Sandokán va a preparar una bonita emboscada».

Pasó delante de los soldados sin detenerse y, orientándose lo mejor que pudo, tomó una senda que debía conducirlo a las inmediaciones del invernadero. Cinco minutos después se encontraba en medio del bosquecillo de plátanos, allí donde había hecho prisionero al soldado inglés.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no había sido seguido, luego se acercó al invernadero y empujó la puerta..

De pronto vio una sombra negra endere-

zarse ante él, mientras una mano le apuntaba al pecho con una pistola.

-Soy yo, Paranoa -dijo. -¡Ah! Vos, patrón Yáñez.

-Vete enseguida, sin parar, y avisa a Sandokán que dentro de unas horas abandonaremos la quinta. -¿Dónde tenemos que esperaros? -En el sendero que conduce a Victoria. -¿Seréis muchos?

-Unos veinte.

-Voy enseguida. Hasta la vista, señor Yáñez.

El malayo se lanzó al sendero, desapareciendo en medio de la oscura sombra de las plantas.

Cuando Yáñez regresó a la casa, el lord bajaba la escalera. Se había ceñido el sable y llevaba una carabina en bandolera.

La escolta estaba lista para partir. Se componía de veintidós hombres, doce blancos y diez indígenas, todos armados hasta los dientes.

Un grupo de caballos piafaba junto a la

verja del jardín.

-¿Dónde está mi sobrina? -preguntó el lord. -Ahí está -respondió el sargento que mandaba la escolta.

En efecto, lady Marianna bajaba en aquel momento la escalinata.

Iba vestida de amazona, con una chaquetilla de terciopelo azul y un largo vestido del mismo tejido, traje y color que hacían resaltar doblemente su palidez y la belleza de su rostro. En la cabeza llevaba un elegante gorro adornado de plumas, inclinado sobre sus dorados cabellos.

El portugués, que la observaba atentamente, vio temblar dos lágrimas bajo sus párpados y una viva ansiedad profundamente pintada en su rostro.

Ya no era la enérgica muchacha, de unas horas antes, que había hablado con tanto fuego y tanta ferocidad. La idea de un rapto en aquellas condiciones, la idea de tener que abandonar para siempre a su tío, el único familiar que le quedaba, que no la quería, era

cierto, pero que había tenido con ella tantas atenciones en su juventud, la idea de tener que abandonar para siempre aquellos lugares para arrojarse a un porvenir oscuro, incierto, en los brazos de un hombre que se llamaba el Tigre de Malasia, parecía aterrarla.

Cuando subió al caballo, no pudo reprimir las lágrimas, que le cayeron abundantemente, y algunos sollozos le levantaron el seno.

Yáñez dirigió su caballo hacia el de ella y le dijo: -Ánimo, milady; el porvenir será risueño para la Perla de Labuán.

A una orden del lord el grupo se puso en marcha, saliendo del jardín y tomando el sendero que conducía a la emboscada.

Seis soldados abrían la marcha con las carabinas en la mano y los ojos fijos en los lados del sendero, para no ser sorprendidos; seguían el lord, después Yáñez y la joven lady, flanqueados por otros cuatro soldados, y trás los otros, en grupo cerrado, con las armas apoyadas delante de la silla.

A pesar de las noticias traídas por Yáñez,

todos desconfiaban y escudriñaban con profunda atención las selvas circundantes. El lord parecía no preocuparse de ello, pero de cuando en cuando se volvía lanzando a Marianna una mirada en la que se leía una grave amenaza. Se comprendía que aquel hombre estaba dispuesto a matar a su sobrina a la primera tentativa por parte de los piratas del Tigre.

Afortunadamente Yáñez, que no lo perdía de vista, se había dado cuenta de sus siniestras intenciones y estaba preparado para proteger a la adorable muchacha.

Habían recorrido, en el más profundo silencio, cerca de dos kilómetros, cuando a la derecha del sendero se oyó de improviso un ligero silbido.

Yáñez, que ya estaba esperando el ataque de un momento a otro, desenvainó el sable y se colocó entre el lord y lady Marianna.

-¿Qué hacéis? -preguntó el lord, que se había vuelto bruscamente.

-¿No habéis oído? -preguntó Yáñez.

-¿Un silbido?

-Sí.

-¿Y qué?

-Eso quiere decir, milord, que estamos cercados por mis amigos -dijo Yáñez fríamente.

-¡Ah, traidor! -aulló el lord, sacando su sable y lanzándose contra el portugués.

-¡Demasiado tarde, señor! -gritó éste, arrojándose delante de Marianna.

En efecto, en aquel mismo momento dos descargas mortíferas salieron de los dos lados del sendero, arrojando a tierra a cuatro hombres y siete caballos; luego treinta hombres, treinta cachorros de Mompracem, se precipitaron fuera del bosque, dando gritos indescriptibles y cargando furiosamente contra el grupo. Sandokán, que los guiaba, se dirigió en medio de los caballo; detrás de los cuales se habían reunido rápidamente lo hombres de la escolta, y abatió de un gran cimitarras(al primer hombre que se le puso por delante.

El lord lanzó un verdadero rugido. Con una

pisto la en la izquierda y el sable en la derecha se dirigió hacia Marianna, que se había agarrado a las crines de su cabalgadura. Pero Yáñez había saltado ya a tierra. Cogió a la joven, la levantó de la silla y, estrechándola contra su pecho con sus robustos brazos, intentó pasar entre los soldados y los indígenas, que se defendían con el furor que infunde la desesperación, atrincherados detrás de sus caballos.

-¡Paso! ¡Paso! -gritó, intentando dominar con su voz el estruendo de la mosquetería y el chocar furioso de las armas.

Pero ninguno se preocupaba de él, a excepción del lord, que se preparaba para atacarlo. Para mayor desgracia, o quizá por suerte, la joven se había desvanecido entre sus brazos.

La depositó detrás de un caballo muerto, mientras el lord, pálido de furor, hacía fuego contra él.

De un salto Yáñez evitó la bala, y después, esgrimiendo el sable, gritó:

-Aguarda un poco, viejo lobo de mar, que te voy a hacer probar la punta de mi acero.

-¡Te mataré, traidor! -respondió el lord.

Se lanzaron el uno contra el otro, Yáñez resuelto a sacrificarse para salvar a la joven, y lord Guillonk decidido a todo para arrancársela al Tigre de Malasia. Mientras intercambiaban tremendas cuchilladas con encarnizamiento sin igual, ingleses y piratas combatían con igual furor, intentando rechazarse mutuamente.

Los primeros, reducidos a un puñado de hombres, pero fuertemente atrincherados detrás de los caballos que habían caído, se defendían animosamente, ayudados por los indígenas, que meneaban ciegamente las manos, confundiendo sus gritos salvajes con los gritos tremendos de los cachorros. Daban tajos y cuchilladas, hacían voltear los fusiles utilizándolos como mazas, retrocedían o avanzaban, pero se mantenían firmes.

Sandokán, con la cimitarra en la mano, intentaba en vano derribar aquella muralla

humana para ayudar al portugués, que se afanaba por rechazar los vertiginosos ataques del lobo de mar. Rugía como una fiera, hendía cabezas y destrozaba pechos, se metía como un loco entre las puntas de las bayonetas, arrastrando consigo a su terrible banda, que agitaba las hachas ensangrentadas y los pesados sables de abordaje.

La resistencia de los ingleses, sin embargo, ya no podía durar mucho. El Tigre, arrastrando otra vez a sus hombres al ataque, logró finalmente rechazar a los defensores, que se replegaron confusamente unos sobre otros.

-¡Resiste, Yáñez! -tronó Sandokán, descargando una tempestad de cimitarrazos contra el enemigo, que intentaba cerrarle el paso-. Aguanta, que voy a reunirme contigo.

Pero precisamente en aquel momento el sable del portugués se partió por la mitad. Se encontró desarmado, con la muchacha desvanecida todavía y el lord delante de él.

-¡Auxilio, Sandokán! -gritó.

Lord Guillonk se precipitó encima lanzando un grito de triunfo, pero Yáñez no se asustó. Se echó rápidamente a un lado evitando el sable -y luego golpeó al lord con la cabeza, arrojándolo al suelo.

No obstante, cayeron ambos y empezaron a luchar, intentando estrangularse, rodando entre los muertos y los heridos.

-John -dijo el lord, viendo caer a un soldado pocos pasos con el rostro partido de una cuchillada ¡Mata a lady Marianna! ¡Te lo ordeno!

El soldado, haciendo un esfuerzo desesperado, s, irguió sobre las rodillas con la daga en la mano, dispuesto a obedecer, pero no tuvo tiempo.

Los ingleses, oprimidos por el número, caían uno a uno bajo las hachas de los piratas y el Tigre estaba allí, a dos pasos.

De un empujón irresistible derribó a los hombres que aún quedaban en pie, saltó sobre el soldado que ya había alzado el arma y lo mató de un cimitarrazo.

-¡Mía, mía, mía! --exclamó el pirata, tomando a la joven y estrechándola contra su pecho.

Saltó fuera de aquella mezcolanza y huyó a la selva vecina, mientras sus hombres acababan con los últimos ingleses.

Lord Guillonk, arrojado por Yáñez contra el tronco de un árbol, se quedó solo y semidescalabrado en medio de los cadáveres que cubrían el sendero.

24
La mujer del Tigre

La noche era magnífica. La Luna, ese astro de las noches serenas, lucía en un cielo sin nubes, proyectando su pálida luz de un azul transparente, de una infinita dulzura, sobre las oscuras y misteriosas selvas, sobre las murmurantes aguas del riachuelo, y reflejándose con vago temblor sobre las olas del am-

plio mar de Malasia.

Un suave vientecillo, cargado de las exhalaciones perfumadas de las grandes plantas, agitaba con leve susurro las frondas y, recorriendo la plácida marina, moría en los lejanos horizontes del oeste.

Todo era silencio, todo era misterio y paz.

Sólo de cuando en cuando, más allá de la resaca que se rompía con monótono murmullo en las desiertas arenas de la playa, más allá del gemido de la brisa, que parecía un triste lamento, se oía resonar un sollozo sobre el puente del prao corsario.

El veloz velero había dejado ya la desembocadura del río y huía raudo hacia occidente, dejando atrás Labuán, que poco a poco iba confundiéndose con las tinieblas.

Sólo tres personas velaban sobre el puente: Yáñez, taciturno, triste, sombrío, sentado a popa con una mano sobre la caña del timón; Sandokán y la muchacha de los cabellos de oro, sentados a proa a la sombra de las grandes velas, acariciados por la brisa

nocturna.

El pirata apretaba contra su pecho a la bella fugitiva y le limpiaba las lágrimas que brillaban en sus pestañas.

-Escucha, amor mío -decía-. No llores, yo te haré feliz, inmensamente feliz, y seré tuyo, todo tuyo. Nos iremos lejos de estas islas, sepultaremos mi cruel pasado y no volveremos a oír hablar de piratas, ni de mi salvaje Mompracem. Mi gloria, mi poderío, mis sangrientas venganzas, mi temido nombre, todo lo olvidaré por ti, porque quiero convertirme en otro hombre. Óyeme, adorada muchacha: hasta hoy fui el temido pirata de Mompracem, hasta hoy fui asesino, fui cruel, fui feroz, fui terrible, fui Tigre... pero no volveré a serlo. Frenaré los impulsos de mi naturaleza salvaje, sacrificaré mi poderío, abandonaré este mar que un día estaba orgulloso de llamar mío y la terrible banda que hizo mi triste celebridad. No llores, Marianna, el futuro que nos espera no será oscuro, sino risueño, todo felicidad. Nos iremos lejos, tanto que no vol-

veremos jamás a oír hablar de nuestras islas, que nos han visto crecer, vivir, amar y sufrir; perderemos patria, amigos, parientes... pero ¿qué importa? Te daré una nueva isla, más alegre, más risueña, donde no oiré ya el rugido de los cañones, donde no volveré a ver las noches que me enloquecen en torno a ese cortejo de víctimas inmoladas por mí y que siempre me gritan: ¡asesino! No, no volveré a ver nada de todo esto y podré repetirte de la mañana a la noche esas divinas palabras que para mí lo son todo: ¡te amo y soy tu marido! ¡OH! Repíteme también tú estas dulces palabras, que nunca oí resonar en mis oídos durante mi borrascosa vida.

La jovencita se abandonó en los brazos del pirata, repitiendo entre sollozos:

-¡Te amo, Sandokán, te amo como jamás ninguna mujer amó sobre la tierra!

Sandokán la estrechó contra su pecho, y sus labios besaron los dorados cabellos de ella y su nívea frente.

-Ahora que eres mía, ¡ay de quien te to-

que! -prosiguió el pirata-. Hoy estamos en este mar, pero mañana estaremos seguros en mi inaccesible nido, donde nadie tendrá la osadía de venir a atacarnos; luego, cuando haya desaparecido todo peligro, iremos donde tú quieras, mi adorada muchacha.

-Sí -murmuró Marianna-, nos iremos lejos, tanto que no volvamos a oír hablar de nuestras islas.

Emitió un profundo suspiro, que parecía un gemido, y se desvaneció entre los brazos de Sandokán. Casi en el mismo instante una voz dijo:

-Hermano, ¡el enemigo nos sigue!

El pirata se volvió, estrechando a su prometida con- - tra su pecho, y se encontró frente a Yáñez, que le señalaba un punto luminoso que corría por el mar.

-¿El enemigo? -preguntó Sandokán con las facciones alteradas.

-Acabo de ver esa luz: viene de oriente. Quizá sea

una nave que nos sigue la pista, ansiosa

de reconquistar la presa que le hemos arrebatado al lord.

-¡Pero nosotros la defenderemos, Yáñez! -exclamó Sandokán-. ¡Ay de quien intente impedirnos el paso, ay de ellos! Ante los ojos de Marianna seré capaz de luchar contra el mundo entero.

Miró atentamente el farol señalado y se sacó del costado la cimitarra.

Marianna volvía entonces en sí. Al ver al pirata con el arma en la mano, lanzó un ligero grito de terror.

-¿Por qué has desenvainado el arma, Sandokán?-preguntó palideciendo.

El pirata la miró con suprema ternura y vaciló, pero luego, llevándola dulcemente a popa, le mostró el farol.

-No, amor mío, es una nave que nos sigue, es un ojo que escudriña ávidamente el mar, buscándonos. -¡Dios mío! ¿Entonces nos siguen?

-Es probable, pero encontrarán balas y metralla para diez de ellos.

-¿Y si te mataran?

-¡Matarme! -exclamó él enderezándose, mientras un relámpago soberbio le brillaba en los ojos-. ¡Todavía me siento invulnerable!

El crucero, porque debía de serlo, ya no era una simple sombra. Sus mástiles se destacaban ahora netamente sobre el fondo claro del cielo, y se veía alzarse una gruesa columna de humo, en medio de la cual volaban miríadas de chispas.

Su proa cortaba rápidamente las aguas, que centelleaban a la luz del astro nocturno, y el viento llevaba hasta el prao el fragor de las ruedas que mordían las olas.

-¡Ven, ven, maldito de Dios! -exclamó Sandokán, desafiándolo con la cimitarra, mientras con el otro brazo ceñía a la muchacha-. Ven a medirte con el Tigre, di a tus cañones que rujan, lanza a tus hombres al abordaje: ¡te desafío!

Después, volviéndose hacia Marianna, la cual miraba ansiosamente el barco enemigo que ganaba terreno:

-Ven, amor mío -le dijo-. Te conduciré a tu nido, donde estarás al abrigo de los golpes de esos hombres que hasta ayer eran tus compatriotas y que hoy son tus enemigos.

Se detuvo un instante, fijando una mirada torva en el piróscafo que forzaba las máquinas, y luego condujo a Marianna al camarote.

Era una habitacioncita amueblada con elegancia, un verdadero nido. Las paredes desaparecían bajo un espeso tejido oriental y el pavimento estaba cubierto de blandas alfombras indias. Los muebles, ricos, bellísimos, de caoba y de ébano incrustados de madreperlas, ocupaban los ángulos, mientras del techo pendía una gran lámpara dorada.

-Aquí no te alcanzarán los tiros, Marianna -dijo Sandokán-. Las planchas de hierro que cubren la proa de mi barco bastarán para detenerlos.

-¿Y tú, Sandokán?

-Yo vuelvo a subir al puente para dar órdenes. Mi presencia es necesaria para dirigir la batalla, si el crucero nos ataca.

-¿Y si te hiere una bala?

-No tengas miedo, Marianna. A la primera descarga, lanzaré entre las ruedas del barco enemigo tal granada, que se detendrá para siempre.

-Temo por ti.

-La muerte tiene miedo del Tigre de Malasia -respondió el pirata con suprema ferocidad.

-¿Y si esos hombres llegasen al abordaje?...

-No los temo, niña mía. Mis hombres son todos valientes, son auténticos tigres, dispuestos a morir por su jefe y por ti. ¡Que vengan, pues, tus compatriotas al abordaje!... Los exterminaremos y los arrojaremos al mar.

-Te creo, mi valiente campeón; y sin embargo tengo miedo. Ellos te odian, Sandokán, y por prenderte serían capaces de intentar cualquier locura. Guárdate de ellos, mi valiente amigo, porque han jurado matarte.

-¡Matarme!... -exclamó Sandokán, casi con

desprecio-. ¡Matar ellos al Tigre de Malasia!... Que lo intenten si se atreven. Me parece haberme vuelto ahora tan fuerte, que pararía con mis manos las balas de su artillería. No, no temas por mí, niña mía. Voy a castigar al insolente que viene a desafiarme, y luego volveré contigo.

-Entretanto rezaré por ti, mi valeroso Sandokán.

El pirata la miró durante algunos instantes con profunda admiración, le tomó la cabeza entre las manos y le rozó los cabellos con los labios.

-Y ahora -dijo después, levantándose fieramente-, ¡a nosotros dos, maldito buque, que vienes a turbar mi felicidad!...

-Protégelo, Dios mío -murmuró la jovencita, cayendo de rodillas.

La tripulación del prao, despertada al grito de alarma de Yáñez y al primer cañonazo, había subido precipitadamente a cubierta, dispuesta a luchar.

Al divisar el barco a tan breve distancia,

los piratas se lanzaron con bravura sobre los cañones y las espingardas para responder a la provocación del crucero.

Los artilleros habían encendido ya las mechas y estaban a punto de aproximarlas a las piezas, cuando apareció Sandokán. Al verlo aparecer sobre el puente, un gritó unánime se elevó entre los cachorros:

-¡Viva el Tigre!

-¡Fuera de aquí! -gritó Sandokán, rechazando a los artilleros-. ¡Me basto yo solo para castigar a ese insolente! ¡El maldito no irá a Labuán a contar que ha cañoneado la bandera de Mompracem!

Dicho esto, fue a colocarse a popa, apoyando un pie sobre la culata de uno de los dos cañones.

Aquel hombre parecía haberse convertido de nuevo en el terrible Tigre de Malasia de otros tiempos. Sus ojos brillaban como carbones encendidos y sus facciones tenían una expresión de tremenda ferocidad. Se comprendía que una rabia terrible ardía en su

pecho.

-Me desafías -dijo-. ¡Ven y te enseñaré a mi mujer!... Ella está bajo mi protección, defendida por mi cimitarra y mis cañones. Ven a quitármela, si eres capaz de ello. ¡Los tigres de Mompracem te esperan!

Se volvió hacia Paranoa, que estaba cerca de él, sujetando la caña del timón, y le dijo:

-Manda diez hombres a la bodega y que suban a cubierta el mortero que hice embarcar.

Un instante después, diez piratas izaban fatigosamente sobre el puente un gran mortero, sujetándolo con algunos cabos junto al palo maestro.

Un artillero lo cargó con una bomba de ocho pulgadas y de veintiún kilos de peso, que, al estallar, lanzaría sus buenos veintiocho cascotes de hierro.

-Ahora esperemos al alba -dijo Sandokán-. Quiero enseñarte, barco maldito, mi bandera y mi mujer.

Subió a la amura de popa y se sentó, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el crucero.

-¿Pero qué intentas? -le preguntó Yáñez-. Dentro de poco el piróscafo estará a tiro y abrirá fuego contra nosotros.

-Tanto peor para él.

-Esperemos entonces, ya que así lo quieres.

El portugués no se había equivocado. Diez minutos después, a pesar de que el prao devoraba el camino, el crucero se encontraba a sólo dos mil metros. De pronto, un relámpago brilló a proa del barco y una fuerte detonación sacudió los estratos del aire, pero no se oyó el silbido agudo de la bala.

-¡Ah! -exclamó Sandokán, sonriendo burlonamente-. ¿Me invitas a detenerme y preguntas por mi bandera? Yáñez, iza el estandarte de la piratería. La luna es espléndida y con los catalejos la verán.

El portugués obedeció.

El piróscafo, que parecía estar sólo espe-

rando una señal, redobló su carrera, y al llegar a mil metros disparó un cañonazo, pero éste no de pólvora, porque el proyectil pasó silbando por encima del prao.

Sandokán no se movió, ni pestañeó siquiera. Sus hombres se colocaron en sus puestos de combate, pero no respondieron a la amenaza.

El buque continuó avanzando, pero más lentamente, con prudencia. Aquel silencio debía de preocuparlo, y no poco, pues bien sabía que los barcos corsarios van siempre armados y tripulados por hombres resueltos.

A ochocientos metros lanzó un segundo proyectil, el cual, mal dirigido, rebotó en el mar después de haber pasado rasando la coraza de popa del pequeño barco.

Una tercera bala pasaba poco después por la cubierta del prao horadando las dos velas maestras y el trinquete mientras una cuarta se hacía añicos contra uno de los dos cañones de popa, lanzando un fragmento hasta la amura sobre la que estaba sentado Sando-

kán.

Éste se irguió con un gesto soberbio y, extendiendo la mano derecha hacia el barco enemigo, gritó con voz amenazadora:

-¡Tira, tira, nave maldita! ¡No te temo! Cuando puedas verme, te destrozaré las ruedas y detendré tu vuelo.

Otros dos relámpagos brillaron sobre la proa del piróscafo, seguidos de dos agudas detonaciones. Una bala fue a estrellarse contra la parte de la amura de popa a sólo dos pasos de Sandokán, mientras la otra acertaba limpiamente a la cabeza de un hombre que estaba atando una escota en el pequeño alcázar de proa.

Un alarido de furor se alzó entre la tripulación.

-¡Tigre de Malasia! ¡Venganza!

Sandokán se volvió hacia sus hombres, lanzando sobre ellos una mirada irritada.

-¡Silencio! -tronó-. Aquí mando yo.

-El barco no economiza sus balas, Sandokán -dijo Yáñez.

-Déjale que tire.

-¿A qué vas a esperar?

-Al alba.

-Es una locura, Sandokán. ¿Y si te da una bala?

-¡Soy invulnerable! -gritó el Tigre de Malasia-. Mira: ¡desafío el fuego de ese barco!

De un salto se lanzó sobre la amura de popa, agarrándose al asta de la bandera.

Yáñez experimentó un escalofrío de espanto.

La luna estaba alta sobre el horizonte y, desde el puente del barco enemigo, con un buen catalejo se podía distinguir a aquel temerario, que así se exponía a los cañonazos.

-¡Baja, Sandokán! -gritó Yáñez-. Vas a conseguir que te maten.

Una sonrisa despectiva fue la respuesta de aquel hombre formidable.

-¡Piensa en Marianna! -insistió Yáñez.

-Ella sabe que no tengo miedo. Silencio. ¡A vuestros puestos!

Habría sido más fácil detener al piróscafo

en su carrera que convencer a Sandokán de que abandonase aquel puesto.

Yáñez, que conocía la tenacidad de su compañero, renunció a una segunda tentativa y se retiró detrás de uno de los dos cañones.

El crucero, después de aquel cañoneo casi infructuoso, había suspendido el fuego. Su capitán quería sin duda ganar más terreno para no desperdiciar inútilmente las municiones.

Durante un cuarto de hora los dos barcos continuaron su carrera; luego, a quinientos metros, se reemprendió el cañoneo con mayor furia.

Las balas caían en gran número alrededor del pequeño velero y no siempre iban perdidas. Algún proyectil pasaba silbando a través del velamen, cortando alguna cuerda o desmochando las extremidades de los palos, y algún otro rebotaba o se estrellaba contra las planchas metálicas.

Una bala incluso atravesó el puente, de refilón, rozando el palo maestro. Si hubiera

pasado a unos centímetros más a la derecha, el velero habría sido detenido en su carrera.

Sandokán, a pesar de aquella peligrosa granizada, no se movía. Miraba fríamente la nave enemiga, que forzaba sus máquinas para ganar terreno, y sonreía irónicamente cada vez que una bala pasaba silbándole los oídos.

Pero hubo un momento en que Yáñez lo vio levantarse de golpe e inclinarse como si fuera a lanzarse hacia el mortero; mas luego volvió a su puesto murmurando:

-¡Aún no! ¡Quiero que veas a mi mujer!

Durante otros diez minutos el vapor bombardeó al pequeño velero, que no hacía ninguna maniobra para hurtarse a aquella granizada de fuego; luego las detonaciones fueron espaciándose poco a poco, hasta que cesaron del todo.

Mirando atentamente a la arboladura del barco enemigo, Sandokán vio ondear una gran bandera blanca.

-¡Ah! -exclamó aquel hombre formidable-.

¡Me invitas a rendirme! ¡Yáñez!

-¿Qué quieres, hermanito?

-Iza mi bandera.

-¿Estás loco? Esos bribones reemprenderán el cañoneo. Ya que han parado, déjalos tranquilos. -Quiero que el crucero sepa que quien guía este prao es el Tigre de Malasia.

-Y te saludará con una granizada de granadas.

-El viento comienza a hacerse más fresco, Yáñez. Dentro de diez minutos estaremos fuera del alcance de sus tiros.

-Sea, pues.

A una señal del pirata, ató la bandera a la driza de popa y la izó hasta la punta del palo maestro.

Un golpe de viento la agitó y a la límpida luz de la luna mostró su color sanguinolento.

-¡Tira ahora! ¡Tira! -gritó Sandokán, tendiendo el puño hacia el barco enemigo-. ¡Haz tronar tus cañones, arma a tus hombres, llena tus calderas de carbón, te espero! ¡Quiero enseñarte mi conquista a los relámpagos de

mi artillería!

Dos cañonazos fueron la respuesta. La tripulación del crucero había descubierto ya la bandera de los tigres de Mompracem y reemprendía con mayor vigor el cañoneo.

El crucero precipitaba la marcha, para alcanzar el velero y, si fuera necesario, llegar al abordaje.

Su chimenea humeaba como un volcán y las ruedas mordían fragorosamente las aguas. Cuando cesaban las detonaciones, se oían hasta los sordos rugidos de la máquina.

Sin embargo su tripulación iba a convencerse bien pronto de que no era fácil competir con un velero preparado como prao. Al aumentar el viento, el pequeño barco, que hasta entonces no había podido alcanzar los diez nudos, adquirió una andadura más rápida. Sus inmensas velas, hinchadas como dos globos, ejercían sobre el barco una fuerza extraordinaria.

Ya no corría: volaba sobre las tranquilas aguas del mar, rozándolas apenas. En algu-

nos momentos incluso parecía que se levantaba y que su casco ni siquiera tocaba el agua.

El crucero disparaba furiosamente, pero ahora todas sus balas caían en la estela del prao.

Sandokán no se había movido. Sentado junto a su roja bandera, espiaba atentamente el cielo. Parecía que no se preocupaba siquiera del buque que intentaba darle caza con tanto encarnizamiento.

El portugués, que no captaba la idea que tenía Sandokán, se le acercó y le dijo:

-Entonces, ¿qué quieres hacer, hermanito mío? Dentro de una hora estaremos muy lejos de ese barco, si el viento no cesa.

-Espera un poco todavía, Yáñez -respondió Sandokán-. Mira allá, a oriente: las estrellas comienzan a palidecer, y por el cielo empiezan a difundirse ya las primeras claridades del alba.

-¿Quieres arrastrar ese crucero hasta Mompracem para abordarlo después?

-No tengo esa intención.

-No te comprendo.

-Apenas el alba permita a la tripulación de ese barco verme bien, castigaré a ese insolente.

-Eres un artillero harto hábil para tener que esperar a la luz del sol. El mortero está listo. -Quiero que vean quién disparará la pieza. -Quizá lo saben ya.

-Es cierto, quizá lo sospechan, pero no me basta. Quiero enseñarles también a la mujer del Tigre de Malasia.

-¿Marianna?...

-Sí, Yáñez.

-¡Qué locura!

-Así sabrán en Labuán que el Tigre de Malasia ha osado violar las costas de la isla y enfrentarse con los soldados que velaban por lord Guillonk.

-En Victoria no ignorarán ya la arriesgada expedición que has llevado a buen término.

-No importa. ¿Está listo el mortero? -Ya está cargado, Sandokán.

-Dentro de unos minutos castigaremos a ese curioso. Destrozaré una de sus ruedas, ya lo verás.

Mientras así hablaban, una pálida luz, que iba tiñéndose rápidamente de reflejos rosáceos, continuaba difundiéndose por el cielo. La luna iba cayendo sobre el mar, mientras los astros empalidecían. Unos pocos minutos más y habría salido el sol.

El barco de guerra estaba ahora cerca de mil quinientos metros de distancia. Seguía forzando las máquinas, pero perdía terreno a cada minuto. El veloz prao ganaba rápidamente, al aumentar el viento con el despuntar del alba.

-Hermanito mío -dijo al poco rato Yáñez-. Da ya un buen golpe al crucero.

-Haz recoger las tercerolas de la vela maestra y del trinquete -ordenó Sandokán-. Cuando esté a quinientos metros, daré fuego al mortero.

Yáñez dio enseguida la orden. Diez piratas treparon por los flechastes, arriaron las dos

velas y realizaron rápidamente la maniobra. Reducido el velamen, el prao comenzó a disminuir la marcha.

El crucero, al darse cuenta de ello, reemprendió el cañoneo, aunque estaba aún lejos para obtener buen resultado.

Hizo falta todavía una buena media hora para que llegase a la distancia deseada por Sandokán.

Ya comenzaban a caer las balas sobre el puente del prao, cuando el Tigre, lanzándose bruscamente abajo desde la amura, se colocó detrás del mortero. Un rayo de sol se había levantado sobre el mar, iluminando las velas del prao.

-¡Y ahora me toca a mí! -gritó Sandokán con una extraña sonrisa-. ¡Pon el barco de través al viento!

Un instante después el pequeño velero se ponía de través al viento, quedándose casi al pairo.

Sandokán pidió a Paranoa una mecha que ya tenía encendida y se inclinó sobre la pieza,

calculando la distancia con la mirada.

El barco de guerra, al ver que el velero se detenía, aprovechaba para intentar alcanzarlo. Avanzaba con creciente rapidez, echando humo y resoplando, alternando los tiros de granada con proyectiles cargados. Los cascotes de metralla saltaban por la cubierta, horadando las velas y cortando las cuerdas, resbalando sobre las planchas de hierro, chirriando y deteriorando los maderos. ¡Ay si aquella lluvia hubiese durado sólo diez minutos más!

Sandokán, siempre impasible, continuaba mirando. -¡Fuego! -gritó de pronto, dando un salto hacia atrás.

Se inclinó sobre la humeante pieza, conteniendo la respiración, con los labios apretados y los ojos fijos ante sí, como si quisiera seguir la invisible trayectoria del proyectil.

Pocos instantes después una segunda detonación retumbaba en el mar.

La granada había estallado entre los radios de los tambores de babor, haciendo saltar

con inusitada violencia toda la ferretería de la rueda y las palas.

El piróscafo, gravemente alcanzado, se inclinó sobre el flanco deteriorado, y luego se puso a girar sobre sí mismo bajo el impulso de la otra rueda, que todavía seguía mordiendo las aguas.

-¡Viva el Tigre! -gritaron los piratas, lanzándose hacia los cañones.

-¡Marianna! ¡Marianna! -exclamó Sandokán, mientras el piróscafo, volcado sobre el flanco destrozado, embarcaba agua a toneladas.

La joven apareció en el puente a su llamada. Sandokán la tomó entre los brazos, la levantó hasta la amura y, mostrándosela a la tripulación del piróscafo, tronó:

-¡Aquí tenéis a mi mujer!

Después, mientras los piratas descargaban sobre el buque un huracán de metralla, el prao viró de bordo, alejándose rápidamente hacia el oeste.

25
Hacia Mompracem

Castigado el barco enemigo, que había tenido que pararse para reparar los gravísimos daños causados por la granada tan diestramente lanzada por Sandokán, el prao, cubierto por sus inmensas velas, se alejó enseguida, con la velocidad característica de este género de barcos, que desafían a los más rápidos clípers[49] de la marina de los dos mundos.

Marianna, abatida por tantas emociones, se había retirado nuevamente al elegante camarote, e incluso buena parte de la tripulación había abandonado la cubierta, pues ya no estaba el barco amenazado por ningún peligro, al menos por el momento.

Yáñez y Sandokán, empero, no habían

---

[49] Buque de vela fino y ligero

abandonado el puente. Sentados en el coronamiento de popa, conversaban entre sí, mirando de cuando en cuando hacia el este, donde se descubría todavía un sutil penacho de humo.

-Ese piróscafo tendrá mucho que hacer para arrastrarse hasta Victoria -decía Yáñez-. La bomba lo ha deteriorado tan gravemente que le imposibilita para cualquier intento de persecución. ¿Crees tú que nos lo habrá mandado detrás lord Guillonk?

-No, Yáñez -respondió Sandokán-. Al lord le habría faltado tiempo para llegar a Victoria y advertir al gobernador de lo sucedido. De todos modos ese barco nos buscaba desde hace varios días. A estas horas debía de saberse ya en la isla que nosotros habíamos desembarcado.

-¿Crees que el lord nos dejará tranquilos?

-Lo dudo mucho, Yáñez. Conozco a ese hombre *y* sé lo tenaz *y* vengativo que es. Tenemos que esperar, y no tardando mucho, un formidable ataque.

-¿Vendrá a atacarnos a nuestra isla?

-Estoy seguro de ello, Yáñez. Lord James goza de mucha influencia y además sé que es muy rico.. Así que le será fácil fletar todos los barcos que haya disponibles, enrolar marineros y conseguir ayuda del gobernador. Dentro de poco veremos aparecer ante Mompracem una flotilla, ya lo verás.

-¿Y qué haremos?

-Daremos nuestra última batalla.

-¿La última?... ¿Por qué hablas así, Sandokán?

-Porque Mompracem perderá después a sus jefes -dijo el Tigre de Malasia con un suspiro-. Mi carrera está a punto de terminar, Yáñez. Este mar, escenario de mis hazañas, no volverá a ver los praos del Tigre surcando sus olas.

-¡Ah, Sandokán!

-Qué quieres, Yáñez: así estaba escrito. El amor de la muchacha de los cabellos de oro tenía que apagar al pirata de Mompracem. Es triste, inmensamente triste, mi buen Yáñez,

tener que decir adiós y para siempre a estos lugares y tener que perder la fama y el poder, y sin embargo tendré que resignarme. ¡No más batallas, no más tronar de artillerías, no más cascos humeantes hundiéndose en los báratros[50] de este mar, no más temibles abordajes! ¡Ah!... Siento que mi corazón sangra, Yáñez, pensando que el Tigre morirá para siempre y que este mar y mi isla misma vendrán a ser de otros.

-¿Y nuestros hombres?

-Ellos seguirán el ejemplo de su jefe, si quieren, y darán también su adiós a Mompracem -declaró Sandokán con voz triste.

-Y nuestra isla, después de tanto esplendor, ¿tendrá que quedar desierta, como estaba antes de su aparición.

-Así será.

-¡Pobre Mompracem!... -exclamó Yáñez

---

[50] Infierno, abismo. Es un cultismo latino, procedente del griego *bárathron*

con profundo dolor-. ¡Yo que la amaba ya como si fuera mi patria, mi tierra natal!

-¿Crees que yo no la amo? ¿Crees que no se me encoge el corazón al pensar que quizá no volveré a verla jamás, que quizá no volveré a surcar jamás con mis praos este mar que llamaba mío? Si pudiera llorar, verías cuántas lágrimas bañarían mis mejillas. En fin, así lo ha querido el destino. Resignémonos, Yáñez, y no pensemos más en el pasado.

-Y sin embargo, no puedo resignarme, Sandokán. ¡Ver desaparecer de un solo golpe nuestro poder que nos había costado inmensos sacrificios, tremendas batallas y ríos de sangre!

-La fatalidad así lo quiere -dijo Sandokán con voz sorda.

-O, mejor, el amor de la muchacha de los cabellos de oro -replicó Yáñez-. Sin esa mujer, el rugido del Tigre de Malasia llegaría aún poderoso hasta Labuán y haría temblar, durante largos años todavía, a los ingleses e incluso al sultán de Varauni.

-Es verdad, amigo mío -dijo Sandokán-. Ha sido la muchacha quien ha dado el golpe mortal a Mompracem. Si no la hubiera visto nunca, quién sabe durante cuántos años todavía nuestras banderas habrían recorrido triunfantes este mar. Pero ahora es demasiado tarde para romper estas cadenas que ha echado sobre mí. Si hubiera sido otra mujer, al pensar en la ruina de nuestro poderío, habría huido de ella o habría vuelto a llevarla a Labuán..., pero siento que despedazaría para siempre mi existencia, si no pudiera volver a verla. La pasión que arde en mi pecho es demasiado gigantesca para poder ser sofocada. ¡Ah!... ¡Si ella lo quisiera!... ¡Si ella no sintiese horror por nuestro oficio y no tuviese miedo de la sangre y del estruendo de la artillería!... ¡Cómo haría brillar a su, lado el astro de Mompracem!... Podría darle un trono, aquí o en las costas de Borneo, pero en cambio... En fin, que se cumpla nuestro destino. Iremos a Mompracem a dar la última batalla, y después abandonaremos la isla y

nos haremos a la mar.

-¿Hacia dónde, Sandokán?

-Lo ignoro, Yáñez. Iremos donde ella quiera, muy lejos de estos mares y de estas tierras, tanto que no podamos volver a oír hablar de ellas. Si tuviera que quedarme aquí cerca, no sé si a la larga sabría resistir la tentación de volver a Mompracem.

-Bien, así sea: vamos a emprender la última batalla, y después nos iremos también lejos -dijo Yáñez con acento resignado-. Pero la lucha será tremenda, Sandokán. Lord Guillonk nos atacará a la desesperada.

-Encontrará inexpugnable la madriguera del Tigre. Hasta ahora nadie ha sido tan osado como para violar las costas de mi isla, y ni siquiera él las tocará. Espera que hayamos llegado y verás los trabajos que emprenderemos para no dejarnos saquear por la flotilla que mandará contra nosotros. Haremos del poblado una fortaleza tan firme que podrá resistir al más terrible bombardeo. El Tigre aún no ha sido domado aún muy fuerte

y provocará espanto entre las filas rugirá aún -¿Y si fuéramos oprimidos por la superioridad numérica? Ya sabes, Sandokán, que los holandeses se han aliado con los ingleses en la represión de la piratería. Podrían unirse las dos flotas para dar el golpe mortal a Mompracem.

-Si me viera vencido, prendería fuego a nuestros polvorines y .saltaríamos, junto con nuestro pueblo y nuestros praos. No podría resignarme a la pérdida de la muchacha. Antes que vérmela arrebatar, prefiero mi muerte y la suya.

-Esperemos que eso no suceda, Sandokán.

El Tigre de Malasia inclinó la cabeza sobre el pecho y suspiró; luego, tras unos instantes de silencio, dijo:

-Y, sin embargo, tengo un triste presentimiento.

-¿Cuál? -preguntó Yáñez con ansiedad.

Sandokán no respondió. Abandonó al portugués y se apoyó sobre la amura de proa, ofreciendo su rostro ardiente a la brisa.

Estaba inquieto: profundas arrugas surcaban su frente y de cuando en cuando se le escapaban suspiros de los labios.

-¡Fatalidad!... Y todo por esa criatura celestial murmuró-. ¡Por ella tendré que perderlo todo, todo, hasta este mar que llamaba mío y que consideraba como sangre de mis venas! ¡Pasará a ser de ellos, de esos hombres contra los que he combatido durante doce años, sin tregua, sin descanso, de esos hombres que me precipitaron al fango desde las gradas de un trono, que mataron a mi madre, a mis hermanos, a mis hermanas!... ¡Ah! Te lamentas -continuó mirando al mar, que borbollaba delante de la proa del veloz barco-. Gimes, no quieres llegar a ser de esos hombres, no quieres volver a estar tranquilo como antes de que yo llegara aquí. ¿Pero crees que yo no sufro también? Si fuera capaz de llorar, brotarían de estos ojos no pocas lágrimas. En fin, ¿de qué sirve lamentarse ahora? Esa divina muchacha me compensará de tantas pérdidas.

Se llevó las manos a la frente, como si quisiera atra par los pensamientos que le bullían en el ardiente cerebro, y luego se enderezó y bajó a paso lento al camarote.

Se detuvo, al oír hablar a Marianna.

-No, no -decía la joven con voz acongojada-. Dejadme, ya no os pertenezco a vos... Soy del Tigre de Malasia... ¿Por qué queréis separarme de él?... ¡Fuera ese William, lo odio, fuera, fuera!

-Sueña -murmuró Sandokán-. Duerme segura, muchacha; aquí no corres ningún peligro. Yo vigilo, y para arrancarte de mis manos tendrían que pasar sobre mi cadáver.

Abrió la puerta del camarote y miró. Marianna dormía, respirando fatigosamente, y agitaba los brazos como si intentase alejar una visión. El pirata la contempló unos instantes con indefinible dulzura, luego se retiró sin hacer ruido y entró en su propio camarote.

A la mañana siguiente, el prao, que había navegado todo el día y toda la noche a una

velocidad considerable, se encontraba a sólo sesenta millas de Mompracem.

Ya todos se consideraban a cubierto, cuando el portugués, que vigilaba con gran atención, descubrió una sutil columna de humo que parecía dirigirse hacia el este.

-¡OH! -exclamó-. ¿Otro crucero a la vista? Que yo sepa, no hay volcanes en este espacio de mar.

Se armó de un catalejo y trepó hasta la cima del palo maestro, mirando con profunda atención aquel humo que ahora se había aproximado considerablemente. Cuando volvió a bajar, su semblante estaba ensombrecido.

-¿Qué pasa, Yáñez? -preguntó Sandokán, que había regresado a cubierta.

-Acabo de descubrir una cañonera, hermano mío. -No es gran problema.

-Ya sé que no se arriesgará a atacarnos, pues esos barcos habitualmente van armados con un solo cañón, pero estoy inquieto por otro motivo.

-¿Qué quieres decir?

-Ese barco viene del este[51]' y quizá de Mompracem.

-¡OH!...

-No quisiera que durante nuestra ausencia una flota enemiga hubiera bombardeado nuestro nido. .

-¿Mompracem bombardeada? -preguntó una voz argentina detrás de ellos.

Sandokan se volvió y se encontró delante de Marianna.

-¡Ah, eres tu, amiga mía! -exclamó-. Creí que estabas durmiendo todavía.

-Acabo de levantarme ahora mismo. ¿Pero de qué habláis? ¿Acaso nos amenaza un nuevo peligro?

-No, Marianna -respondió Sandokán-. Pero

---

[51] Así en el original, aunque evidentemente es una errata: debe venir del oeste pues hace un momento ha dicho que se dirigía hacia el este. Por lo demás, líneas más abajo dice que «vienen de occidente».

nos hemos inquietado al ver una cañonera que viene de occidente, o sea, de la parte de' Mompracem.

¿Temes que haya cañoneado tu pueblo?

-Sí, pero no sólo eso; una descarga de nuestros cañones sería suficiente para hundirla.

-¡Ah! -exclamó Yáñez, dando dos pasos adelante.

-¿Qué ves?

-La cañonera nos ha descubierto y está dando una bordada, dirigiéndose hacia nosotros.

-Vendrá a espiarnos -dijo Sandokán.

En efecto, el pirata no se había equivocado. La cañonera, una de las más pequeñas, de una capacidad de unas cien toneladas, armada con un solo cañón situado en la plataforma de popa, se acercó hasta unos mil metros, después dio una bordada, pero no se alejó del todo porque seguía viéndose su penacho de humo a una decena de millas hacia el este.

Los piratas no se preocupaban por eso, sabiendo perfectamente que aquel pequeño barco no se atrevería a lanzarse contra el prao, cuyas piezas de artillería eran tan numerosas que hubieran tenido a raya a cuatro como él.

Hacia el mediodía un pirata, que había subido al palo del trinquete para colocar un cable, distinguió Mompracem, el temido refugio del Tigre de Malasia.

Yáñez y Sandokán respiraron, creyéndose ya seguros, y se precipitaron hacia proa, seguidos de Marianna.

Allá, donde el cielo se confundía con el mar, se descubría una larga franja todavía de color indeciso, pero que poco a poco iba volviéndose verdeante.

-¡Deprisa, deprisa! -exclamó Sandokán, que estaba poseído de una viva ansiedad.

-¿Qué temes? -preguntó Marianna.

-No sé, pero el corazón me dice que allí ha ocurrido algo. ¿Nos sigue todavía la cañonera?

-Sí, veo el penacho de humo hacia el este -respondió Yáñez.

-Mala señal.

-Eso temo también yo, Sandokán. -¿No ves nada?

Yáñez apuntó el catalejo y miró con profunda atención durante unos minutos.

-Veo unos praos anclados en la bahía. -Esperemos -murmuró.

El prao, empujado por un buen viento, al cabo de una hora llegó a pocas millas de la isla y se dirigió hacia la bahía que se abría delante del pueblecito. Muy pronto llegó tan cerca que permitía distinguir perfectamente las fortificaciones, los mercados y las cabañas.

Sobre el gran acantilado, en el vértice del extenso edificio que servía de morada al Tigre, se veía ondear la gran bandera de la piratería, pero el pueblo ya no era tan floreciente como cuando lo habían dejado y los praos no eran tan numerosos.

Los bastiones aparecían gravemente dete-

riorados, se veían muchas cabañas medio abrasadas y faltaban varios barcos.

-¡Ah! -exclamó Sandokán, oprimiéndose el pecho-. Lo que sospechaba ha sucedido: el enemigo ha atacado mi refugio.

-Es verdad -murmuró Yáñez, con el rostro sombrío.

-Pobre amigo mío -dijo Marianna, conmovida por el dolor que se reflejaba en el rostro de Sandokán-. Mis compatriotas se han aprovechado de tu ausencia.

-Sí -respondió el Tigre sacudiendo tristemente la cabeza-. ¡Mi isla, un día temida e inaccesible, ha sido violada, y mi fama se ha oscurecido para siempre!

26
La reina de Mompracem

Desgraciadamente Mompracem, la isla considerada tan formidable que espantaba a los más valientes con sólo verla, no sólo

había sido violada, sino que había estado a punto de caer en manos de los enemigos.

Los ingleses, probablemente informados de la partida de Sandokán, seguros de encontrar una guarnición débil, se habían lanzado de improviso contra la isla, bombardeando sus fortificaciones, echando a pique varios barcos e incendiando parte del poblado. Habían llevado su audacia hasta el extremo de desembarcar tropas para intentar adueñarse de ella, pero el valor de Giro-Batol y de sus cachorros había triunfado finalmente, y los enemigos se habían visto obligados a retirarse, también porque temían verse sorprendidos por la espalda por los praos de Sandokán, que creían no muy lejos.

Había sido una victoria, es cierto, pero la isla había estado a punto de caer en manos de los enemigos.

Cuando Sandokán y sus hombres desembarcaron, los piratas de Mompracem, reducidos a la mitad, se precipitaron a su encuentro con grandes vivas, pidiendo venganza contra

los invasores.

-¡Vamos a Labuán, Tigre de Malasia! -gritaban-. ¡Vamos a devolverles las balas que han lanzado contra nosotros!

-Capitán -dijo Giro-Batol, adelantándose-. Hemos hecho lo posible por abordar a la escuadra que nos asaltó, pero no lo conseguimos. Conducidnos a Labuán y destruiremos la isla hasta el último árbol, hasta el último matojo.

Sandokán, en vez de responder, tomó a Marianna y la condujo ante sus hordas.

-¡Es la patria de ella -dijo-, la patria de mi mujer!

Los piratas, al ver a la joven, que hasta entonces había permanecido detrás de Yáñez, dieron un grito de sorpresa y admiración.

-¡La Perla de Labuán! ¡Viva la Perla!... -exclamaron, cayendo de rodillas ante ella.

-Su patria es sagrada para mí -dijo Sandokán-, pero dentro de poco tendréis ocasión de devolver a nuestros enemigos las balas que lanzaron sobre estas costas.

-¿Vamos a ser atacados? -preguntaron todos.

-El enemigo no está lejos, mis valientes; podéis descubrir su vanguardia en aquella cañonera que está dando vueltas osadamente junto a nuestras costas. Los ingleses tienen fuertes motivos para atacarme: quieren vengar a los hombres que matamos bajo las selvas de Labuán y arrancarme a esta joven. Estad preparados, que el momento quizá no esté lejano.

-Tigre de Malasia -dijo un jefe adelantándose-. Nadie, mientras quede uno de nosotros vivo, vendrá a robar a la Perla de Labuán, ahora que la protege la bandera de la piratería. Ordenad: ¡estamos dispuestos a dar toda nuestra sangre por ella!

Sandokán, profundamente conmovido, miró a aquellos valientes que aclamaban las palabras del jefe y que, después de haber perdido a tantos compañeros, todavía ofrecían su vida para salvar a la que había sido la causa principal de sus desventuras.

-Gracias, amigos -dijo con voz ahogada.

Se pasó varias veces una mano por la frente, dio un profundo suspiro, echó su brazo sobre la joven, que estaba no menos conmovida, y se alejó con la cabeza inclinada sobre el pecho.

-Está acabado -murmuró Yáñez con voz triste.

Sandokán y su compañera subieron la estrecha escalinata que conducía a la cima del acantilado, seguidos por las miradas de todos los piratas, que los observaban con una mezcla de admiración y pesadumbre, y, se detuvieron delante de la gran cabaña.

-Ésta es tu casa -dijo él entrando-. Era la mía; es un feo nido donde se desarrollaron a veces sombríos dramas... Es indigno de hospedar a la Perla de Labuán, pero es seguro, inaccesible al enemigo, que nunca podrá penetrar aquí. Si hubieras llegado a ser reina de Mompracem, lo habrías embellecido, hubieras hecho de él un palacio... En fin, ¿para qué hablar de cosas imposibles? Aquí todo ha

muerto o está a punto de morir.

Sandokán se llevó las manos al corazón y su rostro se alteró dolorosamente. Marianna le echó los brazos al cuello.

-Sandokán, tú sufres, me estás escondiendo tus penas.

-No, alma mía, estoy conmovido, pero nada más. ¿Qué quieres? Al encontrar mi isla violada, mis bandas diezmadas, y al pensar que dentro de poco tendré que perder...

-Sandokán, entonces lloras por tu pasado poder y sufres ante la idea de tener que perder tu isla. Óyeme, héroe mío, ¿quieres que me quede en esta isla entre tus cachorros, que empuñe también yo la cimitarra y que combata a tu lado? ¿Lo quieres?

-¡Tú, tú! -exclamó él-. No, no quiero que te conviertas en una mujer semejante. Sería una monstruosidad obligarte a permanecer aquí, ensordecerte con el retumbar de la artillería y con los combatientes y exponerte a un peligro continuo. Dos felicidades serían demasiado y yo no quiero.

-¿Entonces me amas más que a tu isla, a tus hombres, a tu fama?

-Sí, alma celestial. Esta noche reuniré a mis tropas y les diré que nosotros, después de haber combatido la última batalla, arriaremos para siempre nuestra bandera y abandonaremos Mompracem.

-¿Y qué dirán tus cachorros ante tal proposición? Me odiarán, al saber que soy yo la causa de la ruina de Mompracem.

-Nadie se atreverá a alzar la voz contra ti. Todavía soy el Tigre de Malasia, el Tigre que los ha hecho temblar siempre con un solo gesto. Y además, me quieren demasiado para no obedecerme. En fin, dejemos que se cumpla nuestro destino.

Ahogó un suspiro, y luego dijo con un amargo lamento:

-Tu amor me hará olvidar mi pasado y quizá también Mompracem.

Depositó un beso sobre los rubios cabellos de la muchacha y llamó después a dos malayos que estaban al lado de la casa.

-Ésta es vuestra ama -les dijo, indicando a la joven-. Obedecedla como a mí mismo.

Dicho esto, tras haber intercambiado con Marianna una larga mirada, salió con rápidos pasos y se dirigió a la playa.

La cañonera seguía humeando a la vista de la isla, dirigiéndose unas veces hacia el norte y otras hacia el sur. Parecía que intentaba descubrir alguna cosa, probablemente alguna otra cañonera o crucero procedente de Labuán.

Entretanto los piratas, previendo un ya no lejano ataque, trabajaban febrilmente bajo la dirección de Yáñez, reforzando los bastiones, cavando fosos y levantando terraplenes y estacadas.

Sandokán se acercó al portugués, que estaba desarmando las piezas de artillería de los praos para guarnecer un potente reducto, construido justamente en el centro del poblado.

-¿No ha aparecido ninguna nave? -le preguntó.

-No -respondió Yáñez-, pero la cañonera no abandona nuestras aguas y eso es una mala señal. Si el viento fuera lo suficientemente fuerte como para aventajar a su máquina, la atacaría con mucho placer.

-Hay que tomar medidas para poner a cubierto nuestras riquezas y, en caso de una derrota, prepararnos la retirada.

-¿Temes no poder hacer frente a los atacantes? -Tengo siniestros presentimientos, Yáñez; siento que estoy a punto de perder esta isla.

-¡Bah! Hoy o dentro de un mes tanto da, desde el momento en que has decidido abandonarla. ¿Lo saben ya nuestros piratas?

-No, pero esta noche conduciré a todas las bandas a mi cabaña y allí se enterarán de mi decisión.

-Será un duro golpe para ellos, hermano.

-Lo sé, pero, si quieren continuar por su cuenta con la piratería, yo no se lo impediré.

-Ni pensarlo, Sandokán. Ninguno abandonará al Tigre de Malasia y todos te seguirán

adonde quieras.

-Lo sé, me quieren demasiado estos valientes. Trabajemos, Yáñez, hagamos nuestra fortaleza, si no inconquistable, al menos formidable.

Llegaron hasta donde estaban sus hombres, que trabajaban con encarnizamiento sin igual, levantando nuevos terraplenes y nuevas trincheras, plantando enormes empalizadas que pertrechaban de espingardas, acumulando inmensas pirámides de balas y de granadas, protegiendo la artillería con barricadas de troncos de árbol, de peñascos y de planchas de hierro que habían arrancado a los navíos saqueados en sus numerosas correrías.

Por la tarde la fortaleza presentaba un aspecto imponente y podía decirse inexpugnable.

Aquellos ciento cincuenta hombres -pues se habían quedado reducidos a tan pocos después del ataque de la escuadra y de la pérdida de las dos tripulaciones que habían

seguido a Sandokán hacia Labuán, de las que no se había tenido ninguna noticia- habían trabajado como quinientos.

Caída la noche, Sandokán hizo embarcar sus riquezas en un gran prao y lo envió, junto con otros dos, a las costas occidentales, para hacerse a la mar si la fuga llegara a hacerse necesaria.

A medianoche Yáñez, con los jefes y todas las cuadrillas, subía a la gran cabaña donde lo esperaba Sandokán.

Una sala, lo suficientemente amplia como para contener doscientas personas o más, había sido arreglada con un lujo insólito. Grandes lámparas doradas derramaban torrentes de luz, haciendo centellear el oro y la plata de los tapices y de las alfombras y la madreperla que adornaba los ricos muebles de estilo indio.

j Sandokán se había vestido su traje de gala, de raso rojo, y el turbante verde adornado con un penacho cuando de brillantes. Llevaba a la cintura los dos *kriss,* insignia del

jefe supremo, y una espléndida cimitarra con la vaina de plata y la empuñadura de oro.

Marianna, en cambio, llevaba un vestido de terciopelo negro pespunteado en plata, fruto de quién sabe qué saqueo, que dejaba al descubierto sus brazos y sus hombros, sobre los que caían como una lluvia de oro sus magníficos cabellos rubios. Ricos brazaletes, adornos de perlas de inestimable valor, y una diadema de brillantes que despedían rayos de luz, la hacían más bella, más fascinante todavía.

Los piratas, al verla, no pudieron contener un grito de admiración ante aquella soberbia criatura, a la que miraban como una divinidad.

-Amigos míos, mis fieles cachorros -dijo Sandokán, llamando a su alrededor a la formidable banda-. Os he reunido aquí para decidir la suerte de mi Mompracem. Vosotros me habéis visto luchar durante muchos años sin descanso y sin piedad contra esa execrable raza que asesinó a mi familia, que me

arrebató una patria, que desde las gradas de un trono me precipitó a traición en el polvo y que ahora está pensando en destruir a la raza malaya; vosotros me habéis visto luchar como un tigre, rechazando siempre a los invasores que amenazaban nuestra salvaje isla; pero ya se acabó. El destino quiere que me detenga, y así será. Siento que mi misión vengadora ha terminado ya; siento que ya no sé rugir ni combatir como en otro tiempo, siento que tengo necesidad de descanso. Combatiré aún una última batalla contra el enemigo, que quizá venga mañana a atacarnos; luego diré adiós a Mompracem *y* me iré a vivir lejos con esta mujer que amo *y* que se convertirá en mi esposa. ¿Queréis continuar vosotros las hazañas del Tigre? Os dejo mis barcos y mis cañones y, si preferís seguirme a mi nueva patria, seguiré considerándoos como mis hijos.

Los piratas, que parecían aterrados ante aquella revelación inesperada, no respondieron, pero se vio que aquellos rostros, enne-

grecidos por la pólvora de los cañones y por los vientos del mar, se bañaban en lágrimas.
-¡Lloráis! -exclamó Sandokán con voz alterada por la emoción-. ¡Ah, sí, os comprendo, mis valientes!
¿Pero creéis que yo no sufro también ante la idea de no volver a ver quizá nunca mi isla, mi mar, de perder mi poderío, de entrar en la oscuridad después de haber brillado tanto, después de haber adquirido tanta fama, aun que fuera terrible, siniestra? La fatalidad lo ha querido así, doblegó al jefe, y ya sólo pertenezco a la Perla de Labuán.

-¡Capitán, mi capitán! -exclamó Giro-Batol, que lloraba como un niño-. Quedaos aún entre nosotros, no abandonéis nuestra isla. Nosotros la defenderemos contra todos, levantaremos a los hombres; nosotros, si así lo queréis, destruiremos Labuán, Varauni y Sarawak para que nadie pueda volver a amenazar la felicidad de la Perla de Labuán.

-¡Milady! -exclamó Paranoa-. Quedaos también vos; nosotros os defenderemos co-

ntra todos, haremos con nuestros cuerpos un escudo contra los golpes del enemigo y, si queréis, conquistaremos un reino para daros un trono.

Hubo una explosión de auténtico delirio entre todos los piratas. Los más jóvenes suplicaban, los más viejos lloraban.

-¡Quedaos, milady! ¡Quedaos en Mompracem! -gritaban todos, agolpándose delante de la joven.

De pronto ésta se adelantó hacia la banda, pidiendo silencio con un gesto.

-Sandokán -dijo con voz que no temblaba-. Si yo te dijese: renuncia a tus venganzas y a la piratería, y si rompiese para siempre el débil vínculo que me liga a mis compatriotas y adoptase por patria esta isla, ¿aceptarías tú?

-Tú, Marianna, ¿quieres quedarte en mi isla?

-¿Lo quieres tú?

-Sí, y yo te juro que no volveré a tomar las armas más que en defensa de mi tierra.

-Pues entonces, que sea mi patria Mompracem: ¡me quedo aquí!

Cien armas se alzaron y se cruzaron sobre el pecho de la joven, que había caído en los brazos de Sandokán, mientras los piratas gritaban a una voz:

-¡Viva la reina de Mompracem! ¡Ay de quien se atreva a tocarla!...

27
El bombardeo de Mompracem

A la mañana siguiente parecía que el delirio se había adueñado de los piratas de Mompracem. No eran hombres, sino titanes que trabajaban con energía sobrehumana para fortificar aún más su isla, que ya no querían abandonar, puesto que la Perla de Labuán había jurado quedarse allí.

Se afanaban en torno a las baterías, cavaban nuevas trincheras, golpeaban furiosamente los acantilados para desprender bloques que debían reforzar los reductos, relle-

naban los gaviones que habían dispuesto delante de los cañones, abatían árboles para levantar nuevas empalizadas, construían nuevos bastiones que fortificaban con las piezas de artillería traídas de los praos, cavaban trampas, preparaban minas, llenaban los fosos de montones de espinas y plantaban en el fondo puntas de hierro envenenadas con el jugo del *upas;* fundían balas, reforzaban los polvorines, afilaban las armas.

La reina de Mompracem, hermosa, fascinante, centelleante de oro y perlas, estaba allí para animarlos con su voz y con sus sonrisas.

Sandokán estaba a la cabeza de todos y trabajaba con una actividad febril que parecía una auténtica locura. Corría donde su intervención era necesaria, ayudaba a sus hombres a disponer las obras de defensa en todos los puntos, valiosamente ayudado por Yáñez, que parecía haber perdido su calma habitual.

La cañonera, que seguía navegando a la vista de la isla, espiando sus trabajos, basta-

ba para estimular a los piratas, convencidos ahora de que aguardaba una poderosa escuadra para bombardear la fortaleza del Tigre.

Hacia el mediodía llegaron al poblado varios piratas que habían marchado la tarde anterior con los tres praos, y las noticias que trajeron no eran inquietantes. Una cañonera que parecía española había aparecido por la mañana en dirección al este, pero no se había presentado ningún enemigo en las costas occidentales.

-Temo un gran ataque -dijo Sandokán a Yáñez-. Ya verás cómo los ingleses no vienen solos a atacarnos.

-¿Se habrán aliado con los españoles o con los holandeses?

-Sí, Yáñez, y el corazón me dice que no me equivoco.

-Encontrarán pan para sus dientes. Nuestro poblado se ha hecho inexpugnable.

-Es posible, Yáñez, pero no desesperemos. De todos modos, en caso de derrota los praos

están listos para hacerse a la mar.

Volvieron a ponerse al trabajo, mientras algunos piratas inspeccionaban los pueblecitos indígenas diseminados por el interior de la isla, para reclutar a los hombres más capaces.

Por la tarde el poblado estaba preparado para sostener la lucha y presentaba una cerca de fortificaciones realmente imponente.

Tres líneas de bastiones, a cuál más robusto, cubrían enteramente el poblado, extendiéndose en forma de semicírculo.

Empalizadas y amplios fosos hacían la escalada de aquel fortín poco menos que imposible.

Cuarenta y seis cañones de calibre 12, de 18 y algunos de 24, colocados sobre el gran reducto central, una 1 media docena de morteros y sesenta espingardas defendían la plaza, prontos a vomitar balas, granadas y metralla sobre las naves enemigas.

Durante la noche, Sandokán mandó desar-

bolar los praos *y* vaciarlos de todo lo que contenían, *y* después los hundió en la bahía para que el enemigo no pudiera ' adueñarse de ellos o los destruyese, y mandó varias canoas al mar para vigilar la cañonera, pero ésta no se movió.

Al alba, Sandokán, Marianna y Yáñez, que llevaban algunas horas durmiendo en la gran cabaña, fueron bruscamente despertados por agudos clamores.

-¡El enemigo! ¡El enemigo! -gritaban en el poblado.

Se precipitaron fuera de la cabaña y se colocaron en el borde del gigantesco acantilado.

El enemigo estaba allí, a seis o siete millas de la isla, y avanzaba lentamente en orden de batalla. Al verlo, una profunda arruga surcó la frente de Sandokán, mientras el rostro de Yáñez se ensombrecía.

-Esto es una verdadera flota -murmuró éste-. ¿Dónde han podido reunir tantas fuerzas esos perros de ingleses?

-Es una liga que mandan los de Labuán

contra nosotros -dijo Sandokán-. Mira, hay naves inglesas, holandesas, españolas y hasta praos de ese canalla del sultán de Varauni, pirata cuando quiere, y que está celoso de mi poderío.

Era justamente la verdad. La escuadra atacante se componía de tres cruceros de gran tonelaje, que ostentaban la bandera inglesa, dos corbetas holandesas poderosamente armadas, cuatro cañoneras y un balandro español y ocho praos del sultán de Varauni. Podrían disponer entre todos de ciento cincuenta o ciento sesenta cañones y de mil quinientos hombres.

-¡Son muchos, por Júpiter! -exclamó Yáñez-. Pero nosotros somos valientes y nuestra fortaleza es resistente.

-¿Vencerás, Sandokán? -preguntó Marianna con voz estremecida.

-Esperemos, amor mío -respondió el pirata-. Mis hombres son audaces.

-Tengo miedo, Sandokán.

-¿De qué?

-De que pueda matarte una bala.

-Mi buen genio, que durante tantos años me ha protegido, no va a abandonarme hoy que combato por ti. Ven, Marianna, los minutos son preciosos.

Bajaron la escalinata y se dirigieron al poblado, donde los piratas ya habían tomado posiciones detrás de los cañones, dispuestos a emprender con gran coraje la titánica lucha. Doscientos indígenas, hombres que sabían, si no resistir un ataque, al menos disparar arcabuzazos e incluso cañonazos -maniobra que habían aprendido con facilidad bajo sus maestros-, habían llegado ya y se habían colocado en los puntos que les habían asignado los jefes de la piratería.

-Bueno -dijo Yáñez-. Seremos trescientos cincuenta para sostener el choque.

Sandokán llamó a seis de sus más valerosos hombres y les confió a Marianna para que la condujeran a lo más espeso de los bosques para no exponerla al peligro.

-Vete, amada mía -le dijo, estrechándola

contra su corazón-. Si venzo, seguirás siendo la reina de Mompracem, y, si la fatalidad me hacer perder, levantaremos el vuelo e iremos a buscar la felicidad a otras tierras.

-¡Ah, Sandokán! ¡Tengo miedo! -exclamó la joven llorando.

-No temas, volveré a ti, amada mía. Las balas respetarán al Tigre de Malasia, incluso en esta batalla. La besó en la frente y después huyó hacia los bastiones, tronando

-¡Ánimo, mis cachorros: el Tigre está con vosotros! El enemigo es fuerte, pero nosotros somos todavía los tigres de la salvaje Mompracem.

Un solo grito le respondió

¯¡Viva Sandokán! ¡Viva nuestra reina!

La flota enemiga se había detenido a seis millas de la isla y varias embarcaciones se separaban de las naves, conduciendo aquí y allá a numerosos oficiales. En el crucero que había enarbolado la insignia de mando estaba celebrándose sin duda consejo.

A las diez, las naves y los praos, siempre

dispuestos

en orden de batalla, se movieron hacia la bahía.

-¡Tigres de Mompracem! -gritó Sandokán, que se mantenía erguido sobre el gran reducto central, detrás de un cañón del veinticuatro-. ¡Recordad que estáis defendiendo a la Perla de Labuán y que esos hombres que vienen a atacarnos son los que asesinaron a nuestros compañeros en las costas de Labuán!

¯¡Venganza! ¡Sangre! -gritaron los piratas.

Un cañonazo partió en aquel momento de la cañonera que llevaba dos días espiando la isla, y por una extraña casualidad la bala abatió la bandera de la piratería, que ondeaba sobre el bastión central.

Sandokán se sobresaltó y en su rostro se dibujó un vivo dolor.

¯¡Vencerás, flota enemiga! -exclamó con voz triste--. ¡El corazón me lo dice!

La flota se iba aproximando, manteniéndose sobre una línea cuyo centro estaba ocupa-

do por los cruceros, y las alas por los praos del sultán de Varauni.

Sandokán dejó que se aproximaran hasta una distancia de mil pasos; luego, levantando la cimitarra, tronó:

EL BOMBARDEO DE MOMPRACEM

-¡A nuestras piezas, mis cachorros! ¡No os entretengo más: barredme el mar, los bastiones, los terraplenes! ¡Fuego!...

A la orden del Tigre, los reductos, los bastiones, los terraplenes ardieron en toda la línea, formando una sola detonación capaz de ser oída hasta en las Romades. Pareció que el poblado entero había saltado por los aires, y la tierra tembló hasta el mar. Nubes densísimas de humo envolvieron las baterías, agigantándose bajo nuevos disparos que se sucedían furiosamente y extendiéndose a derecha e izquierda, donde disparaban las espingardas.

La escuadra, a pesar de haber sido bastante maltratada por aquella formidable descar-

ga, no tardó mucho en responder.

Los cruceros, las corbetas, las cañoneras y los praos se cubrieron de humo, inundando las obras de defensa de balas y granadas, mientras un gran número de hábiles tiradores abría un vivo fuego de mosquetería, que, si resultaba ineficaz contra los bastiones, molestaba, y no poco, a los artilleros de Mompracem.

No se desperdiciaba un tiro ni de una parte ni de otra, se competía en celeridad y precisión, estando todos resueltos a exterminarse mutuamente, si desde lejos al principio, luego de cerca.

La flota tenía la supremacía de las bocas de fuego y de los hombres y tenía la ventaja de moverse y dispersarse, dividiendo los fuegos del enemigo, pero a pesar de ello no ganaba terreno.

Era hermoso ver a aquel pequeño poblado, defendido por un puñado de valientes, que se encendía por todas partes, devolviendo golpe por golpe, vomitando torrentes de balas *y* de

granadas *y* huracanes de metralla que se estrellaban contra los flancos de las naves, destrozando las jarcias y despanzurrando las tripulaciones.

Tenía hierro para todos, rugía más fuerte que todos los cañones de la flota, castigaba a los fanfarrones que venían a desafiarlos a pocos centenares de metros de aquellas formidables costas, hacía retroceder a los más osados que intentaban desembarcar a los soldados, y en tres millas a la redonda hacía saltar las aguas del mar.

Sandokán, en medio de sus valerosas bandas, con los ojos en llamas, erguido detrás de un grueso cañón del 24 que soltaba de su humeante garganta enormes proyectiles, seguía tronando sin desfallecer:

-¡Fuego, mis valientes! ¡Barredme el mar, destripadme esas naves que vienen a arrebatarnos a nuestra reina!

Su voz no caía en vano. Los piratas, conservando una admirable sangre fría, entre aquella espesa lluvia de balas que desgarraba

las empalizadas, que horadaba los terraplenes, que derribaba los bastiones, apuntaban intrépidamente la artillería, animándose con tremendos griteríos.

Un prao del sultán fue incendiado y saltó en pedazos, cuando intentaba, con una insolente bravuconería, desembarcar a los pies del gran acantilado. Sus pecios llegaron hasta las primeras empalizadas del poblado, y los siete u ocho hombres que habían escapado a la explosión fueron fulminados por un chaparrón de metralla.

Una cañonera española, que intentaba aproximarse para desembarcar a sus soldados, quedó completamente desarbolada y fue a embarrancar delante del poblado al explotar su máquina. No se salvó ni uno de sus hombres.

-¡Venid a desembarcar! -tronó Sandokán-. Venid a enfrentaros con los tigres de Mompracem si os atrevéis. ¡Sois muchachos y nosotros gigantes!

Estaba claro que, mientras los bastiones se

mantuvieran firmes y la pólvora no faltase, ninguna nave conseguiría acercarse a las costas de la terrible isla.

Desgraciadamente para los piratas, hacia las tres de la tarde, cuando la flota, horriblemente malparada, estaba ya a punto de retirarse, llegó a las aguas de la isla una inesperada ayuda, que fue acogida con estrepitosos burras por parte de las tripulaciones.

Eran otros dos cruceros ingleses y una gran corbeta holandesa, seguidos a corta distancia por un bergantín de vela, provistos de numerosas piezas de artillería.

Sandokán y Yáñez, al ver aquellos nuevos enemigos, palidecieron. Comprendieron que la caída de la fortaleza era ya cuestión de horas, y sin embargo no perdieron el ánimo y dirigieron parte de sus cañones contra aquellos nuevos navíos.

La escuadra así reforzada recobró nuevos ánimos, aproximándose a la plaza y batiendo furiosamente las obras de defensa, ya gravemente deterioradas.

Las granadas caían a centenares delante de los terraplenes, de los bastiones, de los reductos y sobre el poblado, provocando violentas explosiones que destruían las obras, destrozando las empalizadas, e introduciéndose a través de las hendiduras.

Al cabo de una hora la primera línea de los bastiones no era ya más que un montón de ruinas.

Dieciséis cañones habían quedado inservibles y una docena de espingardas yacía entre los escombros y entre un montón de cadáveres.

Sandokán intentó un último golpe. Dirigió el fuego de sus cañones contra la nave capitana, encomendando a las espingardas la tarea de responder al fuego de los otros navíos.

Durante veinte minutos el crucero resistió aquella lluvia de proyectiles que lo atravesaban de parte a parte, le destrozaban las jarcias y le mataban a la tripulación, pero una granada de 21 kilos, lanzada por Giro-Batol

con un mortero, le abrió a proa una enorme hendidura.

El barco se inclinó sobre un flanco, hundiéndose rápidamente. La atención de las otras naves se dirigió a salvar a los náufragos, y numerosas embarcaciones sur Surcaron las olas, pero bien pocos escaparon a la metralla de los piratas.

En tres minutos se hundió el crucero, arrastrando consigo a los hombres que todavía quedaban en cubierta.

Durante algunos minutos la escuadra suspendió el fuego, pero luego lo reemprendió con mayor fuerza y avanzó hasta una distancia de sólo cuatrocientos metros de la isla.

Las baterías de la derecha y de la izquierda, oprimidas por el fuego, fueron reducidas al silencio al cabo de una hora, y los piratas se vieron obligados a retirarse detrás de la segunda línea de bastiones y después a la tercera, que ya estaba medio en ruinas. Sólo seguía en pie y todavía en buen estado, el gran reducto central, el mejor armado y el

más robusto.

Sandokán no cesaba de animar a sus hombres, pero el momento de la retirada no estaba lejano.

Media hora después un polvorín saltó con terrible violencia, destrozando las precarias trincheras y sepultando entre sus escombros a doce piratas y veinte indígenas.

Intentaron un nuevo esfuerzo para detener la marcha del enemigo, concentrando el fuego sobre otro crucero, pero los cañones eran demasiado pocos, pues muchos ya habían sido destrozados o desmontados.

A las siete y diez caía también el gran reducto, sepultando varios hombres y las piezas más grandes de artillería.

-¡Sandokán! -gritó Yáñez, precipitándose hacia el pirata, que estaba apuntando su cañón-. Hemos perdido la partida. -Es verdad ¯ respondió el Tigre con voz ahogada. ¯Ordena la retirada o será demasiado tarde.

Sandokán lanzó una mirada desesperada

sobre las ruinas, en medio de las cuales sólo dieciséis cañones y veinte espingardas tronaban todavía, y otra sobre la escuadra, que estaba botando al mar las chalupas para el desembarco. Un prao había echado ya el ancla a los pies del gran acantilado y sus hombres se disponían a tomar posiciones.

La partida estaba irremediablemente perdida. Dentro de pocos minutos, los atacantes, treinta o cuarenta veces más numerosos, habrían desembarcado para atacar a bayonetazos las precarias trincheras y destruir a sus últimos defensores.

Un retraso de pocos minutos podía ser funesto y comprometer la fuga hacia las costas occidentales.

Sandokán tuvo que reunir todas sus fuerzas para pronunciar aquella palabra que jamás había salido de sus labios, y ordenó la retirada.

En el momento en que los tigres de la perdida Mompracem, con lágrimas en los ojos y el corazón destrozado, se internaban en los

bosques y los indígenas huían en todas direcciones, el enemigo desembarcaba, irrumpiendo furiosamente con las bayonetas caladas contra las trincheras, detrás de las cuales creía encontrar todavía defensores.

¡La estrella de Mompracem se había extinguido para siempre!

28
En el mar

Los piratas, reducidos a setenta solamente, heridos la mayor parte pero todavía sedientos de sangre, todavía dispuestos a reemprender la lucha, se retiraban guiados por sus valerosos jefes, el Tigre de Malasia y Yáñez, que habían escapado milagrosamente al hierro y al plomo enemigo.

Sandokán, a pesar de haber perdido ya para siempre su poderío, su isla, su mar, conservaba en aquella retirada una calma verdaderamente admirable. Sin duda él, que

había previsto el fin inminente de la piratería y que ya se había hecho a la idea de retirarse lejos de aquellos mares, se consolaba pensando que, entre tanto desastre, le quedaba todavía su adorada Perla de Labuán.

No obstante, en su rostro se descubrían las huellas de una fuerte conmoción, que en vano se esforzaba por ocultar.

Apresurando el paso, los piratas llegaron enseguida a las orillas de un torrente seco, donde encontraron a Marianna y a los seis hombres que la custodiaban.

La joven se precipitó a los brazos de Sandokán, que la estrechó tiernamente contra su pecho.

-¡Gracias a Dios! -dijo ella-. Vuelves aún vivo.

-Vivo sí, pero derrotado -respondió él con voz triste.

-Así lo ha querido el destino, valiente mío.

-Vámonos, Marianna, que el enemigo no está lejos. Ánimo, mis cachorros, no nos dejemos alcanzar por los vencedores. Quizá

tengamos que combatir todavía terriblemente.

En la lejanía se oían los gritos de los vencedores y aparecía una luz intensa, señal evidente de que el poblado había sido incendiado.

Sandokán hizo montar a Marianna en un caballo, que había sido conducido allí desde el día anterior, y la pequeña tropa se puso rápidamente en camino para ganar las costas occidentales antes que el enemigo llegase a tiempo de cortarles la retirada.

A las once de la noche llegaban a un pequeño poblado de la costa, ante el cual estaban anclados todavía los tres Araos.

-Deprisa, embarquémonos -dijo Sandokán-. Los minutos son preciosos.

-¿Nos atacarán? -preguntó Marianna.

-Es posible, pero mi cimitarra te cubrirá y mi pecho te servirá de escudo contra los tiros de los malditos que me oprimieron con su número.

Se dirigió a la playa y escudriñó el mar,

que parecía negro como si fuera de tinta.

-No veo ningún farol -dijo a Marianna-. Quizá podamos abandonar mi pobre isla sin que nos molesten.

Dio un profundo suspiro y se enjugó la frente bañada de sudor.

-Subamos a bordo -ordenó finalmente.

Los piratas embarcaron con lágrimas en los ojos; treinta se aposentaron en el prao más pequeño, y los otros, parte en el de Sandokán y parte en el mandado por Yáñez, que llevaba los inmensos tesoros del jefe.

En el momento de soltar amarras, se vio a Sandokán llevarse la mano al corazón como si algo se le hubiera despedazado en el pecho.

-Amigo mío -dijo Marianna, abrazándolo. -¡Ah! -exclamó él con amargo dolor-. Me parece que se me parte el corazón.

-Lloras la pérdida de tu poder, Sandokán, y la pérdida de tu isla.

-Es verdad, amor mío.

-Quizá un día volverás a conquistarla y re-

gresaremos.

-No, todo ha terminado para el Tigre de Malasia. Además, siento que ya no soy el hombre de otros tiempos.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y emitió una especie de sollozo; pero luego, levantándola con energía, tronó:

-¡Al mar!

Los tres barcos soltaron las gúmenas y se, alejaron de la isla, llevándose consigo los últimos supervivientes de aquella formidable banda que durante doce años había esparcido tanto terror por los mares de Malasia.

Habían recorrido ya seis millas cuando un grito de furor estalló a bordo de los barcos. En medio de las tinieblas habían aparecido de improviso dos puntos luminosos, que corrían detrás de la flotilla con profundo fragor.

-¡Los cruceros! -gritó una voz-. ¡Atentos, amigos!

Sandokán, que se había sentado a popa, con los ojos fijos en la isla, que desaparecía lentamente entre las tinieblas, se levantó

lanzando un verdadero rugido.

-¡Otra vez el enemigo! -exclamó con un intraducible acento, estrechando contra su pecho a la muchacha, que estaba a su lado-. ¿Incluso en el mar venís a perseguirme, malditos? ¡Cachorros, ahí tenéis a los leones, que se nos echan encima! ¡Arriba todos, con las armas en la mano!

No hacía falta más para animar a los piratas, que ardían en deseos de venganza y que ya se ilusionaban con reconquistar, en un combate desesperado, la perdida isla. Todos blandieron las armas, dispuestos a subir al abordaje a una orden de sus jefes.

-Marianna -dijo Sandokán, volviéndose hacia la joven, que miraba con terror aquellos dos puntos luminosos que centelleaban en las tinieblas-. ¡Vete a tu camarote, alma mía!

-¡Gran Dios, estamos perdidos! -murmuró ella.

-Todavía no; los tigres de Mompracem tienen sed de sangre.

-¿Y si son dos poderosos cruceros, Sando-

kán?

-Aunque estuviesen tripulados por mil hombres, los abordaremos.

-No intentes un nuevo combate, mi valiente amigo. Quizá esos dos barcos no nos han descubierto todavía, y podríamos engañarlos.

-Es verdad, lady Marianna -dijo uno de los jefes malayos-. Nos están buscando, de eso estoy seguro, pero dudo mucho que nos hayan visto. La noche es oscura y no llevamos ningún farol encendido a bordo, por lo que es imposible que se hayan dado cuenta de nuestra presencia. Sé prudente, Tigre de Malasia. Si podemos evitar una nueva lucha, habremos ganado todo.

-De acuerdo -respondió Sandokán, después de reflexionar unos instantes-. Dominaré por el momento la rabia que me abrasa el corazón e intentaré escapar a su abordaje. ¡Pero ay de ellos si se empeñan en seguirme en mi nueva ruta!... Estoy dispuesto a todo, incluso a atacarlos.

-No comprometamos inútilmente los últi-

mos restos de los tigres de Mompracem -dijo el jefe malayo-. Seamos prudentes por ahora.

La oscuridad favorecía la retirada.

A una orden de Sandokán el prao dio una bordada, doblando hacia las costas meridionales de la isla, donde existía una bahía bastante profunda para refugiar una pequeña flotilla. Los otros dos barcos se apresuraron a seguir la misma maniobra, habiendo comprendido ya cuál era el plan del Tigre de Malasia.

El viento, más bien fresco, era favorable, pues soplaba del nordeste, y en consecuencia los praos tenían la posibilidad de llegar a la bahía antes de que despuntara el sol.

-¿Han cambiado de ruta las dos naves? -preguntó Marianna, que escudriñaba el mar con viva ansiedad.

-Es imposible saberlo por ahora -respondió Sandokán, que había subido sobre la amura de popa para observar mejor los dos puntos luminosos.

-Me parece que siguen siempre hacia alta

mar, ¿verdad, Sandokán? ¿O me equivoco?

-Te equivocas, Marianna -respondió el pirata después de unos instantes-. También esos dos puntos luminosos han dado una bordada.

-¿Y se mueven hacia nosotros?

-Eso me parece.

-¿Y no lograremos escapar de ellos? -preguntó la joven con angustia.

-¿Cómo competir con sus máquinas? El viento es débil todavía y no imprime a nuestros barcos una velocidad que pueda rivalizar con el vapor. Pero quién sabe; el alba no está lejana, y, al aproximarse el sol a estos parajes, el viento aumenta siempre.

-¡Sandokán!

-¡Marianna!

-Tengo tristes presentimientos.

-No temas, niña mía. Los tigres de Mompracem están dispuestos a morir por ti.

-Lo sé, Sandokán, y sin embargo temo por ti.

-¡Por mí! -exclamó el pirata con ferocidad-.

No tengo miedo de esos dos leopardos que nos buscan para darnos otra vez batalla. Aunque el Tigre ha sido vencido, todavía no ha sido domado.

-¿Y si te alcanzase una bala? ¡Gran Dios! ¡Qué pensamiento más terrible, mi valeroso Sandokán!

-La noche es oscura, ninguna luz brilla a bordo de nuestros barcos y...

Una voz, que salía del segundo prao, le cortó la frase:

-¡Eh, hermano!

-¿Qué quieres, Yáñez? -preguntó Sandokán, que había reconocido la voz del portugués.

-Me parece que esos buques se disponen a cortarnos el camino. Los faroles, que antes proyectaban una luz roja, ahora se han vuelto verdes, lo que indica que los barcos han cambiado la ruta.

-Entonces los ingleses se han dado cuenta de nuestra presencia.

-Eso me temo, Sandokán.

-¿Qué me aconsejas hacer?

-Avanzar audazmente hacia alta mar e intentar pasar por medio de los enemigos. Mira: se alejan el uno del otro para cogernos en medio.

El portugués no se había equivocado.

Los dos barcos enemigos, que desde hacía algún tiempo parecían ejecutar una maniobra misteriosa, se habían separado bruscamente.

Mientras el uno se dirigía hacia las costas septentrionales de Mompracem, el otro avanzaba rápidamente hacia las meridionales.

Ya no había duda acerca de sus intenciones. Querían interponerse entre los veleros y la costa, para impedir les buscar refugio en alguna ensenada y obligarlos a hacerse a la mar, y luego poder atacarlos en mar abierto.

Sandokán, al darse cuenta de ello, dio un alarido de rabia.

-¡Ah! --exclamó-. ¿Queréis batalla? ¡Pues bien, la tendréis!

-Todavía no, hermanito -gritó Yáñez, que había subido a la proa de su barco-. Avance-

mos hacia alta mar e intentemos pasar entre esos dos adversarios.

-Nos alcanzarán, Yáñez. El viento es todavía flojo.

-Intentémoslo, Sandokán. ¡Eh, vosotros a las escotas, y viremos hacia el oeste! ¡Los cañoneros a sus puestos!

Los tres veleros cambiaban de ruta, un instante después, dirigiéndose resueltamente hacia el oeste.

Los dos buques, como si se hubieran dado cuenta de aquella audaz maniobra, cambiaron también de dirección casi instantáneamente, avanzando hacia alta mar.

Era indudable que querían pillar en medio a los tres praos antes de que pudieran guarecerse en otra isla.

Sin embargo, creyendo que se movían en aquella dirección por pura casualidad, Sandokán y Yáñez no cambiaron de ruta, sino que ordenaron a sus tripulaciones desplegar algunas velas de estay para intentar ganar más terreno.

Durante veinte minutos los tres veleros siguieron avanzando, deseando escapar a la tenaza de los dos buques de guerra, que intentaban reunirse.

Ninguno de los piratas apartaba sus miradas de los faroles, procurando adivinar la maniobra de los enemigos. Sin embargo, estaban preparados para hacer tronar los cañones y los fusiles a la orden de sus jefes. Ya se habían adentrado mucho en el mar con algunas bordadas, cuando vieron que los faroles daban nuevamente una bordada.

Un momento después se oyó a Yáñez gritar:

-¡Eh! ¿No veis cómo vienen a cazarnos?

-¡Ah, canallas! -gritó Sandokán, con intraducible acento-. ¡Incluso al mar venís a atacarme! ¡Tendremos hierro y plomo para todos!

-Estamos perdidos, ¿verdad, Sandokán? -dijo Marianna, estrechándose contra el pirata.

-Todavía no, niña mía -respondió el Tigre-. Vuelve enseguida a tu camarote. Dentro de

pocos minutos granizarán balas sobre el puente de mi prao.

-Quiero quedarme a tu lado, valiente mío. Si tú mueres, caeré yo también junto a ti.

-No, Marianna. Si te viese cerca de mí, me faltaría la audacia y tendría mucho miedo. Tengo que estar libre para volver a ser el Tigre de Malasia.

-Espera al menos que esas naves estén aquí. Quizá no nos hayan visto todavía.

-Se dirigen hacia nosotros a todo vapor. Yo las veo ya.

-¿Son barcos potentes?

-Una corbeta y una cañonera.

-¿No podrás vencerlos?

-Somos todos valientes e iremos a atacar a la más grande. Vamos, vuelve a tu camarote.

¡Tengo mucho miedo, Sandokán! -exclamó la muchacha, sollozando.

-No temas. Los tigres de Mompracem lucharán con valor desesperado.

En aquellos instantes se oyó un cañonazo

en el mar. Una bala pasó al otro lado del prao, con un ronco zumbido, atravesando dos velas.

-¿Oyes? -preguntó Sandokán-. Nos han descubierto y se preparan para darnos la batalla. ¡Míralos! ¡Se mueven al mismo tiempo hacia nosotros para clavarnos el espolón!

En efecto, los dos barcos enemigos avanzaban a todo vapor, como si tuvieran la intención de echarse encima de los tres pequeños veleros.

La corbeta forzaba sus máquinas, vomitando nubarrones de humo rojizo *y* de escorias, *y* se dirigía hacia el prao de Sandokán, mientras la cañonera intentaba lanzarse contra el mandado por Yáñez.

-¡A tu camarote! -gritó Sandokán, mientras la corbeta disparaba un segundo cañonazo-. Aquí está la muerte.

Cogió a la joven entre sus vigorosos brazos y la transportó al camarote. En aquel intervalo un chaparrón de metralla barría la cubierta del barco, granizando sobre el casco

y contra la arboladura.

Marianna se agarró desesperadamente a Sandokán.

-No me dejes, valiente mío -dijo con voz ahogada por los sollozos-. ¡No te alejes de mi lado! Tengo miedo, Sandokán.

El pirata se separó con dulce violencia.

-No temas por mí -le dijo-. Deja que vaya a combatir la última batalla y que oiga una vez más el estruendo de la artillería. Deja que guíe una vez más a los tigres de Mompracem a la victoria.

-Tengo siniestros presentimientos, Sandokán. Quiero quedarme junto a ti. ¡Te defenderé contra las armas de mis compatriotas!

-Me basto yo para arrojar al agua a mis enemigos.

El cañón tronaba entonces furiosamente sobre el mar. En el puente se oían los salvajes aullidos de los tigres de Mompracem y los gemidos de los primeros heridos.

Sandokán se soltó de los brazos de la joven y se precipitó por la escalera,' gritando:

-¡Adelante, mis valientes! ¡El Tigre de Malasia está con vosotros!

La batalla se recrudecía por ambas partes. La cañonera había atacado al prao del portugués, intentando abordarlo, pero esta vez había llevado la peor parte.

La artillería de Yáñez la había maltratado considerablemente, destrozándole las ruedas, rompiéndole las amuras y tronchándole hasta el mástil. La victoria por aquel lado no ofrecía lugar a dudas, pero quedaba la corbeta, una nave potente, armada de muchos cañones y provista de una numerosísima tripulación.

Ésta se había lanzado contra los dos praos de Sandokán, cubriéndolos de hierro y haciendo estragos entre los piratas.

La aparición del Tigre de Malasia reanimó a los combatientes, que comenzaban a sentirse impotentes ante tantas fulminaciones.

Aquel hombre formidable se lanzó hacia uno de los dos cañones aullando siempre ferozmente:

-¡Adelante, mis valientes! ¡El Tigre de Ma-

lasia tiene sed de sangre! ¡Barramos el mar y arrojemos al agua a esos perros que vienen a desafiarnos!...

Sin embargo su presencia no sirvió para cambiar la suerte de la dura batalla. A pesar de que no fallase un tiro y barriese las amuras de la corbeta con chaparrones de metralla, las balas y las granadas caían incesantemente sobre su barco, devastándolo y despanzurrando a sus hombres. Era imposible resistir tanta furia. Unos pocos minutos más, y los dos pobres praos habrían sido reducidos a dos pontones destrozados.

Sólo el portugués disputaba, y con ventaja, la victoria a la cañonera, disparándole andanadas desastrosas.

Sandokán, de una sola mirada, se dio cuenta de la gravedad de la situación. Al ver al otro prao ya devastado y casi hundiéndose, se acercó a él, embarcando en su propio barco a los supervivientes, y luego, desenvainando la cimitarra, aulló:

-¡Ánimo, mis cachorros! ¡Al abordaje!

La desesperación centuplicaba las fuerzas de los piratas.

Descargaron de un solo golpe los dos cañones y las espingardas para barrer las amuras de los fusileros que las ocupaban, y luego treinta de aquellos valientes lanzaron los garfios de abordaje.

-¡No tengas miedo, Marianna! -gritó por última vez Sandokán, al oír que la joven lo llamaba.

Luego, a la cabeza de sus valientes, subió al abordaje, precipitándose sobre el puente enemigo como un toro herido mientras Yáñez, más afortunado que todos los demás, hacía saltar la cañonera, lanzándole una granada en la santabárbara.[52]

-¡Paso! -tronó, ondeando su terrible cimitarra-. ¡Soy el Tigre!...

Seguido por sus hombres, fue a chocar contra los marinos que corrían con las hachas

---

[52] Pañol, o compartimiento del buque, destinado a guardar la pólvora y las municiones.

levantadas y los rechazó hasta popa, pero desde proa irrumpía otro aluvión de hombres, guiados por un oficial que Sandokán reconoció enseguida.

-¡Ah, eres tú, baronet! -exclamó el Tigre, precipitándose contra él.

-¿Dónde está Marianna? -preguntó el oficial con voz ahogada por el furor.

-Aquí está -respondió Sandokán-. ¡Tómala!

De un cimitarrazo lo derribó, y luego, lanzándose sobre él, le hundió el *kriss* en el corazón; pero casi al mismo tiempo caía redondo sobre el puente, golpeado en el cráneo con el reverso de un hacha...

29
Los prisioneros

Cuando volvió en sí, semiaturdido todavía por el fiero golpe recibido en el cráneo, ya no se encontró libre sobre el puente enemigo, sino encadenado en la bodega de la corbeta.

Al principio se creyó presa de un terrible sueño, pero el dolor que le martilleaba todavía la cabeza, las carnes desgarradas en otros lugares por las puntas de las bayonetas y sobre todo las cadenas que le apretaban en las muñecas lo volvieron en breve a la realidad.

Se alzó sacudiendo furiosamente los hierros y lanzó a su alrededor una mirada extraviada, como si aún no estuviera bien seguro de no encontrarse en su barco; luego, un alarido irrumpió de sus labios, un alarido de fiera herida.

-¡Prisionero!... -exclamó, rechinando los dientes e intentando doblar las cadenas-. ¿Entonces qué ha sucedido?... ¿Hemos sido vencidos de nuevo por los ingleses? ¡Muerte y condenación!... ¡Qué terrible despertar! ¿Y Marianna?... ¿Qué le habrá sucedido a esa pobre muchacha? ¡Quizá ha muerto!...

Un espasmo tremendo le atenazó el corazón ante aquel pensamiento.

-¡Marianna! -aulló, mientras seguía retor-

ciendo los hierros-. Niña mía, ¿dónde estás?... ¡Yáñez!... ¡Juioko!... ¡Cachorros!... ¡Nadie responde!... ¿Entonces habéis muerto todos?... ¡Pero no puede ser verdad, estoy soñando o estoy loco!...

Aquel hombre, que jamás había sabido lo que era el miedo, lo experimentó en aquel momento. Sintió que la razón se le extraviaba y miró con espanto a su alrededor.

-¡Muertos!... ¡Todos muertos!... -exclamó con angustia-. ¡Sólo yo he sobrevivido al estrago, para ser arrastrado a Labuán quizá!... ¡Marianna!... ¡Yáñez, mi buen amigo!... ¡Juioko!... ¡También tú, mi valiente, has caído bajo el hierro y el plomo de los asesinos!... Mejor hubiera sido que yo también hubiera muerto o me hubiera hundido con mi barco en los báratros del mar. ¡OH Dios, qué catástrofe!...

Luego, presa de un impulso de desesperación o de locura, se lanzó a través del entrepuente, sacudiendo furiosamente las cadenas y gritando:

-¡Matadme!... ¡Matadme!... ¡El Tigre de Malasia no puede seguir viviendo!...

De pronto se detuvo, al oír una voz que gritaba: -¡El Tigre de Malasia!... ¿Está vivo todavía el capitán?

Sandokán miró a su alrededor.

Una linterna sujeta a un gancho iluminaba escasamente el entrepuente, pero aquella luz era suficiente para poder distinguir a una persona.

Al principio Sandokán no vio más que unas botas, pero luego, mirando mejor, descubrió una forma humana acurrucada junto a la car-linga' del palo mayor.

-¿Quién sois vos? -gritó.

-¿Quién habla del Tigre de Malasia? -preguntó a su vez la voz de antes.

Sandokán se sobresaltó, y luego un relám-pago de alegría le brilló en la mirada. Aquel acento no le era desconocido.

-¿Está aquí alguno de mis hombres? pre-guntó-. ¿Juioko, quizá?

-¡Juioko! ¿Entonces me conocen? ¡Así que no estoy muerto!...

El hombre se levantó, sacudiendo lúgubremente las cadenas, y se adelantó.

-Juioko! -exclamó Sandokán.

-¡El capitán! -exclamó el otro.

Luego, lanzándose hacia adelante, cayó a los pies del Tigre de Malasia, repitiendo:

-¡El capitán!... ¡Mi capitán!... ¡Y yo que lo había llorado dándole por muerto!...

Aquel nuevo prisionero era el comandante del tercer prao, un valeroso dayako que gozaba de grandísima fama entre las bandas de Mompracem por su valor y por su habilidad marinera.

Era un hombre de elevada estatura, bien proporcionado, como lo son en general los borneses del interior, con los ojos grandes e inteligentes y la piel amarillo dorada.

Como sus compatriotas, llevaba los cabellos largos y tenía los brazos y las piernas adornados con un gran número de anillos de cobre y de latón.

Aquel bravo hombre, al verse delante del Tigre de Malasia, lloraba y reía al mismo tiempo.

-¡Vivo!... ¡Aún vivo!... -exclamaba-. ¡Oh, qué felicidad!... Al menos vos habéis escapado al desastre.

-¡Al desastre!... -gritó Sandokán-. ¿Entonces han muerto todos los valientes que yo arrastré al abordaje de esta nave? ...

-¡Ay de mí! ... Sí, todos -respondió el dayako con voz rota.

-¿Y Marianna? ¿Ha desaparecido junto con el prao? Dímelo, Juioko, dímelo.

-No, está todavía viva.

-¡Viva!... ¡Mi muchacha está viva!... -aulló Sandokán, fuera de sí por la alegría-. ¿Estás seguro de lo que dices?

-Sí, capitán. Vos habíais caído ya, pero yo y otros cuatro compañeros resistíamos todavía, cuando la muchacha de los cabellos de oro fue llevada al puente de la nave.

-¿Y quién la llevó?

-Los ingleses, capitán. La muchacha, es-

pantada del agua que debía de haber invadido su camarote, subió al alcázar llamándoos a gritos. Algunos marineros, al verla, se dispusieron enseguida a lanzar una chalupa al mar para recogerla. Si hubieran tardado unos minutos más, la muchacha habría desaparecido en el remolino abierto en el prao.

-¿Y estaba viva todavía?

-Sí, capitán. Ella seguía llamándoos cuando la llevaban al puente.

-¡Maldición!... ¡Y no haber podido correr en su ayuda!

-Lo intentamos, capitán. No éramos más que cuatro y teníamos a nuestro alrededor más de cincuenta hombres que nos intimaban a rendirnos, y a pesar de ello nos lanzamos contra los marineros que llevaban a la reina de Mompracem. Éramos demasiado pocos para sostener la lucha. Yo fui derribado, pisoteado y después atado y arrastrado aquí.

-¿Y los otros?

-Se hicieron matar, después de haber hecho estragos entre los que los cercaban.

-¿Se encuentra Marianna a bordo de esta nave? -Sí, Tigre de Malasia.

-¿No ha sido transbordada a la cañonera?

-Creo que la cañonera ya sólo navega bajo el agua. -¿Qué quieres decir?

-Que fue echada a pique.

-¿Por Yáñez?

-Sí, capitán.

-Entonces Yáñez está vivo todavía.

-Poco antes de que me arrastraran aquí, vi a una gran distancia su prao, que huía a velas desplegadas. Durante nuestra batalla había dejado fuera de combate a la cañonera, destrozándole las ruedas e incendiándola después. Vi las llamas que se alzaban sobre el mar y oí poco después una lejana explosión. Debía de ser la santabárbara que estallaba.

-¿Y de los nuestros no ha escapado ninguno?

-Ninguno, capitán -dijo Juioko con un suspiro.

-¡Todos muertos! -murmuró Sandokán con profundo dolor, cogiéndose la cabeza entre las manos-. Y tú has visto caer a Singal, el más valiente y el más viejo campeón de la piratería.

-Fue abatido por una bala de espingarda que le alcanzó en el pecho.

-¿Y Sangau, el león de las Romades?

-Lo vi caer al mar con la cabeza destrozada por una descarga de metralla.

-¡Qué matanza! ¡Pobres compañeros! ¡Ah!... ¡Una triste fatalidad pesaba sobre los últimos tigres de Mompracem!

Sandokán calló, sumiéndose en dolorosos pensamientos. Por más fuerte que se creyera, se sentía profundamente debilitado por aquel desastre que le había costado la pérdida de su isla, la muerte de casi todos los valientes que le habían seguido hasta entonces en centenares de batallas, y por último la pérdida de la mujer amada.

Pero en un hombre como él no podía durar mucho el desánimo. No habían transcurrido

diez minutos, cuando Juioko lo vio ponerse en pie con la mirada chispeante.

-Oye -le dijo, volviéndose hacia el dayako-. ¿Crees que Yáñez nos sigue?

-Estoy convencido de ello, capitán. El señor Yáñez no nos abandonará a nuestra desventura.

-Así lo espero yo también -dijo Sandokán-. Otro hombre, en su puesto, se hubiera aprovechado de mi desgracia para huir con las inmensas riquezas que tiene en su prao, pero él no lo hará. Me quiere demasiado para traicionarme.

-¿Adónde queréis ir a parar, capitán? -Vamos a fugarnos.

El dayako lo miró con estupor, preguntándose en su corazón si el Tigre de Malasia no habría perdido la razón.

-¡Fugarnos!... -exclamó-. ¿Y cómo? Ni siquiera tenemos un arma y además estamos encadenados. -Tengo un medio para hacer que nos arrojen al mar. -No os comprendo, capitán. ¿Quién nos tirará al agua?

-Cuando un hombre muere a bordo de una nave, ¿qué se hace con él?

-Se le pone en una hamaca con una bala de cañón

y se lo envía a hacer compañía a los peces.

-Y con nosotros harán otro tanto -dijo Sandokán. -¿Queréis suicidaros?

-Sí, pero de un modo que pueda volver a la vida. -¡Humm!... Tengo mis dudas, Tigre de Malasia. -Te digo que nos despertaremos vivos y sobre el libre mar.

-Si vos lo decís, debo creeros.

-Todo depende de Yáñez.

-Debe de estar lejos.

-Pero, si sigue a la corbeta, antes o después nos recogerá.

-¿Y luego?

-Luego volveremos a Mompracem o a Labuán para liberar a Marianna.

-Me pregunto si estoy soñando.

-¿Dudas de cuanto te he dicho?

-Un poco, capitán, lo confieso. Pienso que

no tenemos ni siquiera un *kriss.*

-No nos hará falta.

-Y que estamos encadenados.

-¡Encadenados! -exclamó Sandokán-. El Tigre de Malasia puede despedazar los hierros que lo tienen prisionero. ¡A mí, mis fuerzas!... ¡Mira!...

Dobló con furor las anillas, y luego, de un tirón irresistible, las abrió y lanzó la cadena lejos de sí.

-¡Aquí tienes al Tigre libre! -gritó.

Casi en el mismo instante se abrió la escotilla de popa y crujió la escalera bajo los pasos de algunos hombres.

-¡Ahí están! -exclamó el dayako.

-¡Ahora los mato a todos!... -aulló Sandokán, poseído por un tremendo acceso de furor.

Viendo en el suelo una manivela rota, la tomó e intentó lanzarse hacia la escalera. El dayako se apresuró a detenerlo.

-¿Queréis que os maten, capitán? -le dijo-. Pensad que en el puente hay otros doscientos

hombres, y armados.

-Es verdad -respondió Sandokán, lanzando lejos de sí la manivela-. ¡El Tigre ha sido domado!...

Tres hombres avanzaron hacia ellos. Uno era un teniente de navío, probablemente el comandante de la corbeta; los otros dos eran marineros.

A una señal de su jefe, los dos hombres calaron las bayonetas y apuntaron sus carabinas hacia los dos piratas.

Una sonrisa desdeñosa apareció en los labios del Tigre de Malasia.

-¿Tenéis miedo quizá? -preguntó-. ¿Habéis basado, señor teniente, para presentarme esos dos hombres armados?... Os advierto que sus fusiles no me dan miedo; así que podéis ahorraros tan grotesco espectáculo.

-Ya sé que el Tigre de Malasia no tiene miedo-respondió el teniente-. Simplemente he tomado precauciones.

-Y sin embargo estoy desarmado, señor.

-Pero ya no encadenado, me parece.

-No soy hombre para tener las cadenas en las manos largo tiempo.

-Una bonita fuerza, a fe mía, señor.

-Dejaos de cháchara, señor, y decidme qué queréis. -He sido enviado aquí para ver si tenéis necesidad de algún cuidado.

-No estoy herido, señor.

-Y sin embargo habéis recibido un mazazo en el cráneo.

-Que mi turbante ha sido suficiente para amortiguar. -¡Qué hombre! -exclamó el teniente con sincera admiración.

-¿Habéis terminado?

-Todavía no, Tigre de Malasia.

-Vamos, ¿qué queréis?

-Me ha enviado aquí una mujer.

-¿Marianna? -gritó Sandokán.

-Sí, lady Guillonk -respondió el teniente.

-Está viva, ¿verdad? -preguntó Sandokán, mientras una oleada de sangre le subía al rostro.

-Sí, Tigre de Malasia. Yo la salvé en el momento en que vuestro prao estaba a punto

de hundirse en los abismos.

-¡OH!... ¡Habladme de ella, os lo ruego!

-¿Con qué objeto? Yo os aconsejaría que la olvidarais, señor.

-¡Olvidarla!... -exclamó Sandokán-. ¡Oh!... ¡Jamás!

-Lady Guillonk está perdida para vos. ¿Qué esperanzas podéis tener todavía?

-Es cierto -murmuró Sandokán con un suspiro-. Soy hombre condenado a muerte, ¿verdad?

El teniente no respondió, pero aquel silencio equivalía a una afirmación.

-Así estaba escrito -respondió Sandokán tras unos segundos-. Mis victorias debían producirme una muerte ignominiosa. ¿Adónde me conducís?

-A Labuán.

-¿Y me ahorcaréis?

También esta vez el teniente permaneció silencioso.

-Podéis decírmelo francamente -insistió Sandokán-. El Tigre de Malasia jamás ha

temblado ante la muerte.

-Lo sé. Vos la habéis desafiado en más de cien abordajes y todos saben que sois el hombre más valiente que vive en Borneo.

-Entonces decídmelo todo.

-No os habéis equivocado: seréis ahorcado.

-Hubiera preferido la muerte de los soldados.

-El fusilamiento, ¿verdad?

-Sí -respondió Sandokán.

-Yo, en cambio, os hubiera perdonado la vida y os hubiera dado un mando en el ejército de la India -dijo el teniente-. Hombres audaces y valientes como vos son raros hoy en día.

-Gracias por vuestra buena intención, pero no me salvará de la muerte.

-Desgraciadamente no, señor. ¡Qué queréis! Mis compatriotas, a pesar de que admiran vuestro extraordinario valor, siguen teniendo miedo de vos y no vivirán tranquilos aunque os vieran lejos de aquí.

-Y sin embargo, teniente, cuando me atacasteis yo estaba a punto de decir adiós a mi vida de pirata y a Mompracem. Quería marcharme muy lejos de estos mares, no porque temiese a vuestros compatriotas, ya que, si lo hubiera querido, habría podido reunir en mi isla millares de piratas y armar centenares de praos, sino porque yo, encadenado por Marianna, después de tantos años de sangrientas batallas, deseaba una vida tranquila al lado de la mujer que amaba. El destino no ha querido que yo pueda realizar mi querido sueño. Matadme, pues: sabré morir con ánimo.

-¿Entonces no amáis ya a lady Marianna?

-¡Que si la amo! -exclamó Sandokán con acento casi desgarrador-. No podéis haceros una idea de la pasión que esa muchacha ha despertado en mi corazón. Escuchadme: poned aquí Mompracem y ahí a Marianna: abandonaré la primera por la segunda. Dadme la libertad con la condición de no volver a ver jamás a esa muchacha y me veréis re-

chazarla. ¿Qué más queréis? ¡Miradme!

¡Estoy desarmado, solo, y sin embargo, si tuviera la más mínima esperanza de poder salvar a Marianna, me sentina capaz de cualquier esfuerzo, incluso de abrir los flancos de este buque, para mandaros a todos al fondo del mar!

-Somos más numerosos de lo que creéis -dijo el teniente con una sonrisa de incredulidad-. Sabemos lo que valéis y de lo que seríais capaz, y hemos tomado nuestras precauciones para reduciros a la impotencia. Así que no intentéis nada: todo sería inútil. Una bala de fusil puede matar al hombre más valeroso del mundo.

-La preferiría a la muerte que me espera en Labuán -dijo Sandokán con profunda desesperación.

-Os creo, Tigre de Malasia.

-Pero todavía no estamos en Labuán y podría suceder cualquier cosa antes de que llegásemos.

-¿Qué queréis decir? -preguntó el teniente,

mirándolo con cierta aprensión-. ¿Pensáis suicidaros?

-¿Qué puede importaros eso? Que yo muera de un modo u otro, el resultado sería idéntico.

-Quizá no os lo impediría -dijo el teniente-. Os confieso que me desagradaría mucho veros ahorcar.

Sandokán estuvo un momento silencioso, mirándolo fijamente como si dudase de la veracidad de sus palabras, y luego preguntó:

-¿No os opondríais a mi suicidio?

-No -respondió el teniente-. A un valiente como vos yo no le negaría ese favor.

-Entonces consideradme hombre muerto. -Pero yo no os ofrezco los medios para acabar con vuestra vida.

-Tengo conmigo lo necesario. -¿Algún veneno quizá?

-Fulminante. Sin embargo, antes de irme al otro mundo, quisiera pediros un favor.

-A un hombre que está a punto de morir no se le puede negar nada.

-Quisiera ver a Marianna por última vez. El teniente se quedó mudo. -Os lo ruego -insistió Sandokán.

-He recibido la orden de manteneros separados, en el caso de que fuera tan afortunado como para capturados. Y creo que sería mejor para vos y para lady Marinana impediros que os volvierais a ver. ¿Por qué hacerla llorar?

-¿Me lo negáis por un refinamiento de crueldad?

No creía que un valiente marinero podría convertirse en un cómitre.'

El teniente palideció.

-Os juro que tengo esa orden -declaró-. Me desagrada que dudéis de mi palabra.

-Perdonadme -dijo Sandokán.

jamás -No os guardo rencor y, para demostraros que he tenido ningún odio contra un valiente como vos, os prometo traeros aquí a lady Guillonk. Pero le ocasionaréis un gran dolor.

-No le diré palabra del suicidio. -Entonces,

¿qué queréis decirle?

-He dejado inmensos tesoros en un lugar escondido y todos lo ignoran.

-¿Y queréis dárselos a ella?

-Sí, para que disponga de ellos como mejor le parezca. Teniente, ¿cuándo podré verla? -Antes de esta noche.

-Gracias, señor.

-Pero prometedme no hablarle de vuestro suicidio. -Tenéis mi palabra. Y sin embargo, creedme, es atroz tener que morir, ahora que creía gozar de la felicidad al lado de la mujer que tanto amo. -Os creo.

-Habríais hecho mejor hundiendo mi prao en alta mar. Al menos habría bajado a los abismos marinos abrazado a mi prometida.

-¿Y adónde ibais cuando nuestros barcos os atacaron?

-Lejos, muy lejos, quizá a la India o a cualquier isla del gran océano. En fin, todo ha terminado. Cúmplase mi destino.

-Adiós, Tigre de Malasia -dijo el teniente. -Tengo vuestra promesa.

-Dentro de unas horas volveréis a ver a lady Marianna.

El teniente llamó a los soldados, que habían liberado de las cadenas a Juioko, y volvió a subir lentamente a cubierta. Sandokán se quedó allí mirándolo, con los brazos cruzados y una extraña sonrisa en los labios.

-¿Os ha traído buenas noticias? -preguntó Juioko acercándose.

-Esta noche seremos libres -respondió Sandokán. -¿Y si la fuga resultase fallida?

-Entonces abriremos los flancos de este buque y moriremos todos: nosotros, pero también ellos. Sin embargo, esperemos; Marianna nos ayudará.

30
La fuga

Después que hubo marchado el teniente, Sandokán se sentó en la última grada de la

escalera, con la cabeza apretada entre las manos, sumido en profundos pensamientos. Un dolor inmenso se transparentaba en sus facciones. Si hubiera sido capaz de llorar, no pocas lágrimas hubieran bañado sus mejillas.

Juioko se había acuclillado a corta distancia, mirando con ansiedad a su jefe. Viéndolo absorto en sus pensamientos, no se atrevió a preguntarle otra vez sobre sus futuros proyectos.

Habían transcurrido quince o veinte minutos, cuando la escotilla volvió a abrirse. Sandokán, al ver entrar un rayo de luz, se levantó con precipitación, mirando hacia la escalera.

Una mujer bajaba rápidamente. Era la joven de los cabellos de oro, lívida, más que pálida, y llorosa.

La acompañaba el teniente, que sin embargo tenía la mano derecha sobre la culata de una pistola que llevaba a la cintura.

Sandokán se puso en pie de un salto, dando un grito, y se lanzó hacia su novia, estre-

chándola con fuerza contra su pecho.

-¡Amor mío! -exclamó llevándola al extremo más alejado de la bodega, mientras el teniente se sentaba en mitad de la escalera con los brazos cruzados y la frente oscurecida-. ¡Por fin te vuelvo a ver!

-Sandokán -murmuró ella, estallando en sollozos-. ¡Creí que no volvería a verte jamás!

-Valor, Marianna; no llores, cruel; seca esas lágrimas que me destrozan.

-Tengo roto el corazón, mi valiente amigo. ¡Ah, no quiero que mueras, no quiero que te separen de mí! Yo te defenderé contra todos, te liberaré, quiero que sigas siendo mío.

-¡Tuyo! -exclamó Sandokán, con un profundo suspiro-. Sí, volveré a ser tuyo, pero ¿cuándo? -¿Por qué cuándo?

-¿Pero no sabes, desventurada criatura, que me llevan a Labuán para matarme?

-Pero yo te salvaré.

-Quizá sí; si me ayudaras.

-¡Entonces tienes un plan! -exclamó

Marianna delirante de alegría.

-Sí, si Dios me protege. Escúchame, amor mío.

Lanzó una mirada suspicaz sobre el teniente, que no se había movido de su sitio, y luego, llevando a la joven lo más lejos posible, le dijo:

-Estoy planeando una fuga y tengo la esperanza de conseguirlo, pero tú no podrás venir conmigo.

-¿Por qué, Sandokán? ¿Dudas de que sea capaz de seguirte? ¿Temes acaso que me falte valor para afrontar los peligros? Soy enérgica y ya no temo a nadie; si quieres, apuñalaré a tu centinela o haré saltar este buque con todos los hombres que lo tripulan, si es necesario.

-Es imposible, Marianna. Daría la mitad de mi sangre por llevarte conmigo, pero no puedo. Me es necesaria tu ayuda para huir, o todo sería inútil; pero te juro que no permanecerás mucho tiempo entre tus compatriotas, aunque tenga que reclutar con mis

riquezas un ejército y guiarlo contra Labuán.

Marianna escondió la cabeza entre las manos y cálidas lágrimas inundaron su bello rostro.

-Me quedaré aquí sola, sin ti -murmuró con un tono desgarrador.

-Es necesario, mi pobre niña. Escúchame ahora.

Extrajo de su pecho una minúscula cajita y, abriéndola, mostró a Marianna unas píldoras de un color rosáceo, que despedían un olor muy penetrante.

-¿Ves estas bolitas? -le preguntó-. Contienen un veneno potente pero no mortal, que tiene la propiedad de suspender la vida, en un hombre robusto, durante seis horas. Es un sueño que se parece perfectamente a la muerte y que engaña al médico más experto.

-¿Y qué quieres hacer?

-Juioko y yo ingeriremos una cada uno; nos creerán muertos, nos arrojarán al mar, pero luego resucitaremos libres sobre el libre mar.

-¿Pero no os ahogaréis?

-No, porque para eso cuento contigo.

-¿Qué tengo que hacer? Habla, ordena, Sandokán; estoy dispuesta a todo, con tal de volver a verte libre.

-Son las seis -dijo el pirata, sacando su cronómetro-. Dentro de una hora, mi compañero y yo ingeriremos las píldoras y daremos un agudo grito. Tú señalarás exactamente en tu reloj el minuto siguiente a aquel en que se oiga el grito, y contarás seis horas y dos segundos antes de hacer que nos arrojen al mar. Procurarás que nos dejen sin hamaca y sin bala a los pies e intentarás que arrojen algo flotante que pueda ayudarnos después, y, si es posible, procura esconder algún arma ajo nuestras vestiduras. ¿Me has comprendido bien?

-Todo lo he grabado en mi memoria, Sandokán. Pero luego, ¿adónde irás?

-Tengo la seguridad de que Yáñez nos sigue y nos recogerá. Luego reuniré armas *y* piratas *y* vendré a liberarte, aunque tenga

que pasar a Labuán a hierro y fuego y exterminar a todos sus habitantes.

Se detuvo, clavándose las uñas en las carnes.

-¡Maldito sea el día en que me llamé el Tigre de Malasia, maldito sea el día en que me hice vengador y pirata, desencadenando contra mí el odio de los pueblos, ese odio que se interpone, como un horrible espectro, entre mí y esta divina muchacha! ¡Si no hubiera sido nunca cruel y sanguinario, al menos no estaría hoy encadenado a bordo de este barco, ni arrastrado hacia el patíbulo, ni separado jamás de esta mujer a quien amo tan intensamente!

-¡Sandokán! No hables así.

-Sí, tienes razón, Perla de Labuán. Deja que te contemple por última vez -dijo, al ver que el teniente se levantaba y se aproximaba.

Levantó el rubio cabello de Marianna y la

besó en el rostro como un demente.

-¡Cuánto te amo, sublime criatura!... ¯ exclamó, fuera de sí-. ¡Y tener que separarnos!...

Ahogó un gemido y se secó rápidamente una lágrima que le rodaba por sus morenas mejillas.

-Vete, Marianna, vete -dijo bruscamente-. ¡Si sigues aquí, voy a llorar como un iño!

-¡Sandokán!... ¡Sandokán!...

El pirata escondió el rostro entre las manos y dio dos pasos hacia atrás.

-¡Ah! ¡Sandokán! -exclamó Marianna, con un tono desgarrador.

Quiso lanzarse hacia él, pero le faltaron las fuerzas, y cayó en los brazos del teniente, que se había aproximado.

¯¡Marchaos! -gritó el Tigre de Malasia, volviéndose hacia otra parte y ocultando el rostro.

Cuando se volvió de nuevo, la escotilla había sido ya cerrada.

-¡Todo ha terminado! -exclamó Sandokán

con voz triste-. Ya no me queda más que dormirme sobre las aguas del mar malayo. ¡Si un día pudiera volver a ver feliz a la mujer que tanto amo!...

Se dejó caer al pie de la escalera, con el rostro entre las manos, y permaneció así una hora. Juioko le sacó de aquella muda desesperación.

-Capitán -dijo-. Valor, no desesperemos todavía.

Sandokán se levantó con un gesto enérgico.

-Huyamos.

-No pido nada mejor.

Sacó la cajita y extrajo dos píldoras, alargándole una al dayako.

-Tienes que ingerirla a mi señal -dijo.

-Estoy preparado.

Sandokán sacó el reloj y miró.

-Son las siete menos dos minutos -prosiguió Sandokán-. Dentro de seis horas volveremos a la vida sobre el libre mar.

Cerró los ojos e ingirió la píldora, mientras

Juioko le imitaba. Pronto se vio a los dos hombres retorcerse como bajo un violento e imprevisto espasmo, de modo que cayeron al suelo dando dos penetrantes alaridos.

Aquellos gritos, a pesar del bufido de las máquinas y del fragor de las olas levantadas por las potentes ruedas, fueron oídos en cubierta por todos y también por Marianna, que ya los esperaba presa de mil ansiedades.

El teniente bajó precipitadamente a la bodega, seguido de algunos oficiales y del médico de a bordo. Al pie de la escalera chocó contra dos presuntos cadáveres.

-Están muertos -dijo-. Ha sucedido lo que temía.

El médico los examinó, pero no pudo hacer otra cosa que constatar la muerte de los prisioneros.

Mientras los marineros los levantaban, el teniente volvió a subir a cubierta y se acercó a Marianna, que seguía apoyada en la amura de babor, haciendo esfuerzos sobrehumanos para sofocar el dolor que la oprimía.

-Milady -le dijo-. Al Tigre de Malasia y a su compañero les ha sucedido una desgracia.

-La adivino... Están muertos.

-Así es, milady.

-Señor -dijo ella, con voz rota, pero enérgica-.

Vivos, os pertenecían a vos; muertos, me pertenecen a mí. -Os doy libertad para que hagáis con ellos lo que más os guste, pero quiero daros un consejo. -¿Cuál?

-Hacedlos arrojar al mar antes de que el crucero llegue a Labuán. Vuestro tío podría ahorcar a Sandokán incluso muerto.

-Acepto vuestro consejo. Mandad llevar los dos cadáveres a popa y dejadme sola con ellos.

El teniente se inclinó y dio las órdenes necesarias, para que se hiciera la voluntad de la joven lady.

Un momento después los dos piratas eran colocados sobre dos tablas y transportados a popa, dispuestos a ser arrojados al mar.

Marianna se arrodilló junto a Sandokán,

que se había puesto rígido, y contempló muda aquel rostro descompuesto por la poderosa acción del narcótico, pero que conservaba todavía su varonil ferocidad que infundía temor y respeto.

Esperó a que nadie se fijase en ella y a que fuesen cayendo las tinieblas, y luego se extrajo del corsé dos puñales y los escondió bajo las vestiduras de los dos piratas.

-Al menos podréis defenderos, mis valientes -murmuró con profunda emoción.

Luego se sentó a sus pies, contando en el reloj hora por hora, minuto por minuto, segundo por segundo, con paciencia inaudita.

A la una menos diez minutos se levantó, pálida pero resuelta. Se aproximó a la amura de babor y, sin ser vista, descolgó dos salvavidas y los arrojó al mar; luego se dirigió hacia proa y se detuvo ante el teniente, que parecía esperarla.

-Señor -dijo-. Cúmplase la última voluntad del Tigre de Malasia.

A una orden del teniente, cuatro marineros

se dirigieron a popa y alzaron las dos tablas, sobre las que yacían los cadáveres, hasta lo alto del costado del buque.

-Todavía no -dijo Marianna, rompiendo a llorar.

Se aproximó a Sandokán y posó sus labios sobre los de él. Sintió a aquel contacto una leve tibieza y una especie de gemido. Un momento de vacilación y todo estaría perdido.

Retrocedió rápidamente y con voz sofocada dijo:

-¡Dejadlos caer!

Los marineros alzaron las dos tablas y los dos piratas se deslizaron hasta el mar, hundiéndose en las negras olas, mientras el buque se alejaba rápidamente, llevándose a la desventurada joven hacia las costas de la isla maldita.

31
La cornudilla. Hacia las Tres Islas[53]

La suspensión de la vida, como había dicho Sandokán, debía durar seis horas, ni un segundo más ni un segundo menos, y en efecto así sucedió, pues, apenas fueron lanzados al abismo, los dos piratas volvieron rápidamente en sí sin experimentar la más mínima alteración de sus fuerzas.

Subieron a la superficie de un vigoroso impulso y enseguida echaron un vistazo a su alrededor. A menos - de una gúmena[54] descubrieron el crucero, que se alejaba a poco vapor hacia oriente.

El primer movimiento de Sandokán fue seguirlo, mientras Juioko, completamente atur-

---

[53] Pez martillo. Véase más adelante

[54] Cable, medida equivalente a 120 brazas.

dido todavía por aquella extraña y para él inexplicable resurrección, nadaba prudentemente hacia alta mar.

El Tigre, sin embargo, se detuvo casi súbitamente, dejándose mecer entre las ondas pero con los ojos fijos en aquel barco que le arrebataba a la desgraciada muchacha. Un grito ahogado de angustia le irrumpió desde el pecho y se disipó entre sus crispados labios.

-¡Perdida! -exclamó con voz semiapagada por el dolor.

Un arranque de locura se apoderó de él y durante un buen trecho se puso a seguir al vapor, debatiéndose furiosamente entre las aguas; luego se detuvo, mirando siempre al buque, que poco a poco iba perdiéndose entre las tinieblas.

-¡Te me escapas, horrible nave, llevándote la mitad de mi corazón; pero por más extenso que sea el océano, te alcanzaré un día y descuartizaré tus flancos!

Se deslizó rápidamente sobre las

olas y alcanzó a Juioko, que lo esperaba muy inquieto.

-Vamos -dijo con voz estrangulada-. Ahora todo ha terminado.

-Valor, capitán; la salvaremos y quizá más pronto de lo que creéis.

-¡Calla!... No vuelvas a abrir la herida que aún sangra.

-Busquemos al señor Yáñez, capitán.

-Sí, busquémoslo, porque sólo él puede salvarnos.

El vasto mar de Malasia se extendía a su alrededor, sepultado en espesas tinieblas, sin un islote donde arribar, sin una vela o una luz que señalase la presencia de una nave amiga o enemiga.

Por todas partes no se veían más que olas espumantes, que chocaban entre sí con fragor, levantadas por el airecillo nocturno.

Los dos nadadores, para no gastar sus fuerzas tan preciosas en medio de aquel terrible oleaje, avanzaban lentamente, a corta distancia uno de otro, buscando con avidez

una vela sobre la oscura superficie.

De cuando en cuando Sandokán se detenía para volverse hacia oriente, como si intentase descubrir todavía el farol del piróscafo, y luego volvía a nadar dando profundos suspiros.

Habrían recorrido ya una milla y comenzaban a desembarazarse de sus ropas para tener mayor libertad de movimientos, cuando Juioko chocó con un objeto flexible.

-¡Un tiburón! -exclamó, estremeciéndose y levantando el puñal.

-¿Dónde? -preguntó Sandokán.

-Pero... no, no es un escualo -respondió el dayako-. Me parece una boya.

-¡Es un salvavidas arrojado por Marianna! -exclamó Sandokán-. ¡Ah! ¡Divina muchacha! -Esperemos que no venga solo.

-Busquemos, amigo mío.

Se pusieron a_ nadar en redondo buscando por todas partes y, al cabo de unos minutos, lograron encontrar el otro, que no se había alejado demasiado del primero.

-Esta sí que es una suerte que no me es-

peraba -dijo Juioko en tono alegre-. ¿Adónde nos dirigimos ahora?

-La corbeta venía del noroeste; así pues, creo que en esa dirección podremos encontrar a Yáñez. -¿Lo encontraremos?

-Eso espero -respondió Sandokán. -Tendremos que esperar varias horas. El viento es débil y el prao del señor Yáñez no debe de avanzar mucho. -¿Qué importa? -dijo Sandokán. -¿Y no pensáis en los tiburones, capitán? Vos sabéis que en estos mares abundan esos ferocísimos escualos. Sandokán se estremeció involuntariamente y echó a su alrededor una mirada inquieta.

-Hasta ahora no he visto emerger ninguna cola ni ninguna aleta -dijo al fin-. Esperemos que los escualos nos dejen tranquilos. Vamos, lancémonos hacia el noroeste. Si no encontrásemos a Yáñez, continuando en esa dirección arribaríamos a Mompracem o a alguno de los arrecifes que se extienden hacia el sur.

Se aproximaron el uno al otro con el fin de

estar mejor preparados para protegerse en caso de peligro y se pusieron a nadar en la dirección elegida, intentando sin embargo economizar sus fuerzas, porque no ignoraban que la tierra estaba muy lejos.

A pesar de que ambos estaban decididos a todo, el miedo de ser sorprendidos de un momento a otro por algún tiburón había logrado hacerse camino en sus corazones.

Especialmente el dayako se sentía asaltado por un verdadero terror. De cuando en cuando se detenía para mirar a su espalda, creyendo oír detrás de sí coletazos y roncos suspiros, e instintivamente encogía las piernas por miedo de sentirlas tronchadas por los dientes formidables de esos tigres del mar.

-Yo no había experimentado jamás el miedo -decía-. He tomado parte en más de cincuenta abordajes, he matado con mis propias manos no pocos enemigos y hasta me he medido con los grandes simios de Borneo e incluso con los tigres de la jungla, y sin embargo ahora estoy temblando como si tuviera

fiebre. La idea de encontrarme de improviso delante de uno de esos ferocísimos escualos hace que la sangre se me hiele. Capitán, ¿no veis nada?

-No -respondía invariablemente Sandokán con voz tranquila.

-Es que me ha parecido oír otra vez detrás de mí un ronco suspiro.

-Es efecto del miedo. Yo no he oído nada.

-¿Y ese chapoteo?

-Ha sido producido por mis pies.

-Mis dientes están entrechocando.

-Tranquilo, Juioko. Estamos armados de fuertes puñales.

-¿Y si los escualos llegan bajo el agua?

-Nos sumergiremos también nosotros y nos enfrentaremos con ellos resueltamente.

-¡Y si el señor Yáñez no nos ve!...

-Debe de estar todavía muy lejos. -¿Lo encontraremos, capitán?

-Tengo esa esperanza... Yáñez me quiere demasiado para haberme abandonado a mi

triste destino. El corazón me dice que seguía a la corbeta.

-Pero no se le ve aparecer.

-Paciencia, Juioko. El viento aumenta poco a poco y hará correr al prao.

-Y con el viento tendremos también olas.

-Ésas no nos dan miedo a nosotros.

Continuaron nadando, el uno al lado del otro, durante otra hora, escudriñando siempre atentamente el horizonte y echando ojeadas a su alrededor por miedo de ver aparecer los temidos escualos; luego ambos se detuvieron y se miraron uno a otro.

-¿Has oído? -preguntó Sandokán. -Sí -respondió el dayako.

-El silbido de una nave de vapor, ¿verdad? -Sí, capitán.

-¡Manténte firme!

Se apoyó en los hombros del dayako y de un impulso sacó más de medio cuerpo fuera del agua. Mirando hacia el norte, vio dos puntos luminosos que surcaban el mar a una distancia de dos o tres millas.

-Una nave avanza hacia nosotros -dijo con voz un poco conmovida.

-Entonces podemos hacer que nos recoja -dijo Juioko.

-No sabemos a qué nación pertenece, ni si es mercantil o de guerra.

-¿De dónde viene?

-Del norte.

-Peligrosa ruta, capitán.

-Eso pienso también yo. Puede ser una de las naves que ha tomado parte en el bombardeo de Mompracem y que va en busca del prao de Yáñez.

-¿Y la dejaremos marchar sin que nos recoja?

-La libertad cuesta demasiado cara para perderla nuevamente, Juioko. Si llegaran a apresarnos por segunda vez, ya sí que no nos salvaría nadie, y tendría que renunciar para siempre a la esperanza de volver a ver a Marianna. Pero puede ser una nave mercantil.

Volvió a apoyarse en los hombros de Juioko, mirando atentamente ante sí. Como la

noche no era muy oscura, pudo distinguir claramente la nave que se dirigía a su encuentro.

-¡Ni un grito, Juioko! -exclamó, volviendo a caer en el agua-. Es un barco de guerra, estoy seguro.

-¿Grande?

-Me parece un crucero.

-¿Será inglés?

-No cabe duda acerca de su nacionalidad.

-¿Lo dejaremos pasar?

-No podemos hacer absolutamente nada. Prepárate para sumergirte, porque esa nave pasará a poca distancia de nosotros. Ánimo, amigo, abandonemos los salvavidas y estemos preparados.

El crucero -al menos tal lo creía Sandokán y quizá con razón- avanzaba rápidamente, levantando a sus lados verdaderas oleadas a causa de las ruedas. Su dirección se mantenía hacia el sur, así que debía pasar a poquísima distancia de los dos piratas.

Sandokán y Juioko, apenas lo vieron a

ciento cincuenta metros, se hundieron poniéndose a nadar bajo el agua.

En el momento en que volvían a salir a la superficie para respirar, oyeron una voz que gritaba:

-Juraría haber visto dos cabezas a babor. Si no estuviera seguro de que tenemos a popa una cornudilla, mandaría echar al agua una chalupa.

Al oír aquellas palabras, Sandokán y Juioko volvieron a zambullirse enseguida, pero su inmersión duro poco.

Por fortuna para ellos, cuando reaparecieron, vieron al buque alejarse rápidamente hacia el sur.

Se encontraban entonces en medio de la estela blanquecina de espuma. Las olas levantadas por las ruedas los bamboleaban a derecha e izquierda lanzándolos unas veces hacia arriba y otras precipitándolos en los torbellinos.

-Capitán, en guardia -gritó el dayako-. Tenemos una cornudilla en nuestras aguas.

¿Habéis oído a ese marinero?

-Sí -respondió Sandokán-. Prepara el puñal. -¿Seremos atacados?

-Eso me temo, mi pobre Juioko. Esos monstruos ven mal, pero tienen un olfato increíble. El maldito no habrá seguido a la nave, te lo aseguro.

-Tengo miedo, capitán -dijo el dayako, que se agitaba entre las olas como el diablo en la pila del agua bendita.

-Estáte tranquilo. Hasta ahora no la veo. -Puede atacarnos bajo el agua.

-Entonces la sentiremos llegar.

-¿Y los salvavidas?

-Están delante de nosotros. Dos brazadas más y los alcanzaremos.

-No me atrevo ni a moverme, capitán.

El pobre hombre estaba poseído de un espanto tal, que sus miembros se negaban casi a moverse.

Juioko, no pierdas la cabeza -le aconsejó Sandokán-. Si te preocupa salvar las piernas, no puedes quedarte ahí, medio atontado.

Agárrate a tu salvavidas y saca el puñal.

El dayako, reponiéndose un poco, obedeció y alcanzó su anillo de goma, que se balanceaba justamente en medio de la espuma de la estela.

-Ahora vamos a ver dónde está ese pez martillo -dijo Sandokán-. Quizá podamos escapar de él.

Por tercera vez se apoyó en Juioko y se lanzó fuera del agua, echando a su alrededor una rápida mirada.

Allá, en medio de la cándida espuma, descubrió una especie de gigantesco martillo que surgió de improviso entre las aguas.

-En guardia -dijo a Juioko-. No está a más de cincuenta o sesenta metros de nosotros.

-¿No ha seguido a la nave? -preguntó el dayako, castañeteándole los dientes.

-Ha percibido el olor de la carne humana -respondió Sandokán.

¿Vendrá a buscarnos?

-Dentro de poco lo sabremos. No te muevas y no abandones el puñal.

Se aproximaron el uno al otro y se quedaron inmóviles, esperando con ansiedad el final de aquella peligrosa aventura.

Las cornudillas, llamadas también peces martillo y también *balance fish,* es decir, pez balanza, son peligrosísimos adversarios. Pertenecen a la especie de los tiburones, pero su aspecto es muy distinto, pues tienen la cabeza en forma de martillo. No obstante, su boca no cede a la de sus congéneres ni por la amplitud, ni por la fortaleza de sus dientes. Son muy audaces, sienten una gran pasión por la carne humana y, cuando se dan cuenta de la presencia de un nadador, no dudan en atacarlo y cortarlo en dos. Sin embargo, también les resulta más difícil aferrar la presa, porque tienen la boca casi al principio del vientre, de modo que se ven obligados a deslizarse sobre el dorso para poder morder.

Sandokán y el dayako, permanecieron inmóviles algunos minutos, escuchando atentamente, y luego, al no oír nada, comenzaron a realizar una prudente retirada.

Habían recorrido ya cincuenta o sesenta metros, cuando de improviso vieron aparecer a corta distancia la repugnante cabeza de la cornudilla.

El monstruo lanzó sobre los dos nadadores una fea mirada con reflejos amarillentos, y luego dio un ronco suspiro que parecía como un lejanísimo trueno.

Se mantuvo inmóvil unos instantes, dejándose mecer por las olas, y después se precipitó hacía adelante, azotando furiosamente las aguas.

-¡Capitán! ..... exclamó Juioko.

El Tigre de Malasia, que empezaba a perder la paciencia, en vez de seguir retirándose, abandonó bruscamente el salvavidas y, colocándose el puñal entre los dientes, se movió resueltamente contra el escualo.

-¡También tú vienes contra mí! -gritó-. ¡Veremos si el tigre del mar será más fuerte que el Tigre de Malasia!

-Dejadla marchar, capitán -suplicó Juioko.

-Quiero acabar con ella -respondió Sando-

kán con ira-. ¡A nosotros, condenado escualo!

El pez martillo, espantado por el fuerte grito y por la actitud de Sandokán, en vez de continuar su carrera se detuvo, deslizándose a derecha e izquierda de las olas, y luego se sumergió.

-Viene por debajo, capitán -gritó el dayako.

Se equivocaba. El escualo volvió un instante después a la superficie y, contrariamente a sus instintos feroces, en vez de volver a intentar el ataque se lanzó hacia alta mar, jugueteando en la estela de la nave.

Sandokán y Juioko se quedaron quietos durante unos instantes, siguiendo con la vista al escualo, y luego, al ver que no pensaba más en ellos, al menos por el momento, reemprendieron la retirada dirigiéndose hacía el noroeste.

El peligro no había cesado todavía, pues la cornudilla, a pesar de que continuaba jugueteando, no los perdía de vista. De un coletazo echaba con frecuencia más de medio cuerpo

fuera del agua para asegurarse de su dirección, y luego en pocos saltos recuperaba el camino perdido, manteniéndose siempre a una distancia de sesenta metros. Probablemente quería esperar el momento propicio para volver a intentar

En efecto: poco después Juioko, que se encontraba un poco más atrás, vio al escualo avanzar rumorosamnte, sacudiendo la cabeza y lanzando poderosos coletazos.

Describió en torno a los dos nadad culo, y luego comenzó a dar vueltas un agua y otras por debajo, tendiendo sie más sus giros.

-¡Cuidado, capitán! -gritó Juioko

-Estoy preparado para recibirlo - Sandokán.

-Y yo para ayudaros.

-¿Se te ha pasado el miedo?

-Empiezo a esperar que así sea.

-No abandones el salvavidas ante de que yo de la señal. Intentemos entretanto forzar el cerco

Con la mano izquierda sujeta en torno al

flotador, con la derecha armada del puñal, los dos piratas se pusieron a batirse en retirada, volviendo siempre la cara hacia el escualo

Éste no los abandonaba, sino que continuaba ciñéndolos más de cerca, levantando con auténticas olas y enseñando sus agudos dientes que blanqueaban siniestramente en la oscuridad

De pronto dio un salto gigantesco saliendo completamente del agua, y se precipitó sobre Sandokán que estaba más cerca de él.

El Tigre de Malasia, abandonando el salvavidas se dispuso a sumergirse, mientras Juioko que había recobrado su audacia ante la inminencia del peligro se lanzaba hacia adelante con el puñal levantado.

La cornudilla, al ver a Sandokán desaparecer bajo el agua, de un coletazo se hurtó al ataque de Juioko y se sumergió a su vez.

Sandokán la esperaba. Apenas la vio tan cerca, se lanzó encima de ella, aferrándola por una aleta del dorso, y de una terrible puñalada le desgarró el vientre.

El enorme pez, herido quizá de muerte, con una brusca contorsión se liberó del adversario, que estaba a punto de intentar de nuevo el golpe, y volvió a subir a la superficie. Al ver a dos pasos al dayako, se deslizó sobre el dorso para cortarlo en dos. Pero Sandokán estaba también sumergido.

El puñal que ya había herido a la cornudilla la golpeó esta vez en medio del cráneo y con tal fuerza que la hoja se le quedó allí clavada

-Torna también éstas -gritó el dayako, acribillándola de puñaladas.

La cornudilla se sumergió finalmente y para siempre, dejando en la superficie una gran mancha de sangre, que se ensanchaba rápidamente.

-Creo que no volverá más a la superficie -dijo

Sandokán-. ¿Qué me dices ahora, Juioko?

El dayako no respondió. Apoyándose en el salvavidas, intentaba alzarse para lanzar lejos sus miradas.

-¿Qué buscas? -le preguntó Sandokán.

-¡Allá..., mirad..., hacia el noroeste! -gritó Juioko-. ¡Por Alá!... ¡Veo una gran sombra..., un velero!

-¿Yánez, quizá? -preguntó Sandokán con viva emoción.

-La oscuridad es demasiado profunda para distinguirla bien, pero siento que el corazón me late deprisa, capitán.

-Déjame que suba sobre tus hombros.

El dayako se aproximó, y Sandokán, apoyándose en él, sacó más de medio cuerpo fuera de las olas. -¿Qué veis, capitán?

-¡Es un prao! ¡Si fuera él!... ¡Maldición! -¿Por qué juráis?

-Son tres los barcos que avanzan.

¿Estáis seguro?

-Segurísimo.

-¿Habrá encontrado Yánez ayuda? -¡Es imposible!

-¿Qué hacemos entonces? Llevamos nadando ya más de tres horas y os confieso que comienzo a estar cansado.

-Te comprendo; amigos o enemigos, haremos que nos recojan. Pide ayuda.

Juioko reunió sus propias fuerzas y con voz tronante gritó:

-¡Ah de la nave!... ¡Auxilio!...

Un momento después se oyó en el mar un tiro de fusil y una voz que gritaba:

-¿Quién llama?

-Náufragos.

-Esperad.

Enseguida se vio a los tres barcos dar una bordada y aproximarse rápidamente, pues el viento ya era un tanto fuerte.

-¿Dónde estáis? -preguntó la voz de antes. -Aquí cerca -respondió Sandokán.

Siguió un breve silencio y luego exclamó otra voz: -¡Por Júpiter!... ¡O mucho me equivoco o es él!...

-¿Quién vive?

Sandokán, de un impulso, salió de las olas hasta la mitad del cuerpo, gritando

-¡Yáñez!... ¡Yáñez!... ¡Soy yo, el Tigre de Malasia! A bordo de los tres barcos se elevó

un solo grito: -¡Viva el capitán!... ¡Viva el Tigre!

El primer prao estaba ya cerca. Los dos nadadores se agarraron a una gúmena que les habían lanzado y subieron hasta el puente con la rapidez de dos auténticos cuadrumanos.

Un hombre se arrojó hacia Sandokán, estrechándolo contra su pecho con fuerza.

-¡Ah, mi pobre hermano! -exclamó-. ¡Creí que ya no volvía a verte jamás!...

Sandokán abrazó al bravo portugués, mientras la tripulación seguía gritando:

-¡Viva el Tigre!

-Ven a mi camarote -dijo Yáñez-. Tienes que contarme muchas cosas que deseo ardientemente conocer.

Sandokán lo siguió sin hablar y bajaron al camarote, mientras los barcos proseguían el viaje con todas las velas desplegadas.

El portugués destapó una botella de ginebra y se la pasó a Sandokán, que vació uno tras otro varios vasos.

-Vamos, cuenta: ¿cómo es que ahora te recojo en el mar, cuando yo sospechaba que estabas prisionero o muerto a bordo del piróscafo que voy siguiendo encarnizadamente desde hace veinte horas?

-¡Ah! ¿Seguías al crucero? Lo sospechaba. -¡Por Júpiter! Dispongo de tres barcos y de ciento veinte hombres, ¿y no quieres que lo siga?

-Pero ¿dónde has podido reunir tantas fuerzas? -¿Sabes quiénes son los comandantes de los dos barcos que me siguen?

-Desde luego que no.

-Paranoa y Maratúa.

-¿Entonces no se hundieron durante la borrasca que nos sorprendió junto a Labuán?

-Como ves, no. Maratúa fue arrojado hacia la isla de Pulo Gaya y Paranoa se refugió en la bahía de Ambong. Se detuvieron allí varios días para reparar las graves averías sufridas, y después marcharon a Labuán, donde se encontraron. Al no hallarnos en la bahía, volvieron a Mompracem; los encontré ayer tarde

cuando estaban ya decididos a dirigirse a la India, sospechando que nosotros nos habríamos dirigido allí.

-¿Y desembarcaron en Mompracem? ¿Quién ocupa ahora mi isla?

-Nadie, pues los ingleses la abandonaron después de haber incendiado nuestro poblado y de haber hecho saltar los últimos bastiones.

-Es mejor así -murmuró Sandokán, suspirando.

-Y ahora, ¿qué te ha ocurrido a ti? Te vi abordar el buque mientras yo despanzurraba la cañonera a cañonazos, después oí los hurras de victoria de los ingleses y luego nada más. Huí al menos para salvar los tesoros que llevaba, pero después me eché tras las huellas del crucero, con la esperanza de alcanzarlo y abordarlo.

-Caí sobre el puente del barco enemigo, medio machacado de un mazazo, y fui hecho prisionero junto con Juioko. Las píldoras que,

como tú sabes, llevaba siempre conmigo, me han salvado.

-Comprendo -dijo Yáñez estallando en una carcajada-. Os lanzaron al mar creyéndoos muertos. ¿Pero qué ha sido de Marianna?

-Está prisionera en el crucero -respondió Sandokán con voz sombría.

-¿Quién conducía el buque?

-El baronet, pero lo maté en la reyerta.

-Me lo había imaginado. ¡Por Baco! Qué mal fin ha tenido ese pobre rival.

-¿Qué piensas hacer ahora?

-¿Qué harías tú?

-Seguiría al piróscafo y lo abordaría.

-Es lo que iba a proponerte. ¿Sabes hacia dónde se dirige el buque?

-Lo ignoro, pero me parece que navegaba hacia las

Tres Islas cuando lo dejé.

-¿Qué irá a hacer allí? Aquí hay gato encerrado, hermanito mío. ¿Navegaba muy deprisa?

-A unos ocho nudos por hora.

-¿Qué ventaja puede llevarnos?

-Quizá treinta millas.

-Entonces podemos alcanzarlo si el viento se mantiene bueno, pero...

Yáñez se interrumpió al oír en el puente un movimiento insólito y un agudo vocerío.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-¿Habrán descubierto al crucero? -Subamos, hermanito mío.

Abandonaron precipitadamente el camarote y subieron a cubierta. Justo en aquel momento algunos hombres estaban sacando del agua una cajita de metal, que un pirata, a las primeras luces del alba, había descubierto a unas docenas de metros a estribor.

-¡OH!... ¡OH!... -exclamó Yáñez-. ¿Qué significa esto? ¿Contendrá algún documento precioso? No me parece una caja corriente.

-Seguimos yendo tras las huellas del piróscafo, ¿verdad? -preguntó Sandokán, que, sin saber por qué, se sentía agitado.

-Siempre -respondió el portugués. -¡Ah! Si fuera...

-¿Qué?

Sandokán, en vez de responder, sacó el *kriss* y de un golpe rápido rajó la cajita. Enseguida se descubrió en el interior un papel algo húmedo, pero en el que podían leerse claramente unas líneas escritas con una caligrafía fina y elegante...

-¡Yáñez!... ¡Yáñez!... -balbuceó Sandokán con voz temblorosa.

-Lee, hermanito mío, lee.

-Me parece que me he quedado ciego...

El portugués le quitó el papel de la mano y leyó:

¡Auxilio! Me llevan a las Tres Islas, donde me alcanzará mi tío para conducirme a Sarawak.

Sandokán, al oír aquellas palabras, lanzó un aullido de fiera herida. Se echó las manos a los cabellos, arrancándoselos con furor, y vaciló como si hubiera sido alcanzado por una bala.

-¡Perdida!... ¡Perdida!... ¡El lord!... -

exclamó.

Yáñez y los piratas lo habían rodeado y lo miraban con ansiedad, con una profunda emoción. Parecía que sufrían las mismas penas que desgarraban el corazón de aquel desventurado.

-¡Sandokán! -exclamó el portugués-. La salvaremos, te lo juro, así tengamos que abordar el barco del lord y atacar Sarawak y a James Brooke que lo gobierna.

El Tigre, poco antes abatido por aquel fiero dolor, se puso en pie con el rostro contraído y los ojos en llamas.

-¡Tigres de Mompracem! -tronó-. ¡Tenemos que exterminar a los enemigos y salvar a nuestra reina! ¡Todos a las Tres Islas!

-¡Venganza! -aullaron los piratas-. ¡Muerte a los ingleses y viva nuestra reina!...

Un instante después los tres praos daban una bordada, velejando[55]' hacia las Tres Is-

---

[55] Es decir, valiéndose de las velas para navegar.

las.

1.

32
La última batalla del Tigre

Cambiado el rumbo, los piratas pusieron febrilmente manos a la obra, para prepararse a la batalla, que sería sin duda tremenda y quizá la última que sostendrían contra el aborrecido enemigo.

Cargaban los cañones, montaban las espingardas, abrían los barriles de pólvora, amontonaban a proa y a popa enorme cantidad de balas y de granadas, cortaban las jarcias inútiles y reforzaban las más necesarias, improvisaban barricadas y preparaban los garfios de abordaje. Llevaron a cubierta hasta los recipientes de bebidas alcohólicas para derramarlos sobre el puente del barco enemigo e incendiarlo. Sandokán los animaba a

todos con el gesto y con la voz, prometiéndoles echar a pique aquel buque que lo había tenido encadenado, le había destruido a los más valientes campeones de la piratería y le había arrebatado a su prometida.

-¡Sí, destruiré a ese maldito, lo incendiaré! -exclamaba-. Quiera Dios que llegue a tiempo para impedir que lord Guillonk me la arrebate.

-Atacaremos incluso al lord, si es necesario -dijo Yáñez-. ¿Quién podrá resistir el ataque de ciento veinte tigres de Mompracem?

-¿Y si llegásemos demasiado tarde y el lord hubiera partido ya para Sarawak a bordo de un barco rápido?

-Lo alcanzaremos en la ciudad de James Brooke. Más me preocupa el modo de apoderarnos del crucero, que a estas horas ya debe de estar anclado en las Tres Islas. Habría que sorprenderlo, pero... ¡Ah, qué desmemoriados somos!...

-¿Qué quieres decir?

-Sandokán, ¿recuerdas lo que intentó

hacer lord James, cuando lo atacamos en el sendero de Victoria?

-Sí -murmuró Sandokán, que sintió que se le erizaban los cabellos en la cabeza-. ¡Gran Dios!... ¿Y tú crees que el comandante...?

-Puede haber recibido la orden de matar a Marianna antes que dejarla caer de nuevo en nuestras manos.

-¡No es posible!... ¡No es posible!...

-Y yo te digo que temo por tu prometida.

-¿Y entonces? -preguntó Sandokán con un hilo de voz.

Yáñez no respondió; parecía absorto en profundos pensamientos.

De pronto, se dio un golpe en la frente con violencia, exclamando:

-¡Ya está!...

-Habla, hermano, explícate. Si tienes un plan, échalo fuera.

-Para impedir que pueda suceder una catástrofe, sería necesario que uno de nosotros, en el momento del ataque, estuviera cerca de Marianna para defenderla.

-Es cierto, pero ¿de qué modo?

-He aquí el plan. Tú sabes que en la escuadra que nos atacó en Mompracem había praos del sultán de Borneo.

-No lo he olvidado.

-Yo me disfrazaré de oficial del sultán, enarbolaré la bandera de Varauni y abordaré el crucero, fingiéndome mandado por lord James. ¯Magnífico.

-Diré al comandante que tengo que entregar una carta a lady Marianna y, apenas me encuentre con ella en su camarote, me atrincheraré con ella. Al primer silbido mío, os lanzáis contra el barco y comenzáis la lucha.

-¡Ah, Yáñez! -exclamó Sandokán, estrechándolo contra su pecho-. ¡Cuánto te deberé, si lo logras!

-Lo conseguiré, Sandokán, siempre que lleguemos antes que lord Guillonk.

En aquel instante se oyó gritar desde el puente: -¡Las Tres Islas!

Sandokán y Yáñez se apresuraron a subir a cubierta.

Las islas señaladas aparecían a siete u ocho millas. Todos los ojos de los piratas examinaron aquel montón de acantilados, buscando ávidamente el crucero.

-Ahí está -exclamó un dayako-. Allá veo el humo.

-Sí -confirmó Sandokán, cuyos ojos parecieron incendiarse-. Allá se ve un penacho negro que se alza detrás de aquel arrecife. ¡El crucero está allí!

¯Procedamos con orden y preparémonos para el ataque -dijo Yáñez-. Paranoa, que embarquen otros cuarenta hombres en nuestro prao.

El trasbordo se realizó con presteza y la tripulación, de unos setenta hombres aproximadamente, se reunió en torno a Sandokán, que hizo señas de querer hablar.

-Cachorros de Mompracem -dijo con aquel tono de voz que fascinaba e infundía a aquellos hombres un valor sobrehumano-: la par-

tida que vamos a jugarnos será terrible, porque tendremos que luchar contra una tripulación más numerosa y aguerrida que la nuestra; pero recordad que ésta será la última batalla que combatiréis bajo el Tigre de Malasia y será la última vez que os encontraréis frente a los que destruyeron nuestro poderío y violaron nuestra isla, nuestra patria adoptiva. Cuando yo dé la señal, irrumpid con el antiguo valor de los tigres de Mompracem sobre el puente del barco: ¡yo lo quiero así!

-Los exterminaremos a todos -exclamaron los piratas, agitando frenéticamente las armas-. Ordenad, Tigre.

-Ahí, en ese maldito barco que vamos a atacar, está la reina de Mompracem. ¡Quiero que vuelva a ser mía, que vuelva a ser libre!

-La salvaremos o moriremos todos.

-Gracias, amigos; ahora a vuestros puestos de combate, y desplegad en los palos las banderas del sultán.

Izaron los estandartes, y los tres praos se dirigieron hacia la primera isla y más exac-

tamente hacia una pequeña bahía, en cuyo fondo se veía confusamente una masa negra rematada por un penacho de humo.

-Yáñez -dijo Sandokán-, prepárate; dentro de una hora estaremos en la bahía.

-Esto se hace en un momento -respondió el portugués, y desapareció bajo el puente.

Los praos continuaban avanzando con las velas tercerolas y la gran bandera del sultán de Varauni en la cima del palo mayor. Los cañones estaban preparados, las espingardas también y los piratas tenían las armas a mano, dispuestos a lanzarse al abordaje.

Sandokán espiaba atentamente desde proa al crucero, que se hacía más visible a cada minuto y que parecía estar anclado, a pesar de que aún tuviera encendida la máquina. Se diría que el formidable pirata, con la potencia de su mirada, intentaba descubrir a su adorada Marianna.

Profundos suspiros se le desbordaban de cuando en cuando de su amplio pecho, su frente se oscurecía y sus manos atormenta-

ban impacientemente la empuñadura de su cimitarra.

Luego su mirada, que brillaba como vivo fuego, recorría el mar que circundaba las Tres Islas, como si intentase descubrir alguna cosa. Sin duda temía ser sorprendido por lord Guillonk en el furor de la batalla y cogido por la espalda.

El cronómetro de a bordo señalaba el mediodía, cuando los tres praos llegaron a la desembocadura de la bahía.

El crucero estaba anclado justamente en el centro. En la punta de la cangreja[56]' ondeaba la bandera inglesa y en la cima del palo mayor el gran estandarte de los barcos de guerra. Sobre el puente se veían varios hombres paseando. Los piratas, al ver aquella nave a tiro de cañón, se precipitaron como un solo hombre sobre las piezas de artillería, pero

---

[56] Vela de cuchillo de forma trapezoidal que, mediante la verga llamada cangreja, puede girar en torno a un palo o correr arriba y abajo del mismo

Sandokán los detuvo con un gesto.

-Todavía no -dijo-. ¡Yáñez!

El portugués subía entonces, disfrazado de oficial del sultán de Varauni, con una gran casaca verde, largos calzones y un voluminoso turbante en la cabeza. En la mano llevaba una carta.

-¿Qué papel es ése? -preguntó Sandokán. -La carta que entregaré a lady Marianna. -¿Qué has escrito?

-Que estamos preparados y que no se traicione. -Tendrás que entregársela tú, si quieres atrincherarte junto a ella en el camarote.

-No se la encomendaré a nadie, puedes estar tranquilo, hermanito mío.

-¿Y si el comandante te acompañase hasta ella?

-Si veo que el asunto se embrolla, lo mato -respondió Yáñez fríamente.

-Te juegas una fea carta, Yáñez.

-¡La piel, querrás decir! Pero espero seguir conservándola intacta. En fin, escóndete y déjame el mando de los barcos durante unos

minutos. Y vosotros, cachorros, componed un poco más cristianamente esos hocicos, y recordad que somos fidelísimos súbditos de ese gran canalla que se hace llamar sultán de Borneo.

Estrechó la mano a Sandokán, se acomodó bien el turbante y gritó:

-¡A la bahía!

El barco entró en la pequeña ensenada y se aproximó al crucero, seguido a breve distancia por los otros dos.

-¿Quién vive? -preguntó un centinela.

-Borneo y Varauni -respondió Yáñez-. Noticias importantes de Victoria. ¡Eh, Paranoa, deja caer el ancla *y* suelta la cadena, *y* vosotros, abajo los guarda bordos! ¡Atentos a los tambores!...

Antes que los centinelas abrieran la boca para impedir que el prao llegara bordo contra bordo, ya estaba realizada la maniobra. El barco fue a chocar contra el crucero bajo el ancla de estribor y se quedó allí encolado.

-¿Dónde está el comandante? -preguntó

Yáñez a los centinelas.

-Separad el barco -dijo un soldado.

-¡Al diablo los reglamentos! -respondió Yáñez-. ¡Por Júpiter! ¿Tenéis miedo de que mis barcos hundan el vuestro? Vamos, espabilaos y llamad al comandante, que tengo órdenes que comunicarle.

El teniente subía entonces al puente con sus oficiales. Se aproximó a la amura de popa y, al ver a Yáñez que le mostraba una carta, mandó bajar la pasarela.

«Ánimo», murmuró Yáñez, volviéndose hacia los piratas, que miraban fijamente al piróscafo con ojos crueles.

Dirigió luego una mirada a popa y sus ojos se encontraron con los llameantes de Sandokán, el cual se mantenía oculto bajo una tela echada encima de la escotilla.

En menos de lo que tarda en decirse, el bravo portugués se encontró en el puente del vapor. Se sintió invadido por un vivo temor, pero su rostro no traicionó la turbación de su alma.

-Capitán -dijo, inclinándose con desenvoltura-. Tengo que entregar una carta a lady Marianna Guillonk.

-¿De dónde venís? -De Labuán.

-¿Qué hace lord Guillonk?

-Está aparejando un buque para venir a reunirse con vos.

-¿No os ha dado ninguna carta para mí? -Ninguna, comandante.

-¡Qué raro! Dadme la carta y se la entregaré ahora mismo a lady Marianna.

-Lo siento, comandante, pero tengo que entregársela yo ¯respondió Yáñez audazmente. -Seguidme, entonces.

Yáñez sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Si Marianna hace un gesto, estoy perdido, pensó.

Echó una mirada a popa y vio encaramados a los palos del prao diez o doce piratas y otros tantos apiñados sobre la pasarela.

Parecían estar a punto de abalanzarse sobre los marineros ingleses, pues los observa-

ban con curiosidad.

Siguió al capitán y bajaron juntos la escalera que conducía a popa. El pobre portugués sintió que se le erizaban los cabellos cuando oyó al capitán llamar a una puerta y a lady Marianna responder:

¯Adelante.

-Un mensaje de vuestro tío lord James Guillonk

-dijo el capitán al entrar.

Marianna estaba de pie en medio del camarote, pálida, pero altiva. Al ver a Yáñez no pudo reprimir un sobresalto, pero no dejó escapar un grito. Lo había comprendido todo.

Recibida la carta, la abrió maquinalmente y la leyó con una calma admirable.

De pronto Yáñez, que se había puesto pálido como un muerto, *se acercó a la* ventana *de* babor, exclamando:

-Capitán, veo un piróscafo que se dirige hacia aquí.

El comandante se precipitó hacia la ventana para cerciorarse con sus propios ojos. Rá-

pido como un relámpago, Yáñez se le echó encima y le golpeó furiosamente el cráneo con la empuñadura del *kriss.*

El infeliz cayó al suelo medio descalabrado, sin dejar escapar un suspiro. Lady Marianna no pudo reprimir un grito de horror.

-Silencio, hermanita mía -dijo Yáñez, mientras amordazaba y ataba al desgraciado comandante-. Si lo he matado, que Dios me perdone.

-¿Dónde está Sandokán?

-Está dispuesto a comenzar la batalla. Ayudadme a atrincherarnos, hermanita.

Tomó un pesado armario y lo empujó hacia la puerta, amontonando luego detrás de él cajas, anaqueles y mesas.

-¿Pero qué va a pasar? -preguntó Marianna.

-Enseguida lo sabréis, hermanita -respondió Yáñez, sacando la cimitarra y las pistolas.

Se asomó a la ventana y dio un agudo silbido.

-Atención, hermanita -dijo luego, poniéndose detrás de la puerta con las pistolas en la mano.

En aquel instante unos alaridos terribles estallaron en el puente.

-¡Sangre!... ¡Sangre!... ¡Viva el Tigre de Malasia!...

Siguieron tiros de fusil y de pistola, luego gritos indescriptibles, blasfemias, invocaciones, gemidos, lamentos, un furioso chocar de hierros, ruido de pasos, corridas y el sordo rumor de los cuerpos que caían.

-¡Yáñez! -gritó Marianna, que se había puesto pálida como una muerta.

-¡Ánimo, truenos de Dios! -vociferó el portugués-. ¡Viva el Tigre de Malasia!...

Se oyeron pasos precipitados que bajaban la escalera y algunas voces que llamaban:

-¡Capitán!... ¡Capitán!...

Yáñez se apoyó contra la barricada, mientras Marianna hacía lo mismo.

-¡Por mil escotillas!... ¡Abrid, capitán! -gritó una voz.

-¡Viva el Tigre de Malasia! -tronó Yáñez.

Fuera se oyeron imprecaciones y gritos de furor, y luego un golpe violento sacudió la puerta. -¡Yáñez! -exclamó la joven.

-No temáis -respondió el portugués.

Otros tres golpes desquiciaron la puerta y de un hachazo abrieron una gran hendidura. Introdujeron el cañón de un fusil, pero Yáñez, rápido como un relámpago, lo levantó y disparó la pistola a través de la abertura.

Se oyó caer un cuerpo a tierra pesadamente, mientras los otros volvían a subir a toda prisa la escalera, gritando:

-¡Traición!... ¡Traición!...

La lucha continuaba en el puente del buque y los gritos se oían ahora más fuertes que nunca, mezclados con tiros de fusil y de pistola. De cuando en cuando, en medio de toda aquella batahola, se oía la voz del Tigre de Malasia, que lanzaba sus bandas al asalto.

Marianna había caído de rodillas y Yáñez, furioso por saber cómo iban las cosas fuera, se afanaba por remover los muebles apilados.

De improviso se oyeron algunas voces que gritaban:

-¡Fuego!... ¡Sálvese quien pueda!

El portugués palideció.

-¡Truenos de Dios! -exclamó.

Con un esfuerzo desesperado derribó la barricada, cortó de un cimitarrazo las ligaduras que sujetaban al pobre comandante, aferró a Marianna entre los brazos y salió corriendo.

Densas nubes de humo habían invadido ya el pasadizo y en el fondo se veían las llamas irrumpiendo en los camarotes de los oficiales.

Yáñez subió a cubierta con la cimitarra entre los dientes.

La batalla estaba a punto de terminar. El Tigre de Malasia atacaba entonces furiosamente el castillo de proa, en el que se habían atrincherado treinta o cuarenta ingleses.

-¡Fuego! -gritó Yáñez.

Al oír aquel grito, los ingleses, que ya se veían perdidos, se arrojaron sin pensárselo dos veces al mar. Sandokán se volvió hacia

Yáñez, derribando con ímpetu irresistible a los hombres que lo rodeaban.

-¡Marianna! -exclamó, tomando entre sus brazos a la joven-. ¡Mía!... ¡Al in... mía!...

-¡Sí, tuya, y esta vez para siempre!

En el mismo instante se oyó retumbar en el mar un cañonazo.

Sandokán lanzó un verdadero rugido:

-¡Lord Guillonk!... ¡Todos a bordo de los praos!

Sandokán, Marianna, Yáñez y los piratas que se habían salvado del combate abandonaron el buque, que ya ardía como un haz de leña seca, y se embarcaron en los tres barcos, llevándose a los heridos.

En un abrir y cerrar de ojos se desplegaron las velas, los piratas echaron mano a los remos y los tres praos salieron rápidamente de la bahía, adentrándose hacia alta mar.